

La vida de Robert Murray M'Cheyne

Andrew Bonar



La vida de Robert Murray M'Cheyne

Publicado por Editorial Peregrino, S.L.

Apartado 19

13350 Moral de Calatrava (Ciudad Real) España

Publicado por primera vez en inglés bajo el título

The Life of Robert Murray M'Cheyne en 1844

Primera edición en español: 2004

Copyright © Editorial Peregrino, S.L. 2004 para la versión española

Traducción: Valerie Crespí-Green

Versificación: Antonio Torres Villén

Revisión de estilo: Linda Shepherd

Fotografía de la portada por cortesía de Owen Daily

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra

LBLA = Biblia de las Américas © The Lockman Foundation

ISBN: 84-86589-59-2

Depósito legal:

Índice

[Introducción](#)

- [1 Su juventud y preparación para el ministerio](#)
- [2 Sus labores en la viña antes de su ordenación](#)
- [3 Los primeros años de su labor en Dundee](#)
- [4 Su misión a Palestina y a los judíos](#)
- [5 Días de avivamiento](#)
- [6 Los últimos días de su ministerio](#)

Introducción

Cuando, el día 25 de marzo de 1843, moría Robert Murray M'Cheyne a la edad de 29 años, era inevitable que los hombres miraran a Andrew Bonar en busca de unas memorias de aquel cuyo breve ministerio de siete años y medio había “dejado una huella indeleble marcada sobre Escocia”. Los dos hombres habían nacido en Edimburgo, Bonar tres años antes que M'Cheyne, y después de recibir educación en la escuela secundaria y luego en la universidad, ambos entraron en el seminario *Divinity Hall* en el otoño de 1831. Desde ese momento se hicieron amigos inseparables. Se reunían cada sábado a las 6:30 de la mañana junto con unos cuantos más, para un estudio bíblico; juntos buscaban a los necesitados espirituales en los barrios pobres de la ciudad, y se exhortaban el uno al otro en la búsqueda de aquella santidad personal que iba a ser tan característica en sus vidas futuras. Ambos estaban ya plenamente convencidos de que “Dios no bendice tanto los grandes dones sino la semejanza con Cristo”, y su meta común era la de vivir cerca de Cristo. Al acabar los estudios en 1835, sus caminos se separaron temporalmente; Bonar fue hacia el sur para ayudar en el ministerio en Jedburgh, y M'Cheyne fue al oeste para ayudar en las parroquias de Larbert y Dunipace cerca de la ciudad de Stirling.

En el otoño de 1836, M'Cheyne fue llamado a su pastorado histórico en S. Pedro, Dundee, y vemos que inmediatamente envía una invitación a Bonar para hacerle una visita, la primera de muchas: “Adjunto un plano para que puedas encontrar la casa donde vivo; a unos cinco minutos hacia el oeste desde la iglesia: el camino más al oeste en Dundee, el que baja hacia el mar”. Dos años más tarde se le ofrecía a M'Cheyne un cargo en el hermoso pueblo de Collace en Perthshire, no muy lejos. Él declinó la invitación, no sin antes procurarla para su amigo Andrew Bonar, y así llegaron a estar de nuevo cerca el uno del otro. En 1839 viajaron a Palestina, junto con otros dos ministros de la Iglesia de Escocia; estuvieron allí seis meses investigando las posibilidades de la obra misionera. Mientras tanto, un avivamiento había comenzado en Dundee durante su ausencia, y poco después de su regreso, en alguna medida, en Collace también. Esto les unió más aún, y se visitaban mutuamente para ayudar en la obra. En cierta ocasión cuando, en un día frío de invierno, M'Cheyne llegó a la puerta de la rectoría en Collace, dijo: “He estado cabalgando a través de la nieve, y tuve presente en mi mente durante todo el camino aquel versículo que dice: ‘Lávame, y seré más blanco que la nieve’ ”. Años después, el viejo sirviente de Bonar solía describir la última visita de M'Cheyne a Collace. “En la iglesia, predicó acerca de ‘no sea que [...] yo mismo venga a ser eliminado’, y había gente hasta la barrera de la entrada, y se habían quitado las ventanas para que los de afuera pudieran oír también. Después del comienzo de la predicación yo tuve que salir, y pude ver desde la casa toda la iglesia iluminada, y ¡ay, cómo me desesperaba esperando a que volvieran a casa! Permanecieron allí en la iglesia hasta las 11:00 de la noche. La gente no se cansaba de escucharle, y el Sr. M'Cheyne no se cansaba de hablar. Recuerdo aquella vez que el Sr. Bonar no pudo tomar el té a causa de tanta gente que venía preguntando si la conversión era verdadera. ¡Oh, cómo oraba el Sr. M'Cheyne por las mañanas! Era como si no pudiera dejar de orar, tanto tenía que decir. Hubieras pensado que las paredes mismas hablarían de nuevo. Solía levantarse a las 6:00 de

la mañana los días de reposo, y acostarse a las 12:00 de la noche, porque decía que le gustaba pasar todo el día a solas con Dios”.

Andrew Bonar sobrevivió a M’Cheyne casi cincuenta años. Continuó con su labor en Collace hasta 1856, y después trabajó en la ciudad de Glasgow, entre las multitudes, con esa misma devoción no disminuida que había caracterizado su ministerio en Perthshire, hasta su muerte en 1892. Sin embargo, durante todo ese largo ministerio, la memoria y el ejemplo del amigo de su juventud nunca se perdieron. “La vida perdería la mitad de su gozo, si no fuera por la esperanza de salvar almas —escribió ese triste día de marzo de 1843—. “No amé a ningún amigo como a él”. Casi cuarenta años después, cuando Bonar visitaba las escenas del ministerio de Jonathan Edwards en América, hallamos en su diario comentarios tales como estos: “Sábado, 20 de agosto, 1881: ¡Cuan profundo interés hubiera tenido Robert M’Cheyne, de haber estado hoy con nosotros! Él, que solía hablar de este lugar. Era para mí tan extraño y a la vez maravilloso encontrarme de camino a Northampton esta mañana, donde, en días pasados, se hizo tanta labor para Dios. Era un día hermoso y soleado [...] Llegamos hasta la calle antigua donde estaba la casa de Jonathan Edwards [...]”. El día siguiente sus pensamientos aún revivían viejas memorias al escribir: “Estoy lleno de angustia y lamento al recordar las misericordias del Señor para con mi vida, al utilizarme para escribir las *Memorias de R.M. M’Cheyne*, por lo cual estoy continuamente recibiendo el agradecimiento de muchos ministros. ¿Por qué se me encomendó a mí la tarea de escribir ese libro? Cuán pobre es, en cambio, mi gratitud. Ay, ¿cuándo lograré aquella misma unción y dulzura santa, y cuándo alcanzaré la profunda comunión con Dios que él solía manifestar?”.

Andrew Bonar escribió la biografía de M’Cheyne en Collace entre los meses de septiembre y diciembre de 1843, y transmite de tal manera la fragancia de su vida que ningún otro escritor posterior la ha podido captar igual. Es como si entre las páginas perdurara aún el aliento de los avivamientos que refrescaban entonces a Escocia, y mientras el lector es transportado al ambiente de aquellos tiempos, se da cuenta que las oraciones que una vez fueron elevadas por la publicación original aún están siendo contestadas abundantemente desde lo alto.

Estando muerto, M’Cheyne sigue hablando, y es dudoso que cualquier cristiano pudiera leer estas páginas sin tener conciencia del ejemplo del poder de la santidad de una manera que permanezca con él todos los días de su vida. La vida y el ministerio de M’Cheyne se acercaban tanto a las realidades eternas que, aun con el paso de los años y de las generaciones, la importancia de las lecciones que impartía aún permanece. No cabe duda que si hoy reuniéramos a toda la ya desaparecida congregación de S. Pedro e hiciéramos regresar a su pastor desde la Nueva Jerusalén, el mensaje que recibiría sería exactamente igual que en aquellos días:

“¡Oh! hermanos, sed sabios. ‘¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados?’ ([Mt. 20:6](#)). De aquí a poco todo acabará. Un poco más y el día de la gracia habrá pasado: la predicación y la oración dejarán de ser. De aquí a poco nos encontraremos delante del gran trono blanco; un poco más, y los impíos no existirán; los veremos entrar en el castigo eterno. Un poco más, y la obra de la eternidad habrá comenzado. Seremos como Él: le veremos a Él en su templo día y noche; entonaremos la nueva canción, sin pecado y sin fatiga, para siempre jamás”.

2 de agosto de 1960

NOTA ACLARATORIA

La edición original en inglés contiene muchas citas literales y libres de textos bíblicos sin que se indique la oportuna referencia. En la presente edición española se ha tomado la libertad de incluir muchas de estas referencias entre paréntesis para beneficio y enriquecimiento espiritual de nuestros lectores.

LOS EDITORES

Capítulo 1

Su juventud y preparación para el ministerio

“Muchos se regocijarán de su nacimiento; porque será grande delante de Dios” ([Lc. 1:14–15](#)).

En medio de la constante actividad de nuestros días, los ministros de Cristo considerarán no poco útil el descubrir los pasos de uno que nos dejó hace muy poco, uno que, durante los últimos años de su vida, caminó serenamente en una comunión casi ininterrumpida con el PADRE y el HIJO.

Su fecha de nacimiento fue el 21 de mayo de 1813. En aquel tiempo, como ahora nos es manifiesto a los que podemos mirar atrás al pasado, el Gran Cabeza tenía un propósito de bendición para la Iglesia de Escocia. Aparecieron hombres eminentes defendiendo la causa de Cristo. Se elevaba la Cruz con valentía en medio de las Cortes Eclesiásticas, avergonzadas desde hacía tiempo del Evangelio de Cristo. Una mayor espiritualidad y una seriedad más profunda empezaban a prevalecer entre los jóvenes de nuestros *Divinity Halls*. Y en medio de todos estos acontecimientos, por los cuales el Señor preparaba en secreto una rica bendición para las almas en todas nuestras fronteras, el sujeto de estas Memorias vio la luz. “Muchos [iban a regocijarse] de su nacimiento”; porque él era una de las bendiciones que empezaban a caer sobre Escocia, aunque nadie podía sospechar que había nacido uno a quien centenares de personas iban a considerar como su padre espiritual.

Su lugar de nacimiento fue Edimburgo, donde residían sus padres. Era el hijo menor de la familia, y le llamaron ROBERT MURRAY, en honor de algunos de sus parientes.

Desde su infancia, su carácter dulce y cariñoso era comentado por todos aquellos que le conocían. Tenía una mente hábil; pudo aprender fácilmente las lecciones comunes a todos los jóvenes, y algunos de sus dones singulares empezaron a manifestarse desde una edad muy temprana. Con solo 4 años, mientras se recuperaba de una enfermedad, decidió estudiar el alfabeto griego, y era capaz de nombrar cada letra y escribirlas toscamente en una pizarra. Un año más tarde, progresó con rapidez en la clase de inglés, y desde muy joven empezó a destacar entre sus compañeros de colegio por su voz melodiosa y su don para la recitación. En aquel tiempo se practicaban ejercicios catequísticos en la Iglesia de Tron, durante el intervalo entre los sermones; y algunos amigos recuerdan el interés promovido en sus oyentes por su dulce y correcta recitación de los Salmos y los pasajes de la Escritura. Sin embargo, aún no conocía al Señor, vivía para sí mismo: “sin esperanza y sin Dios en el mundo” ([Ef. 2:12](#)).

En octubre del año 1821 ingresó en la escuela secundaria, donde cursó sus estudios literarios durante el período habitual de seis años. Mantenía una posición elevada en sus clases; y, en la Clase del Rector obtuvo una distinción por su eminencia en Geografía y Recitación. Fue durante su último año de asistencia en la secundaria cuando se aventuró en la composición poética; el tema era “Grecia, pero ya no una Grecia viva”. Los renglones se caracterizan mayormente por su entusiasmo por la libertad y el heroísmo griegos, ya que en aquellos días su alma jamás se había elevado hasta las regiones más altas. Sus compañeros hablan de él como alguien que poseía, aun entonces, singularidades que llamaban la atención: ligero y alto —lleno de agilidad y vigor— con ambición y, sin embargo, noble en su disposición, desdeñoso de tales cosas como la mezquindad y el engaño. Algunos se hubieran aventurado a considerar que exhibía muchos de los rasgos de un carácter cristiano; no obstante, su mente susceptible no tenía aún otra apetencia más que la de las diversiones refinadas de la sociedad, y la de los placeres que le ofrecían el canto y el baile. Él mismo los consideraba como días impíos: días en que cultivaba una moralidad pura, pero también días en los cuales vivía con el corazón de un fariseo. Le he oído decir que su comportamiento durante los tiempos de devoción, tanto privada como pública, era de lo más correcto y adecuado, cosa que algunos de los que no conocían bien su corazón hubieran atribuido a un sentimiento verdadero. Y era precisamente esta experiencia propia la que le constreñía a cuestionar celosamente los signos exteriores de la devoción en su trato con las almas. En su propia vida tuvo que aprender cuánto puede un alma dormida al sentimiento de culpasantirse satisfecha con cumplir, por su orgullosa conciencia de integridad en cuanto al hombre, con una devoción sentimental de la mente que corrige los sentimientos sin cambiar el corazón.

Robert amaba las escenas rurales. Pasaba gran parte de sus vacaciones estivales en Dumfriesshire, y sus amigos en la parroquia de Ruthwell y la vecindad guardan vivos recuerdos de los días de su juventud. Su temperamento poético le guiaba a cualquier paisaje que estimulara el alma. Siempre tuvo también un carácter emprendedor. Durante los meses de verano solía hacer excursiones a pie en compañía de su hermano, o algún amigo íntimo, visitando los lagos y las colinas de nuestras Tierras Altas, cultivando así, casi sin darse cuenta, una afición a viajar que le resultaría verdaderamente útil en días posteriores. Durante una de estas salidas a la naturaleza ocurrió algo un tanto romántico, algo que más bien esperaríamos ver en los relatos de su viaje al Oriente. Junto

con un amigo, los dos habían salido a pie decididos a explorar, sin prisas, Dunkeld y sus tierras altas. Pasaron un día entero en Dunkeld, y al caer la noche iniciaron de nuevo la marcha con la idea de cruzar las colinas hasta Strathardle. Poco después de iniciar el ascenso, una densa niebla cubrió todo el paisaje. Continuaron, pero se desviaron del camino que les hubiera llevado sanos y salvos al valle. No sabían hacia dónde dirigirse para encontrar algún refugio. Llegó la noche, y no les quedaba más remedio que el de acostarse entre los brezales, sin más abrigo que el de la ropa que llevaban puesta. Estaban hambrientos, y tenían mucho frío; y al despertarse a la medianoche, el terrible silencio de las montañas desoladas les llenó de un extraño espanto. Sin embargo, se acostaron de nuevo, abrazados el uno al otro, y lograron dormirse profundamente hasta que el grito de las aves silvestres les despertó con el amanecer.

Comenzó sus estudios en la Universidad de Edimburgo en noviembre de 1827, y obtuvo varios galardones en todas las asignaturas. Estudió lenguas modernas por su cuenta; y en aquel tiempo, el ejercicio gimnástico le proporcionaba un disfrute sin límites. Utilizaba su lápiz con mucha destreza, preparándose entonces para luego esbozar algunas escenas de la Tierra Santa. Tenía bastante conocimiento musical, y él mismo cantaba correctamente, con una hermosa voz. Este don también fue utilizado para la gloria de Dios en días posteriores, avivando admirablemente sus devociones privadas, y permitiéndole dirigir la congregación en alabanza siempre que la ocasión así lo requiriera. La poesía era también para él una constante actividad recreativa; y su afición en este apartado atrajo la atención del catedrático Wilson, otorgándole el premio en la clase de Filosofía Moral por un poema titulado “Sobre los hombres del pacto”.

Comenzó sus estudios en *Divinity Hall* en el invierno de 1831, bajo la tutoría del Dr. Chalmers, y bajo el Dr. Welsh en los estudios de Historia de la Iglesia. Podría preguntarse con toda naturalidad: ¿Qué le llevó al deseo de predicar la salvación a los demás pecadores? ¿Podía decir, como Robert Bruce: “*Fui llamado a la gracia antes de obedecer mi llamado al ministerio*”? Existen pocas interrogantes más interesantes que esta; y nuestra respuesta mostrará algunos de los admirables caminos de Aquel cuyas “sendas son en las muchas aguas; y [cuyas] pisadas no fueron conocidas” ([Sal. 77:19](#)): pues aquel mismo acontecimiento que despertó su alma a un verdadero sentimiento de pecado e infelicidad le encaminó al ministerio.

Mientras asistía a sus clases literarias y filosóficas, sentía de vez en cuando alguna impresión, quizá ninguna de ellas muy profunda. No cabe duda, según él, que la muerte de su hermano mayor, David, le despertó del sueño de la naturaleza, trayéndole los primeros rayos de luz divina a su alma. Pues la Providencia, mientras llamaba a un alma para gozar de los tesoros de la gracia, reclamaba a otra para poseer los bienes de la gloria.

La luz de la divina gracia brillaba con una excelente y solemne hermosura ante los hombres en este hermano suyo, ocho o nueve años mayor que él. Sus logros clásicos eran muy superiores; y después de los estudios preliminares, fue admitido como Escritor del Sello. Una de las distinguidas cualidades de su carácter era su sensibilidad en cuanto a la verdad. Si se relataba cualquier incidente con el más mínimo indicio de exageración, su semblante se ensombrecía; o aun cuando se dijera la verdad, si es que se expresaba cualquier falsedad o exageración. No solo debía él decir toda la

verdad, sino que exigía que el oyente percibiera también toda la verdad. Pasaba muchas de sus horas libres cuidando a los miembros más jóvenes de la familia. Era un hombre afectuoso y cariñoso, y su mirada afligida, cuando ellos se resistían a sus consejos, tenía algo tan persuasivo que siempre acababa prevaleciendo sobre aquellos que no habían creído a sus palabras. Su hermano pequeño, cuando este vivía según la corriente de este mundo, era el objeto de muchas oraciones fervientes. Sin embargo, una profunda melancolía, debido mayormente a las dolencias que padecía, se asentó en el alma de David. Pasó largos meses en un abatimiento desesperado, hasta que las aflicciones de la carne consumieron su cuerpo, no sin antes recibir la luz poco antes de morir; el gozo, procedente del rostro de un Padre reconciliado en lo alto, iluminó su cara; y la paz en sus últimos días de vida era un consuelo para sus afligidos amigos, cuando el 8 de julio de 1831 durmió en Jesús.

El Espíritu Santo utilizó la muerte de su hermano, con todas sus circunstancias, para efectuar una profunda impresión en el alma de Robert. En muchos aspectos, aun tocante a los dones de una mente poética, hubo siempre una congenialidad entre él y David. La vivacidad de la mente siempre activa de Robert era lo que les diferenciaba principalmente. Esa misma vivacidad le capacitó de maravilla para la vida pública; solo hacia falta encaminarla y darle seriedad, y este mismo acontecimiento que acababa de pasar logró tales efectos. Unos pocos meses antes, el feliz círculo familiar había sido roto por la partida del segundo hermano hacia la India, destinado en el Servicio Médico Bengalí; sin embargo, cuando durante aquel verano David les fue quitado para siempre, hubo ciertas impresiones que no podrían ser borradas jamás, al menos de la mente de Robert. De una naturaleza intensamente afectiva, este suceso conmovió totalmente su alma. Parece ser que pasaba mucho tiempo en sus horas de quietud recordando a aquel que ya estaba en la gloria. Quedan algunos renglones, en los cuales su mente poética ha retratado de la forma más conmovedora, y con un singular vigor, a aquel que había perdido: líneas tanto más interesantes, ya que el bosquejo del carácter y manera de ser que contienen no deja de evocar a aquellos que conocían la imagen del mismísimo autor. Algún tiempo después de la muerte de su hermano, trató de preservar de memoria los rasgos de aquel ser tan bien conocido en un retrato; pero, desesperado, desechó su lápiz, y con su pluma derramó en poesía la plenitud de su corazón.

RETRATO EN MINIATURA DE UNO QUE YA PARTIÓ

¡Ay!, imperfecto aún: con otro toque,

Y otro, y aún otro,

Hasta que aquellos labios mortecinos respiren vida, y aquel

[ojo

Pierda su matiz apagado, y se ilumine

Con la mirada cálida del sentir de la vida. No:

¡No podrá ser jamás! Ay, ¡cuán pobre e incapaz el arte!

De lo más jactancioso, sin embargo tan impotente, quieres

Trazar los miles y miles de matices y luces

Que resplandecían con claridad en el rostro bendito

De aquel que tú de buena gana imitarías: sujetar

En un frágil lienzo aquel indómito juego

De pensamiento y dócil afecto, que solían

Morar en el ojo sincero, y jugar en los contornos

De la boca apacible. Intentas conceder de nuevo

Aquello que solo puede ofrecer, al morar

En ese su habitáculo arcilloso, el alma ardiente:

Grabar sobre la materia muerta y fría el sello

De una mente viva; expresar una línea, una sombra,

Sin proferir palabra alguna, mas susurrando la dulce

[conversación

Con que el espíritu inmortal, mientras habita

En su tabernáculo terrenal, respira en cada poro:

Pensamientos que no llegan a la palabra, esperanzas,

Y temores, y gozos internos, y aflicciones no nacidas

Al mundo sonoro, sino que resplandecen

En aquella expresión que ninguna palabra

Ni artista sagaz pueden expresar. En vano,

¡Ay! ¡En vano!

Ven, pintor; ven,

Toma de nuevo tus instrumentos —tu pincel

Y tu paleta—, si es que tu arte altanero es, como dices,

Omnipotente, y si tu mano se atreve

*A ejercer su poder creativo. Reanuda tu labor,
Y permite que mi memoria, vivificada por amor,
Enardecida a pesar de la fría separación de la Muerte,
Sagrada por su entrega, dicte tu destreza
Y guíe tu lápiz. De aquellos cabellos negros
Quita los reflejos ostentosos que de lo original y verdadero
Solo sirven de mofa; y permite que
Los suaves y ondulados rizos aparezcan en su lugar.
Que ante el ojo llamativo de la costumbre
Parecen como rebeldes y sin gracia, pero a mi parecer,
Mucho mejor que la necia cabecita ostentosa
Son ellos, porque denotan el esfuerzo mental,
Las labores asiduas, en los días dorados
(Dorados si perfeccionados fueran) de una juventud sincera,
Incansable, extrayendo de los tesoros preciosos
De la ciencia popular, y mejor y más noble aún,
De la Escritura Santa de Dios. Pinta
Aquí y allá, algún cabello canoso, señal de la congoja
Que reprimió el flujo caudaloso
De la cálida corriente en sus venas, y extendió
Un pronto atardecer sobre tan resplandeciente amanecer.
¡Ningún surco se asienta en su frente! y así
Fue siempre. Las enojadas contiendas y las preocupaciones
Del avaro infeliz no dejaron
Sus huellas memoriales sobre tan hermoso joven.
Luego las cejas, píntalas más próximas, y deja caer*

*Una sombra dulcificante debajo sobre las órbitas.
Que el párpado repleto y medio cerrado, oculte
El ojo negro retraído; y pintad inclinadas hacia abajo
Esas largas pestañas castañas que hablan por un alma
Como la suya, que decía: “¡No soy digno, Señor!”.
No permitas que brille aquella luz chispeante y jovial
Que a menudo deslumbra y a menudo engaña, ni tampoco
Aquel lustre sombrío sin sentido que puede contemplar
A todo el mundo por igual. Sino pinta un ojo
En cuya luz firme y medio oculta yo pueda leer
Una mente que escudriña la verdad; un capricho, también,
Que él sabía adornar con dulces atavíos poéticos
La verdad que en él halló; mientras con su arpa ingenua
Tocaba los sentimientos más delicados, cual llama
De chimenea de invierno anima al corazón hogareño.
¡Oh!, y poder recordar aquella mirada de fe sincera
Con que su ojo escudriñaba la página
Que nos habla de un Dios ofendido, aplacado
Por el espantoso sacrificio de la Cruz
Del Calvario, que nos constriñe a dejar atrás un mundo
Inmerso en la oscuridad y en la muerte, para buscar
Una patria mejor. ¡Ay! Con qué frecuencia aquel ojo
Se fijaba en mí, con la más tierna mirada de compasión;
Y, con solo un reproche a medias, ¡me invitaba a huir
De los ídolos vanidosos de mi joven corazón!*

En aquel mismo tiempo, sintiendo aún la tristeza de aquella pérdida, escribió el fragmento titulado:

“PERECE EL JUSTO, Y NO HAY QUIEN PIENSE EN ELLO”

*Una tumba que conozco,
Donde la tierra que lo muestra
No es: un túmulo
Cuya suave redondez
Sostiene la carga
De un fresco terrón.
Las malas hierbas son intrusas,
Sus flores amarillas:
En alegres enramadas
Desconocidas. La hierba, el césped,
Una masa espesa,
Es fértil y fuerte,
Desigual y alta;
Ningún rosal allí
Perfuma el aire;
Ningún casto lirio
Adorna la tierra,
Ni pétalos de margarita
Decoran el lugar.
Los arrayanes no se mueven
Por encima de aquella tumba,
Ni campanillas de brezo*

*Están allí para hablar
De un dulce amigo
Que quiso prestar
Un sueño más dulce
A aquel que reposa
En las profundidades
De la tierra.*

*Ninguna lápida de aflicción
Hay para indicar
El nombre, ni cómo al pasar,
Amó a su Dios;
Ni cómo caminó
El humilde sendero
Que conduce a través del dolor,
Hacia una mañana resplandeciente.*

*Desconocido en la vida,
Y lejos de la contienda
Vivió; y aunque
La magia de un genio
Jugueteaba en su mente,
Y era capaz de tramar
“La serenata del atardecer”,
Y tocar el corazón
Con suma delicadeza;
O las preocupaciones engañen
Y obtengan una sonrisa*

De paz en aquellos
Que lamentaban su infortunio;
Sin embargo, cuando el amor
Del Cristo celestial
Hacia los culpables
Le fue mostrado, entonces,
Dejó los placeres
Del alboroto mundanal,
Y reclinó en humildad
Su cabeza, inclinada
Sobre la Cruz.
Y consideró la pérdida
De todo lo terrenal
—De alegría, amores y fama,
En nombre del placer—
Ningún sacrificio
Para ganar el premio
Que Cristo aseguró,
Cuando Él padeció,
Y soportó nuestra carga,
¡La ira de Dios!
Con abundantes lágrimas,
Y multitud de temores
Con abundantes suspiros,
Y llantos desgarradores
De una tímida fe.

*Buscó el aliento
Que puede conceder
El poder para vivir;
Cuya sola palabra
Derribe la piedra.
Hace cesar el tumulto,
Para que todo sea paz,
Ahora ya no más buscó
Coronar su cabeza,
Con guirnaldas de laurel,
Ya no más ambición de guardar
Los bienes terrenales.
Ni con lucha vanidosa,
Trató de compartir el amor
De arriba en el Cielo
Con ninguna cosa de abajo.
La sonrisa abandonó
Su mejilla; su mirada
Era triste y fría;
Aún cuando el alegre
Retorno de la mañana,
Al madurar el grano,
Los maizales ondeando
En las llanuras,
Y humildes enamorados
Preparan con gozo*

*El reparto de las labores
De la cosecha, no le proporcionaban
Ningún pensamiento alentador.*

[...]

*La primavera hermosea,
Las mañanas soleadas
Las flores se abren
Y la belleza se derrama
En césped y prado,
Su corona virgen
Hace descender el copo de nieve
En forma de rocío, y se asoma
La flor del azafrán,
Sin temor del Norte.
Pero ni siquiera la primavera
Persuade a sonreír
A aquel cuyo ojo
Escudriña el Cielo
En busca de escenas mejores,
Donde no intervienen
Las nubes oscuras
Del pecado para tapar,
La vista del que contempla;
Así voló la alegre primavera;
Y cantan alegres
Sus amores las aves*

*En las arboledas,
Pero no para él
Afinan sus notas,
Su oído está frío,
Su historia acabó,
Y sobre la tumba
La hierba se inclina, acariciada
Por la brisa.
[...]
La multitud pasa de largo,
Sin un suspiro,
Sobre el lugar;
No le conocían,
No tenían conocimiento de él;
Y aunque así lo fuera,
¿Por qué derramarían
Sobre el muerto,
Que duerme aquí,
Una sola lágrima?
Yo ya no lloro,
Aunque en mis sueños,
A veces, estrecho con amor
Su delicada mano,
Y le veo allí más cerca,
Al lado de mi cama,
Y se inclina, descansa*

*Su cabeza sobre mi pecho,
Y me invita a no descansar,
Ni de día ni de noche,
Hasta que pueda decir
Que he hallado
La Tierra Santa,
En donde se halla
La Perla de gran precio;
Hasta que toda atadura
Que traba el alma,
Y toda mentira
Que ciega el alma
Sean destruidas.*

Nada podría demostrar tan plenamente la profunda impresión que el acontecimiento le causó. No se trataba de un sentimiento pasajero, ni tampoco de una “tristeza según el mundo”. Tenía 18 años de vida cuando su hermano murió; y si bien este no fue el año de su nuevo nacimiento, al menos fue el año en que los primeros rayos del alba tocaron su alma. Desde aquel día en adelante sus amigos notaron un cambio. Sus poesías se impregnaban con sentimientos más serios, y comenzó a emprenderlo todo con otro espíritu. Se ocupó de las labores de una escuela dominical, y comenzó a buscar a Dios en su alma por medio de una lectura diligente de la Palabra y una fiel asistencia al ministerio.

La importancia de este período de su vida en su propia opinión puede deducirse de sus alusiones a él en días posteriores. Un año más tarde, escribe en su diario: “En esta misma mañana hace un año, mi mundanalidad recibió su primer terrible golpe arrollador; cuán bendito para mí, solo Tú, oh Dios, lo sabes, Tú que así lo quisiste”. Cada año, señalaba esta fecha para ser recordada, y su memoria a veces parecía arrasarse como un diluvio. En una carta (del 8 de julio de 1842), escribe a un amigo acerca de un asunto puramente local, y concluye con una posdata: “En este día hace once años, mi santo hermano David entró en su descanso a la edad de 26 años”. Y ese mismo día escribe una nota a uno de su grey en Dundee (alguien que le había solicitado un prólogo para una obra que había sido publicada en 1740: *Letters on Spiritual Subjects* (Cartas acerca de temas espirituales), en ella recomienda el libro, y luego añade: “Orad por mí, que yo pueda ser más santo, más sabio: sea yo menos, para parecerme más a mi Maestro celestial; sin tener en cuenta mi propia vida, y así

acabar mi carrera con gozo. En este día hace once años perdí a mi amado y amante hermano, y comencé a buscar un Hermano que no puede morir”.

Cuando Robert se encontraba entre compañeros que simpatizaban con sus sentimientos, podía desahogarse. En aquellos tiempos, las almas desasosegadas no tenían por costumbre llevar su caso ante el pastor. Prevalecía una discreción convencional sobre tales asuntos, aun entre los cristianos más avivados. Casi parecían avergonzarse del Hijo del Hombre. Este mutismo le parecía pecaminoso a Robert; un mal muy grande, tanto que se preocupaba de animar a las almas angustiadas a conversar con él abiertamente en posteriores ocasiones. Conocemos en alguna medida, sin embargo, la naturaleza de su experiencia. En cierta ocasión, unos cuantos de nosotros, los que habíamos estudiado juntos, estábamos analizando cómo el Señor había tratado con cada una de nuestras almas, y cómo nos había atraído a Él, casi todos al mismo tiempo, y sin ninguna ayuda instrumental. Él decía que en su caso no había ocurrido nada repentino, y que había conocido a Cristo por medio de unas convicciones no tremendas ni perturbadoras, sino más bien profundas y eternas. En esto vemos la soberanía de Dios. Al traer un alma al Salvador, el Espíritu Santo la conduce invariablemente a una profunda conciencia de pecado; pero entonces hace que esta conciencia de pecado sea más dolorosa e intolerable en algunos más que en otros. No obstante, las experiencias de todos los pecadores renovados concuerdan en un punto: a saber, que su alma se descubre como nada más que un abismo de pecado al aparecer en ella la gracia de Dios que trae salvación.

El Espíritu Santo seguía obrando en el sujeto de estas Memorias, convenciéndole más y más de su propia impiedad, y de la contaminación de todo su ser. Y durante toda su vida, consideró su *pecado original* no solo como una excusa para sus pecados actuales, sino como el agravante de todos ellos. En eso tenía un espíritu según David, instruido por el infalible Espíritu de la Verdad. Véase [Salmo 51:4-5](#).

Al principio la luz amaneció paulatinamente; con tanta lentitud que, durante un considerable período, se lanzó con gusto de vez en cuando a las alegrías de la diversión. Aun después de ingresar en *Divinity Hall*, se dejaba persuadir para tomar parte en actividades más bien frívolas, al menos durante sus primeros dos años de asistencia; no obstante, con una creciente preocupación. Cuando se dejaba llevar por los placeres mundanos, encontramos anotaciones como estas:

“14 de septiembre: Espero que haya pocos testimonios como este en esta mi biografía” y “9 de diciembre: una espina en mi costado: un tormento”. A medida que sus placeres le parecían cada vez más profanos, escribe: “10 de marzo, 1832: Espero no volver a jugar a las cartas nunca más”. “25 de marzo: No hagas nunca más una visita el día de reposo por la tarde”. “10 de abril: me ausenté del baile; los reproches son difíciles de soportar. Pero debo intentar llevar mi cruz”. Parece referirse a una especie de marea baja, la cual durante un tiempo le atraía de nuevo al mundo en repetidas ocasiones, cuando, el día 8 de julio de 1830, constata: “En esta mañana hace cinco años, mi querido hermano David murió, y mi corazón experimentó por primera vez la privación de un ser amado. Verdaderamente todo fue para bien. Que enmudezca mi boca, porque Tú lo hiciste; y era bueno para mí el ser afligido. No conozco ninguna providencia de la que abuse más el hombre que aquella

de la que yo abusé: y sin embargo, Señor, ¡cuán triunfante eres Tú sobre los obstáculos montañosos! Ninguno me sirvió de tanta bendición”.

Para nosotros, que podemos ver los resultados, parece ser que el Señor le permitía gustar de muchas cisternas rotas, y del ajenjo de muchos arroyuelos terrenales para que luego, al lado de la fuente de aguas vivas, pudiera señalar el mundo que había abandonado para siempre, y testificar de la incomparable preciosidad que ahora había hallado.

El Sr. Alexander Somerville (ministro de la Iglesia en Anderston, Glasgow, posteriormente) era su íntimo amigo y compañero en las frivolidades de su juventud. Él también había sido guiado a gustar de los poderes del mundo venidero más o menos al mismo tiempo que Robert, y unieron sus esfuerzos para el beneficio mutuo. Se juntaban para estudiar la Biblia, y para hacer ejercicios en el griego de la Septuaginta y en el hebreo original. Pero se juntaban más que nada para orar, y para tener conversación solemne; y así, continuando con todos sus estudios con el mismo espíritu, se vigilaban los pasos el uno al otro en la senda estrecha.

En este período de su vida, Robert consideraba que el estudio de la Elección y de la Libre Gracia de Dios sería algo muy provechoso. Pero no fue hasta que leyó *The Sum of Saving Knowledge* (La suma del conocimiento salvador), común apéndice a nuestra Confesión de Fe, cuando pudo comprender con claridad la manera de ser aceptados por Dios. Aquellos que conocen bien sus admirables verdades comprenderán cuán apropiado resulta este libro para un alma inquisitiva. Algunos años más tarde escribe: “11 de marzo, 1834: Estuve leyendo en *The Sum of Saving Knowledge*; creo que esta obra fue lo que primero produjo en mí un cambio salvador. ¡Con cuánto gozo lo volvería a leer si es que eso sirviera para obrar en mí la perfección!”. Se hace notar que él nunca consideró su alma a salvo, a pesar de todas sus convicciones y opiniones acerca del pecado, hasta que entró en el lugar Santísimo por el poder de la obra del Redentor; puesto que ciertamente un pecador permanece aún bajo la ira hasta que se haya servido del único camino al Padre abierto por Jesús. Todo su conocimiento de su pecado y toda su tristeza en cuanto a su propia necesidad y peligro no pueden alejarle ni un solo paso del lago de azufre. Solo “aquel que viene a Cristo” puede ser salvo.

Antes de este tiempo había recibido de su hermano David una especie de inclinación hacia el ministerio, ya que David solía hablar del ministerio como una de las labores más dichosas sobre la faz de la Tierra, y expresaba con frecuencia la esperanza de ver a su hermano pequeño convertirse en un ministro de Cristo. Y ahora, con una opinión cambiada, con una visión del Cielo y del Infierno, y un corazón lleno del amor del Dios de la reconciliación, quería esforzarse para ser un heraldo de la salvación.

Había empezado a tomar nota de sus estudios y de la manera como discurría su tiempo, algunos meses antes de la muerte de su hermano. Durante un período considerable, estas anotaciones solo contenían los meros acontecimientos cotidianos de un diario y los textos de algunos de los sermones dominicales que había escuchado. No obstante, en ellas puede verse un destello de reflexión sincera, el único, durante aquel período. Refiriéndose al funeral celebrado por el Dr. Andrew Thomson, constata el profundo y universal pesar que se sentía en toda la ciudad, y luego añade:

“Me alegra ver tanta emoción pública con motivo del fallecimiento de un hombre tan digno. Cuánto han cambiado los tiempos durante estos dieciocho siglos, desde aquel tiempo en que José quiso enterrar *el cuerpo* en secreto, cuando él y Nicodemo eran los únicos que había para llevar el cuerpo hasta la tumba”.

No es hasta finales de aquel año cuando aparecen claras muestras de un cambio. Desde entonces en adelante su diario de sucesos cotidianos empieza a estar salpicado con anotaciones como estas:

“12 de noviembre: Estoy leyendo las Memorias de H. Martyn. De buena gana le imitaría, dejando padre, madre, patria, hogar, salud, la vida y todo: por Cristo. ¿Y qué es lo que me lo impide? Señor, ¡purifícame, y concédeme la fuerza para entregarme, con todo lo mío, a Ti!”.

“4 de diciembre: Estoy leyendo la Vida de Legh Richmond. *‘Poenitentia profunda, non sine lacrymis. Nunquam me ipsum, tam vilem, tam inutilem, tam pauperim, et praecipue tam ingratum, adhuc vidi. ¡Sint lacrymae dedicationis meae pignora!’* (‘Profunda penitencia, no sin lágrimas. Nunca me vi tan vil, tan inútil, tan pobre y, sobre todo, tan ingrato. ¡Que mis lágrimas sean la señal de mi abnegación!’). Aparece con frecuencia en sus notas durante este período otra frase en latín, parecida a esta, en medio de otra materia, evidentemente con la idea de expresar con más libertad sus sentimientos en cuanto a sí mismo.

“9 de diciembre: He oído a un predicador en la calle: con voz de extranjero. Parecía sincero de veras. Citó aquel impactante pasaje: ‘El Espíritu y la Esposa dicen: ven, y *el que oye, diga: Ven*’. Parecía sacar su autoridad de este versículo. Sea yo como este hombre, sincero en cuanto a la verdad, y que no me importe la mofa del mundo”.

18 de diciembre: después de una velada algo frívola, escribe: “Mi corazón debe romper con todas estas cosas. ¿Con qué derecho abuso yo y le robo el tiempo a mi Maestro? ‘Redímelo’, le oigo gritar”.

“25 de diciembre: Mi mente aún no se ha establecido serenamente sobre la Roca de la Eternidad”.

“12 de enero, 1832: *Cor non pacem habet. Quare? Peccatum apud fores manet*”. (“Mi corazón no tiene paz. ¿Por qué? El pecado está en mi puerta”).

“25 de enero: Un hermoso día. Ochenta y cuatro casos de cólera en Musselburgh. De qué manera se acerca, como una serpiente. ¿Quién será la primera víctima de por aquí? Que tus brazos eternos nos protejan, y estaremos a salvo”.

“29 de enero: Día de reposo. Esta tarde escuché al Sr. Bruce (el entonces ministro de la Nueva Iglesia del Norte, Edimburgo), predicar sobre [Malaquías 1:1–6](#). Constituye el verdadero fundamento principal de la acusación contra el hombre no regenerado, en que tiene afecto por su padre carnal, y reverencia hacia su patrón terrenal; ¡mas no hacia Dios! Un noble discurso de veras”.

“2 de febrero: ¡No vale la pena ni recordarlo! Y sin embargo, debo responder por estas veinticuatro horas”.

5 de febrero: Día de reposo. Por la tarde después de haber oído predicar al ya difunto Sr. Martin, de la Iglesia de S. Jorge, escribe, al volver a casa: “*O quam humilem, sed quam diligentissimum; quam dejectum, sed quam vigilem, quam die noctuque precantem, decet me esse quum tales viros aspicio. Juva, Pater, Fili, et Spiritus!*”. (“Oh, cuán humilde y, sin embargo, tan solícito, tan modesto y aún tan atento, cuán piadoso me parece todo de día y de noche, cuando veo hombres como estos. ¡Ayúdame, Padre, Hijo y Espíritu!”).

A partir de esta fecha parece ser que quedó, junto con su amigo el Sr. Somerville, bajo el ministerio del Sr. Bruce. Escribió copiosos apuntes durante sus discursos y sermones, que permanecen aún entre sus papeles.

“28 de febrero: Una conversación sobria. De buena gana volvería al tema más interesante de todos. El retroceso cobarde. ‘Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras’, etc.”.

En este tiempo, al oír que una amiga de la familia “*había decidido quedarse en el mundo*”, Robert escribió los siguientes versos acerca de su melancólica decisión:

Ella ha elegido el mundo,

Y su compañía fatal,

Ella ha elegido el mundo

Y su muerte tan real.

Ella ha elegido el mundo,

Con placeres sin nombrar,

Escogiéndolos primero

Que el tesoro celestial.

Ha botado ya su barca

En este mar de la vida,

Y remando con gran calma

Poco a poco se suicida.

Pues la estrella de Belén

Ni de lejos la divisa,

*Porque su meta la tiene
Lejos del puerto de Vida.
Cuando descienda la tormenta
Desde el cielo enfurecido,
¡Dónde escapará su nave
De este viento embravecido!
Y se oculten las estrellas
Y el timón se haya perdido,
Y el cielo se haya cerrado
Al viajero y su destino.
El remolino ya espera
Su magnífico regalo,
Mas con toda su esperanza
Al gran abismo caerá.
Y del lugar de la aflicción
Donde habitan los malvados,
Los impíos, los mundanos,
¿Quién es el que puede contar?
Pues el corazón humano
No puede ni imaginarse
Cuanto gozo hay al instante
Para los que quieren creer;
Ni cabe en sus pensamientos.
Que beban para su suerte
La copa amarga de muerte
Los que desprecian la fe.*

*Huye deprisa y no vuelvas
Hacia el placer terrenal,
¡Hay mentira en su sonrisa,
Y un aguijón que es mortal!
Deja de una vez los sueños
De esta noche pasajera,
Y deléitate en los rayos
De la luz que es siempre eterna.*

“6 de marzo: Impetuosos vientos y lluvia durante todo el día. Clase de Hebreo: los Salmos. Una nueva hermosura cada vez que leo el original. Disertación del Dr. Welsh, con la carta de Plinio acerca de los cristianos en Bitinia como tema. Una del profesor Jameson acerca del cuarzo. Y del Dr. Chalmers tratando de comprender los argumentos de Hume. Por la tarde: apuntes y poco más. La mente y el cuerpo aburridos”. He aquí un ejemplo de su constatación de los estudios diarios.

20 de marzo: Después de unas cuantas frases en latín, que concluían así: “*In meam animam veni, Domine Deus omnipotens*”, escribe: “Me apoyaba en un bastón de mi propia fabricación, y me traicionó, se quebró debajo de mí. No era tu bastón. Resolviéndome yo a ser un dios, Tú me mostraste mi mera condición humana. Pero ya que mi bastón se ha roto, ¿por qué no asirme del tuyo? Leí parte de la vida de Jonathan Edwards. ¡Cuán débil parece mi chispa de cristianismo comparada con su sol! Y sin embargo, aun su luz era prestada, y esa misma fuente de luz permanece abierta aún para iluminarme a mí”.

“8 de abril: Hallo mucho descanso en Él, el que llevó toda nuestra carga”.

“26 de abril: Esta noche me he atrevido a romper el hielo de un silencio no cristiano. Nuestro egoísmo en asuntos tan sagrados ¿no debería ser enterrado en las profundidades del Atlántico?”.

6 de mayo: Sábado por la tarde. Fue la noche antes de la Santa Cena, y con el propósito de dedicarse de nuevo al Señor, delante de su Mesa, repasa brevemente su estado. Había sido ordenado en mayo del año anterior por primera vez; aunque había vivido con comodidad, sin percatarse de la solemne naturaleza de este paso. Ahora se sienta y recuerda su pasado:

“¡Una masa de corrupción he sido! Cuánto tiempo viviendo sin Dios en el mundo; dado a los sentimientos y todas las cosas perecederas que me rodean. Al ser yo de una naturaleza sentimental, ¡cuánto de mi religión se ha teñido con estos tintes terrenales, y hasta este día! Aunque guardado del vicio flagrante por mi formación educacional y por temor al hombre, ¿cuánta iniquidad ha reinado en mi corazón! ¡Y cuántas veces, a pesar de todos mis esfuerzos, ha irrumpido esa iniquidad en forma de deseos e iras, ambiciones locas y palabras corruptas! Aunque mi vicio ha sido siempre

refinado, sin embargo ¡cuán sutilmente y de qué manera ha prevalecido! Y el día de reposo, la prueba de todo ello, gran parte dedicada al servicio de Dios ¡y con un total aburrimiento! ¡Corrompido por mis hipocresías, mi autosuficiencia, mis pensamientos mundanos y mis amigos incrédulos! Con cuánta formalidad he leído la Biblia, sin estar atento a sus palabras, y qué poco he leído: ¡tan poco que aun hoy no la he leído siquiera! ¡Con cuánta facilidad he obedecido los impulsos de mi corazón indómito! ¡Cuánto más he amado la criatura que al Creador! Oh Señor mi Dios, me permitiste vivir mientras te deshonraba, Tú lo sabes todo; y solo tu mano ha podido despertarme de la muerte que me rodeaba, y en donde estaba yo contento de morar. De buena gana hubiera yo huido del Pastor que me buscaba mientras yo me perdía; pero Él me tomó en sus brazos y me llevó de vuelta; y eso no porque yo valiera algo. Yo no soy digno de su servicio más que el australiano, no más digno de ser llamado ni elegido. ¿Y por qué dudo yo? No que Dios no quiera, ni que sea Él incapaz: de ambas cosas estoy convencido. Quizá sea por mis viejos pecados tan espantosos, y mi incredulidad demasiado ostentosa. Es más: vengo a Cristo, no *aunque* sea yo un pecador, sino *porque* soy un pecador, el mayor de todos". Y entonces añade: "Y aunque mi sensibilidad y entusiasmo naturales tengan un gran efecto sobre mí, creo de veras que mi alma, con todas sus inquietudes, tiene un deseo sincero y celoso de descansar en Dios y en Cristo, y que su Reino ocupe gran parte de mis pensamientos, y aun de mis inclinaciones por tanto tiempo corrompidas. No a mí, no a mí, sea atribuida la más mínima sombra de mérito ni de alabanza, ¡sino que a tu santísimo Nombre sea toda la gloria! Tan cierto como que hiciste la boca con que te hablo en oración, tan cierto es que Tú inspiras cada oración de fe que sale de mis labios. Tú me hiciste, todo lo que soy, y Tú me diste todo lo que tengo".

El día siguiente, después de comulgar, escribe: "Recuerdo bien cuando era un enemigo, y cuando aborrecía esta ordenanza como algo obligatorio; mas si estoy ligado a Cristo en mi corazón, no temeré atadura alguna que me pueda acercar a Él". Por la noche: "Hay mucha paz. Mira atrás, oh alma mía, y ve con qué espíritu vivías tan solo hace doce meses: alma mía, ¡tu lugar está en el polvo!".

"19 de mayo: He considerado la posibilidad de testificar por Cristo en otros países con mucho más ánimo".

"4 de junio: He caminado cerca de Craighleith en compañía de A. Somerville. Conversábamos acerca de las misiones. Si he de marcharme para hablar de las incomparables riquezas de Cristo a los paganos, solo una cosa pido: que yo esté lejos de las funestas influencias de la estima o del menosprecio. Si los motivos mundanos me acompañan, jamás llevaré a ningún alma a la salvación, y perderé la mía en el intento".

"22 de junio: Variedad en los estudios. Traducción a la Septuaginta de Éxodo, y de la Vulgata. Compré las obras de Edwards. Dibujo. Verdaderamente, no había nada en mí para que me eligiera. Yo era como los demás, prendido ya con fuego, ¡para arder por toda la eternidad! Tan pronto como podría saltar el leño del fuego, y reverdecerse como árbol frondoso, así podría mi alma saltar para vida nueva".

25 de junio: refiriéndose a la función del santo ministerio, escribe: “¡Con qué prontitud perdemos las horas en vanas charlas, igual que el resto del mundo! ¿Cómo puede ser eso en aquellos que han sido escogidos para este gran ministerio? ¡Participando en la obra juntamente con Dios! ¡Heraldos de su Hijo, evangelistas! Hombres apartados para la obra, elegidos de entre los elegidos, se puede decir la crema y nata del rebaño, ¡que deben brillar como las estrellas para siempre jamás! ¡Ay! ¡Ay, alma mía, ¿dónde aparecerás? Oh Señor mi Dios, ¡soy un niño pequeño! Pero Tú enviarás un ángel con un carbón encendido del altar para tocar mis labios inmundos, para vivificar mi lengua, para que yo pueda decir con Isaías: ‘Heme aquí, envíame a mí’ ”. Y luego, después de leer un poco en las obras de Edwards, escribe: “Ojalá que mi corazón y mi entendimiento crecieran juntos, como hermanos, apoyándose mutuamente”.

“27 de junio: La vida de David Brainerd. ¡Hombre admirable de veras! ¡Cuánto conflicto, cuántas depresiones, abandonos, fuerzas, avances, victorias, en tu desgarrado pecho! No puedo expresar lo que siento cuando pienso en ti. Esta noche, más que nunca, estoy decidido a emprender un viaje misionero”.

“28 de junio: Ay, ¡cuánto desearía tener la humildad de Brainerd y su disposición de odio hacia el pecado!”.

“30 de junio: Muchos descuidos, pecado y aflicción. ¡Ay, miserable hombre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Entra, alma mía, en la roca, para esconderte en el polvo, por temor al Señor y la gloria de su majestad”. Y a continuación escribe unos versos, algunos de ellos dicen así:

Me levantaré con gozo

Para buscar a mi Padre,

Y debajo de mi carga

Doblado, iré a adorarle.

Delante de Él dejaré

Mis pecados, y al instante

Mi alma limpia ya será,

Lavándola con su sangre.

Y dentro de mí pondrá

Un corazón tan radiante

Que otra cosa no querrá

Sino aprender a adorarle.

*De buena gana hallaría
El gozo que permanece,
Que nunca se desvirtúa
Y que no se desvanece.
A la fuente de la vida
Venid conmigo y ya siempre
Del agua limpia bebed,
Tomadla así, libremente.
Vengo a Cristo, pues yo sé,
A pesar de que yo fuera
El más vil de todos, Él
Me busca hasta que me encuentra.
Cuando le hallare con fe,
Caminar en su presencia,
Descansar seguro en Él
Será para mí una urgencia.
Pues nunca podré mover
Ni un dedo sin que estas cuerdas
Sean desatadas por Él,
Sean echadas en su cuenta.*

“3 de julio: Esta última raíz de mundanalidad, que tan a menudo me ha traicionado, lo ha hecho esta noche con tal magnitud que solo puedo imaginar que Dios lo ha querido así para hacerme odiarla y abandonarla para siempre. Lo prometería solemnemente; pero conviene más orar como el pobre gusano que soy. ¡Siéntate en el polvo, alma mía!”. Yo creo que realmente pudo mantener su resolución. Solo fue seducido una vez más por las diversiones a finales de ese mismo año; pero esa fue la última vez.

“7 de julio: Sábado. Después de acabar mis estudios, intenté ayunar un poco, con mucha oración, para buscar el rostro de Dios, recordando lo que ocurrió esta misma noche del año pasado” (refiriéndose a la muerte de su hermano).

“22 de julio: Esta noche he podido comprender mejor aquella abnegación y humillación con que uno debe venir a Cristo: una negación del yo, hollándolo bajo los pies, un reconocimiento de la perfecta y completa justicia de Dios que solo puede condenarnos y echarnos en lo más profundo del Infierno: un sentimiento de que, aún en el Infierno mismo, deberíamos *regocijarnos* en su soberanía y decir que todo se ha hecho bien”.

“15 de agosto: He hecho muy poco, e igualmente he sufrido poco. Una pregunta de tremenda importancia: ¿estoy redimiendo el tiempo?”.

“18 de agosto: He sabido de la muerte de James Somerville por la fiebre, inducida por el cólera. ¡Oh Dios, tus caminos y tus pensamientos no son como los nuestros! Acababa de predicar su primer sermón. Le vi por última vez el viernes 27 de julio, en la puerta del colegio; nos estrechamos las manos; poco sabía yo que no le iba a ver más en esta Tierra”.

“2 de septiembre: Día de reposo por la tarde. He estado leyendo. Demasiado absorto, demasiado poca devoción. Preparativos para una caída. Aviso. Puede que estemos demasiado absortos con la mera capa exterior de las cosas celestiales”.

“9 de septiembre: ¡Ojalá tuviera yo la verdadera humildad no fingida! Sé que tengo motivos para ser humilde; y sin embargo, no me doy cuenta ni de la mitad de esos motivos. Conozco mi orgullo y, sin embargo, no me doy cuenta ni de la mitad de ese orgullo”.

“30 de septiembre: Me siento algo amonestado, a causa de mi pobre observancia del día de reposo. Lo mejor es ser explícito y valiente”.

“1 de noviembre: Abundan más mis anhelos por la obra del ministerio. ¡Ojalá Cristo me tuviera por fiel, para encomendarme a mí la comisión del Evangelio!” (cf. [1 Co. 9:17](#)). Luego añade: “Tengo mucha paz. *En paz, porque creo*”.

2 de diciembre: Hasta la fecha, solía pasar la mayor parte de su tiempo los días de reposo por la noche en ampliar sus anotaciones de los sermones del Sr. Bruce; pero ahora: “He decidido ser más breve con mis anotaciones, para tener una velada dominical más práctica, reflexiva y descansada”.

“11 de diciembre: Tengo un espíritu inapropiado para hacer mi devocional. Mis oraciones están vacías”.

“31 de diciembre: En este año que ahora acaba, Dios me ha presentado los preparativos para el ministerio: le bendigo por eso. Me ha ayudado a olvidar mi vergüenza en pronunciar su nombre, y para estar de parte suya, ante ciertos amigos en especial: le bendigo por eso. Y en conclusión, me ha quitado otros amigos que podrían haber sido una trampa para mí, piedras de tropiezo: le bendigo

por eso. Me ha presentado a un amigo cristiano, sellando cada vez más mi amistad con él: le bendigo por eso”.

27 de enero, 1833: En esta fecha, su hermano David había tenido la costumbre de escribir un “*Carmen Natale*” con motivo del cumpleaños de su padre. Este año, Robert asume esta costumbre doméstica; y escribe con tiernas y hermosas alusiones:

*¿Dónde está aquel arpa tocada en tu honor,
En momentos tan dulces, tan llenos de amor?
Con llantos de gozo, con lágrimas vivas,
Con placeres puros, y sin inmundicias.
El arpa enmudece, su fuerza se acaba,
Las cuerdas tan tensas, muy tristes, ¡se callan!
Las murmuraciones en vano ¿nos ciegan?
¿Pues no fue su muerte la ganancia eterna?
¿Lloraremos si se marcha de esta Tierra,
Para morar en las regiones eternas?
Si bien aquí abajo brillaba con fuerza,
Su luz es más fuerte sentado a su diestra.
Aunque en tono dulce a su padre cantaba,
Sintió la alegría que un día le inspirara
Un tono más santo que suena en su arpa,
Un canto a su Padre, al Dios de su alma.*

3 de febrero. Robert escribe a un amigo médico de su hermano William, y dice: “Recuerdo que hace muchos años hiciste un comentario a mi hermano William, que de alguna manera u otra ha quedado en mi mente; a saber, que los hombres de la medicina deberían hacer un estudio preciso de la Biblia, con el único fin de administrar convicción y consuelo a sus pacientes. Creo recordar que tú dijiste haber ya comenzado con esta tarea. Confío en que tal decisión, aunque tomada en la juventud, no te traerá vergüenza en los años de tu madurez”.

“11 de febrero: De alguna manera me siento vencido. Veamos: aquí hay un defecto impenetrable. He omitido leer la Palabra con humildad y propósito. ¿Cuál de las plantas no se marchita por falta de agua?”.

“16 de febrero: He caminado hasta la Colina de Corstophine. Una vista despejada e impresionante; aguas azules, campos de trigo y abetos verdes. He reflexionado mucho sobre las necesidades de mi juventud. ¿Cuántas son, oh Señor? Resumidas en una: ¡la impiedad!”.

“21 de febrero: ¿Aún estoy dispuesto a predicar a los paganos perdidos?”.

“8 de marzo: Crítica bíblica. Pero esta no debe reemplazar la obra de mi corazón. ¡Qué adecuado resulta!”.

“12 de marzo: ¡Oh, anhelo actividad, actividad, actividad!”.

“29 de marzo: Hoy mi segundo curso (en *Divinity Hall*) acaba. Me encuentro ahora a la mitad de mi carrera. ¡Que Dios me mantenga con pasos firmes!”.

“31 de marzo: ¡El toro embiste en la red! ¿Como puede imitar el cristiano las ansias del mundano?”.

17 de abril: Robert se enteró de la muerte de una persona, amada por muchos amigos y lamentada por todos ellos. Este acontecimiento le llevó a tocar de nuevo las cuerdas de su arpa, aunque de manera irregular, y sin embargo con dulzura y tristeza.

“TODOS NOS MARCHITAMOS COMO UNA HOJA”

Ella vivió:

Ella vivía tan frágil,

Vulnerable y delicada

Que cada golpe de viento

Que sopla fuerte en invierno

Parecía derribarla.

Vivió y demostró que Aquel

Que en el mar tormenta calma

Domina todo el poder

Del invierno duro y cruel

Y lo convierte en bonanza.

Mantiene viva la flor

Más pequeña de la Tierra,

Y en sus brazos al cordero

Lo sostiene, y con su celo

Lo libra de una muerte cierta.

Ella murió:

Y moría en primavera,

Cuando las alegres flores

Decoraban enramadas,

Cuando el jilguero entonaba

Sus favoritas baladas.

La dulzura de su voz

Para siempre se callará,

Y la anémona salió,

Y ella en el cojín se halló

Fría, blanca y delicada.

La más hermosa murió

Para mostrar a nosotros

Que el más bello ha de caer,

Y en la frente se han de ver

Estas palabras por todos.

Ni los votos del amado

Con su inefable hermosura

Retener pueden alientos,

*Fugaces como los tiempos,
De esa muerte tan segura.*

Ella vive:

*El espíritu salió
De la tierra, y ella vive,
Y Aquel que lo dio a nacer,
A su morada con Él
Se la lleva, y ella dice:
“Yo vivo para contar
Bendiciones tan grandiosas
De aquellos que son lavados,
Escogidos y salvados
Por su sangre tan preciosa.
“¡Que espantosa destrucción
De quien desciende a la tumba
Sin cubrirse de la ira
Del que con fuego castiga,
Sin ver la luz que alumbra!”.*

Ella vivirá:

*Y la tumba entregará
Su premio, cuando del Cielo
Cristo venga con su gloria,
Su majestad y victoria,
Y a los muertos levantará.
Y expectantes estaremos,*

Que muchos más se han de alzar,

Y nos veremos reunidos,

Y por Él muy bendecidos,

Y sus pies así abrazar.

“20 de mayo: Asamblea General. Se perdió la moción para las Capillas de Ease a razón de 106 a 103. Cada golpe del ariete viene con más fuerza, hasta que todo cederá”.

“4 de junio: Una velada casi perdida del todo. La música no santifica, aunque suavice hasta afeminar el corazón”.

“22 de junio: Las omisiones abren camino a las acciones. ¡Oh de haber hecho yo caso al aviso! La riqueza de todo el mundo no puede compararse con ese dicho: ‘Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre’. ¿Pero cómo podemos los que estamos muertos al pecado vivir aún en él?”.

“30 de junio: Examinando mi corazón. ¿Por qué la vida misionera está tan a menudo en mis pensamientos? ¿Será simplemente el amor que siento por las almas? Entonces, ¿por qué no lo demuestro más aquí donde estoy? Las almas de aquí son tan valiosas como las de Birmania. ¿No será que me atrae el romanticismo que eso conlleva, la estima y el interés que me acompañarían? ¿Los diarios y las cartas que yo escribiría y recibiría? ¿Por qué me siento más atraído hacia el Oriente que a las Antillas? ¿Estoy engañando a mi propio corazón? ¿Es que no tengo ni una chispa del verdadero celo misionero? Señor, dame el entendimiento para imitar el espíritu de aquellas palabras celestiales de tu amado Hijo: ‘Basta que el discípulo sea como su Maestro, y el siervo como su Señor’. ‘El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí’. *¡Gloria in excelsis Deo!*”.

“13 de agosto: Solo con una clara convicción de pecado podemos obtener la única y verdadera confianza para depender de la justicia de otro y, por tanto (¡aunque parezca mentira!), de paz y alegría para el cristiano”.

“8 de septiembre: Estoy leyendo *Private Thoughts* (Pensamientos íntimos), de Adam. ¡Ay, qué no daría yo por tener su humildad tan sincera! ¡Ay de mí! Extraviado estoy en montañas de orgullo, al ver que todo lo que hago se tiñe con los mismos pecados que este hombre aborrece; ¿y dónde está mi llanto, mis lágrimas, por encima de mi deseo de ser alabado?”.

“14 de noviembre: Redacción, una labor agradable. Me temo que el deseo de ser admirado, y sus efectos, cala hondo en mí. Que Dios me guarde de predicarme a mí mismo, y no a Cristo crucificado”.

“15 de enero, 1834: He sabido de la muerte de J.S., en las aguas del Cabo de Buena Esperanza. ¡Oh Dios! ¡Cómo desgarras a las familias! En verdad debe de tratarse de una enfermedad muy grave, cuando un cirujano de corazón tierno corta tan profundo. Cuánto más, cuando Dios es quien opera: ‘Porque Él no castiga *por gusto*, ni aflige a los hijos de los hombres’ ([Lm. 3:33](#) LBLA)”.

“23 de febrero: Día de reposo. Me levanté temprano para buscar a Dios, y hallé a Aquel a quien ama mi alma. ¿Quién no se levantaría para tener tal encuentro? Las lluvias han pasado. ‘Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán’ ([Sal. 126:5](#))”.

24 de febrero: Robert escribe una carta a una persona que, según temía él, no sentía una verdadera convicción de pecado, sino un mero sentimentalismo. “¿Es posible, piensas tú, que una persona presuma de sus miserias? ¿No podría ser que el orgullo leuda toda nuestra aflicción e insensibilidad, cuando cavilamos sobre nuestros dolores no terrenales, cuando somos excluidos de un mundo incomprensivo, en ser nosotros los inválidos del hospital de Cristo?”. Robert había sido instruido por el Espíritu que es más humillante para nosotros *recibir lo que la gracia nos ofrece* que lamentar nuestras necesidades e inutilidad.

Dos días después constata, con asombro agradecido, que por primera vez en su vida se siente dichoso por haber despertado un alma. Todos aquellos que hallan a Cristo en sus propias vidas se sienten compelidos, por la santa necesidad de un amor apremiante, a buscar la salvación de otros. Andrés buscó a su hermano Pedro, y Felipe a su amigo Natanael. Y así ocurrió con el caso que tenemos entre manos. Nada más saber que la justicia de Cristo le cubría, anheló ver a otros también cubiertos con las vestiduras sin mancha. Y resulta de un singular interés leer acerca de los sentimientos de uno que iba a ser tan bienaventurado rescatando almas en el futuro, cuando vio por primera vez cómo el Señor le utilizaba, por su gracia, en esta labor más que angélica. Tenemos su propio testimonio:

“26 de febrero: Después del sermón. La preciosa noticia de un alma tocada por la gracia del Salvador. Cuán bendita la respuesta a la oración, ¡si realmente es así! ‘¿Vivirán estos huesos? Señor Jehová, tú lo sabes’. Cosa más bendita es ver los primeros dolores de un espíritu despertado cuando clama: ‘No puedo verme tan pecador; no puedo orar, pues delira mi vil corazón’. Me ha renovado más que mil sermones. No sé cómo agradecerle a mi Dios, ni admirarlo lo suficiente, por este comienzo de su obra. Señor, ¡perfecciona aquello que has empezado!”. Y unos días después: “Señor, te agradezco tanto que me mostraras esta obra tuya tan admirable, a pesar de ser yo un mero espectador que adora en lugar de un instrumento”.

No menos interesante —en este caso de uno tan dotado para la labor de la visita a los desamparados, y con dones tan singulares a la hora de ministrar la Palabra junto a los lechos de los moribundos— es hallar una descripción de la ocasión en que el Señor le llevó a efectuar un estudio de este campo de su labor. Existía en aquel tiempo entre los estudiantes del *Divinity Hall* una sociedad que tenía como meta estimularse mutuamente para dedicar una hora o dos a la semana a la visita de los desamparados y necesitados en los barrios más pobres de la ciudad. Nuestra norma era dedicar una hora de vez en cuando a esta obra, bien fuera durante los intervalos entre las clases, o en una de nuestras horas de recreo, sin quitarle tiempo a los estudios. Al principio, todos lo consideramos como una prueba algo fatigosa para la carne; no obstante, ninguno se arrepintió jamás de haber perseverado en ello. Un sábado por la mañana, al acabar la reunión de oración que solíamos celebrar en el despacho del Dr. Chalmers, fuimos juntos a una barriada en la Colina del

Castillo. Para Robert, era su primera impresión del paganismo en su propia ciudad natal, y sus efectos fueron duraderos.

“3 de marzo: He acompañado a A.B. en una de sus visitas, a algunas de las moradas más miserables que había visto en mi vida. Nunca me habría imaginado tal cosa. Ah, ¿por qué soy yo un extraño para los pobres de mi propia ciudad? He pasado por delante de sus puertas miles de veces; he llegado a admirar estos sucios edificios amontonados, con sus altas chimeneas irrumpiendo en los rayos del sol; ¿por qué nunca me aventuré a entrar por sus puertas? ¿Mora en mí de veras el amor de Dios? ¡Hasta los más pobres y viles extienden una cordial bienvenida a la voz de la benevolencia cristiana! ¡Estas masas de seres humanos amontonadas, sin la visita del amigo ni del ministro! ‘Ni hay quien cuide de mi vida’ ([Sal. 142:4](#)) está escrito en cada frente. ¡Despierta, alma mía! ¿Daré más tiempo al mundo vanidoso, cuando existe un mundo de tanta miseria en mi propia puerta? Señor, esfuérzame con tu propia fuerza; confirma cada resolución; perdona mi vida pasada tan necia e inútil”.

Y de esta manera llegó a ser uno de los miembros más constantes de la Sociedad, interesándose por un distrito en el Canongate, dando clase en una escuela dominical y distribuyendo copias del *Monthly Visitor* (El Visitador Mensual) junto con el Sr. Somerville. Su experiencia en estas áreas le ayudó a comprender la depravación del pecador en todas sus formas. Describe su primera visita al distrito con estas palabras:

“24 de marzo. He visitado a dos familias con razonable éxito. ¡Que la bendición de Dios nos acompañe! Empecé con temor y temblor, con debilidad. Que el poder sea de Dios”. Poco después narra la siguiente escena: “Entré en la casa de X. Le oí como maldecía mientras yo subía las escaleras. Le encontré atacando verbalmente a sus tres nietos, abandonados en su casa por su hija. Ella es una pobre miserable, llena de cicatrices y dura de corazón. Leí en [Ezequiel 23](#). Fuimos interrumpidos por la entrada de su otra hija, exigiendo unos documentos matrimoniales. Luego fue más discreta. Prometió volver; no volvió. Después entró su suegro —un lamentable espectáculo de viejo borracho— exigiendo dinero. Se marchó respirando amenazas”. Otro caso que menciona en particular habla de una mujer enferma que, aunque descuidada antes, de repente parecía flotar en un mar de gozo, sin poder ofrecer ninguna razón bíblica para este cambio. Continuó así, creo, hasta su muerte; sin embargo, él temía que se tratara de un engaño de Satanás disfrazado de ángel de luz. No obstante, un alma sí fue llevada, según todas las apariencias, a la Roca de la Eternidad durante esas visitas que hacía junto a su amigo y preparadas con tanta oración. Estos eran los primeros frutos.

Robert continúa con su diario, aunque aparecen intervalos considerables en la constatación de su estado espiritual.

“9 de mayo: Con cuánta bondad ha tratado Dios conmigo cada vez que me he esclavizado. Aprenderé al menos a gloriarme en las desilusiones”.

“10 de mayo: Delante de la Mesa. Menos interés que nunca en el ministro. Que hable el Maestro del festín, y solo Él, a mi corazón”. En tales momentos él sentía, al igual que muchos otros hijos de

Dios, que la *Cena misma* debería “satisfacer sus almas con abundancia” (cf. [Jer. 31:14](#)), y no tanto el discurso del ministro.

21 de mayo. Resulta conmovedor leer la siguiente anotación: “Hoy he cumplido 21 años. Cuánto tiempo viviendo de manera inútil, ¡solo Tú lo sabes! *Neff* murió a los 31 años; ¿y yo, cuándo?”.

29 de mayo. En este día escribió con mucha fidelidad, y al mismo tiempo con mucha bondad, a una persona que, según creía él, no era creyente, a pesar de apropiarse ella de las *promesas* de Dios para sí misma. “Si no tienes la seguridad de ser un creyente, ¿no será una contradicción de términos decir que estás segura que las promesas de los creyentes son para ti? ¿Tienes la seguridad de tu salvación? Si es así, regójate de ser heredera, y eso con temblor; pues eso mismo caracteriza a los herederos de Dios. Pero si no tienes la seguridad, es más, si no tienes ninguna seguridad en absoluto, entonces ¿qué locura es esta, el atreverte a decir a tu alma que estas promesas escritas en la Biblia pertenecen a todos por igual? Es una contradicción demasiado grande como para que la comprendas, excepto en palabras”. A continuación le demuestra que la *promesa gratuita de Cristo* debe ser aceptada por el pecador, y que de esta manera las promesas vienen a ser tuyas. “El pecador obedece la llamada: ‘Venid a mí’; solo entonces, y nunca antes, podrá reclamar la *promesa* anexa como suya: ‘y yo os daré descanso’ ”.

“14 de agosto: He ayunado a medias, buscando el rostro de Dios en oración. En este día hace treinta años nació mi amado hermano difunto. Oh por un amor mayor, para luego tener más paz”. Aquella misma tarde compuso el himno titulado “La higuera estéril”.

“17 de octubre: He cambiado mi meditación personal por la conversación. He aquí la raíz de toda maldad: si abandonamos a Dios, Él nos abandona también”.

En una tarde de ese mes, había estado leyendo en *Call to the Unconverted* (Llamamiento a los inconversos) de Baxter. Profundamente impactado por la tremenda y solemne urgencia con que escribía este hombre de Dios, fue llevado a escribir las siguientes líneas:

Aunque los labios de Baxter

Hace tiempo que callaran

Y la muerte enmudeció

La lengua que consiguió

Que muchos se despertaran;

Aun muerto, nos habla hoy

Desde la tumba callada,

Con la fuerza de su voz

Como de un ángel de Sion,

Aún retumba su llamada.
Que Dios permita también
Que, aun dormidos en la tierra,
Así podamos hablar,
Junto a Baxter declarar,
Consejos de vida eterna.

El Sr. M'Cheyne solía sufrir frecuentes ataques de fiebre, y uno de ellos le obligó a guardar cama el 15 de noviembre. Sin embargo, este brote fue de corta duración. El día 21 escribe: "Bendice oh alma mía, a Jehová tu Dios, y no olvides ninguno de sus beneficios. Estoy aprendiendo cada vez más el valor de *Jehovah Tzidkenu*". Tres días antes había compuesto su famoso himno: "I once was a stranger", etc. (Era yo una vez un extraño) titulado "*Jehovah Tzidkenu*, consigna de los reformadores". Fue fruto de una leve enfermedad que sometió a prueba su alma al colocarla en una posición más inmediata frente al trono del juicio de Cristo; y el himno que él cantaba con tanta dulzura revela la confianza segura y sólida de su alma. Con referencia a aquella misma enfermedad, parece ser que escribió las siguientes estrofas el 24 de noviembre:

Él envuelve con ternura
Al corazón quebrantado,
El alma que esté caída
Levantará con su mano.
Sobre el dolor pone gozo,
Como ungüento deseado;
Sobre el duelo, alabanza
Será vestidopreciado.
Venid entonces, cantad
Alabanzas al Dios Santo,
Quien lo quita y quien lo da,
Pues es Dios de lo creado.
Quien primero, con bondad,
Luego con vara y cayado,

Con paciencia va a enseñar

Cómo orar a nuestro Amado.

Levantán en asamblea,

Con himnos de gratitud,

Aquellos que los pecados

Les fueron ya perdonados

Por la muerte de Jesús.

“9 de noviembre: He sabido de la muerte de Edward Irving. Su recuerdo me inspira reverencia, como los mismos santos y mártires de antaño. Un hombre santo a pesar de todos sus engaños y errores. Ahora está con su Dios, su Salvador, a quién ofendió tanto, y a quien sin embargo amó con tanta sinceridad; de ello estoy convencido. ¡Cuán importante es buscar la sabiduría no en nosotros mismos, sino en el Dios de toda gracia!”.

“21 de noviembre: Señor, envíame tantas calamidades y penosas pruebas como sean necesarias, si es que ninguna otra cosa es capaz de despertarme de mi adormecimiento terrenal. Siempre será mejor estar vivo para ti, cualquiera que sea el instrumento vivificador. Mi mano tiembla al escribir porque, ¡oh, veo ocasiones muy probables de dolorosa aflicción por doquier!”.

“15 de febrero, 1835: Mañana he de superar la prueba ante el Presbiterio. Que Dios me conceda valor en mi momento de necesidad. ¿Qué temeré? Si Dios me considera apto por el ministerio, ¿quién me detendrá? Si no soy adecuado, ¿cómo seré impulsado a serlo? A tu servicio deseo dedicarme, una y otra vez”.

“1 de marzo: Servicio corporal. ¡Cómo cambia el corazón! He aquí mis inclinaciones mundanas, desordenadas; pasiones fuertes, vulgares; zonas tanto de hierro como de seda. Pero, gracias te doy, oh mi Dios, que ellas me hacen gritar: ‘¡Oh, miserable hombre de mí!’ La debilidad corporal también me deprime”.

“29 de marzo: Las clases acabaron el viernes pasado. Mi última comparecencia en ellas. La vida misma se desvanece. Se apresura hacia la eternidad”.

Podemos ver en estos documentos cómo Dios trató con su alma hasta el momento en que obtuvo su licencia para predicar el Evangelio. Su disciplina preparatoria, tanto de corazón como intelectual, había sido dirigida por la Gran Cabeza de la Iglesia de tal manera que resultó ser admirablemente idóneo para la obra que iba a llevar a cabo en la viña.

Preparaba su alma para la terrible labor del ministerio con abundante oración, y con diligentes estudios de la Palabra de Dios; a través de la aflicción en su propia persona; por medio de pruebas personales y dolorosas tentaciones; por la experiencia de la profunda corrupción de su propia

corazón; y descubriendo la plenitud de la gracia del Salvador. Aprendió por experiencia a preguntar: “¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” ([1 Jn 5:5](#)). Durante los próximos cuatro años, su despertar, a menudo ahogado por las aguas, fue levantado una y otra vez por aquella misma mano divina que primero le sacó, hasta que al final, aunque zarandeado con violencia muchas veces, pudo montar en la cresta de la ola. Parece ser que aprendió el camino de la salvación por pura experiencia; es decir que lo conocía con exactitud tanto en la teoría como en la práctica; y por consiguiente, todo su ministerio fue sin duda un continuo dar de su propia vida interior.

La Sociedad de Visitas antes mencionada ayudó de manera bendita en el cultivo de su alma, así como la Asociación Misionera y la Reunión de Oración relacionadas con ella. Ninguno era tan fiel a la hora de suplicar, y él llevaba la alabanza ante el trono con mucha frecuencia. Durante algún tiempo fue Secretario de la Asociación, interesándose profundamente por las labores de los misioneros. De hecho, hasta el último día de su vida, sus pensamientos giraban en torno a las tierras extrañas, y en una de las últimas cartas que escribió al Secretariado de la Asociación en Edimburgo expresaba su inquebrantable interés por la prosperidad de aquella entidad.

Durante los primeros años en el colegio, no dedicaba toda su atención a los estudios; no obstante, tan pronto empezó a producirse un cambio en su alma, los estudios también comenzaron a beneficiarse de los resultados. Con un sentido de la responsabilidad más profundo, empezó a utilizar sus dones para el servicio de Aquel que los otorga. Hubo pocos como él que, mientras con una devoción de espíritu buscaba estar siempre ocupado en la viña del Señor, fuera capaz de retener un interés tan inquebrantable y continuo por las ventajas de los estudios. Mientras asistía a sus clases habituales de literatura y filosofía, encontró un hueco para ocuparse también en la Geología y las Ciencias Naturales. Y durante los días más exitosos de su ministerio, cuando, aparte de su propia alma, su parroquia y su congregación le importaban más que nada, a menudo se le oía lamentarse de no haber adquirido más conocimientos útiles; pues halló que podía utilizar las joyas de los Egipcios para el servicio de Cristo. Sus estudios anteriores a veces le proporcionaban alguna ilustración acertada de la Verdad divina, que de repente le venía a la memoria justo en el momento en que se encontraba predicando el glorioso Evangelio a los más viles y necesitados. Sus propias palabras demostrarán mejor su parecer en cuanto a los estudios, asimismo la manera como él consideraba que se debe estudiar, a saber, con mucha oración. “Continúa con tus estudios — escribía a un joven estudiante en 1840—. Recuerda que ahora estás formando en gran medida el carácter de tu futuro ministerio, si es que Dios tiene clemencia contigo. Si formas hábitos de estudio perezosos o descuidados ahora, nunca te librarás de ellos. Hazlo todo en su momento. Hazlo todo con diligencia: si vale la pena, entonces hazlo con todas tus fuerzas. Sobre todo, quédate en la presencia de Dios. No mires nunca al rostro del hombre hasta que primero no hayas visto el rostro de aquel que es nuestra vida, nuestro todo. Ora por los demás: tus profesores, tus compañeros de estudio”, etc. A otro escribió: “Ten cuidado con la atmósfera de los clásicos. Es verdaderamente pernicioso; y te hará mucha falta que el viento del Sur sople sobre las Escrituras para contrarrestarlo. Verdaderamente es bueno conocerlos; aunque, igual que el alquimista que maneja los venenos, solo con el fin de descubrir sus cualidades, no para infectar su sangre”. Y escribió también: “Ora para

que el Espíritu Santo haga de ti no solo un creyente y un buen muchacho, sino sabio para con tus estudios. A veces un rayo de luz divina en el alma puede obrar maravillas en la solución de un problema de matemáticas. La sonrisa de Dios calma el espíritu, y la mano izquierda de Jesús sostiene la cabeza desfallecida, y su Santo Espíritu aviva la afectividad; para que aun los estudios naturales se hagan un millón de veces más fáciles y cómodos”.

Antes de entrar en *Divinity Hall*, había estado asistiendo a clases privadas de Hebreo; y después de asistir a las dos sesiones en la clase del Colegio del Dr. Brunton, hizo grandes avances en aquella lengua. Era capaz de consultar el hebreo original del Antiguo Testamento con tanta facilidad como la mayoría de nuestros ministros pueden consultar el griego del Nuevo.

Más o menos en este tiempo, durante su primer año en *Divinity Hall*, empecé a conocerle como amigo íntimo. Durante las vacaciones estivales, para así redimir el tiempo, algunos de nosotros que nos habíamos quedado en la ciudad, mientras la mayoría de los compañeros se habían marchado al campo, solíamos reunirnos una vez a la semana por la mañana, con el propósito de investigar algún punto de la *Teología Sistemática*, compartiendo entre todos los resultados de nuestra lectura privada. En otro momento nos reuníamos también de la misma manera, hasta haber entendido los puntos principales de la *Controversia papal*. Nuestros avances en los conocimientos de las Escrituras griegas y hebreas también servían para unirnos; y durante un verano nos reunimos para el estudio de *La profecía incumplida* una vez a la semana, muy temprano por la mañana, cuando, a pesar de que nuestras opiniones diferían mucho en cuanto a puntos concretos, siempre recibíamos alimento para nuestras almas en las Escrituras que explorábamos. Sin embargo, ninguna sociedad de este tipo nos resultó tan útil o placentera como aquella que, según el objeto del estudio, recibió el nombre de *Exegética*. La reunión tenía lugar cada sábado por la mañana a las 6:30, durante la sesión de las Clases Teológicas. Nuestra meta era el estudio de la crítica bíblica, y cualquier otra cosa que pudiera arrojar luz sobre la Palabra de Dios; y estas reuniones se mantenían con regularidad durante cuatro sesiones. El Sr. M'Cheyne decía que tenía una deuda con esta sociedad por la gran disciplina mental sobre la literatura judía y la geografía de la Escritura que le había proporcionado, y que le resultaría tan útil durante la Misión de Investigación a los judíos en días posteriores.

Sin embargo, estas ayudas en el estudio no eran al fin y al cabo más que suplementarias. Recibió gran parte de su formación y cultura a través de los estudios sistemáticos y metódicos del *Divinity Hall*. Bajo la tutoría del Dr. Chalmers en Teología y del Dr. Welsh en Historia de la Iglesia, esos cuatro años de estudios proporcionaban una ventaja no pequeña en la ampliación de su entendimiento. Cada día se le abrían nuevas áreas de pensamiento. Sus apuntes y su diario son testimonio de su esfuerzo para retener todo lo que había oído, y de cómo intentaba, según el tiempo le permitía, leer todos los libros recomendados por sus profesores. Muchos años después, recordaba con gratitud aquellas lecciones que había recibido en clase. Un día, cabalgando desde Abernethy camino a Dundee en compañía del Sr. Hamilton (ahora en Regent Square, Londres), comentaban la mejor manera de dividir un sermón. “Yo solía —dijo él— despreciar las reglas del Dr. Welsh cuando le escuchaba y, sin embargo, ahora siento que *debo aplicarlas*, porque resulta tan necesario un orden lógico en la preparación de un sermón si este ha de ser memorable e impresionante”.

Tenía una alta capacidad intelectual; con una comprensión clara y precisa de la materia, que expresaba con acierto, siempre destacaba entre sus compañeros. Junto con un ardiente deseo de ampliar sus conocimientos de la verdad en todas sus ramas, y una gran y precisa memoria para retener lo que había encontrado, mostraba también una sorprendente franqueza al examinar todo aquello que afirmaba ser la verdad. Poseía también una mente hábil y emprendedora, una mente que podía llevar a cabo todo aquello que se le proponía y capaz de hallar nueva luz ella misma. Poseía grandes facultades para el análisis; a menudo su juicio descubría una distinción singular. Su imaginación pocas veces cortejaba objetivos grandiosos; un amigo dijo de él una vez: “Tenía un ojo bondadoso y tranquilo que veía la hermosura viviente de la naturaleza más bien que lo majestuoso y sublime”.

La vida de Robert Murray M'Cheyne

Andrew Bonar

La vida de Robert Murray M'Cheyne

Publicado por Editorial Peregrino, S.L.

Apartado 19

13350 Moral de Calatrava (Ciudad Real) España

Publicado por primera vez en inglés bajo el título

The Life of Robert Murray M'Cheyne en 1844

Primera edición en español: 2004

Copyright © Editorial Peregrino, S.L. 2004 para la versión española

Traducción: Valerie Crespí-Green

Versificación: Antonio Torres Villén

Revisión de estilo: Linda Shepherd

Fotografía de la portada por cortesía de Owen Daily

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra

LBLA = Biblia de las Américas © The Lockman Foundation

ISBN: 84-86589-59-2

Depósito legal:

Índice

[Introducción](#)

- [1 Su juventud y preparación para el ministerio](#)
- [2 Sus labores en la viña antes de su ordenación](#)
- [3 Los primeros años de su labor en Dundee](#)

[4 Su misión a Palestina y a los judíos](#)

[5 Días de avivamiento](#)

[6 Los últimos días de su ministerio](#)

Introducción

Cuando, el día 25 de marzo de 1843, moría Robert Murray M'Cheyne a la edad de 29 años, era inevitable que los hombres miraran a Andrew Bonar en busca de unas memorias de aquel cuyo breve ministerio de siete años y medio había “dejado una huella indeleble marcada sobre Escocia”. Los dos hombres habían nacido en Edimburgo, Bonar tres años antes que M'Cheyne, y después de recibir educación en la escuela secundaria y luego en la universidad, ambos entraron en el seminario *Divinity Hall* en el otoño de 1831. Desde ese momento se hicieron amigos inseparables. Se reunían cada sábado a las 6:30 de la mañana junto con unos cuantos más, para un estudio bíblico; juntos buscaban a los necesitados espirituales en los barrios pobres de la ciudad, y se exhortaban el uno al otro en la búsqueda de aquella santidad personal que iba a ser tan característica en sus vidas futuras. Ambos estaban ya plenamente convencidos de que “Dios no bendice tanto los grandes dones sino la semejanza con Cristo”, y su meta común era la de vivir cerca de Cristo. Al acabar los estudios en 1835, sus caminos se separaron temporalmente; Bonar fue hacia el sur para ayudar en el ministerio en Jedburgh, y M'Cheyne fue al oeste para ayudar en las parroquias de Larbert y Dunipace cerca de la ciudad de Stirling.

En el otoño de 1836, M'Cheyne fue llamado a su pastorado histórico en S. Pedro, Dundee, y vemos que inmediatamente envía una invitación a Bonar para hacerle una visita, la primera de muchas: “Adjunto un plano para que puedas encontrar la casa donde vivo; a unos cinco minutos hacia el oeste desde la iglesia: el camino más al oeste en Dundee, el que baja hacia el mar”. Dos años más tarde se le ofrecía a M'Cheyne un cargo en el hermoso pueblo de Collace en Perthshire, no muy lejos. Él declinó la invitación, no sin antes procurarla para su amigo Andrew Bonar, y así llegaron a estar de nuevo cerca el uno del otro. En 1839 viajaron a Palestina, junto con otros dos ministros de la Iglesia de Escocia; estuvieron allí seis meses investigando las posibilidades de la obra misionera. Mientras tanto, un avivamiento había comenzado en Dundee durante su ausencia, y poco después de su regreso, en alguna medida, en Collace también. Esto les unió más aún, y se visitaban mutuamente para ayudar en la obra. En cierta ocasión cuando, en un día frío de invierno, M'Cheyne llegó a la puerta de la rectoría en Collace, dijo: “He estado cabalgando a través de la nieve, y tuve presente en mi mente durante todo el camino aquel versículo que dice: ‘Lávame, y seré más blanco que la nieve’ ”. Años después, el viejo sirviente de Bonar solía describir la última visita de

M'Cheyne a Collace. "En la iglesia, predicó acerca de 'no sea que [...] yo mismo venga a ser eliminado', y había gente hasta la barrera de la entrada, y se habían quitado las ventanas para que los de afuera pudieran oír también. Después del comienzo de la predicación yo tuve que salir, y pude ver desde la casa toda la iglesia iluminada, y ¡ay, cómo me desesperaba esperando a que volviesen a casa! Permanecieron allí en la iglesia hasta las 11:00 de la noche. La gente no se cansaba de escucharle, y el Sr. M'Cheyne no se cansaba de hablar. Recuerdo aquella vez que el Sr. Bonar no pudo tomar el té a causa de tanta gente que venía preguntando si la conversión era verdadera. ¡Oh, cómo oraba el Sr. M'Cheyne por las mañanas! Era como si no pudiera dejar de orar, tanto tenía que decir. Hubieras pensado que las paredes mismas hablarían de nuevo. Solía levantarse a las 6:00 de la mañana los días de reposo, y acostarse a las 12:00 de la noche, porque decía que le gustaba pasar todo el día a solas con Dios".

Andrew Bonar sobrevivió a M'Cheyne casi cincuenta años. Continuó con su labor en Collace hasta 1856, y después trabajó en la ciudad de Glasgow, entre las multitudes, con esa misma devoción no disminuida que había caracterizado su ministerio en Perthshire, hasta su muerte en 1892. Sin embargo, durante todo ese largo ministerio, la memoria y el ejemplo del amigo de su juventud nunca se perdieron. "La vida perdería la mitad de su gozo, si no fuera por la esperanza de salvar almas —escribió ese triste día de marzo de 1843—. "No amé a ningún amigo como a él". Casi cuarenta años después, cuando Bonar visitaba las escenas del ministerio de Jonathan Edwards en América, hallamos en su diario comentarios tales como estos: "Sábado, 20 de agosto, 1881: ¡Cuán profundo interés hubiera tenido Robert M'Cheyne, de haber estado hoy con nosotros! Él, que solía hablar de este lugar. Era para mí tan extraño y a la vez maravilloso encontrarme de camino a Northampton esta mañana, donde, en días pasados, se hizo tanta labor para Dios. Era un día hermoso y soleado [...] Llegamos hasta la calle antigua donde estaba la casa de Jonathan Edwards [...]". El día siguiente sus pensamientos aún revivían viejas memorias al escribir: "Estoy lleno de angustia y lamento al recordar las misericordias del Señor para con mi vida, al utilizarme para escribir las *Memorias de R.M. M'Cheyne*, por lo cual estoy continuamente recibiendo el agradecimiento de muchos ministros. ¿Por qué se me encomendó a mí la tarea de escribir ese libro? Cuán pobre es, en cambio, mi gratitud. Ay, ¿cuándo lograré aquella misma unción y dulzura santa, y cuándo alcanzaré la profunda comunión con Dios que él solía manifestar?".

Andrew Bonar escribió la biografía de M'Cheyne en Collace entre los meses de septiembre y diciembre de 1843, y transmite de tal manera la fragancia de su vida que ningún otro escritor posterior la ha podido captar igual. Es como si entre las páginas perdurara aún el aliento de los avivamientos que refrescaban entonces a Escocia, y mientras el lector es transportado al ambiente de aquellos tiempos, se da cuenta que las oraciones que una vez fueron elevadas por la publicación original aún están siendo contestadas abundantemente desde lo alto.

Estando muerto, M'Cheyne sigue hablando, y es dudoso que cualquier cristiano pudiera leer estas páginas sin tener conciencia del ejemplo del poder de la santidad de una manera que permanezca con él todos los días de su vida. La vida y el ministerio de M'Cheyne se acercaban tanto a las realidades eternas que, aun con el paso de los años y de las generaciones, la importancia de las lecciones que impartía aún permanece. No cabe duda que si hoy reuniéramos a toda la ya

desaparecida congregación de S. Pedro e hiciéramos regresar a su pastor desde la Nueva Jerusalén, el mensaje que recibiría sería exactamente igual que en aquellos días:

“¡Oh! hermanos, sed sabios. ‘¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados?’ ([Mt. 20:6](#)). De aquí a poco todo acabará. Un poco más y el día de la gracia habrá pasado: la predicación y la oración dejarán de ser. De aquí a poco nos encontraremos delante del gran trono blanco; un poco más, y los impíos no existirán; los veremos entrar en el castigo eterno. Un poco más, y la obra de la eternidad habrá comenzado. Seremos como Él: le veremos a Él en su templo día y noche; entonaremos la nueva canción, sin pecado y sin fatiga, para siempre jamás”.

THE BANNER OF TRUTH TRUST

2 de agosto de 1960

NOTA ACLARATORIA

La edición original en inglés contiene muchas citas literales y libres de textos bíblicos sin que se indique la oportuna referencia. En la presente edición española se ha tomado la libertad de incluir muchas de estas referencias entre paréntesis para beneficio y enriquecimiento espiritual de nuestros lectores.

LOS EDITORES

Capítulo 1

Su juventud y preparación para el ministerio

“Muchos se regocijarán de su nacimiento; porque será grande delante de Dios” ([Lc. 1:14-15](#)).

En medio de la constante actividad de nuestros días, los ministros de Cristo considerarán no poco útil el descubrir los pasos de uno que nos dejó hace muy poco, uno que, durante los últimos años de su vida, caminó serenamente en una comunión casi ininterrumpida con el PADRE y el HIJO.

Su fecha de nacimiento fue el 21 de mayo de 1813. En aquel tiempo, como ahora nos es manifiesto a los que podemos mirar atrás al pasado, el Gran Cabeza tenía un propósito de bendición para la Iglesia de Escocia. Aparecieron hombres eminentes defendiendo la causa de Cristo. Se elevaba la Cruz con valentía en medio de las Cortes Eclesiásticas, avergonzadas desde hacía tiempo del Evangelio de Cristo. Una mayor espiritualidad y una seriedad más profunda empezaban a

prevalecer entre los jóvenes de nuestros *Divinity Halls*. Y en medio de todos estos acontecimientos, por los cuales el Señor preparaba en secreto una rica bendición para las almas en todas nuestras fronteras, el sujeto de estas Memorias vio la luz. “Muchos [iban a regocijarse] de su nacimiento”; porque él era una de las bendiciones que empezaban a caer sobre Escocia, aunque nadie podía sospechar que había nacido uno a quien centenares de personas iban a considerar como su padre espiritual.

Su lugar de nacimiento fue Edimburgo, donde residían sus padres. Era el hijo menor de la familia, y le llamaron ROBERT MURRAY, en honor de algunos de sus parientes.

Desde su infancia, su carácter dulce y cariñoso era comentado por todos aquellos que le conocían. Tenía una mente hábil; pudo aprender fácilmente las lecciones comunes a todos los jóvenes, y algunos de sus dones singulares empezaron a manifestarse desde una edad muy temprana. Con solo 4 años, mientras se recuperaba de una enfermedad, decidió estudiar el alfabeto griego, y era capaz de nombrar cada letra y escribirlas toscamente en una pizarra. Un año más tarde, progresó con rapidez en la clase de inglés, y desde muy joven empezó a destacar entre sus compañeros de colegio por su voz melodiosa y su don para la recitación. En aquel tiempo se practicaban ejercicios catequísticos en la Iglesia de Tron, durante el intervalo entre los sermones; y algunos amigos recuerdan el interés promovido en sus oyentes por su dulce y correcta recitación de los Salmos y los pasajes de la Escritura. Sin embargo, aún no conocía al Señor, vivía para sí mismo: “sin esperanza y sin Dios en el mundo” ([Ef. 2:12](#)).

En octubre del año 1821 ingresó en la escuela secundaria, donde cursó sus estudios literarios durante el período habitual de seis años. Mantenía una posición elevada en sus clases; y, en la Clase del Rector obtuvo una distinción por su eminencia en Geografía y Recitación. Fue durante su último año de asistencia en la secundaria cuando se aventuró en la composición poética; el tema era “Grecia, pero ya no una Grecia viva”. Los renglones se caracterizan mayormente por su entusiasmo por la libertad y el heroísmo griegos, ya que en aquellos días su alma jamás se había elevado hasta las regiones más altas. Sus compañeros hablan de él como alguien que poseía, aun entonces, singularidades que llamaban la atención: ligero y alto —lleno de agilidad y vigor— con ambición y, sin embargo, noble en su disposición, desdeñoso de tales cosas como la mezquindad y el engaño. Algunos se hubieran aventurado a considerar que exhibía muchos de los rasgos de un carácter cristiano; no obstante, su mente susceptible no tenía aún otra apetencia más que la de las diversiones refinadas de la sociedad, y la de los placeres que le ofrecían el canto y el baile. Él mismo los consideraba como días impíos: días en que cultivaba una moralidad pura, pero también días en los cuales vivía con el corazón de un fariseo. Le he oído decir que su comportamiento durante los tiempos de devoción, tanto privada como pública, era de lo más correcto y adecuado, cosa que algunos de los que no conocían bien su corazón hubieran atribuido a un sentimiento verdadero. Y era precisamente esta experiencia propia la que le constreñía a cuestionar celosamente los signos exteriores de la devoción en su trato con las almas. En su propia vida tuvo que aprender cuánto puede un alma dormida al sentimiento de culpasantirse satisfecha con cumplir, por su orgullosa conciencia de integridad en cuanto al hombre, con una devoción sentimental de la mente que corrige los sentimientos sin cambiar el corazón.

Robert amaba las escenas rurales. Pasaba gran parte de sus vacaciones estivales en Dumfriesshire, y sus amigos en la parroquia de Ruthwell y la vecindad guardan vivos recuerdos de los días de su juventud. Su temperamento poético le guiaba a cualquier paisaje que estimulara el alma. Siempre tuvo también un carácter emprendedor. Durante los meses de verano solía hacer excursiones a pie en compañía de su hermano, o algún amigo íntimo, visitando los lagos y las colinas de nuestras Tierras Altas, cultivando así, casi sin darse cuenta, una afición a viajar que le resultaría verdaderamente útil en días posteriores. Durante una de estas salidas a la naturaleza ocurrió algo un tanto romántico, algo que más bien esperaríamos ver en los relatos de su viaje al Oriente. Junto con un amigo, los dos habían salido a pie decididos a explorar, sin prisas, Dunkeld y sus tierras altas. Pasaron un día entero en Dunkeld, y al caer la noche iniciaron de nuevo la marcha con la idea de cruzar las colinas hasta Strathardle. Poco después de iniciar el ascenso, una densa niebla cubrió todo el paisaje. Continuaron, pero se desviaron del camino que les hubiera llevado sanos y salvos al valle. No sabían hacia dónde dirigirse para encontrar algún refugio. Llegó la noche, y no les quedaba más remedio que el de acostarse entre los brezales, sin más abrigo que el de la ropa que llevaban puesta. Estaban hambrientos, y tenían mucho frío; y al despertarse a la medianoche, el terrible silencio de las montañas desoladas les llenó de un extraño espanto. Sin embargo, se acostaron de nuevo, abrazados el uno al otro, y lograron dormirse profundamente hasta que el grito de las aves silvestres les despertó con el amanecer.

Comenzó sus estudios en la Universidad de Edimburgo en noviembre de 1827, y obtuvo varios galardones en todas las asignaturas. Estudió lenguas modernas por su cuenta; y en aquel tiempo, el ejercicio gimnástico le proporcionaba un disfrute sin límites. Utilizaba su lápiz con mucha destreza, preparándose entonces para luego esbozar algunas escenas de la Tierra Santa. Tenía bastante conocimiento musical, y él mismo cantaba correctamente, con una hermosa voz. Este don también fue utilizado para la gloria de Dios en días posteriores, avivando admirablemente sus devociones privadas, y permitiéndole dirigir la congregación en alabanza siempre que la ocasión así lo requiriera. La poesía era también para él una constante actividad recreativa; y su afición en este apartado atrajo la atención del catedrático Wilson, otorgándole el premio en la clase de Filosofía Moral por un poema titulado “Sobre los hombres del pacto”.

Comenzó sus estudios en *Divinity Hall* en el invierno de 1831, bajo la tutoría del Dr. Chalmers, y bajo el Dr. Welsh en los estudios de Historia de la Iglesia. Podría preguntarse con toda naturalidad: ¿Qué le llevó al deseo de predicar la salvación a los demás pecadores? ¿Podía decir, como Robert Bruce: “*Fui llamado a la gracia antes de obedecer mi llamado al ministerio*”? Existen pocas interrogantes más interesantes que esta; y nuestra respuesta mostrará algunos de los admirables caminos de Aquel cuyas “sendas son en las muchas aguas; y [cuyas] pisadas no fueron conocidas” ([Sal. 77:19](#)): pues aquel mismo acontecimiento que despertó su alma a un verdadero sentimiento de pecado e infelicidad le encaminó al ministerio.

Mientras asistía a sus clases literarias y filosóficas, sentía de vez en cuando alguna impresión, quizá ninguna de ellas muy profunda. No cabe duda, según él, que la muerte de su hermano mayor, David, le despertó del sueño de la naturaleza, trayéndole los primeros rayos de luz divina a su alma.

Pues la Providencia, mientras llamaba a un alma para gozar de los tesoros de la gracia, reclamaba a otra para poseer los bienes de la gloria.

La luz de la divina gracia brillaba con una excelente y solemne hermosura ante los hombres en este hermano suyo, ocho o nueve años mayor que él. Sus logros clásicos eran muy superiores; y después de los estudios preliminares, fue admitido como Escritor del Sello. Una de las distinguidas cualidades de su carácter era su sensibilidad en cuanto a la verdad. Si se relataba cualquier incidente con el más mínimo indicio de exageración, su semblante se ensombrecía; o aun cuando se dijera la verdad, si es que se expresaba cualquier falsedad o exageración. No solo debía él decir toda la verdad, sino que exigía que el oyente percibiera también toda la verdad. Pasaba muchas de sus horas libres cuidando a los miembros más jóvenes de la familia. Era un hombre afectuoso y cariñoso, y su mirada afligida, cuando ellos se resistían a sus consejos, tenía algo tan persuasivo que siempre acababa prevaleciendo sobre aquellos que no habían creído a sus palabras. Su hermano pequeño, cuando este vivía según la corriente de este mundo, era el objeto de muchas oraciones fervientes. Sin embargo, una profunda melancolía, debido mayormente a las dolencias que padecía, se asentó en el alma de David. Pasó largos meses en un abatimiento desesperado, hasta que las aflicciones de la carne consumieron su cuerpo, no sin antes recibir la luz poco antes de morir; el gozo, procedente del rostro de un Padre reconciliado en lo alto, iluminó su cara; y la paz en sus últimos días de vida era un consuelo para sus afligidos amigos, cuando el 8 de julio de 1831 durmió en Jesús.

El Espíritu Santo utilizó la muerte de su hermano, con todas sus circunstancias, para efectuar una profunda impresión en el alma de Robert. En muchos aspectos, aun tocante a los dones de una mente poética, hubo siempre una congenialidad entre él y David. La vivacidad de la mente siempre activa de Robert era lo que les diferenciaba principalmente. Esa misma vivacidad le capacitó de maravilla para la vida pública; solo hacia falta encaminarla y darle seriedad, y este mismo acontecimiento que acababa de pasar logró tales efectos. Unos pocos meses antes, el feliz círculo familiar había sido roto por la partida del segundo hermano hacia la India, destinado en el Servicio Médico Bengali; sin embargo, cuando durante aquel verano David les fue quitado para siempre, hubo ciertas impresiones que no podrían ser borradas jamás, al menos de la mente de Robert. De una naturaleza intensamente afectiva, este suceso conmovió totalmente su alma. Parece ser que pasaba mucho tiempo en sus horas de quietud recordando a aquel que ya estaba en la gloria. Quedan algunos renglones, en los cuales su mente poética ha retratado de la forma más conmovedora, y con un singular vigor, a aquel que había perdido: líneas tanto más interesantes, ya que el bosquejo del carácter y manera de ser que contienen no deja de evocar a aquellos que conocían la imagen del mismísimo autor. Algún tiempo después de la muerte de su hermano, trató de preservar de memoria los rasgos de aquel ser tan bien conocido en un retrato; pero, desesperado, desechó su lápiz, y con su pluma derramó en poesía la plenitud de su corazón.

RETRATO EN MINIATURA DE UNO QUE YA PARTIÓ

¡Ay!, imperfecto aún: con otro toque,

Y otro, y aún otro,

Hasta que aquellos labios mortecinos respiren vida, y aquel

[ojo

Pierda su matiz apagado, y se ilumine

Con la mirada cálida del sentir de la vida. No:

¡No podrá ser jamás! Ay, ¡cuán pobre e incapaz el arte!

De lo más jactancioso, sin embargo tan impotente, quieres

Trazar los miles y miles de matices y luces

Que resplandecían con claridad en el rostro bendito

De aquel que tú de buena gana imitarías: sujetar

En un frágil lienzo aquel indómito juego

De pensamiento y dócil afecto, que solían

Morar en el ojo sincero, y jugar en los contornos

De la boca apacible. Intentas conceder de nuevo

Aquello que solo puede ofrecer, al morar

En ese su habitáculo arcilloso, el alma ardiente:

Grabar sobre la materia muerta y fría el sello

De una mente viva; expresar una línea, una sombra,

Sin proferir palabra alguna, mas susurrando la dulce

[conversación

Con que el espíritu inmortal, mientras habita

En su tabernáculo terrenal, respira en cada poro:

Pensamientos que no llegan a la palabra, esperanzas,

Y temores, y gozos internos, y aflicciones no nacidas

Al mundo sonoro, sino que resplandecen

En aquella expresión que ninguna palabra

Ni artista sagaz pueden expresar. En vano,

¡Ay! ¡En vano!

Ven, pintor; ven,

Toma de nuevo tus instrumentos —tu pincel

Y tu paleta—, si es que tu arte altanero es, como dices,

Omnipotente, y si tu mano se atreve

A ejercer su poder creativo. Reanuda tu labor,

Y permite que mi memoria, vivificada por amor,

Enardecida a pesar de la fría separación de la Muerte,

Sagrada por su entrega, dicte tu destreza

Y guíe tu lápiz. De aquellos cabellos negros

Quita los reflejos ostentosos que de lo original y verdadero

Solo sirven de mofa; y permite que

Los suaves y ondulados rizos aparezcan en su lugar.

Que ante el ojo llamativo de la costumbre

Parecen como rebeldes y sin gracia, pero a mi parecer,

Mucho mejor que la necia cabezada ostentosa

Son ellos, porque denotan el esfuerzo mental,

Las labores asiduas, en los días dorados

(Dorados si perfeccionados fueran) de una juventud sincera,

Incansable, extrayendo de los tesoros preciosos

De la ciencia popular, y mejor y más noble aún,

De la Escritura Santa de Dios. Pinta

Aquí y allá, algún cabello canoso, señal de la congoja

Que reprimió el flujo caudaloso

De la cálida corriente en sus venas, y extendió

Un pronto atardecer sobre tan resplandeciente amanecer.

*¡Ningún surco se asienta en su frente! y así
Fue siempre. Las enojadas contiendas y las preocupaciones
Del avaro infeliz no dejaron
Sus huellas memoriales sobre tan hermoso joven.
Luego las cejas, píntalas más próximas, y deja caer
Una sombra dulcificante debajo sobre las órbitas.
Que el párpado repleto y medio cerrado, oculte
El ojo negro retraído; y pintad inclinadas hacia abajo
Esas largas pestañas castañas que hablan por un alma
Como la suya, que decía: “¡No soy digno, Señor!”.
No permitas que brille aquella luz chispeante y jovial
Que a menudo deslumbra y a menudo engaña, ni tampoco
Aquel lustre sombrío sin sentido que puede contemplar
A todo el mundo por igual. Sino pinta un ojo
En cuya luz firme y medio oculta yo pueda leer
Una mente que escudriña la verdad; un capricho, también,
Que él sabía adornar con dulces atavíos poéticos
La verdad que en él halló; mientras con su arpa ingenua
Tocaba los sentimientos más delicados, cual llama
De chimenea de invierno anima al corazón hogareño.
¡Oh!, y poder recordar aquella mirada de fe sincera
Con que su ojo escudriñaba la página
Que nos habla de un Dios ofendido, aplacado
Por el espantoso sacrificio de la Cruz
Del Calvario, que nos constriñe a dejar atrás un mundo
Inmerso en la oscuridad y en la muerte, para buscar*

*Una patria mejor. ¡Ay! Con qué frecuencia aquel ojo
Se fijaba en mí, con la más tierna mirada de compasión;
Y, con solo un reproche a medias, ¡me invitaba a huir
De los ídolos vanidosos de mi joven corazón!*

En aquel mismo tiempo, sintiendo aún la tristeza de aquella pérdida, escribió el fragmento titulado:

“PERECE EL JUSTO, Y NO HAY QUIEN PIENSE EN ELLO”

*Una tumba que conozco,
Donde la tierra que lo muestra
No es: un túmulo
Cuya suave redondez
Sostiene la carga
De un fresco terrón.
Las malas hierbas son intrusas,
Sus flores amarillas:
En alegres enramadas
Desconocidas. La hierba, el césped,
Una masa espesa,
Es fértil y fuerte,
Desigual y alta;
Ningún rosal allí
Perfuma el aire;
Ningún casto lirio
Adorna la tierra,
Ni pétalos de margarita*

*Decoran el lugar.
Los arrayanes no se mueven
Por encima de aquella tumba,
Ni campanillas de brezo
Están allí para hablar
De un dulce amigo
Que quiso prestar
Un sueño más dulce
A aquel que reposa
En las profundidades
De la tierra.
Ninguna lápida de aflicción
Hay para indicar
El nombre, ni cómo al pasar,
Amó a su Dios;
Ni cómo caminó
El humilde sendero
Que conduce a través del dolor,
Hacia una mañana resplandeciente.
Desconocido en la vida,
Y lejos de la contienda
Vivió; y aunque
La magia de un genio
Jugueteaba en su mente,
Y era capaz de tramar
“La serenata del atardecer”,*

*Y tocar el corazón
Con suma delicadeza;
O las preocupaciones engañen
Y obtengan una sonrisa
De paz en aquellos
Que lamentaban su infortunio;
Sin embargo, cuando el amor
Del Cristo celestial
Hacia los culpables
Le fue mostrado, entonces,
Dejó los placeres
Del alboroto mundanal,
Y reclinó en humildad
Su cabeza, inclinada
Sobre la Cruz.
Y consideró la pérdida
De todo lo terrenal
—De alegría, amores y fama,
En nombre del placer—
Ningún sacrificio
Para ganar el premio
Que Cristo aseguró,
Cuando Él padeció,
Y soportó nuestra carga,
¡La ira de Dios!
Con abundantes lágrimas,*

*Y multitud de temores
Con abundantes suspiros,
Y llantos desgarradores
De una tímida fe.
Buscó el aliento
Que puede conceder
El poder para vivir;
Cuya sola palabra
Derrite la piedra.
Hace cesar el tumulto,
Para que todo sea paz,
Ahora ya no más buscó
Coronar su cabeza,
Con guirnaldas de laurel,
Ya no más ambición de guardar
Los bienes terrenales.
Ni con lucha vanidosa,
Trató de compartir el amor
De arriba en el Cielo
Con ninguna cosa de abajo.
La sonrisa abandonó
Su mejilla; su mirada
Era triste y fría;
Aún cuando el alegre
Retorno de la mañana,
Al madurar el grano,*

Los maizales ondeando
En las llanuras,
Y humildes enamorados
Preparan con gozo
El reparto de las labores
De la cosecha, no le proporcionaban
Ningún pensamiento alentador.

[...]

La primavera hermosea,
Las mañanas soleadas
Las flores se abren
Y la belleza se derrama
En césped y prado,
Su corona virgen
Hace descender el copo de nieve
En forma de rocío, y se asoma
La flor del azafrán,
Sin temor del Norte.
Pero ni siquiera la primavera
Persuade a sonreír
A aquel cuyo ojo
Escudriña el Cielo
En busca de escenas mejores,
Donde no intervienen
Las nubes oscuras
Del pecado para tapar,

La vista del que contempla;

Así voló la alegre primavera;

Y cantan alegres

Sus amores las aves

En las arboledas,

Pero no para él

Afinan sus notas,

Su oído está frío,

Su historia acabó,

Y sobre la tumba

La hierba se inclina, acariciada

Por la brisa.

[...]

La multitud pasa de largo,

Sin un suspiro,

Sobre el lugar;

No le conocían,

No tenían conocimiento de él;

Y aunque así lo fuera,

¿Por qué derramarían

Sobre el muerto,

Que duerme aquí,

Una sola lágrima?

Yo ya no lloro,

Aunque en mis sueños,

A veces, estrecho con amor

*Su delicada mano,
Y le veo allí más cerca,
Al lado de mi cama,
Y se inclina, descansa
Su cabeza sobre mi pecho,
Y me invita a no descansar,
Ni de día ni de noche,
Hasta que pueda decir
Que he hallado
La Tierra Santa,
En donde se halla
La Perla de gran precio;
Hasta que toda atadura
Que traba el alma,
Y toda mentira
Que ciega el alma
Sean destruidas.*

Nada podría demostrar tan plenamente la profunda impresión que el acontecimiento le causó. No se trataba de un sentimiento pasajero, ni tampoco de una “tristeza según el mundo”. Tenía 18 años de vida cuando su hermano murió; y si bien este no fue el año de su nuevo nacimiento, al menos fue el año en que los primeros rayos del alba tocaron su alma. Desde aquel día en adelante sus amigos notaron un cambio. Sus poesías se impregnaban con sentimientos más serios, y comenzó a emprenderlo todo con otro espíritu. Se ocupó de las labores de una escuela dominical, y comenzó a buscar a Dios en su alma por medio de una lectura diligente de la Palabra y una fiel asistencia al ministerio.

La importancia de este período de su vida en su propia opinión puede deducirse de sus alusiones a él en días posteriores. Un año más tarde, escribe en su diario: “En esta misma mañana hace un año, mi mundanalidad recibió su primer terrible golpe arrollador; cuán bendito para mí, solo Tú, oh Dios, lo sabes, Tú que así lo quisiste”. Cada año, señalaba esta fecha para ser recordada, y su memoria a veces parecía arrasarse como un diluvio. En una carta (del 8 de julio de 1842), escribe a un

amigo acerca de un asunto puramente local, y concluye con una posdata: “En este día hace once años, mi santo hermano David entró en su descanso a la edad de 26 años”. Y ese mismo día escribe una nota a uno de su grey en Dundee (alguien que le había solicitado un prólogo para una obra que había sido publicada en 1740: *Letters on Spiritual Subjects* (Cartas acerca de temas espirituales), en ella recomienda el libro, y luego añade: “Orad por mí, que yo pueda ser más santo, más sabio: sea yo menos, para parecerme más a mi Maestro celestial; sin tener en cuenta mi propia vida, y así acabar mi carrera con gozo. En este día hace once años perdí a mi amado y amante hermano, y comencé a buscar un Hermano que no puede morir”.

Cuando Robert se encontraba entre compañeros que simpatizaban con sus sentimientos, podía desahogarse. En aquellos tiempos, las almas desasosegadas no tenían por costumbre llevar su caso ante el pastor. Prevalecía una discreción convencional sobre tales asuntos, aun entre los cristianos más avivados. Casi parecían avergonzarse del Hijo del Hombre. Este mutismo le parecía pecaminoso a Robert; un mal muy grande, tanto que se preocupaba de animar a las almas angustiadas a conversar con él abiertamente en posteriores ocasiones. Conocemos en alguna medida, sin embargo, la naturaleza de su experiencia. En cierta ocasión, unos cuantos de nosotros, los que habíamos estudiado juntos, estábamos analizando cómo el Señor había tratado con cada una de nuestras almas, y cómo nos había atraído a Él, casi todos al mismo tiempo, y sin ninguna ayuda instrumental. Él decía que en su caso no había ocurrido nada repentino, y que había conocido a Cristo por medio de unas convicciones no tremendas ni perturbadoras, sino más bien profundas y eternas. En esto vemos la soberanía de Dios. Al traer un alma al Salvador, el Espíritu Santo la conduce invariablemente a una profunda conciencia de pecado; pero entonces hace que esta conciencia de pecado sea más dolorosa e intolerable en algunos más que en otros. No obstante, las experiencias de todos los pecadores renovados concuerdan en un punto: a saber, que su alma se descubre como nada más que un abismo de pecado al aparecer en ella la gracia de Dios que trae salvación.

El Espíritu Santo seguía obrando en el sujeto de estas Memorias, convenciéndole más y más de su propia impiedad, y de la contaminación de todo su ser. Y durante toda su vida, consideró su *pecado original* no solo como una excusa para sus pecados actuales, sino como el agravante de todos ellos. En eso tenía un espíritu según David, instruido por el infalible Espíritu de la Verdad. Véase [Salmo 51:4-5](#).

Al principio la luz amaneció paulatinamente; con tanta lentitud que, durante un considerable período, se lanzó con gusto de vez en cuando a las alegrías de la diversión. Aun después de ingresar en *Divinity Hall*, se dejaba persuadir para tomar parte en actividades más bien frívolas, al menos durante sus primeros dos años de asistencia; no obstante, con una creciente preocupación. Cuando se dejaba llevar por los placeres mundanos, encontramos anotaciones como estas:

“14 de septiembre: Espero que haya pocos testimonios como este en esta mi biografía” y “9 de diciembre: una espina en mi costado: un tormento”. A medida que sus placeres le parecían cada vez más profanos, escribe: “10 de marzo, 1832: Espero no volver a jugar a las cartas nunca más”. “25 de marzo: No hagas nunca más una visita el día de reposo por la tarde”. “10 de abril: me ausenté del baile; los reproches son difíciles de soportar. Pero debo intentar llevar mi cruz”. Parece referirse a

una especie de marea baja, la cual durante un tiempo le atraía de nuevo al mundo en repetidas ocasiones, cuando, el día 8 de julio de 1830, constata: “En esta mañana hace cinco años, mi querido hermano David murió, y mi corazón experimentó por primera vez la privación de un ser amado. Verdaderamente todo fue para bien. Que enmudezca mi boca, porque Tú lo hiciste; y era bueno para mí el ser afligido. No conozco ninguna providencia de la que abuse más el hombre que aquella de la que yo abusé: y sin embargo, Señor, ¡cuán triunfante eres Tú sobre los obstáculos montañosos! Ninguno me sirvió de tanta bendición”.

Para nosotros, que podemos ver los resultados, parece ser que el Señor le permitía gustar de muchas cisternas rotas, y del ajenjo de muchos arroyuelos terrenales para que luego, al lado de la fuente de aguas vivas, pudiera señalar el mundo que había abandonado para siempre, y testificar de la incomparable preciosidad que ahora había hallado.

El Sr. Alexander Somerville (ministro de la Iglesia en Anderston, Glasgow, posteriormente) era su íntimo amigo y compañero en las frivolidades de su juventud. Él también había sido guiado a gustar de los poderes del mundo venidero más o menos al mismo tiempo que Robert, y unieron sus esfuerzos para el beneficio mutuo. Se juntaban para estudiar la Biblia, y para hacer ejercicios en el griego de la Septuaginta y en el hebreo original. Pero se juntaban más que nada para orar, y para tener conversación solemne; y así, continuando con todos sus estudios con el mismo espíritu, se vigilaban los pasos el uno al otro en la senda estrecha.

En este período de su vida, Robert consideraba que el estudio de la Elección y de la Libre Gracia de Dios sería algo muy provechoso. Pero no fue hasta que leyó *The Sum of Saving Knowledge* (La suma del conocimiento salvador), común apéndice a nuestra Confesión de Fe, cuando pudo comprender con claridad la manera de ser aceptados por Dios. Aquellos que conocen bien sus admirables verdades comprenderán cuán apropiado resulta este libro para un alma inquisitiva. Algunos años más tarde escribe: “11 de marzo, 1834: Estuve leyendo en *The Sum of Saving Knowledge*; creo que esta obra fue lo que primero produjo en mí un cambio salvador. ¡Con cuánto gozo lo volvería a leer si es que eso sirviera para obrar en mí la perfección!”. Se hace notar que él nunca consideró su alma a salvo, a pesar de todas sus convicciones y opiniones acerca del pecado, hasta que entró en el lugar Santísimo por el poder de la obra del Redentor; puesto que ciertamente un pecador permanece aún bajo la ira hasta que se haya servido del único camino al Padre abierto por Jesús. Todo su conocimiento de su pecado y toda su tristeza en cuanto a su propia necesidad y peligro no pueden alejarle ni un solo paso del lago de azufre. Solo “aquel que viene a Cristo” puede ser salvo.

Antes de este tiempo había recibido de su hermano David una especie de inclinación hacia el ministerio, ya que David solía hablar del ministerio como una de las labores más dichosas sobre la faz de la Tierra, y expresaba con frecuencia la esperanza de ver a su hermano pequeño convertirse en un ministro de Cristo. Y ahora, con una opinión cambiada, con una visión del Cielo y del Infierno, y un corazón lleno del amor del Dios de la reconciliación, quería esforzarse para ser un heraldo de la salvación.

Había empezado a tomar nota de sus estudios y de la manera como discurría su tiempo, algunos meses antes de la muerte de su hermano. Durante un período considerable, estas anotaciones solo contenían los meros acontecimientos cotidianos de un diario y los textos de algunos de los sermones dominicales que había escuchado. No obstante, en ellas puede verse un destello de reflexión sincera, el único, durante aquel período. Refiriéndose al funeral celebrado por el Dr. Andrew Thomson, constata el profundo y universal pesar que se sentía en toda la ciudad, y luego añade: “Me alegra ver tanta emoción pública con motivo del fallecimiento de un hombre tan digno. Cuánto han cambiado los tiempos durante estos dieciocho siglos, desde aquel tiempo en que José quiso enterrar *el cuerpo* en secreto, cuando él y Nicodemo eran los únicos que había para llevar el cuerpo hasta la tumba”.

No es hasta finales de aquel año cuando aparecen claras muestras de un cambio. Desde entonces en adelante su diario de sucesos cotidianos empieza a estar salpicado con anotaciones como estas:

“12 de noviembre: Estoy leyendo las Memorias de H. Martyn. De buena gana le imitaría, dejando padre, madre, patria, hogar, salud, la vida y todo: por Cristo. ¿Y qué es lo que me lo impide? Señor, ¡purifícame, y concédeme la fuerza para entregarme, con todo lo mío, a Ti!”.

“4 de diciembre: Estoy leyendo la Vida de Legh Richmond. *‘Poenitentia profunda, non sine lacrymis. Nunquam me ipsum, tam vilem, tam inutilem, tam pauperim, et praecipue tam ingratum, adhuc vidi. ¡Sint lacrymae dedicationis meae pignora!’* (‘Profunda penitencia, no sin lágrimas. Nunca me vi tan vil, tan inútil, tan pobre y, sobre todo, tan ingrato. ¡Que mis lágrimas sean la señal de mi abnegación!’). Aparece con frecuencia en sus notas durante este período otra frase en latín, parecida a esta, en medio de otra materia, evidentemente con la idea de expresar con más libertad sus sentimientos en cuanto a sí mismo.

“9 de diciembre: He oído a un predicador en la calle: con voz de extranjero. Parecía sincero de veras. Citó aquel impactante pasaje: ‘El Espíritu y la Esposa dicen: ven, y *el que oye, diga: Ven*’. Parecía sacar su autoridad de este versículo. Sea yo como este hombre, sincero en cuanto a la verdad, y que no me importe la mofa del mundo”.

18 de diciembre: después de una velada algo frívola, escribe: “Mi corazón debe romper con todas estas cosas. ¿Con qué derecho abuso yo y le robo el tiempo a mi Maestro? ‘Redímelo’, le oigo gritar”.

“25 de diciembre: Mi mente aún no se ha establecido serenamente sobre la Roca de la Eternidad”.

“12 de enero, 1832: *Cor non pacem habet. Quare? Peccatum apud fores manet*”. (“Mi corazón no tiene paz. ¿Por qué? El pecado está en mi puerta”).

“25 de enero: Un hermoso día. Ochenta y cuatro casos de cólera en Musselburgh. De qué manera se acerca, como una serpiente. ¿Quién será la primera víctima de por aquí? Que tus brazos eternos nos protejan, y estaremos a salvo”.

“29 de enero: Día de reposo. Esta tarde escuché al Sr. Bruce (el entonces ministro de la Nueva Iglesia del Norte, Edimburgo), predicar sobre [Malaquías 1:1–6](#). Constituye el verdadero fundamento principal de la acusación contra el hombre no regenerado, en que tiene afecto por su padre carnal, y reverencia hacia su patrón terrenal; ¡mas no hacia Dios! Un noble discurso de veras”.

“2 de febrero: ¡No vale la pena ni recordarlo! Y sin embargo, debo responder por estas veinticuatro horas”.

5 de febrero: Día de reposo. Por la tarde después de haber oído predicar al ya difunto Sr. Martin, de la Iglesia de S. Jorge, escribe, al volver a casa: “*O quam humilem, sed quam diligentissimum; quam dejectum, sed quam vigilem, quam die noctuque precantem, decet me esse quum tales viros aspicio. Juva, Pater, Fili, et Spiritus!*”. (“Oh, cuán humilde y, sin embargo, tan solícito, tan modesto y aún tan atento, cuán piadoso me parece todo de día y de noche, cuando veo hombres como estos. ¡Ayúdame, Padre, Hijo y Espíritu!”).

A partir de esta fecha parece ser que quedó, junto con su amigo el Sr. Somerville, bajo el ministerio del Sr. Bruce. Escribió copiosos apuntes durante sus discursos y sermones, que permanecen aún entre sus papeles.

“28 de febrero: Una conversación sobria. De buena gana volvería al tema más interesante de todos. El retroceso cobarde. ‘Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras’, etc.”.

En este tiempo, al oír que una amiga de la familia “*había decidido quedarse en el mundo*”, Robert escribió los siguientes versos acerca de su melancólica decisión:

Ella ha elegido el mundo,

Y su compañía fatal,

Ella ha elegido el mundo

Y su muerte tan real.

Ella ha elegido el mundo,

Con placeres sin nombrar,

Escogiéndolos primero

Que el tesoro celestial.

Ha botado ya su barca

En este mar de la vida,

Y remando con gran calma

Poco a poco se suicida.

*Pues la estrella de Belén
Ni de lejos la divisa,
Porque su meta la tiene
Lejos del puerto de Vida.
Cuando descienda la tormenta
Desde el cielo enfurecido,
¡Dónde escapará su nave
De este viento embravecido!
Y se oculten las estrellas
Y el timón se haya perdido,
Y el cielo se haya cerrado
Al viajero y su destino.
El remolino ya espera
Su magnífico regalo,
Mas con toda su esperanza
Al gran abismo caerá.
Y del lugar de la aflicción
Donde habitan los malvados,
Los impíos, los mundanos,
¿Quién es el que puede contar?
Pues el corazón humano
No puede ni imaginarse
Cuanto gozo hay al instante
Para los que quieren creer;
Ni cabe en sus pensamientos.
Que beban para su suerte*

La copa amarga de muerte

Los que desprecian la fe.

Huye deprisa y no vuelvas

Hacia el placer terrenal,

¡Hay mentira en su sonrisa,

Y un aguijón que es mortal!

Deja de una vez los sueños

De esta noche pasajera,

Y deléitate en los rayos

De la luz que es siempre eterna.

“6 de marzo: Impetuosos vientos y lluvia durante todo el día. Clase de Hebreo: los Salmos. Una nueva hermosura cada vez que leo el original. Disertación del Dr. Welsh, con la carta de Plinio acerca de los cristianos en Bitinia como tema. Una del profesor Jameson acerca del cuarzo. Y del Dr. Chalmers tratando de comprender los argumentos de Hume. Por la tarde: apuntes y poco más. La mente y el cuerpo aburridos”. He aquí un ejemplo de su constatación de los estudios diarios.

20 de marzo: Después de unas cuantas frases en latín, que concluían así: “*In meam animam veni, Domine Deus omnipotens*”, escribe: “Me apoyaba en un bastón de mi propia fabricación, y me traicionó, se quebró debajo de mí. No era tu bastón. Resolviéndome yo a ser un dios, Tú me mostraste mi mera condición humana. Pero ya que mi bastón se ha roto, ¿por qué no asirme del tuyo? Leí parte de la vida de Jonathan Edwards. ¡Cuán débil parece mi chispa de cristianismo comparada con su sol! Y sin embargo, aun su luz era prestada, y esa misma fuente de luz permanece abierta aún para iluminarme a mí”.

“8 de abril: Hallo mucho descanso en Él, el que llevó toda nuestra carga”.

“26 de abril: Esta noche me he atrevido a romper el hielo de un silencio no cristiano. Nuestro egoísmo en asuntos tan sagrados ¿no debería ser enterrado en las profundidades del Atlántico?”.

6 de mayo: Sábado por la tarde. Fue la noche antes de la Santa Cena, y con el propósito de dedicarse de nuevo al Señor, delante de su Mesa, repasa brevemente su estado. Había sido ordenado en mayo del año anterior por primera vez; aunque había vivido con comodidad, sin percatarse de la solemne naturaleza de este paso. Ahora se sienta y recuerda su pasado:

“¡Una masa de corrupción he sido! Cuánto tiempo viviendo sin Dios en el mundo; dado a los sentimientos y todas las cosas perecederas que me rodean. Al ser yo de una naturaleza sentimental, ¡cuánto de mi religión se ha teñido con estos tintes terrenales, y hasta este día! Aunque guardado

del vicio flagrante por mi formación educacional y por temor al hombre, ¿cuánta iniquidad ha reinado en mi corazón! ¡Y cuántas veces, a pesar de todos mis esfuerzos, ha irrumpido esa iniquidad en forma de deseos e iras, ambiciones locas y palabras corruptas! Aunque mi vicio ha sido siempre refinado, sin embargo ¡cuán sutilmente y de qué manera ha prevalecido! Y el día de reposo, la prueba de todo ello, gran parte dedicada al servicio de Dios ¡y con un total aburrimiento! ¡Corrompido por mis hipocresías, mi autosuficiencia, mis pensamientos mundanos y mis amigos incrédulos! Con cuánta formalidad he leído la Biblia, sin estar atento a sus palabras, y qué poco he leído: ¡tan poco que aun hoy no la he leído siquiera! ¡Con cuánta facilidad he obedecido los impulsos de mi corazón indómito! ¡Cuánto más he amado la criatura que al Creador! Oh Señor mi Dios, me permitiste vivir mientras te deshonraba, Tú lo sabes todo; y solo tu mano ha podido despertarme de la muerte que me rodeaba, y en donde estaba yo contento de morar. De buena gana hubiera yo huido del Pastor que me buscaba mientras yo me perdía; pero Él me tomó en sus brazos y me llevó de vuelta; y eso no porque yo valiera algo. Yo no soy digno de su servicio más que el australiano, no más digno de ser llamado ni elegido. ¿Y por qué dudo yo? No que Dios no quiera, ni que sea Él incapaz: de ambas cosas estoy convencido. Quizá sea por mis viejos pecados tan espantosos, y mi incredulidad demasiado ostentosa. Es más: vengo a Cristo, no *aunque* sea yo un pecador, sino *porque* soy un pecador, el mayor de todos". Y entonces añade: "Y aunque mi sensibilidad y entusiasmo naturales tengan un gran efecto sobre mí, creo de veras que mi alma, con todas sus inquietudes, tiene un deseo sincero y celoso de descansar en Dios y en Cristo, y que su Reino ocupe gran parte de mis pensamientos, y aun de mis inclinaciones por tanto tiempo corrompidas. No a mí, no a mí, sea atribuida la más mínima sombra de mérito ni de alabanza, ¡sino que a tu santísimo Nombre sea toda la gloria! Tan cierto como que hiciste la boca con que te hablo en oración, tan cierto es que Tú inspiras cada oración de fe que sale de mis labios. Tú me hiciste, todo lo que soy, y Tú me diste todo lo que tengo".

El día siguiente, después de comulgar, escribe: "Recuerdo bien cuando era un enemigo, y cuando aborrecía esta ordenanza como algo obligatorio; mas si estoy ligado a Cristo en mi corazón, no temeré atadura alguna que me pueda acercar a Él". Por la noche: "Hay mucha paz. Mira atrás, oh alma mía, y ve con qué espíritu vivías tan solo hace doce meses: alma mía, ¡tu lugar está en el polvo!".

"19 de mayo: He considerado la posibilidad de testificar por Cristo en otros países con mucho más ánimo".

"4 de junio: He caminado cerca de Craigleith en compañía de A. Somerville. Conversábamos acerca de las misiones. Si he de marcharme para hablar de las incomparables riquezas de Cristo a los paganos, solo una cosa pido: que yo esté lejos de las funestas influencias de la estima o del menosprecio. Si los motivos mundanos me acompañan, jamás llevaré a ningún alma a la salvación, y perderé la mía en el intento".

"22 de junio: Variedad en los estudios. Traducción a la Septuaginta de Éxodo, y de la Vulgata. Compré las obras de Edwards. Dibujo. Verdaderamente, no había nada en mí para que me eligiera. Yo era como los demás, prendido ya con fuego, ¡para arder por toda la eternidad! Tan pronto como

podría saltar el leño del fuego, y reverdecirse como árbol frondoso, así podría mi alma saltar para vida nueva”.

25 de junio: refiriéndose a la función del santo ministerio, escribe: “¡Con qué prontitud perdemos las horas en vanas charlas, igual que el resto del mundo! ¿Cómo puede ser eso en aquellos que han sido escogidos para este gran ministerio? ¡Participando en la obra juntamente con Dios! ¡Heraldos de su Hijo, evangelistas! Hombres apartados para la obra, elegidos de entre los elegidos, se puede decir la crema y nata del rebaño, ¡que deben brillar como las estrellas para siempre jamás! ¡Ay! ¡Ay, alma mía, ¿dónde aparecerás? Oh Señor mi Dios, ¡soy un niño pequeño! Pero Tú enviarás un ángel con un carbón encendido del altar para tocar mis labios inmundos, para vivificar mi lengua, para que yo pueda decir con Isaías: ‘Heme aquí, envíame a mí’ ”. Y luego, después de leer un poco en las obras de Edwards, escribe: “Ojalá que mi corazón y mi entendimiento crecieran juntos, como hermanos, apoyándose mutuamente”.

“27 de junio: La vida de David Brainerd. ¡Hombre admirable de veras! ¡Cuánto conflicto, cuántas depresiones, abandonos, fuerzas, avances, victorias, en tu desgarrado pecho! No puedo expresar lo que siento cuando pienso en ti. Esta noche, más que nunca, estoy decidido a emprender un viaje misionero”.

“28 de junio: Ay, ¡cuánto desearía tener la humildad de Brainerd y su disposición de odio hacia el pecado!”.

“30 de junio: Muchos descuidos, pecado y aflicción. ¡Ay, miserable hombre de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? Entra, alma mía, en la roca, para esconderte en el polvo, por temor al Señor y la gloria de su majestad”. Y a continuación escribe unos versos, algunos de ellos dicen así:

Me levantaré con gozo

Para buscar a mi Padre,

Y debajo de mi carga

Doblado, iré a adorarle.

Delante de Él dejaré

Mis pecados, y al instante

Mi alma limpia ya será,

Lavándola con su sangre.

Y dentro de mí pondrá

Un corazón tan radiante

*Que otra cosa no querrá
Sino aprender a adorarle.
De buena gana hallaría
El gozo que permanece,
Que nunca se desvirtúa
Y que no se desvanece.
A la fuente de la vida
Venid conmigo y ya siempre
Del agua limpia bebed,
Tomadla así, libremente.
Vengo a Cristo, pues yo sé,
A pesar de que yo fuera
El más vil de todos, Él
Me busca hasta que me encuentra.
Cuando le hallare con fe,
Caminar en su presencia,
Descansar seguro en Él
Será para mí una urgencia.
Pues nunca podré mover
Ni un dedo sin que estas cuerdas
Sean desatadas por Él,
Sean echadas en su cuenta.*

“3 de julio: Esta última raíz de mundanalidad, que tan a menudo me ha traicionado, lo ha hecho esta noche con tal magnitud que solo puedo imaginar que Dios lo ha querido así para hacerme odiarla y abandonarla para siempre. Lo prometería solemnemente; pero conviene más orar como el pobre gusano que soy. ¡Siéntate en el polvo, alma mía!”. Yo creo que realmente pudo mantener

su resolución. Solo fue seducido una vez más por las diversiones a finales de ese mismo año; pero esa fue la última vez.

“7 de julio: Sábado. Después de acabar mis estudios, intenté ayunar un poco, con mucha oración, para buscar el rostro de Dios, recordando lo que ocurrió esta misma noche del año pasado” (refiriéndose a la muerte de su hermano).

“22 de julio: Esta noche he podido comprender mejor aquella abnegación y humillación con que uno debe venir a Cristo: una negación del yo, hollándolo bajo los pies, un reconocimiento de la perfecta y completa justicia de Dios que solo puede condenarnos y echarnos en lo más profundo del Infierno: un sentimiento de que, aún en el Infierno mismo, deberíamos *regocijarnos* en su soberanía y decir que todo se ha hecho bien”.

“15 de agosto: He hecho muy poco, e igualmente he sufrido poco. Una pregunta de tremenda importancia: ¿estoy redimiendo el tiempo?”.

“18 de agosto: He sabido de la muerte de James Somerville por la fiebre, inducida por el cólera. ¡Oh Dios, tus caminos y tus pensamientos no son como los nuestros! Acababa de predicar su primer sermón. Le vi por última vez el viernes 27 de julio, en la puerta del colegio; nos estrechamos las manos; poco sabía yo que no le iba a ver más en esta Tierra”.

“2 de septiembre: Día de reposo por la tarde. He estado leyendo. Demasiado absorto, demasiado poca devoción. Preparativos para una caída. Aviso. Puede que estemos demasiado absortos con la mera capa exterior de las cosas celestiales”.

“9 de septiembre: ¡Ojalá tuviera yo la verdadera humildad no fingida! Sé que tengo motivos para ser humilde; y sin embargo, no me doy cuenta ni de la mitad de esos motivos. Conozco mi orgullo y, sin embargo, no me doy cuenta ni de la mitad de ese orgullo”.

“30 de septiembre: Me siento algo amonestado, a causa de mi pobre observancia del día de reposo. Lo mejor es ser explícito y valiente”.

“1 de noviembre: Abundan más mis anhelos por la obra del ministerio. ¡Ojalá Cristo me tuviera por fiel, para encomendarme a mí la comisión del Evangelio!” (cf. [1 Co. 9:17](#)). Luego añade: “Tengo mucha paz. *En paz, porque creo*”.

2 de diciembre: Hasta la fecha, solía pasar la mayor parte de su tiempo los días de reposo por la noche en ampliar sus anotaciones de los sermones del Sr. Bruce; pero ahora: “He decidido ser más breve con mis anotaciones, para tener una velada dominical más práctica, reflexiva y descansada”.

“11 de diciembre: Tengo un espíritu inapropiado para hacer mi devocional. Mis oraciones están vacías”.

“31 de diciembre: En este año que ahora acaba, Dios me ha presentado los preparativos para el ministerio: le bendigo por eso. Me ha ayudado a olvidar mi vergüenza en pronunciar su nombre, y para estar de parte suya, ante ciertos amigos en especial: le bendigo por eso. Y en conclusión, me

ha quitado otros amigos que podrían haber sido una trampa para mí, piedras de tropiezo: le bendigo por eso. Me ha presentado a un amigo cristiano, sellando cada vez más mi amistad con él: le bendigo por eso”.

27 de enero, 1833: En esta fecha, su hermano David había tenido la costumbre de escribir un “*Carmen Natale*” con motivo del cumpleaños de su padre. Este año, Robert asume esta costumbre doméstica; y escribe con tiernas y hermosas alusiones:

*¿Dónde está aquel arpa tocada en tu honor,
En momentos tan dulces, tan llenos de amor?
Con llantos de gozo, con lágrimas vivas,
Con placeres puros, y sin inmundicias.
El arpa enmudece, su fuerza se acaba,
Las cuerdas tan tensas, muy tristes, ¡se callan!
Las murmuraciones en vano ¿nos ciegan?
¿Pues no fue su muerte la ganancia eterna?
¿Lloraremos si se marcha de esta Tierra,
Para morar en las regiones eternas?
Si bien aquí abajo brillaba con fuerza,
Su luz es más fuerte sentado a su diestra.
Aunque en tono dulce a su padre cantaba,
Sintió la alegría que un día le inspirara
Un tono más santo que suena en su arpa,
Un canto a su Padre, al Dios de su alma.*

3 de febrero. Robert escribe a un amigo médico de su hermano William, y dice: “Recuerdo que hace muchos años hiciste un comentario a mi hermano William, que de alguna manera u otra ha quedado en mi mente; a saber, que los hombres de la medicina deberían hacer un estudio preciso de la Biblia, con el único fin de administrar convicción y consuelo a sus pacientes. Creo recordar que tú dijiste haber ya comenzado con esta tarea. Confío en que tal decisión, aunque tomada en la juventud, no te traerá vergüenza en los años de tu madurez”.

“11 de febrero: De alguna manera me siento vencido. Veamos: aquí hay un defecto impenetrable. He omitido leer la Palabra con humildad y propósito. ¿Cuál de las plantas no se marchita por falta de agua?”.

“16 de febrero: He caminado hasta la Colina de Corstophine. Una vista despejada e impresionante; aguas azules, campos de trigo y abetos verdes. He reflexionado mucho sobre las necesidades de mi juventud. ¿Cuántas son, oh Señor? Resumidas en una: ¡la impiedad!”.

“21 de febrero: ¿Aún estoy dispuesto a predicar a los paganos perdidos?”.

“8 de marzo: Crítica bíblica. Pero esta no debe reemplazar la obra de mi corazón. ¡Qué adecuado resulta!”.

“12 de marzo: ¡Oh, anhelo actividad, actividad, actividad!”.

“29 de marzo: Hoy mi segundo curso (en *Divinity Hall*) acaba. Me encuentro ahora a la mitad de mi carrera. ¡Que Dios me mantenga con pasos firmes!”.

“31 de marzo: ¡El toro embiste en la red! ¿Como puede imitar el cristiano las ansias del mundano?”.

17 de abril: Robert se enteró de la muerte de una persona, amada por muchos amigos y lamentada por todos ellos. Este acontecimiento le llevó a tocar de nuevo las cuerdas de su arpa, aunque de manera irregular, y sin embargo con dulzura y tristeza.

“TODOS NOS MARCHITAMOS COMO UNA HOJA”

Ella vivió:

Ella vivía tan frágil,

Vulnerable y delicada

Que cada golpe de viento

Que sopla fuerte en invierno

Parecía derribarla.

Vivió y demostró que Aquel

Que en el mar tormenta calma

Domina todo el poder

Del invierno duro y cruel

Y lo convierte en bonanza.

Mantiene viva la flor

Más pequeña de la Tierra,

Y en sus brazos al cordero

Lo sostiene, y con su celo

Lo libra de una muerte cierta.

Ella murió:

Y moría en primavera,

Cuando las alegres flores

Decoraban enramadas,

Cuando el jilguero entonaba

Sus favoritas baladas.

La dulzura de su voz

Para siempre se callará,

Y la anémona salió,

Y ella en el cojín se halló

Fría, blanca y delicada.

La más hermosa murió

Para mostrar a nosotros

Que el más bello ha de caer,

Y en la frente se han de ver

Estas palabras por todos.

Ni los votos del amado

Con su inefable hermosura

Retener pueden alientos,

Fugaces como los tiempos,

De esa muerte tan segura.

Ella vive:

El espíritu salió

De la tierra, y ella vive,

Y Aquel que lo dio a nacer,

A su morada con Él

Se la lleva, y ella dice:

“Yo vivo para contar

Bendiciones tan grandiosas

De aquellos que son lavados,

Escogidos y salvados

Por su sangre tan preciosa.

“¡Que espantosa destrucción

De quien desciende a la tumba

Sin cubrirse de la ira

Del que con fuego castiga,

Sin ver la luz que alumbra!”.

Ella vivirá:

Y la tumba entregará

Su premio, cuando del Cielo

Cristo venga con su gloria,

Su majestad y victoria,

Y a los muertos levantará.

Y expectantes estaremos,

Que muchos más se han de alzar,

Y nos veremos reunidos,

Y por Él muy bendecidos,

Y sus pies así abrazar.

“20 de mayo: Asamblea General. Se perdió la moción para las Capillas de Ease a razón de 106 a 103. Cada golpe del ariete viene con más fuerza, hasta que todo cederá”.

“4 de junio: Una velada casi perdida del todo. La música no santifica, aunque suavice hasta afeminar el corazón”.

“22 de junio: Las omisiones abren camino a las acciones. ¡Oh de haber hecho yo caso al aviso! La riqueza de todo el mundo no puede compararse con ese dicho: ‘Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre’. ¿Pero cómo podemos los que estamos muertos al pecado vivir aún en él?”.

“30 de junio: Examinando mi corazón. ¿Por qué la vida misionera está tan a menudo en mis pensamientos? ¿Será simplemente el amor que siento por las almas? Entonces, ¿por qué no lo demuestro más aquí donde estoy? Las almas de aquí son tan valiosas como las de Birmania. ¿No será que me atrae el romanticismo que eso conlleva, la estima y el interés que me acompañarían? ¿Los diarios y las cartas que yo escribiría y recibiría? ¿Por qué me siento más atraído hacia el Oriente que a las Antillas? ¿Estoy engañando a mi propio corazón? ¿Es que no tengo ni una chispa del verdadero celo misionero? Señor, dame el entendimiento para imitar el espíritu de aquellas palabras celestiales de tu amado Hijo: ‘Basta que el discípulo sea como su Maestro, y el siervo como su Señor’. ‘El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí’. *¡Gloria in excelsis Deo!*”.

“13 de agosto: Solo con una clara convicción de pecado podemos obtener la única y verdadera confianza para depender de la justicia de otro y, por tanto (¡aunque parezca mentira!), de paz y alegría para el cristiano”.

“8 de septiembre: Estoy leyendo *Private Thoughts* (Pensamientos íntimos), de Adam. ¡Ay, qué no daría yo por tener su humildad tan sincera! ¡Ay de mí! Extraviado estoy en montañas de orgullo, al ver que todo lo que hago se tiñe con los mismos pecados que este hombre aborrece; ¿y dónde está mi llanto, mis lágrimas, por encima de mi deseo de ser alabado?”.

“14 de noviembre: Redacción, una labor agradable. Me temo que el deseo de ser admirado, y sus efectos, cala hondo en mí. Que Dios me guarde de predicarme a mí mismo, y no a Cristo crucificado”.

“15 de enero, 1834: He sabido de la muerte de J.S., en las aguas del Cabo de Buena Esperanza. ¡Oh Dios! ¡Cómo desgarras a las familias! En verdad debe de tratarse de una enfermedad muy grave, cuando un cirujano de corazón tierno corta tan profundo. Cuánto más, cuando Dios es quien opera: ‘Porque Él no castiga *por gusto*, ni aflige a los hijos de los hombres’ ([Lm. 3:33](#) LBLA)”.

“23 de febrero: Día de reposo. Me levanté temprano para buscar a Dios, y hallé a Aquel a quien ama mi alma. ¿Quién no se levantaría para tener tal encuentro? Las lluvias han pasado. ‘Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán’ ([Sal. 126:5](#))”.

24 de febrero: Robert escribe una carta a una persona que, según temía él, no sentía una verdadera convicción de pecado, sino un mero sentimentalismo. “¿Es posible, piensas tú, que una persona presuma de sus miserias? ¿No podría ser que el orgullo leuda toda nuestra aflicción e insensibilidad, cuando cavilamos sobre nuestros dolores no terrenales, cuando somos excluidos de un mundo incomprensivo, en ser nosotros los inválidos del hospital de Cristo?”. Robert había sido instruido por el Espíritu que es más humillante para nosotros *recibir lo que la gracia nos ofrece* que lamentar nuestras necesidades e inutilidad.

Dos días después constata, con asombro agradecido, que por primera vez en su vida se siente dichoso por haber despertado un alma. Todos aquellos que hallan a Cristo en sus propias vidas se sienten compelidos, por la santa necesidad de un amor apremiante, a buscar la salvación de otros. Andrés buscó a su hermano Pedro, y Felipe a su amigo Natanael. Y así ocurrió con el caso que tenemos entre manos. Nada más saber que la justicia de Cristo le cubría, anheló ver a otros también cubiertos con las vestiduras sin mancha. Y resulta de un singular interés leer acerca de los sentimientos de uno que iba a ser tan bienaventurado rescatando almas en el futuro, cuando vio por primera vez cómo el Señor le utilizaba, por su gracia, en esta labor más que angélica. Tenemos su propio testimonio:

“26 de febrero: Después del sermón. La preciosa noticia de un alma tocada por la gracia del Salvador. Cuán bendita la respuesta a la oración, ¡si realmente es así! ‘¿Vivirán estos huesos? Señor Jehová, tú lo sabes’. Cosa más bendita es ver los primeros dolores de un espíritu despertado cuando clama: ‘No puedo verme tan pecador; no puedo orar, pues delira mi vil corazón’. Me ha renovado más que mil sermones. No sé cómo agradecerle a mi Dios, ni admirarlo lo suficiente, por este comienzo de su obra. Señor, ¡perfecciona aquello que has empezado!”. Y unos días después: “Señor, te agradezco tanto que me mostraras esta obra tuya tan admirable, a pesar de ser yo un mero espectador que adora en lugar de un instrumento”.

No menos interesante —en este caso de uno tan dotado para la labor de la visita a los desamparados, y con dones tan singulares a la hora de ministrar la Palabra junto a los lechos de los moribundos— es hallar una descripción de la ocasión en que el Señor le llevó a efectuar un estudio de este campo de su labor. Existía en aquel tiempo entre los estudiantes del *Divinity Hall* una sociedad que tenía como meta estimularse mutuamente para dedicar una hora o dos a la semana a la visita de los desamparados y necesitados en los barrios más pobres de la ciudad. Nuestra norma era dedicar una hora de vez en cuando a esta obra, bien fuera durante los intervalos entre las clases, o en una de nuestras horas de recreo, sin quitarle tiempo a los estudios. Al principio, todos lo consideramos como una prueba algo fatigosa para la carne; no obstante, ninguno se arrepintió jamás de haber perseverado en ello. Un sábado por la mañana, al acabar la reunión de oración que solíamos celebrar en el despacho del Dr. Chalmers, fuimos juntos a una barriada en la Colina del

Castillo. Para Robert, era su primera impresión del paganismo en su propia ciudad natal, y sus efectos fueron duraderos.

“3 de marzo: He acompañado a A.B. en una de sus visitas, a algunas de las moradas más miserables que había visto en mi vida. Nunca me habría imaginado tal cosa. Ah, ¿por qué soy yo un extraño para los pobres de mi propia ciudad? He pasado por delante de sus puertas miles de veces; he llegado a admirar estos sucios edificios amontonados, con sus altas chimeneas irrumpiendo en los rayos del sol; ¿por qué nunca me aventuré a entrar por sus puertas? ¿Mora en mí de veras el amor de Dios? ¡Hasta los más pobres y viles extienden una cordial bienvenida a la voz de la benevolencia cristiana! ¡Estas masas de seres humanos amontonadas, sin la visita del amigo ni del ministro! ‘Ni hay quien cuide de mi vida’ ([Sal. 142:4](#)) está escrito en cada frente. ¡Despierta, alma mía! ¿Daré más tiempo al mundo vanidoso, cuando existe un mundo de tanta miseria en mi propia puerta? Señor, esfuérzame con tu propia fuerza; confirma cada resolución; perdona mi vida pasada tan necia e inútil”.

Y de esta manera llegó a ser uno de los miembros más constantes de la Sociedad, interesándose por un distrito en el Canongate, dando clase en una escuela dominical y distribuyendo copias del *Monthly Visitor* (El Visitador Mensual) junto con el Sr. Somerville. Su experiencia en estas áreas le ayudó a comprender la depravación del pecador en todas sus formas. Describe su primera visita al distrito con estas palabras:

“24 de marzo. He visitado a dos familias con razonable éxito. ¡Que la bendición de Dios nos acompañe! Empecé con temor y temblor, con debilidad. Que el poder sea de Dios”. Poco después narra la siguiente escena: “Entré en la casa de X. Le oí como maldecía mientras yo subía las escaleras. Le encontré atacando verbalmente a sus tres nietos, abandonados en su casa por su hija. Ella es una pobre miserable, llena de cicatrices y dura de corazón. Leí en [Ezequiel 23](#). Fuimos interrumpidos por la entrada de su otra hija, exigiendo unos documentos matrimoniales. Luego fue más discreta. Prometió volver; no volvió. Después entró su suegro —un lamentable espectáculo de viejo borracho— exigiendo dinero. Se marchó respirando amenazas”. Otro caso que menciona en particular habla de una mujer enferma que, aunque descuidada antes, de repente parecía flotar en un mar de gozo, sin poder ofrecer ninguna razón bíblica para este cambio. Continuó así, creo, hasta su muerte; sin embargo, él temía que se tratara de un engaño de Satanás disfrazado de ángel de luz. No obstante, un alma sí fue llevada, según todas las apariencias, a la Roca de la Eternidad durante esas visitas que hacía junto a su amigo y preparadas con tanta oración. Estos eran los primeros frutos.

Robert continúa con su diario, aunque aparecen intervalos considerables en la constatación de su estado espiritual.

“9 de mayo: Con cuánta bondad ha tratado Dios conmigo cada vez que me he esclavizado. Aprenderé al menos a gloriarme en las desilusiones”.

“10 de mayo: Delante de la Mesa. Menos interés que nunca en el ministro. Que hable el Maestro del festín, y solo Él, a mi corazón”. En tales momentos él sentía, al igual que muchos otros hijos de

Dios, que la *Cena misma* debería “satisfacer sus almas con abundancia” (cf. [Jer. 31:14](#)), y no tanto el discurso del ministro.

21 de mayo. Resulta conmovedor leer la siguiente anotación: “Hoy he cumplido 21 años. Cuánto tiempo viviendo de manera inútil, ¡solo Tú lo sabes! *Neff* murió a los 31 años; ¿y yo, cuándo?”.

29 de mayo. En este día escribió con mucha fidelidad, y al mismo tiempo con mucha bondad, a una persona que, según creía él, no era creyente, a pesar de apropiarse ella de las *promesas* de Dios para sí misma. “Si no tienes la seguridad de ser un creyente, ¿no será una contradicción de términos decir que estás segura que las promesas de los creyentes son para ti? ¿Tienes la seguridad de tu salvación? Si es así, regójate de ser heredera, y eso con temblor; pues eso mismo caracteriza a los herederos de Dios. Pero si no tienes la seguridad, es más, si no tienes ninguna seguridad en absoluto, entonces ¿qué locura es esta, el atreverte a decir a tu alma que estas promesas escritas en la Biblia pertenecen a todos por igual? Es una contradicción demasiado grande como para que la comprendas, excepto en palabras”. A continuación le demuestra que la *promesa gratuita de Cristo* debe ser aceptada por el pecador, y que de esta manera las promesas vienen a ser tuyas. “El pecador obedece la llamada: ‘Venid a mí’; solo entonces, y nunca antes, podrá reclamar la *promesa* anexa como suya: ‘y yo os daré descanso’ ”.

“14 de agosto: He ayunado a medias, buscando el rostro de Dios en oración. En este día hace treinta años nació mi amado hermano difunto. Oh por un amor mayor, para luego tener más paz”. Aquella misma tarde compuso el himno titulado “La higuera estéril”.

“17 de octubre: He cambiado mi meditación personal por la conversación. He aquí la raíz de toda maldad: si abandonamos a Dios, Él nos abandona también”.

En una tarde de ese mes, había estado leyendo en *Call to the Unconverted* (Llamamiento a los inconversos) de Baxter. Profundamente impactado por la tremenda y solemne urgencia con que escribía este hombre de Dios, fue llevado a escribir las siguientes líneas:

Aunque los labios de Baxter

Hace tiempo que callaran

Y la muerte enmudeció

La lengua que consiguió

Que muchos se despertaran;

Aun muerto, nos habla hoy

Desde la tumba callada,

Con la fuerza de su voz

Como de un ángel de Sion,

Aún retumba su llamada.
Que Dios permita también
Que, aun dormidos en la tierra,
Así podamos hablar,
Junto a Baxter declarar,
Consejos de vida eterna.

El Sr. M'Cheyne solía sufrir frecuentes ataques de fiebre, y uno de ellos le obligó a guardar cama el 15 de noviembre. Sin embargo, este brote fue de corta duración. El día 21 escribe: "Bendice oh alma mía, a Jehová tu Dios, y no olvides ninguno de sus beneficios. Estoy aprendiendo cada vez más el valor de *Jehovah Tzidkenu*". Tres días antes había compuesto su famoso himno: "I once was a stranger", etc. (Era yo una vez un extraño) titulado "*Jehovah Tzidkenu*, consigna de los reformadores". Fue fruto de una leve enfermedad que sometió a prueba su alma al colocarla en una posición más inmediata frente al trono del juicio de Cristo; y el himno que él cantaba con tanta dulzura revela la confianza segura y sólida de su alma. Con referencia a aquella misma enfermedad, parece ser que escribió las siguientes estrofas el 24 de noviembre:

Él envuelve con ternura
Al corazón quebrantado,
El alma que esté caída
Levantará con su mano.
Sobre el dolor pone gozo,
Como ungüento deseado;
Sobre el duelo, alabanza
Será vestidopreciado.
Venid entonces, cantad
Alabanzas al Dios Santo,
Quien lo quita y quien lo da,
Pues es Dios de lo creado.
Quien primero, con bondad,
Luego con vara y cayado,

Con paciencia va a enseñar

Cómo orar a nuestro Amado.

Levantán en asamblea,

Con himnos de gratitud,

Aquellos que los pecados

Les fueron ya perdonados

Por la muerte de Jesús.

“9 de noviembre: He sabido de la muerte de Edward Irving. Su recuerdo me inspira reverencia, como los mismos santos y mártires de antaño. Un hombre santo a pesar de todos sus engaños y errores. Ahora está con su Dios, su Salvador, a quién ofendió tanto, y a quien sin embargo amó con tanta sinceridad; de ello estoy convencido. ¡Cuán importante es buscar la sabiduría no en nosotros mismos, sino en el Dios de toda gracia!”.

“21 de noviembre: Señor, envíame tantas calamidades y penosas pruebas como sean necesarias, si es que ninguna otra cosa es capaz de despertarme de mi adormecimiento terrenal. Siempre será mejor estar vivo para ti, cualquiera que sea el instrumento vivificador. Mi mano tiembla al escribir porque, ¡oh, veo ocasiones muy probables de dolorosa aflicción por doquier!”.

“15 de febrero, 1835: Mañana he de superar la prueba ante el Presbiterio. Que Dios me conceda valor en mi momento de necesidad. ¿Qué temeré? Si Dios me considera apto por el ministerio, ¿quién me detendrá? Si no soy adecuado, ¿cómo seré impulsado a serlo? A tu servicio deseo dedicarme, una y otra vez”.

“1 de marzo: Servicio corporal. ¡Cómo cambia el corazón! He aquí mis inclinaciones mundanas, desordenadas; pasiones fuertes, vulgares; zonas tanto de hierro como de seda. Pero, gracias te doy, oh mi Dios, que ellas me hacen gritar: ‘¡Oh, miserable hombre de mí!’ La debilidad corporal también me deprime”.

“29 de marzo: Las clases acabaron el viernes pasado. Mi última comparecencia en ellas. La vida misma se desvanece. Se apresura hacia la eternidad”.

Podemos ver en estos documentos cómo Dios trató con su alma hasta el momento en que obtuvo su licencia para predicar el Evangelio. Su disciplina preparatoria, tanto de corazón como intelectual, había sido dirigida por la Gran Cabeza de la Iglesia de tal manera que resultó ser admirablemente idóneo para la obra que iba a llevar a cabo en la viña.

Preparaba su alma para la terrible labor del ministerio con abundante oración, y con diligentes estudios de la Palabra de Dios; a través de la aflicción en su propia persona; por medio de pruebas personales y dolorosas tentaciones; por la experiencia de la profunda corrupción de su propia

corazón; y descubriendo la plenitud de la gracia del Salvador. Aprendió por experiencia a preguntar: “¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” ([1 Jn 5:5](#)). Durante los próximos cuatro años, su despertar, a menudo ahogado por las aguas, fue levantado una y otra vez por aquella misma mano divina que primero le sacó, hasta que al final, aunque zarandeado con violencia muchas veces, pudo montar en la cresta de la ola. Parece ser que aprendió el camino de la salvación por pura experiencia; es decir que lo conocía con exactitud tanto en la teoría como en la práctica; y por consiguiente, todo su ministerio fue sin duda un continuo dar de su propia vida interior.

La Sociedad de Visitas antes mencionada ayudó de manera bendita en el cultivo de su alma, así como la Asociación Misionera y la Reunión de Oración relacionadas con ella. Ninguno era tan fiel a la hora de suplicar, y él llevaba la alabanza ante el trono con mucha frecuencia. Durante algún tiempo fue Secretario de la Asociación, interesándose profundamente por las labores de los misioneros. De hecho, hasta el último día de su vida, sus pensamientos giraban en torno a las tierras extrañas, y en una de las últimas cartas que escribió al Secretariado de la Asociación en Edimburgo expresaba su inquebrantable interés por la prosperidad de aquella entidad.

Durante los primeros años en el colegio, no dedicaba toda su atención a los estudios; no obstante, tan pronto empezó a producirse un cambio en su alma, los estudios también comenzaron a beneficiarse de los resultados. Con un sentido de la responsabilidad más profundo, empezó a utilizar sus dones para el servicio de Aquel que los otorga. Hubo pocos como él que, mientras con una devoción de espíritu buscaba estar siempre ocupado en la viña del Señor, fuera capaz de retener un interés tan inquebrantable y continuo por las ventajas de los estudios. Mientras asistía a sus clases habituales de literatura y filosofía, encontró un hueco para ocuparse también en la Geología y las Ciencias Naturales. Y durante los días más exitosos de su ministerio, cuando, aparte de su propia alma, su parroquia y su congregación le importaban más que nada, a menudo se le oía lamentarse de no haber adquirido más conocimientos útiles; pues halló que podía utilizar las joyas de los Egipcios para el servicio de Cristo. Sus estudios anteriores a veces le proporcionaban alguna ilustración acertada de la Verdad divina, que de repente le venía a la memoria justo en el momento en que se encontraba predicando el glorioso Evangelio a los más viles y necesitados. Sus propias palabras demostrarán mejor su parecer en cuanto a los estudios, asimismo la manera como él consideraba que se debe estudiar, a saber, con mucha oración. “Continúa con tus estudios — escribía a un joven estudiante en 1840—. Recuerda que ahora estás formando en gran medida el carácter de tu futuro ministerio, si es que Dios tiene clemencia contigo. Si formas hábitos de estudio perezosos o descuidados ahora, nunca te librarás de ellos. Hazlo todo en su momento. Hazlo todo con diligencia: si vale la pena, entonces hazlo con todas tus fuerzas. Sobre todo, quédate en la presencia de Dios. No mires nunca al rostro del hombre hasta que primero no hayas visto el rostro de aquel que es nuestra vida, nuestro todo. Ora por los demás: tus profesores, tus compañeros de estudio”, etc. A otro escribió: “Ten cuidado con la atmósfera de los clásicos. Es verdaderamente pernicioso; y te hará mucha falta que el viento del Sur sople sobre las Escrituras para contrarrestarlo. Verdaderamente es bueno conocerlos; aunque, igual que el alquimista que maneja los venenos, solo con el fin de descubrir sus cualidades, no para infectar su sangre”. Y escribió también: “Ora para

que el Espíritu Santo haga de ti no solo un creyente y un buen muchacho, sino sabio para con tus estudios. A veces un rayo de luz divina en el alma puede obrar maravillas en la solución de un problema de matemáticas. La sonrisa de Dios calma el espíritu, y la mano izquierda de Jesús sostiene la cabeza desfallecida, y su Santo Espíritu aviva la afectividad; para que aun los estudios naturales se hagan un millón de veces más fáciles y cómodos”.

Antes de entrar en *Divinity Hall*, había estado asistiendo a clases privadas de Hebreo; y después de asistir a las dos sesiones en la clase del Colegio del Dr. Brunton, hizo grandes avances en aquella lengua. Era capaz de consultar el hebreo original del Antiguo Testamento con tanta facilidad como la mayoría de nuestros ministros pueden consultar el griego del Nuevo.

Más o menos en este tiempo, durante su primer año en *Divinity Hall*, empecé a conocerle como amigo íntimo. Durante las vacaciones estivales, para así redimir el tiempo, algunos de nosotros que nos habíamos quedado en la ciudad, mientras la mayoría de los compañeros se habían marchado al campo, solíamos reunirnos una vez a la semana por la mañana, con el propósito de investigar algún punto de la *Teología Sistemática*, compartiendo entre todos los resultados de nuestra lectura privada. En otro momento nos reuníamos también de la misma manera, hasta haber entendido los puntos principales de la *Controversia papal*. Nuestros avances en los conocimientos de las Escrituras griegas y hebreas también servían para unirnos; y durante un verano nos reunimos para el estudio de *La profecía incumplida* una vez a la semana, muy temprano por la mañana, cuando, a pesar de que nuestras opiniones diferían mucho en cuanto a puntos concretos, siempre recibíamos alimento para nuestras almas en las Escrituras que explorábamos. Sin embargo, ninguna sociedad de este tipo nos resultó tan útil o placentera como aquella que, según el objeto del estudio, recibió el nombre de *Exegética*. La reunión tenía lugar cada sábado por la mañana a las 6:30, durante la sesión de las Clases Teológicas. Nuestra meta era el estudio de la crítica bíblica, y cualquier otra cosa que pudiera arrojar luz sobre la Palabra de Dios; y estas reuniones se mantenían con regularidad durante cuatro sesiones. El Sr. M'Cheyne decía que tenía una deuda con esta sociedad por la gran disciplina mental sobre la literatura judía y la geografía de la Escritura que le había proporcionado, y que le resultaría tan útil durante la Misión de Investigación a los judíos en días posteriores.

Sin embargo, estas ayudas en el estudio no eran al fin y al cabo más que suplementarias. Recibió gran parte de su formación y cultura a través de los estudios sistemáticos y metódicos del *Divinity Hall*. Bajo la tutoría del Dr. Chalmers en Teología y del Dr. Welsh en Historia de la Iglesia, esos cuatro años de estudios proporcionaban una ventaja no pequeña en la ampliación de su entendimiento. Cada día se le abrían nuevas áreas de pensamiento. Sus apuntes y su diario son testimonio de su esfuerzo para retener todo lo que había oído, y de cómo intentaba, según el tiempo le permitía, leer todos los libros recomendados por sus profesores. Muchos años después, recordaba con gratitud aquellas lecciones que había recibido en clase. Un día, cabalgando desde Abernethy camino a Dundee en compañía del Sr. Hamilton (ahora en Regent Square, Londres), comentaban la mejor manera de dividir un sermón. “Yo solía —dijo él— despreciar las reglas del Dr. Welsh cuando le escuchaba y, sin embargo, ahora siento que *debo aplicarlas*, porque resulta tan necesario un orden lógico en la preparación de un sermón si este ha de ser memorable e impresionante”.

Tenía una alta capacidad intelectual; con una comprensión clara y precisa de la materia, que expresaba con acierto, siempre destacaba entre sus compañeros. Junto con un ardiente deseo de ampliar sus conocimientos de la verdad en todas sus ramas, y una gran y precisa memoria para retener lo que había encontrado, mostraba también una sorprendente franqueza al examinar todo aquello que afirmaba ser la verdad. Poseía también una mente hábil y emprendedora, una mente que podía llevar a cabo todo aquello que se le proponía y capaz de hallar nueva luz ella misma. Poseía grandes facultades para el análisis; a menudo su juicio descubría una distinción singular. Su imaginación pocas veces cortejaba objetivos grandiosos; un amigo dijo de él una vez: “Tenía un ojo bondadoso y tranquilo que veía la hermosura viviente de la naturaleza más bien que lo majestuoso y sublime”.

Podría haber llegado muy alto en círculos de buen gusto y literatura, pero él se privó de tales esperanzas para poder ganar almas. Con dotes tan singulares como los que él poseía, su ministerio, en cualquier circunstancia, habría atraído a muchos; sin embargo, todos estos atractivos fueron puestos en sujeción al único deseo de despertar a los muertos en delitos y pecados. Tampoco tenía esperanza alguna de ser utilizado para la salvación de las almas de no ser él mismo un monumento de la gracia soberana. Estimaba que *“estar en Cristo antes de estar en el ministerio”* era indispensable. A menudo citaba aquellas palabras solemnes de Jeremías ([23:21-22](#)): *“No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban. Pero si ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo, y lo habrían hecho volver de su mal camino, y de la maldad de sus obras”*.

Con fe, pues, en su corazón, entró en el santo oficio del ministerio, recibiendo de mano del Señor aquella vara con que iba a hacer señales, la cual, después de abrir rocas para que salieran las muchas aguas, nunca olvidaba dejar de nuevo sobre el arca de donde la tomaba, ¡dándole toda la gloria a Dios! No sabía por cuál camino Dios le estaba guiando; pero aun entonces se dejaba guiar por la columna de nube. Más o menos en este tiempo escribió aquel himno: “They sing the song of Moses” (Cantan el cántico de Moisés). Su carrera estaba a punto de comenzar; pero ahora que vemos que su carrera ha acabado, podemos mirar atrás y ver claramente que la fe que en ella expresaba no era en vano.

Capítulo 2

Sus labores en la viña antes de su ordenación

“Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas” ([Sal. 126:6](#)).

Mientras aún era un estudiante normal y corriente en plena temporada de exámenes ante el Presbiterio, durante la primavera y verano de 1835, varios ministros le enviaron solicitudes, deseosos de asegurar sus servicios para su particular lugar en la viña. En especial, insistían encarecidamente que considerara el campo de labor en Larbert y Dunipace, cerca de la ciudad de Stirling, bajo el Sr. John Bonar, pastor de todas estas parroquias unidas. Esta circunstancia le llevó (como ocurre a menudo en estos casos), a pedir al Presbiterio de Edimburgo, bajo cuya dirección se encontraba hasta aquí en sus estudios, una transferencia de lo que quedaba de sus pruebas en público a otro Presbiterio, donde habría menos presión para ocasionar cualquier retraso. Esta petición le fue prontamente concedida, y su conexión con Dumfriesshire le llevó al Presbiterio de Annan, donde le concedieron una licencia para predicar el Evangelio el 1 de julio de 1835. Sus sentimientos en aquel tiempo aparecen en uno de sus propios documentos al final de aquel día: “He predicado tres discursos de prueba en la Iglesia de Annan, y después de un examen en Hebreo, recibí solemnemente de parte del Sr. Monylaws, el Moderador, la licencia para predicar el Evangelio. ‘Bendice, oh alma mía, al Señor; ¡y bendiga todo mi ser su santo nombre!’”. Lo que anhelaba durante tanto tiempo como el honor más alto Tú por fin me lo has dado, yo que apenas me atrevo a decir las palabras de Pablo: ‘A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo’. Me siento impresionado, aunque incapaz de sentir mi propia indignidad como debería. Debo vestirme de humildad”.

Un suceso que ocurrió la semana anterior había sentido una influencia impresionante sobre él, y sobre su compañero de viaje y hermano en el Evangelio, que recibió su licencia de otro Presbiterio aquel mismo día. Se trataba de la muerte lamentada del Revdo. John Brown Patterson, de Falkirk; uno que había recibido de parte del Señor una preeminente elocuencia y sabiduría, y quien estaba utilizando todo lo que tenía para su Señor, cuando una fiebre acortó su vida. Antes de su muerte, había hablado mucho acerca de la terrible carga de un pastor, y su temprana muerte enseñó una lección para muchos, junto con el aviso de que podría pedírsele cuentas a un pastor acerca de las almas en cualquier momento.

El siguiente día de reposo el Sr. M’Cheyne predicó por primera vez en la Iglesia de Ruthwell, no lejos de Dumfries, acerca de “El estanque de Betesda”; y por la tarde, acerca de “La puerta estrecha”. Aquella misma noche escribe en su diario: “Lo he hallado más solemne de lo que había imaginado anunciar a Cristo con autoridad; y sin embargo, ¡un glorioso privilegio!”. La semana siguiente (sábado, 11 de julio), escribe: “Señor, ponme a tu servicio donde y cuando Tú quieras. En tu mano, todas mis cualidades serán aplicadas apropiadamente. No tenga yo, entonces, ninguna ansiedad”. El día siguiente, después de predicar en la Iglesia de S. Juan, en Leith, también escribe: “He recordado, antes de subir al púlpito, la confesión que dice: ‘Hemos estado más ansiosos por el mensajero que por el mensaje’ ”. Después de predicar aquel día, anota: “Se me ocurrió mientras en el púlpito, que si se me permite ser ministro, podría yo disfrutar de alguna llamarada de comunión con Dios en semejante situación. La mente está enteramente constreñida a hablar por Dios. Es

posible entonces, que ocurran más actos vivos de fe, que en otros momentos más tranquilos o somnolientos”.

Robert no comenzó sus labores en Larbert hasta el 7 de noviembre. Durante el intervalo, predicó en varios lugares, y muchos empezaron a percibir una singular dulzura de la palabra en sus labios. Al aceptar la invitación de trabajar en esta esfera propuesta, escribió: “Siempre ha sido mi meta, y es mi oración, *no tener planes* con respecto a mí mismo; seguro estoy que el lugar donde el Salvador me coloque debe de ser el mejor lugar para mí”.

La parroquia a la cual había llegado era muy grande, con 6000 almas. La iglesia parroquial está en Larbert; aunque ante la insistencia del Sr. Bonar, hace muchos años, una segunda iglesia había sido construida para la gente de Dunipace. El Sr. Hanna, luego ministro de Stirling, había precedido al Sr. M’Cheyne en el trabajo de asistente en su campo de labor; y ahora el Sr. M’Cheyne entró en él con plena devoción y un corazón celoso, aunque no con muy buena salud. Como asistente, su parte era la predicación de cada segundo día de reposo en Larbert y en Dunipace, y durante la semana, visitar la población en ambos distritos, según se sentía capaz, tanto física como espiritualmente. Había una notable diferencia entre los dos distritos en cuanto a los rasgos generales de su carácter; no obstante, se llevó a cabo una misma labor en ambos lugares por parte del ministro y su asistente; y a menudo ascendían sus oraciones ante las ventanas del Cielo para que estas se abrieran sobre los dos santuarios. Se han salvado almas allí. Si bien, el fiel pastor a menudo derramaba lágrimas junto con su joven compañero soldado al lamentar: “Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?”. Sembraron con fe por doquier; y no dejaron de sembrar aun cuando los resultados les parecieron de lo más inadecuados.

El Sr. M’Cheyne recordaba con gran deleite que Larbert era uno de los lugares en donde aquel devoto hombre de Dios, Robert Bruce, había trabajado y orado en días pasados. Después de haber viajado a Tierra Santa, el Sr. M’Cheyne expresó un deseo: “Que el Espíritu sea derramado sobre Larbert, como en los días de Bruce”. Pero por encima de su interés por cualquier asociación, su mente estaba de continuo preocupada por un deseo de ver la salvación de las almas. Su enorme preocupación por ellas queda patente en una carta escrita al Sr. Bonar en 1837, desde Dundee: “Siento un enorme interés por Larbert y Dunipace. Es como si fuera mi tierra natal. ¿Se levantará el Sol de Justicia sobre ella para que estas colinas y valles resplandezcan con la luz del conocimiento de Jesús?”.

Nada más acomodado en sus aposentos, comenzó a trabajar. Para él, el comienzo de cualquier labor consistía invariablemente en la preparación de su propia alma. Una sesión sosegada de devoción personal por la mañana precedía las visitas de cada día. Las paredes de su habitación fueron testigos de sus oraciones, y de sus lágrimas y clamores también. A primera hora de la mañana, un agradable sonido de la lectura de los Salmos procedía de su habitación, seguido por una lectura de la Palabra para su propia santificación; pocos habrán experimentado tanto como él las bendiciones del primer Salmo. Su hoja no caía, porque sus raíces estaban en las aguas. Aquí también, empezó a estudiar más a fondo las obras de Jonathan Edwards, las consideraba como una especie de mina, lista para ser trabajada, y todo aquello que extraía compensaba ampliamente el esfuerzo.

Además de estas obras, a menudo tenía en sus manos una copia de *Letters of Samuel Rutherford* (Las cartas de Samuel Rutherford). Leía también varios libros de temas generales, pero siempre con el firme propósito de encontrar en ellos alguna ilustración de la verdad espiritual. Al acabar de leer *Insect Architecture* (Arquitectura del insecto), hizo el siguiente comentario: “¡Dios reina tan visiblemente en una comunidad de hormigas e icneumones, como entre los hombres vivientes o poderosos serafines!”.

Su deseo de conocer mejor las Escrituras era muy intenso; estudiaba con constancia tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. “Sería lamentable para un estudiante de este mundo —dijo una vez a un amigo— limitar su mirada a los campos fértiles y jardines regados de esta tierra cultivada. No tendría ninguna idea de lo que es este mundo sin subir a nuestras montañas rocosas para ver los páramos desolados y los musgos de nuestra tierra árida; o caminar por la cubierta de la nave en alta mar, lejos de las costas y con solo una enorme expansión de aguas hasta el horizonte. De igual manera, sería penoso que el estudiante de la Biblia no conociera toda la inspiración de Dios; no examinara aun los capítulos más áridos para sacar provecho del bien que en ellos hay; ni procurara comprender todas las batallas sangrientas de Crónicas, para así hallar que “del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura” (junio, 1836).

Su ansia de cualquier ayuda posible para su propia santidad personal le llevó a reconocer las desventajas de aquellos que no son conmovidos por la comunión con otros creyentes más avanzados en la fe. “He descubierto por experiencia que aquí en el campo mi reloj no marcha tan bien como allá en la ciudad. Se adelanta o se atrasa con unos ligeros cambios, y es sorprendente, pero estoy a deshora con todo el mundo y, lo que es peor, con el Sol mismo. Tiene una explicación muy sencilla: que en la ciudad encontraba campanarios con reloj en cada calle, y así notaba y corregía cualquier aberración en mi propio reloj. Y creo que es así con aquel reloj interior, cuyas manillas señalan no al tiempo sino a la eternidad. Por algunos cambios graduales y lentos, las ruedas de mi alma se atrasan, o los muelles de las pasiones son demasiado potentes; y a causa de todo ello, no tengo ningún reloj viviente con el cual compararme y por consiguiente corregir mi marcha. Tú dirás que siempre tenemos el Sol: y así debe ser, pero también tenemos muchas nubes que ocultan el Sol de nuestra frágil visión”. (Carta escrita al Revdo. H. Bonar, en Kelso).

Desde el principio, alimentaba a los demás con el mismo alimento que él recibía. De alguna manera, su enseñanza era el mismo desarrollo de la experiencia de su propia alma. Daba de su propia vida interior. Le agradaba subir desde los pastos donde había tenido un encuentro con el Gran Pastor, para luego conducir su rebaño al mismo lugar donde él había hallado sustento.

En el campo de su labor, encontró suficiente trabajo para abrumar al espíritu. La gran mayoría de la población, procedente de las numerosas minas y fundiciones, era totalmente indiferente a la verdad, u opuesta a ella con un espíritu de infidelidad. El Sr. M’Cheyne no tardó en darse cuenta de que aquel pastor a quien había venido a ayudar, por mucha salud, celo o perseverancia que tuviera, tenía sobre sus hombros un peso de obligaciones imposible de ser soportado por un solo hombre. Después de unas cuantas semanas, su campo de labor le parecía cada vez más ilimitado, y la masa de almas cada vez más impenetrable, más de lo que jamás hubiera imaginado.

Es probable que su experiencia durante este período le proporcionara, hasta cierto punto, una comprensión hacia el Proyecto de la Extensión de la Iglesia, un esfuerzo cristiano verdaderamente noble que tenía como propósito llevar las Buenas Noticias a las puertas de una población que de otra manera sería totalmente descuidada, y cuyos obreros se entregaban a él en cuerpo y alma. Describió sus propias impresiones acerca de este tema a un amigo en el extranjero, de la siguiente manera: “Existe una oposición cruel y destructiva ante la multiplicación de los ministros en esos pobres barrios apiñados y abandonados. Si solo uno de nuestros Comisarios Reales consintiera soportar la fatiga física que un ministro debe soportar en las visitas a los enfermos y moribundos de Larbert (por no hablar de toda la visitación y la preparación para el púlpito), y solo durante un mes, estoy seguro de que si pudiera levantarse de su lecho al final de todo ello, cambiaría de opinión y de postura en la Junta de la Comisión”.

Pasaron unas cuantas semanas muy ajetreadas, durante las cuales el Sr. M’Cheyne seguía con todas esas labores, pero le fue añadida otra prueba: una parte más de la disciplina preparada para él. Ocurrió a finales de diciembre, cuando una fuerte opresión en el corazón, y una tos irritante, motivo de preocupación para sus amigos que temían una afección pulmonar, le apartó de su labor pública durante varias semanas. Un examen médico reveló un embotamiento en el pulmón derecho, pero que no afectaba el tejido pulmonar. Durante una temporada, sin embargo, sus pulmones estuvieron tan cargados e irritados que, si hubiera seguido predicando, hubiera enfermado seriamente. No obstante, bajo unos cuidados cautelosos, su salud mejoró y pudo continuar con su trabajo.

Esta enfermedad temporal puso de manifiesto la extrema sensibilidad de su alma en cuanto a las responsabilidades de su ministerio. Al principio, habiendo viajado hasta Edimburgo “en una dulce y soleada mañana que parecía estar preparada por Dios solo para él —escribió al Sr. Bonar—. Si no me recupero antes del tercer día de reposo, me temo que mi conciencia ya no podrá soportar la responsabilidad de dejarle trabajar solo, y llevar esa carga de 6000 almas sin ninguna ayuda. No, estimado Sr. Bonar, debo interpretar bien la voluntad de Dios en su providencia y ceder el paso, cuando Él así me lo confirme, a otros obreros con nuevas fuerzas y capacidades. Es mi esperanza y mi ruego que en su voluntad me restablezca de nuevo, para ayudarle a usted y su parroquia, y con un corazón instruido por la enfermedad, poder hablar cada vez más como mortal perecedero a los que perecen”. Entonces, recordando a dos personas enfermas, escribe: “Pobre A.D. y pobre C.H., están siempre en mis pensamientos. No puedo hacer nada por su bien excepto orar. Dígales que oro por ellos sin cesar”.

Para un pastor santo, conocedor del camino salpicado con sangre hacia el Padre, estos días en que está apartado de su labor probablemente constituyen la prueba de la bondad de Dios para con su pueblo tanto como otros días de salud y actividad. Porque durante este tiempo de retiro, puede ocuparse en descubrir las plagas de su propio corazón, y acercarse a Dios, como lo hizo Moisés, para suplicar cara a cara con Dios por su pueblo y por su propia alma. El Sr. M’Cheyne creía que eso era cierto ahora; y el hecho de que Dios tratara así con él mientras estaba apenas entrando en la viña le hizo ponderar todas estas cosas. “ ‘Pablo preguntó’ —dice— ‘qué quieres que *yo haga?*’. Y la respuesta fue: ‘Yo le mostraré cuánto le es necesario *padecer* por mi nombre’. Así puede ser

también en mi vida. Me he afanado demasiado en querer hacer grandes cosas. El deseo de recibir alabanza ha sido mi pecado dominante; qué mejor que ser instruido a través del padecimiento personal, a solas, y lejos de los ojos y los oídos del hombre". En otra carta escrita al Sr. Bonar le dice: "Siento que, durante este período de enfermedad y dolor, toda mi labor deba ser la de la oración e *intercesión*. Pero Satanás está siempre al acecho en nuestros corazones engañosos, pues no recuerdo haber sentido nunca tanta aversión a estos deberes. Trato de 'edificarme sobre mi santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservándome en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna'. Este texto de Judas me resulta particularmente hermoso en estos momentos. Si es bueno encontrarnos bajo el amor de Dios, cuánto más conservarnos en él. Y sin embargo, somos tan reacios. No dudo que puedo entrar con denuedo ahora mismo en el santuario; no puedo dudar de mi derecho y prerrogativa para entrar por el camino nuevo y sangriento persistentemente; no puedo dudar que nada más entrar allí, no solo estoy perdonado, sino también aceptado en el Amado; no puedo dudar que cuando yo entre, el Espíritu esté dispuesto a descender como una paloma, y morar en mi pecho como Espíritu de oración y de paz, capacitándome para 'orar en el Espíritu Santo'; y que Jesús esté pronto para ascender como mi intercesor ante el Padre, orando por mí, aunque no por el mundo, y que el Dios que oye las oraciones esté siempre con el oído inclinado para escuchar los ruegos que Él se deleita en oír y responder. No puedo dudar que morar así en Dios es la verdadera bendición de mi naturaleza; y sin embargo, ¡soy una criatura extraña e inexplicable! Estoy tan poco dispuesto a entrar muchas veces. Doy vueltas y vueltas alrededor del santuario, y a veces miro por la rendija del velo rasgado, viendo las bendiciones de morar allí dentro como mucho mejor que estar fuera habitando 'en las moradas de maldad'; y aún así, es cierto que no habito dentro". "Mis oraciones le acompañan, en especial ante los lechos de dolor de A.D. y C.H. Es mi esperanza que sigan vivos aún, y que Cristo sea glorificado en ellos".

Cuando reanudó su trabajo, encontró otro lugar de residencia en Carronvale. Desde estos hermosos parajes salía a caballo hacia su trabajo. Pero, a pesar de la belleza del lugar, no estaba del todo contento. Puesto que aún no se encontraba plenamente restablecido de su enfermedad, lamentaba no poder cumplir con la labor como lo haría otro obrero más fuerte. A menudo miraba de reojo hacia las minas; y las recordaba tiempo después, reprochándose su negligencia, aunque injustamente. "Los lugares que he dejado sin testimonio son Kinnaird y Milton. Las dos ciudades se levantan contra mi conciencia, sobre todo Milton, donde he cabalgado de paso tantas veces". No era tanto la comodidad sino más bien la utilidad positiva del ministerio lo que envidiaba; y juzgaba a cada sitio por su oportunidad de promover tal fin. Dijo una vez acerca de una rectoría que tuvo ocasión de visitar: "La rectoría es demasiado apacible; otros hombres no serían capaces de vivir allí sin decir: 'Aquí hallo el descanso'. Yo creo que las rectorías no deben ser tan hermosas".

Un sencillo incidente sirvió para fomentar la facilidad y fluidez de su ministerio en el púlpito. Desde el principio, reprobó la costumbre de leer los sermones; pensaba que eso debilitaba la libertad y el fervor natural del mensajero para pronunciar su mensaje. Él tampoco recitaba lo que había escrito. Su costumbre era más bien imprimir sobre su memoria la sustancia de lo que antes había redactado tan cuidadosamente, y luego hablarlo con cuanta libertad pudiera. Una mañana,

cuando cabalgaba de prisa hacia Dunipace, sus sermones escritos cayeron por el camino. Este incidente no le permitió prepararse de la manera habitual; sin embargo, pudo predicar con más libertad que nunca. Por primera vez en su vida, descubrió que poseía el don de la redacción improvisada, y aprendió con sorpresa que tenía más compostura de mente y dominio del lenguaje que en un principio había creído. Este descubrimiento, sin embargo, no cambió en absoluto su forma diligente de prepararse. De hecho, la única lección que aprendió de aquel incidente fue la de depender más de las bendiciones inmediatas de Dios que de los preparativos satisfactorios hechos de antemano. “Una sola cosa llena mi copa de consuelo: que Dios puede obrar por medio de las palabras más pobres e inadecuadas al igual que por las más elocuentes y elaboradas; ciertamente, quizá en especial por las palabras pobres, para que toda la gloria sea suya”.

Sus manos estaban ocupadas de nuevo, repartiendo el pan de vida en comunión con el Sr. Bonar. El progreso de su propia alma, mientras tanto, puede verse en algunas anotaciones de su diario durante este período:

“21 de febrero, 1836: Día de reposo. Bendito sea el Señor por otro día del Hijo del Hombre. Vuelvo a escribir en mi diario, algo que no he hecho en mucho tiempo; no porque no sienta las desventajas de hacerlo, las de hacerte adoptar otros sentimientos o expresar más bien lo que desearías ser y no lo que eres, sino porque las ventajas parecen ser mayores. El escribir asegura una sobria reflexión sobre todo lo que ha pasado durante el día, visto por los ojos de Dios. He predicado dos veces hoy en Larbert, acerca de la justicia de Dios ([Ro. 1:16](#)). Por la mañana estuve más ocupado con la preparación en mi cabeza que con la de mi corazón. Este ha sido mi error muchas veces, y siempre me doy cuenta de la maldad de ello, sobre todo en la oración. Corrígelo, entonces, oh Señor”.

“27 de febrero: He predicado en Dunipace con más corazón que nunca, que yo me acuerde, acerca de [Romanos 5:10](#), debido a la naturaleza evangélica del tema y a la mucha oración durante la preparación. ¡Una audiencia más reducida de lo habitual! Cuán extraño y a la vez feliz ese sentir, cuando Dios concede al alma la serenidad para ponerse en pie y suplicar por Él. ¡Oh que siempre suplicara por Él, no por mí mismo!”.

“5 de marzo: He predicado en Larbert con gran ánimo, debido mayormente a que he podido remediar mi error del 21 de febrero. Y por tanto, el corazón y la boca se llenaron. ‘Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón’, dijo David ([Sal. 119:32](#)). ‘Predicaré cuando ensanches mi corazón’ ”.

Podemos ver en esta última anotación el germen de su extraordinario y solemne ministerio. Su corazón se llenaba, y sus labios expresaban después lo que había en su corazón. No solo daba del agua de vida, sino que daba el agua de vida sacada de la misma fuente donde él mismo había bebido; ¿no es eso un verdadero ministerio del Evangelio? Algunos se atreverían a probar lo que consideran un método más *intelectual* de dirigirse a la conciencia; pero nada más intentarlo así algún ministro, vería que le es necesario prepararse con mucho más esmero y afán que los demás hombres. Dado que la parte intelectual de un discurso no va a ser la que penetre como una flecha en la conciencia, aquellos pastores que son intelectuales deben dedicarse diez veces más a la oración cuando se

preparan, si es que quieren ver su propia alma y las de su congregación tocadas por su palabra. Si hemos de predicar con compasión por los perdidos, debemos ser conmovidos por la misma visión del pecado y la justicia que conmovía el alma humana de Jesús. (Cf. [Sal. 38](#) y [55](#)).

Durante este tiempo, contribuía a veces a la revista *Christian Herald* (El Heraldo Cristiano) con algún artículo: uno de ellos se titulaba “On Sudden Conversions” (Acerca de las conversiones repentinas), mostrando que podemos esperarlas según enseñan las Escrituras. Durante el mismo mes, parece ser que escribió *Lines on Mungo Park* (Líneas acerca de Mungo Park), algo que atrajo la atención del Profesor Wilson. Cualquiera que fuese lo que emprendía, su meta era honrar a su Maestro. Le oí comentar, después de escuchar un sermón predicado por otro (el 3 de abril): “He oído algunas cosas impactantes; pero anhelo oír más de Cristo”.

El día de reposo 6, escribe: “He predicado con ternura en mi corazón. Oh, ¿por qué no lloraré, como lo hizo Jesús sobre Jerusalén? Por la tarde estuve impartiendo instrucción en dos clases encantadoras de escuela dominical. Mucho cansancio físico. La gracia y bondad de Dios, al conceder el descanso a los cansados”.

“13 de abril: Fui a Sterling para oír hablar al Dr. Duff una vez más acerca de su método. Más celo y energía que nunca. Él inflama sobre la marcha. Me sentí casi constreñido a seguirle en todo su método. Sería algo digno de defender, si fuera para levantar una audiencia; pero si tiene el propósito de levantar maestros, es más que defendible. Ahora estoy dispuesto; si Dios me abre el camino, iré a la India. Heme aquí, ¡envíame a mí!”.

El sentimiento misionero perduró en su alma durante toda su vida. El Señor le había convencido y estaba dispuesto; y esta disposición de ir a cualquier lugar completaba su preparación para la obra abnegada y generosa en su propio país. ¿No debe haber algo de esta tendencia misionera en cada verdadero ministro? ¿Es que existe algún verdadero mensajero del Señor que no esté dispuesto a ir adonde y cuando el Señor le llame? ¿Se justifica de alguna manera poner a un lado un llamamiento desde el Norte, con la excusa de que él *desea* que venga del Sur? Debemos ser como Isaías, si es Dios el que nos tiene que enviar.

“24 de abril: ¡Ojalá que las labores de este día sean bendecidas! Y no solo las mías, sino las de todos los siervos fieles en todo el mundo, hasta que venga *tu día de reposo*”.

“26 de abril: Visitación en Carron-shore. Bienvenido en cada hogar. Una labor placentera de veras. Me ha animado mucho. Después les he predicado acerca del capítulo [1](#) de Proverbios”.

“8 de mayo: La Santa Cena en Larbert. He servido como anciano y ayuda a los fieles. He participado vislumbrando algo de fe y gozo. Servido por un viejo ministro fiel (el Sr. Dempster, de Denny), uno instruido por Dios. Esta mañana estuve acompañando a los moribundos; esta tarde, he estado al lado de la fallecida: la pobre J.F., que falleció ayer por la noche. Le puse la mano en su fría frente e intenté cerrarle los ojos. Señor, ¡concédeme la fuerza para vivir por Ti! Fuerza también en la hora de la muerte”.

“15 de mayo: Hoy ha habido un eclipse anular de Sol. He celebrado los dos cultos juntos para poder acabar a tiempo. Ha sido un verdadero espectáculo, ver el borde del Sol brillar alrededor del disco oscuro de la Luna. Señor, un día tu mano apagará esas lumbreras; porque no habrá más necesidad del Sol para iluminar la morada feliz; el Cordero la iluminará: un Sol que no puede ser eclipsado, un Sol que nunca se pone”.

“17 de mayo: He visitado a trece familias, y luego he hablado a todas ellas reunidas por la tarde en la escuela acerca de [Jeremías 50:4](#): ‘andando y llorando’. Experimenté algún engrandecimiento del alma; dije algunas cosas sencillas; y sentí algún deseo por su salvación, para la alabanza de Dios”.

“21 de mayo: Preparación para el día de reposo. Mi cumpleaños. He vivido veintitrés años. Bendita sea mi Roca. Aunque sea yo un niño en mis conocimientos de la Biblia y de Ti, utilízame en lo que puede hacer un niño o en lo que un niño puede sufrir. Qué poco sufrimiento he padecido en este último año, excepto en mi propio cuerpo. ¡Oh! Así como es mi día sea también mi fuerza. ¡Dame fuerza para el sufrimiento y en la hora de la muerte!”.

“22 de mayo: Oh Señor, cuando tú obras, todo desaliento se desvanece; cuando Tú no estás, cualquier cosa nos desalienta. Bendito sea Dios por un día como este, ¡uno entre mil! Oh, ¿por qué no es siempre así? Velad y orad”.

Aquel mes, mientras se encontraba en Edimburgo durante las sesiones de la Asamblea General, aprovechó la oportunidad para visitar nuevamente a algunos de aquellos que habían estado bajo su cargo en el distrito del Canongate. “J.S. aún está lejos, pero hace preguntas; sin duda, Dios le está guiando. Su mano produce estas lágrimas. Visitas interesantes a casa de L; está cerca de la muerte, y sigue con sus mismas ideas. Solo puedo esperar que haya algo de fe en ellas. Vi a la Sra. M., muchas lágrimas: muchos sentimientos, aunque aún tengo mis dudas y estoy a oscuras. ¡Tú lo sabes, Señor!”.

“11 de junio: Ayer estuve en Dunipace. Parece como si tuviera temor de nombrar a Cristo. Vi a mucha gente del mundo necesitada de una palabra oportuna, y no tuve ánimo de corazón para hablar. Lo que he hecho ha sido un fracaso total. ¡No soy digno, Señor! Hoy he intentado preparar mi corazón para el día de reposo que viene. Después de ver el ejemplo de Boston, cuya biografía estoy leyendo, he examinado mi corazón con oración y ayuno. 1) ¿Está mi corazón verdaderamente satisfecho con la salvación que ofrece Jesús? ¿Deseo ser salvo de una forma en que toda la alabanza sea para Él, y no para mí? ¿Lo apruebo no solo como la única vía bíblica de salvación, sino también como algo deleitoso para mi corazón? Señor, escudríñame y pruébame, porque solo puedo responder: Sí, sí. 2) ¿Deseo de todo corazón ser santificado? ¿Hay algún pecado que quiero guardar? ¿Me resulta una aflicción el pecado, sobre todo su repentina aparición y dominio? Señor, Tú sabes todas las cosas, Tú sabes que aborrezco todo pecado, y que deseo ser hecho enteramente *como Tú*. ‘El pecado no se enseñoreará de vosotros’ son las palabras más dulces de la Biblia. Ojalá descienda yo hasta el polvo, cuanto más bajo mejor, para que la justicia de Jesús y su fuerza sean admiradas. Me siento tan indiferente, y a la vez tan afligido por no sentir dolor por mi indiferencia. Por la tarde me animé un poco. He calmado mi espíritu con salmodia y oración”.

“12. Día de reposo. Hoy, un pecador predicó a Jesús, aquel mismo Jesús que lo ha hecho todo por él. ¡Y sobre todo últimamente! Un día de mucha ayuda, de sincera búsqueda en mi corazón de esa fuerza única y vivificante, un día de gran tentación para mi orgullo, y de ser adulado. ¡Ojalá tuviéramos fuertes vientos de vida espiritual! Por la tarde, ayuda para poder presentar a Jesús en toda su hermosura y excelencia ante los niños pequeños. Mucha fatiga, aunque con algo de paz. Ciertamente ‘mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos’ ”.

“15 de junio: Día de visitas, día feliz, en Carron-shore. Una gran reunión por la tarde. Me sentí muy contento al final de ella, aunque lamento haber *hablado el Evangelio con dureza*. Ciertamente es un mensaje dulce, y debe ser presentado con ternura angélica, sobre todo por un pecador tan necesitado”.

Verdaderamente hubo poca dureza en su predicación en días posteriores; si bien él era tan sensible a esa naturaleza común a todos nosotros que a menudo hablaba de ella, y se dolía grandemente si alguna vez había hablado con nada menos que una solemne compasión. Recuerdo una ocasión cuando, al encontrarnos, me preguntó cuál había sido el tema de mi predicación aquel día de reposo anterior. Había sido: “Los malvados irán al Infierno”. Al escuchar este terrible texto, me preguntó: “¿Y pudiste predicarlo *con ternura*?”. Ciertamente el tono de reproche o reprensión se distingue grandemente de la voz del aviso solemne. Lo que penetra la conciencia de nuestra gente no es la palabra dura, sino la voz del amor de Dios que habla en medio de los truenos. La punta más aguda de la espada de doble filo no es la *muerte* sino la *vida*; y esta es la que debe ser dirigida hacia las almas farisaicas; puesto que estas almas pueden oírnos hablar de las puertas abiertas del Infierno y su fuego eterno mucho más despreocupadas que cuando nos oyen hablar de las puertas del Cielo abiertas de par en par para su regreso inmediato. Cuando predicamos que las Buenas Noticias *fueron designadas para impartir la seguridad de la vida eterna a cada pecador que cree en ellas*, causamos un impacto mucho más profundo en la enemistad orgullosa del mundo para con Dios que cuando le mostramos la maldición eterna y la muerte segunda.

“19 de junio: Día de reposo. Una mañana lluviosa. He predicado en Dunipace ante una audiencia reducida acerca de la Parábola de la Cizaña. Doy gracias a Dios por esa bendita parábola. Durante ambos discursos, he sido culpable de muchos pensamientos odiosos de orgullo, de admiración propia y de un deseo de ser alabado, robándole el corazón al culto”.

“22 de junio: En Carron-shore. Mi última vez. Algunas lágrimas; pero me temo que a algunos les guste más el mensajero, no el mensaje, y me temo ser tan vanidoso que eso me gusta. Señor, que no sea así. Perezca *mi* honor, y sea exaltado *tu* honor por siempre jamás”.

“26 de junio: Un auténtico día de reposo. Un cielo dorado. La iglesia llena, y con más vida que en otras ocasiones. ¿Podré llamar la animación de hoy un viento del Espíritu, o era todo natural? Yo sé que no todo era de la gracia; la admiración propia, la vanidad, el deseo de ser honrado, la amargura: todos ellos aliento terrenal e infernal. ¿Pero no hubo gracia? Señor, Tú lo sabes. ¡Yo no me atrevo a agraviarte al decir que no! Estuve en la escuela dominical de Larbert, con el mismo gozo y la misma felicidad. Al igual que con las labores domésticas. ¡Alabado sea Dios! ¡Oh, ojalá que el mismo sabor perdure toda la semana! Así podré comprobar si todo es de la naturaleza humana o si

proviene de la gracia. ¡Ay! Los lunes por la mañana me producen temblor: esas horas sin vida. Señor, bendice la semilla sembrada hoy en los corazones de mis amigos, y en todo el mundo; ¡apresura la cosecha!”.

“3 de julio: Después de toda una semana de trabajo y preparación, ha sido un día de reposo con mezclas de paz y dolor. Esta mañana, antes de predicar, he visitado a la Sra. E, que agoniza. Prediqué acerca del carcelero con no mucha compostura, con algún que otro destello de la verdad auténtica como está en Jesús. Sentí una mezcla de experiencias. El aburrimiento de la congregación se iluminaba de vez en cuando, para luego volver a caer en el letargo. Oh Señor, haz que me agarre a Ti para poder abrir sus corazones, Tú que abriste el corazón de Lidia. Me temo que no puedas bendecir mi predicación hasta que me haya agarrado a Ti. ¡Oh, no retengas la bendición a causa de mi pecado! Por la tarde, acerca del “Camino de los redimidos”, con algo más de comodidad y ánimo. Sentía que a veces la verdad hervía en mi corazón hasta salir en palabras. Algún destello de ternura, aunque con mucho menos de ese espíritu que en los últimos dos días de reposo. Hice otra visita a la mujer moribunda. ¡Oh, cuándo suplicaré con mis lágrimas, con un deseo ardiente en mi corazón, por los pecadores! ¡Oh Señor de toda compasión, hazme saber de qué espíritu soy! Dame de tu Espíritu humilde que ni se afana ni clama. Mucho cansancio, y mucha necesidad de oración, y mucha necesidad de aferrarme a Cristo”.

El día 5, un martes, siendo el día del aniversario de su licencia para predicar el Evangelio, escribe: “Una semana llena de acontecimientos. Durante un año he predicado a Cristo, ¿o no? ¿O a mí mismo? Me he predicado a mí mismo muchas veces también, pero he predicado a Jesús”.

Más o menos en este tiempo sintió de nuevo la mano de la aflicción, aunque no duró demasiado. Sin embargo, era obvio que ahora las molestias personales iban a ser un ingrediente más en la experiencia que iba a contribuir a ese tono tan singular de su ministerio.

“8 de julio: Desde el martes pasado estoy postrado en cama, enfermo. Arrinconado una vez más, para sentir mi propia inutilidad, y para curar mi orgullo. ¿Cuándo se curará este mal genio indomable? ‘Señor, predicaré, correré, visitaré, lucharé’, decía yo. ‘No, yace en tu cama y sufre’, dice el Señor. Hoy he perdido algunas buenas oportunidades para hablar una palabra por Cristo. El Señor vio que hubiera hablado tanto por mi propio honor que por el suyo y, por tanto, me cerró la boca. *Veo que ningún hombre puede ser un ministro fiel hasta que predique a Cristo por amor a Cristo*, hasta que deje de intentar atraer a las gentes a sí mismo, y las atraiga solo a Cristo. ¡Dame eso, Señor! Esta noche ha habido algunos momentos de humildad; y por tanto, algo de lucha en la oración pública. Pero mis oraciones apenas pueden llamarse oraciones”. Y entonces, por la tarde, escribe: “Hoy hace cinco años que mi amado hermano ha estado ausente en el cuerpo y presente delante del Señor, y conoce más, y ama más que todos los santos juntos sobre la faz de la Tierra. ¡Hasta que apunte el día, y huyan las sombras, vuélvete, amado mío! ([Cnt. 2:17](#))”.

“10 de julio: Me temo que en algunas cosas me haya vuelto más mundano. Hoy he tenido dificultad para continuar con una conversación espiritual justo después de la predicación, cuando mi pecho debía estar ardiendo. Me excusé de salir a comer fuera con otra razón que no era la principal; aunque me he reprendido y corregido a mí mismo. Por la tarde, un desliz insensato hacia

la conversación mundana. Corrígeme en estas cosas, oh Señor, llenando mi corazón con más amor a Jesús; y para que mi oración sea más jaculatoria”.

“17 de julio: Día de reposo. Ojalá recuerde mi propia palabra este día: que la hora de la Santa Cena es la hora de venir las zorras, esas ‘zorras pequeñas, que echan a perder las viñas’ ([Cnt. 2:15](#)). Reflexionando, dos cosas han manchado el día de hoy: un continuo deseo de recibir alabanza, y mi consentimiento para escuchar siquiera las conversaciones mundanas. Que estas cosas me mantengan humilde, que sean mi carga, llevándome a la Cruz. Entonces, Satanás, ¡serás vencido!”.

“19 de julio: Hoy ha muerto W. M’Cheyne, mi primo hermano, ministro auxiliar en Kelso. Oh, cómo me arrepiento de nuestras vanas controversias acerca de las organizaciones cuando nos vimos por última vez, ¡y que habláramos tan poco de Jesús! ¡Ojalá hubiéramos hablado más a menudo! Señor, enséñame a hablar siempre como uno que perece a los que perecen”.

“24 de julio: Santa Cena en Dunipace. Oí predicar al Sr. Purves de Jedburgh: ‘Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación’ ([Is. 12:3](#)). La única forma de venir a los medios de gracia, y sacar aguas de las fuentes, es de venir con ideas claras en cuanto a ser aceptados, creyendo que la ira de Dios ha sido desviada. Ciertamente, una preciosa visión de la gratuidad del Evangelio; muy refrescante. Mi alma necesita estar más despierta para aprender esta verdad”.

Anteriormente (el 3 de julio) había hablado de “mezclar la experiencia con la verdad auténtica como está en Jesús”. Es a eso a lo que se refiere de nuevo en el último párrafo. Su profundo conocimiento del corazón humano y sus pasiones le llevaba a menudo a disertar más no solo sobre aquellos temas con que el pecador puede descubrir su culpa, sino también sobre aquellas marcas que muestran evidencias de un cambio más que sobre “las Buenas Noticias”. Y, sin embargo, a su parecer, estas Buenas Noticias, dirigidas hacia las almas inmersas en ‘hiel de amargura’ (cf. [Hch. 8:23](#)), constituían el verdadero mensaje del ministro de Cristo; y él jamás predicó otra cosa que no fuera la plena salvación al alcance del más grande de todos los pecadores. Y ya desde el principio, tuvo cuidado también de no caer en el error de muchos, el de conjeturar o adoctrinar con el Evangelio en lugar de predicar el Evangelio tal como es.

¿No será la verdadera predicación la de venir, como Ahimaas, con noticias de suma importancia, y darlas a conocer? Tan ocupado con los hechos que tiene que contar, no tendrá ningún ánimo de conjeturar con meras abstracciones; es más, no le preocupará qué lenguaje debe emplear, ya que la grandeza misma de las noticias le prestará elocuencia a sus palabras. El glorioso hecho —“*Por medio de él se os anuncia perdón de los pecados*” ([Hch. 13:38](#))— es la carga de todo sermón. El que clama es enviado a las puertas abiertas por su Señor, para anunciar esta única e infinitamente importante verdad a toda la creación bajo el Cielo.

Parece ser que, de todo aquello que impartía, Robert lo aplicaba invariablemente a su propio beneficio. Ya hemos visto cómo se alimentaba de la Palabra, no para prepararse para su congregación, sino para su propia edificación. Era algo fundamental para él; y todos los pastores tendrán este mismo sentir, que si han de ver prosperar sus propias almas, es necesario asirse de la Palabra, rehusando tajantemente cualquier idea de alimentar a los demás sin antes estar ellos

misimos saciados de ella. De igual manera, es necesario oír la verdad que predicamos y que esta cale hondo en nuestras propias almas. Nosotros, al igual que nuestras congregaciones, debemos beber de la lluvia que cae. Así hacía el Sr. M'Cheyne. Era algo habitual oírle hablar de esta manera: "31 de julio. Día de reposo por la tarde, hablé acerca de Judas traicionando a Jesús, y lo hice con más sensibilidad de la que había sentido jamás. Ojalá morara yo sobre el pecho de Aquel que lavó los pies de Judas, que metió su mano en el mismo plato que él, que le avisó y que se dolió por él, para ser contagiado con su amor y su ternura, tan maravillosos e insondables".

Volviendo a casa un día de reposo por la tarde (el 7 de agosto) desde la escuela dominical en Torwood, le vino al encuentro una persona con una sugerencia útil. Dos familias de gitanos estaban acampadas en Torwood, cerca de donde se encontraba. Estaba cansado después de las labores del día; pero al instante, como era su costumbre cuando recibía una llamada así, fue en busca de ellos. Sentado al lado de un fuego de leña, abrió para todos ellos la parábola de la Oveja Perdida, haciéndose entender con términos sencillos. Después, se arrodilló y oró por ellos, dejándoles bastante impresionados y muy agradecidos.

En este tiempo, un joven de su parroquia, por cuya alma se había preocupado mucho, se marchó de casa. Siempre vigilante por las almas, el Sr. M'Cheyne aprovechó esta ocasión para exponerle más ampliamente en una carta las cosas pertinentes a su paz.

"Larbert, 8 de agosto de 1836

"Mi querido G.:

"Te sorprenderá recibir noticias mías. Muchas veces he deseado conocerte mejor; pero en estas tristes parroquias es imposible conocer íntimamente a cada uno como quisiéramos. Y ahora te has marchado de casa y de nuestros cuidados; no obstante, mis mejores deseos van contigo, asimismo los recuerdos de muchos otros; y como ahora ya no podré hablar más contigo, aprovecho esta oportunidad para expresarte mis pensamientos. Yo no sé cómo me ves tú: si como un ministro serio y gravoso, o uno que podría ser tu compañero y amigo; sin embargo, hace tan poco tiempo que yo era igual que tú, cuando me gustaban los juegos que ahora te gustan a ti, cuando leía los libros que ahora lees tú, que yo no me considero más que un niño. Esta es una de las mayores razones por la cual te escribo. La misma sangre joven que fluye por tus venas fluye por las mías, las mismas fantasías y pasiones alegres bailan en mi pecho igual que en el tuyo; así que, cuando quisiera persuadirte para venir junto conmigo al mismo Salvador, para caminar el resto de tu vida guiado 'por el Espíritu de Dios', no te estaría persuadiendo de nada por encima del alcance de tus años. Yo no soy como un abuelo lleno de canas, entonces podrías responderme diciendo que no eres más que un niño. No; yo soy casi tan niño como tú; tan enamorado de la felicidad y de la vida como tú; tan aficionado a correr por las colinas, y a ver todo lo que hay que ver, como tú.

"Otra cosa que me impulsa a escribirte, mi querido muchacho, es que he sentido en mi propia experiencia la necesidad de tener un amigo que me dirija y aconseje. Yo tenía un hermano amable, como el que tú tienes, que me enseñó muchas cosas; me regaló una biblia, y me animaba a leerla; trató de guiarme como un jardinero se esfuerza en guiar un manzano por la pared, pero en vano.

Yo me consideraba mucho más listo que él, y siempre andaba por mi propio camino; y muchas veces, lo recuerdo bien, le he visto leer su biblia, o cerrar su puerta para orar cuando yo me vestía para ir a alguna fiesta, o algún baile insensato. Y bueno, este amado amigo y hermano murió, y aunque su muerte me impactó mucho más que su vida había hecho jamás, aún sentía la tristeza de estar *sin amigos*. No quiero decir que no tuviera parientes ni amigos en el mundo, porque la verdad es que tenía muchos; sino que lo que no tenía era un amigo *que se preocupara por mi alma*. No tenía a ninguno que me enseñara el camino hacia el Salvador, ninguno que despertara mi conciencia adormecida, ninguno que me contara que la sangre de Jesús me limpiaba de todo pecado, ninguno que me dijera que el Espíritu estaba tan dispuesto a cambiar mi corazón y darme la victoria sobre mis pasiones. Yo no tenía ningún ministro que me tomara de la mano y dijera: ‘Ven conmigo, y te haremos bien’. Sí, tenía un amigo y ministro, pero ese era Jesús mismo, y me guiaba de una forma en que yo solo puedo darle a Él, y solo a Él, toda la alabanza. Ahora bien, Jesús puede hacerlo de nuevo; sin embargo, la manera más habitual es la de utilizar un guía terrenal. Y si yo pudiera servir de guía para ti, me haría muy feliz. Solo quiero ser un indicador que señala el camino. Es lo que tanto deseaba para mí, y eso es lo que no te faltará a ti, a no ser que tú no quieras.

“Dime, querido G., ¿trabajarías menos a gusto durante el día, caminarías por las calles con más tristeza, comerías tu comida con menos alegría, dormirías peor por las noches si tuvieras *el perdón de los pecados*, es decir, que todos tus malos pensamientos y hechos, mentiras, robos y quebrantamientos del día de reposo, fueran borrados del libro de la memoria de Dios? ¿Piensas que serías menos feliz? No te atreverías a decir que sí. Pero el perdón de tus pecados ¿no te haría más feliz que ahora? Quizá me dirás que eres muy feliz ahora. Yo te creo. Sé que yo era muy feliz antes de ser perdonado. Tuve gran placer en mis muchos pecados, sobre todo en quebrantar el día de reposo, por ejemplo. Andaba por muchos caminos encantadores, hablando mis propias palabras, pensando mis propios pensamientos y buscando mi propio placer durante el día santo de Dios. Me imagino que pocos muchachos se habrán sentido tan contentos como yo antes de la convertirse. Ningún sinsabor nublaban mi frente, las lágrimas no llenaban mis ojos, de no ser por algún buen libro de cuentos; así que sé perfectamente que dices la verdad, cuando dices que eres feliz tal como eres. Pero, ¡ah!, ¿no es esta la cosa más triste de todas, el ser feliz siendo un hijo de ira, que sonrías, y comas y bebas, seas alegre y duermas tranquilamente cuando esta misma noche podrías encontrarte en el *Infierno*? ¡Feliz sin el perdón!; una felicidad terrible. Como la viuda hindú que está sentada sobre la pira funeraria de su esposo muerto, cantando con gozo mientras encienden la leña que la va a quemar a ella también. Sí, puedes ser feliz de esta manera, hasta que te mueras, hijo mío; pero al volver la vista desde el Infierno dirás que fue una felicidad desdichada. Ahora bien, ¿no crees que serías más feliz siendo perdonado? ¿Poder vestirme de Jesús, y decir: ‘La ira de Dios se ha apartado’? ¿No serías más feliz en tu trabajo, en tu casa y en tu cama? Puedo asegurarte, por experiencia propia, que el placer de ser perdonado es tan superior al placer de no ser perdonado, como el Cielo es superior al Infierno. La paz de ser perdonado me recuerda al cielo azul en calma, que nada en este mundo puede perturbar. Aligera todo trabajo, endulza cada bocado de pan, y hace que el lecho de enfermedad sea suave y cómodo; es más, hasta quita el ceño de la muerte. Bien, el perdón puede ser tuyo *ahora*. No se le concede a los buenos. No se le da a nadie porque se siente

menos malvado que otro. *Solo* es dado a aquellos que, sintiendo que sus pecados han traído una maldición sobre sus cabezas: '[ponen los ojos] en Jesús' como quien la puede quitar para siempre.

"Ahora bien, mi querido muchacho, no quisiera aburrirte. Si tú eres como yo era, habrás bostezado varias veces mientras leías esta carta. No obstante, si el Señor te concede la gracia, y toca tu tierno corazón como yo le pido, con un deseo de ser perdonado y ser hecho hijo de Dios, quizá no te sea tan gravoso todo lo que te he escrito con tanto apremio. Como esta es la primera vez que vives lejos de casa, puede que aún no hayas aprendido a escribir cartas; pero si lo haces, me gustaría saber de ti, de cómo te va, cuáles son tus convicciones, si es que las tienes, tus dificultades, qué partes de la Biblia te resultan confusas; y entonces yo te ayudaría a resolverlas. Lees tu biblia con regularidad, por supuesto; pero trata de comprenderla, y lo que es más, *sentirla*. En una misma sesión de lectura, lee en dos partes distintas. Por ejemplo, si estás leyendo en Génesis, lee también un salmo; o si estás leyendo en Mateo, lee también en una epístola. *Convierte la Biblia en oración*. De este modo, si estabas leyendo en el [Salmo 1](#), coloca la Biblia abierta sobre una silla delante de ti, y arrodíllate para orar: 'Oh Señor, dame la bienaventuranza del varón', y 'no permitas que ande en consejo de malos', etc. Esta es la mejor manera de saber lo que significa la Biblia, y de aprender a orar. En la oración, confiesa tus pecados por sus nombres, repasando uno por uno los de hoy. Ora por tus amigos por nombre, tu padre, tu madre, etc., etc. Si les amas, ciertamente orarás por ellos. Yo sé de sobra que las oraciones hechas por ti ascienden constantemente desde tu casa; ¿no orarás tú también por ellos? Hazlo con regularidad. Si oras con sinceridad por los demás, ello te hará orar por ti mismo.

"Pero debo acabar. Adiós, querido G. Mis mejores saludos para tu hermano, y considérame tu leal amigo,

"R.M.M."

El deber de un pastor ([Ez. 34:4](#)), cuando visita su rebaño, es distinguir: "Fortalecer las débiles, curar la enferma, vendar la perniquebrada, volver al redil la descarriada, buscar perdida" (cf. [Ez. 34:4](#)). Esto es lo que trataba de hacer el Sr. M'Cheyne. En una carta escrita al Sr. Somerville de Anderton, tiempo después, refiriéndose a la gente que había tenido ocasión de conocer en estas parroquias, escribió: "Presta más atención a los santos de lo que yo jamás prestaba. Háblale una palabra a tiempo a S.M. S.H. podrá recibir la verdad en términos sencillos, pero recuérdale que debe ser humilde. Haz que L.H. aprenda en silencio; no le hables de la *religión*, sino háblale siempre de su caso. Enseña a A.M. a simplemente mirar a Jesús. Avisa y enseña a J.A. Quita la mundanalidad de la familia B., si es posible. Despierta a la Sra. G., mantenla despierta. Habla fielmente a los B. Cuéntame de M.C., si es o no es una verdadera creyente, si crece. ¿Ha visto la luz A.K.? Tengo mis dudas en cuanto a M.T. M.G. está de continuo sobre mi conciencia; no le hice ningún bien a esa mujer; siempre conseguía hablarme de *las cosas acerca de la verdad*. Habla con denuedo. ¡Qué importa en la eternidad el inconveniente del tiempo!"

Más o menos en este tiempo, los líderes y la congregación de la nueva iglesia, S. Pedro, en Dundee, le invitaron a predicar como uno más de entre varios candidatos al pastado; y a finales de agosto, le eligieron para el puesto por unanimidad. Él aceptó la llamada, consciente de la

imponente obra que tenía delante. Hubiera preferido, dijo él, elegir una parroquia rural como la de Dunipace; pero parece ser que el Señor lo quería de otra manera: “En el mar fue tu camino” ([Sal. 77:19](#)). Más de una vez decía, tiempo después: “Hubiéramos pensado que Dios enviaría un hombre fuerte a una parroquia como la mía, y no este junco frágil que soy yo”.

Aquel primer día que predicó en S. Pedro como candidato al pastorado (14 de agosto), escribió: “Por la mañana: mi estado de ánimo no está para predicar; acerca del Sembrador. Por la tarde: con más ánimo y la ayuda del Espíritu; acerca de la Voz de mi Amado, en [Cantar de los Cantares 2:8–17](#). Por la noche: con todo mi corazón; acerca de *Rut*. Señor, mantenme humilde”. Al volver desde S. Pedro, la segunda vez, observó una ansiedad poco habitual en su clase de niñas en Dunipace. Una de ellas parecía estar despierta del todo aquella tarde. “Gracias te doy a ti, Señor, por cualquier cosa”, anotó aquella tarde; pues hasta aquí había sembrado sin ver fruto alguno. Parece que el Señor lo quiso así, y de esta manera le enseñó a perseverar en el deber y en la fe, aun cuando no pudiera ver los resultados. La flecha que iba a herir a cientos estaba entonces formándose en su punta; aunque aún iba a permanecer en su aljaba durante algún tiempo. Parecía que el Señor primero tocaba su corazón, y lo derretía con lo que él hablaba a otros, más que tocar o derretir los corazones de sus oyentes. Pero desde el día en que primero predicó en S. Pedro, comenzaron a aparecer algunas señales de éxito. Su primer día allí, sobre todo su sermón acerca de *Rut* por la tarde, fue de bendición para dos almas en Dundee; y ahora empieza a ver almas ablandarse bajo sus últimas palabras en la parroquia donde él pensaba que había gastado sus fuerzas en vano.

Ahora que estaba a punto de marcharse de este lugar, buscaba ansiosamente un obrero capaz de ayudar al ya sobrecargado pastor, alguien que mostrara tener un amor sincero por las almas. Él creyó haber encontrado la persona ideal en el Sr. Somerville, el amigo con quien había compartido todos sus sentimientos y pensamientos en días anteriores, y quien, con la hoz en su mano, se acercaba ahora a los campos de la siega. “Entiendo claramente —escribió al Sr. Bonar— que mis pobres intentos de labor en tu amada parroquia pronto serán eclipsados. Pero si al final cede el cerrojo de hierro de la incredulidad, y los rostros endurecidos se arrugan con lágrimas de fe y de inquietudes, bajo el ministerio que sea, tú te regocijarás, y yo me regocijaré, y los ángeles, y el Padre y Dios de los ángeles se regocijarán”. Con este espíritu puso fin a sus diez meses cortos de labor en esta región.

Sus últimos sermones predicados a las congregaciones de Larbert y Dunipace tenían con tema [Oseas 14:1](#): “Vuelve, oh Israel, a Jehová tu Dios”; y [Jeremías 8:20](#): “Pasó la siega”. Por la noche escribe: “Señor, me pesa lo poco que he hecho por ellos, ¡lo que Tú podías haber bendecido! Siento compasión por ellos desde mis entrañas, cuánto más al ver lo poco que he hecho. Ciertamente podría haber hecho diez veces más. Podría haber visitado cada hogar; podría haber hablado siempre como el ministro que soy. Señor, ¿puedes Tú bendecir en parte esos esfuerzos insuficientes?”.

Creo que fue más o menos en este tiempo cuando algunos de nosotros nos pusimos de acuerdo para orar específicamente el uno por el otro los sábados por la noche, con el tema de nuestros ministerios el día siguiente. No ha habido ninguna razón por no seguir con lo que convenimos desde entonces. De vez en cuando, nuestro círculo de oración se ha ampliado; y la única voz que ha sido

silenciada, de todas aquellas que se postraban delante del Señor con súplica el uno por el otro, ha sido la suya. El Sr. M'Cheyne jamás se olvidó de su cita con la oración. "Larbert y Dunipace están siempre en mi corazón, sobre todo los sábados por la noche, ¡cuando pido por un glorioso día de reposo!". En cierta ocasión, estando en Dundee, alguien le preguntó si alguna vez la acumulación de trabajo en su parroquia le había hecho descuidar la hora de súplica en los sábados con mucho ajetreo. Su respuesta fue que no, no se acordaba de haberse olvidado nunca. "¿Qué sería de mi congregación si yo no orara?".

Tan constante era en los preparativos para el día de reposo que, desde el primer día hasta la última vez que estuvo con ellos, aunque en las reuniones de oración y ocasiones similares no tuviera gran necesidad de prepararse antes de hablar a su congregación, no obstante, su ansia de darles lo que le hubiera costado algo siempre le constreñía a dedicarse en cuerpo y alma a la meditación y la oración antes de hablar, a no ser que alguna razón de urgencia se lo impidiera. Durante una conversación entre todos nosotros, sus principios acerca de este tema quedaron englobados en un solo comentario suyo. Cuando le preguntamos cuál era su parecer en cuanto a una preparación diligente antes de subir al púlpito, nos hizo recordar el texto de [Éxodo 27:20](#): "Aceite puro de olivas machacadas, aceite puro [...] para hacer arder continuamente las lámparas". Y su oración era siempre más intensa. Ciertamente no quería descuidar su comunión con Dios antes de ponerse frente a la congregación. Necesitaba bañarse en el amor de Dios. Su ministerio consistía en sacar las ideas que primero habían santificado su propia alma, tanto que hasta la salud misma de su alma era absolutamente indispensable para el vigor y poder de su ministerio.

Durante estos diez meses, el Señor había obrado mucho en su vida, aunque mayormente en forma de disciplina para un ministerio futuro. Se le había mostrado cómo debía ser el corazón de un ministro; había sido probado por fuego; había gustado de la aflicción profunda y personal, poco constatada en sus notas; había sentido las flechas ardientes de la tentación; se había ejercitado en el autoexamen y en mucha oración; había probado cuán dura es la roca, y aprendido que el éxito de la vara con que iba a golpearla solo provenía de Aquel que le capacitaba para levantarla. Y así, preparado por Dios para la obra tan singular que le aguardaba, volvió su rostro a Dundee, y habitó en el lugar donde Dios iba a visitarle en su ministerio de manera tan extraordinaria.

Podría haber llegado muy alto en círculos de buen gusto y literatura, pero él se privó de tales esperanzas para poder ganar almas. Con dones tan singulares como los que él poseía, su ministerio, en cualquier circunstancia, habría atraído a muchos; sin embargo, todos estos atractivos fueron puestos en sujeción al único deseo de despertar a los muertos en delitos y pecados. Tampoco tenía esperanza alguna de ser utilizado para la salvación de las almas de no ser él mismo un monumento de la gracia soberana. Estimaba que *"estar en Cristo antes de estar en el ministerio"* era indispensable. A menudo citaba aquellas palabras solemnes de Jeremías ([23:21-22](#)): *"No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban. Pero si ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo, y lo habrían hecho volver de su mal camino, y de la maldad de sus obras"*.

Con fe, pues, en su corazón, entró en el santo oficio del ministerio, recibiendo de mano del Señor aquella vara con que iba a hacer señales, la cual, después de abrir rocas para que salieran las muchas aguas, nunca olvidaba dejar de nuevo sobre el arca de donde la tomaba, ¡dándole toda la gloria a Dios! No sabía por cuál camino Dios le estaba guiando; pero aun entonces se dejaba guiar por la columna de nube. Más o menos en este tiempo escribió aquel himno: “They sing the song of Moses” (Cantan el cántico de Moisés). Su carrera estaba a punto de comenzar; pero ahora que vemos que su carrera ha acabado, podemos mirar atrás y ver claramente que la fe que en ella expresaba no era en vano.

Capítulo 3

Los primeros años de su labor en Dundee

“Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido” ([Hch. 20:18–19](#)).

El día en que fue ordenado como pastor de una congregación, fue un día de gran angustia para su alma. Había viajado pasando por Perth para pasar la noche antes de su ordenación bajo el techo de su afable amigo el Sr. Grierson, en la rectoría de Errol. La mañana siguiente, al salir de la rectoría, tres pasajes de la Escritura le vinieron a la mente: 1. “*Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado*” ([Is. 26:3](#)). Esta palabra venía al caso, pues mientras meditaba en los deberes solemnes del día, su corazón temblaba. 2. “*Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas*” ([1 Ti. 4:15](#)). Que esta palabra (oró él) penetre hasta las profundidades de mi corazón. 3. “*Heme aquí, envíame a mí*” ([Is. 6:8](#)). “Marcharme o quedarme, estar aquí hasta la muerte o visitar las costas extranjeras, lo que sea, dondequiera, cuando a Ti te plazca”. Se levantó de sus rodillas con la siguiente oración: “Señor, que reciba tu gracia junto con la imposición de las manos del Presbiterio”.

Fue ordenado el 24 de noviembre de 1836. El Sr. Roxburgh de la Iglesia de S. Juan dirigía el culto, bajo cuyos esfuerzos se había erigido la nueva iglesia, y con quien Robert mantuvo siempre una cordial amistad. El día de reposo siguiente, el Sr. John Bonar, de Larbert, le presentó a la congregación, bajo cuyos cuidados había trabajado como un hijo en el Evangelio. El Sr. M'Cheyne predicó por la tarde, con el texto de [Isaías 61:1-3](#): “*El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí*”, etc., acerca del cual escribe: “¡Sean palabras proféticas en cuanto al propósito de mi venida aquí!”. Y así fue ciertamente. Aquel mismo sermón, su primero como pastor, fue utilizado como un medio para despertar almas, como iba a saber después; y desde aquí en adelante las impresiones dejadas por sus palabras se extendían y calaban entre su congregación. Para mantener la memoria de esta solemne ocasión, solía utilizar este mismo texto para predicar en cada aniversario de su ordenación. Por la tarde aquel mismo día, el Sr. Bonar predicó de nuevo acerca de “Estos tiempos de refrigerio”. “Un magnífico sermón que mostraba cuáles son las marcas de los tiempos de refrigerio. ¡Ah! ¿Cuándo los tendremos aquí? Señor, bendice tu Palabra, para ayudar a que vengan. ¡Sella este día con tu bendición! Me sentí entregado a Dios, como comprado por precio”.

Desde este tiempo, su alma comenzó a experimentar un rápido crecimiento, de manera perceptible para todos los que le conocían bien. Aun sus preparativos para el púlpito, solía decir, le resultaban más fáciles desde esta fecha. Con toda sinceridad había pedido que el día de su ordenación fuese el comienzo de un tiempo de gracia renovada: lo esperaba así; le aguardaba una obra especial, para ser hecha con sus manos, para la cual el Espíritu Santo le estaba preparando a toda prisa.

Su diario no contiene mucho material en cuanto a sus sentimientos durante el tiempo en que vivió en Dundee. Su incesante trabajo le dejaba muy poco tiempo, con la excepción del tiempo dedicado escrupulosamente al ejercicio de sus devociones personales. Pero con lo que hemos visto de sus hábitos de estudio y de su manera de examinarse a sí mismo mientras estuvo en Larbert, tenemos suficiente como para darnos cuenta de cómo se esforzaba en cultivar constantemente su alma; y estos hábitos perduraron hasta el final. Jeremy Taylor recomienda: “Si quieres agrandar tu religión, hazlo aumentando tus devociones cotidianas, no las extraordinarias”. Este consejo describe exactamente el plan de vida espiritual que seguía el Sr. M'Cheyne. Aunque sí es cierto que apartaba tiempo de vez en cuando para el ayuno y la oración, dedicándose exclusivamente a la devoción. Si bien, el verdadero secreto de la prosperidad de su alma era la comunión diaria con Dios que ensanchaba su corazón. Y el río cada vez más caudaloso fluía hacia la eternidad; tanto que al menos alcanzó aquella característica de un pastor santo que Pablo señaló a Timoteo ([4:15](#)): “Su aprovechamiento era manifiesto a todos”.

En su propia casa, todo estaba preparado para hacer sentir a la gente que el servicio de Dios era un servicio feliz, mientras que él estaba siempre solícito en que todo lo que hiciera la familia se enfocara en la eternidad. Dedicaba las primeras horas de la mañana a alimentar a su propia alma, aunque no con la idea de almacenar suficiente gracia para el resto del día, puesto que el maná se pudre si se recoge en exceso, sino más bien para “entrenar el ojo en el hábito de mirar hacia arriba durante todo el día, recogiendo los rayos procedentes del rostro reconciliado”.

No dedicaba muchas horas al sueño, resolviendo guardar celosamente un tiempo adecuado para sus devociones personales antes de desayunar, aunque a menudo se acostaba cansado y exhausto. “Un soldado de la Cruz —decía él— debe sufrir penalidades”. Muchas veces entonaba un salmo de alabanza nada más despertarse, para levantar su alma. Solía leer tres capítulos de la Palabra por la mañana. Lo consideraba poco, porque su deleite era leer las Escrituras: como mucho mejor que miles de piezas de oro o plata. “Cuando me escribas —dijo a un amigo—, dime el significado de las Escrituras”. A otro dijo, expresando su aprecio por la Palabra: “Una sola piedra preciosa de aquel océano vale por todos los guijarros de los ríos terrenales”.

Su principal momento de relajación parecía ser durante el desayuno. Bajaba las escaleras con un semblante feliz y el alma repleta; y después del culto familiar, comenzaba a planear su día. Cuando gozaba de buena salud, nada le proporcionaba tanto gozo como tener sus manos llenas de trabajo. De hecho, le describían muchas veces como un hombre con una sublime imaginación poética y profunda devoción, algo verdaderamente escaso en los demás, que, sin embargo, no cesaba nunca de estar plenamente ocupado y atareado en las actividades más laboriosas de su ministerio.

Sus amigos pudieron observar cuán absorta estaba su alma durante sus tiempos de estudio y devoción. Si alguna vez se le interrumpía, no se irritaba en apariencia, sino que una especie de gravedad y silencio implicaba: “Deseo estar solo”. Es más, su meta era deleitarse en su Dios *todo el día*. Y refiriéndose en cierta ocasión a aquellas horas vacías que son una carga tan a menudo para el creyente, horas durante las cuales el alma vaga por tierras áridas y estériles, observó: “Ellas son la prueba de qué poco *llenos* estamos de la presencia de Dios, qué poco nos parecemos a los *pámpanos* en nuestra fe”.

Esta cuidadosa atención al estado de su espíritu no estorbaba sus preparativos para su congregación: al contrario, mantenía viva esa profunda conciencia, y asimismo su cálida y siempre anhelante compasión. Cuando en cierta ocasión se le pidió la observancia de un sábado en concreto para dedicarse al ayuno y la oración, junto con unos cuantos más que tenían este objetivo en mente, respondió: “El sábado es un día difícil para un ministro; aunque me gusta mucho buscar ayuda de lo Alto, también me gusta poner cuidadosamente en orden mis pensamientos para el día de reposo. Me temo que los demás a veces fracasen en este mismo deber”.

Durante sus primeros años en Dundee, solía salir a caballo por las tardes para visitar las ruinas de la iglesia en Invergowrie, y así disfrutar de una hora de perfecta soledad; estaba convencido de que a través de la meditación y la oración encontraba la misma fortaleza para su trabajo. Anotaciones como estas, además, muestran su búsqueda sistemática de la santidad personal:

“9 de abril, 1837: Por la tarde. Una placentera quietud de veras. Estudio en la Epístola a los Hebreos. He llegado a tener una idea más inteligente que nunca en cuanto a los primeros seis capítulos. Refrescado enormemente por John Newton; instruido por Edwards. Ayuda y libertad en la oración. Señor, ¡cuán felices son los sábados por la tarde! ¡Cómo será el Cielo!”.

“16 de abril: Sábado por la tarde. Mucha oración y paz. Lectura solamente en la Biblia”.

“2 de junio: Mucha paz, y descanso esta noche. Estoy quebrantado por mi excesiva maldad, que solo lo ve tu ojo. Muy persuadido de la suficiencia de Cristo y de la constancia de su amor. Oh, cuán dulce es trabajar todo el día para Dios, y luego acostarse bajo su sonrisa”.

“17 de junio, 1838: Estuve en la Cena del Señor en Dumberney. Mucho pecado y frialdad dos días antes. Me postré a sus pies; hallé la paz solo en Jesús”.

“25 de septiembre: Estuve la semana pasada en Blairgowrie; no en vano, espero. Mucho pecado, debilidad e inutilidad; mucho gozo en la Palabra también, al abrirla durante el culto familiar. Que Dios haga de su Palabra fuego. La abrí en 1 Tesalonicenses, la leí entera; enriquecedora para mi propia mente. Cuánta verdad hay en el [Salmo 1](#); y, sin embargo, he observado en mi corazón una extraña inclinación a enredarme ‘en los negocios de la vida’; no es extraña porque yo sea bueno, sino porque se me ha mostrado tantas veces que el fin de todos ellos no es más que amargura”.

“28 de septiembre: He dedicado la mayor parte del viernes pasado al ayuno. Humillado y refrescado”.

“30 de septiembre: Día de reposo. Soy muy feliz en mi trabajo. No he orado lo suficiente por la mañana. Debo intentar acostarme temprano los sábados para poder ‘levantarme mucho antes del alba’ ”. Se esforzó en tener siempre estas tempranas horas de oración en día de reposo durante toda su vida; no para el estudio, sino para la oración. Nunca trabajaba en sus sermones en día de reposo. Guardaba este día para su debido fin, el de *refrescar su alma* ([Éx. 31:17](#)).

La parroquia de S. Pedro, a la cual había llegado, era grande y bastante desprovista. Se encuentra en el lado oeste de la ciudad, y abarcaba algo del campo adyacente. La iglesia fue construida dentro del Plan para la Extensión de la Iglesia. Era una parroquia *quoad sacra*, separada de la Iglesia de S. Juan, con una población de unas 4000 almas, muchas de las cuales jamás habían pisado las puertas de un santuario. Su congregación sumaba, a lo más, unos 1100 oyentes, y una tercera parte de ellos procedían de distintas partes de la ciudad.

Había aquí un campo amplio para la labor parroquial. Era, además, una región sin vida; pocos, aun los cristianos activos, influían en las vidas ajenas, ya que la masa circundante de impenetrable paganismo había extendido su triste influencia sobre todos. Sus primeras impresiones de Dundee fueron duras. “Una ciudad dada a la idolatría y dureza de corazón. Me temo que aquí haya mucho de lo que hablaba Jeremías: ‘Los profetas profetizaron mentira [...] y mi pueblo así lo quiso’ ([Jer. 5:31](#))”.

Sus primeros meses de trabajo eran fatigosos. No gozaba de buena salud física, y aquel invierno una epidemia de gripe grave y mortífera prevalecía durante dos o tres meses; en consecuencia, pasaba gran parte de su tiempo visitando a los enfermos y a los moribundos en la parroquia. Estaba siempre dispuesto en estos casos. “¿Te he contado acerca de cuando me llamaron para ir a visitar a un muchacho en el preciso momento cuando acababa de sentarme cómodamente en mi casa? Fui a verle, y le estaba hablando de la liberalidad y plenitud de Jesús, cuando jadeó un poco y murió”.

Durante una de sus primeras visitas a los enfermos, la narración del singular trato del Señor para con una de sus feligreses le animó mucho a llevar las Buenas Noticias a los afligidos bajo las desventajas o circunstancias que fuesen. Cuatro años antes una joven mujer había sido víctima de un ataque de cólera, y había perdido el habla durante un año entero. Se le leía la Biblia, y algunos hombres de Dios le hablaban y oraban por ella. Al cabo del año, se le soltó la lengua, y las primeras palabras que salieron de su boca fueron palabras de alabanza y gratitud por lo que el Señor había hecho en su alma. Y ahora Robert se encontraba en la alcoba de ella, oyendo de sus propios labios lo que el Señor había obrado.

En otra ocasión, durante el primer año de su ministerio, presencié la conversión de un hombre en su mismo lecho de muerte, un hombre que, hasta muy pocos días antes de su fin, casi negaba la existencia de Dios. Esta sólida conversión, así lo creía él, le inspiró a hablar a los moribundos con toda esperanza y sinceridad.

Pero sobre todo, sus visitas a los hijos de Dios parecían muy bendecidas. Su voz y su mirada desprendían ternura; pues la aflicción personal le había enseñado a simpatizar con los desconsolados. Aunque podría tratarse del extracto de una carta, las siguientes líneas son para muchos una muestra de su forma de ser cuando visitaba a los afligidos de Dios: “Hay en Éxodo una palabra dulce ([Éx. 3:7](#)), que me fue señalada el otro día por un pobre y desconsolado hijo de Dios: ‘He conocido sus angustias’. Estudia este versículo, llena el alma. Se encuentra en el [Salmo 103:14](#) otra palabra parecida: ‘Él conoce nuestra condición’. Que tu alma, y las de tus queridos amigos, sean nutridas con estas cosas. Una hora sombría hace que Jesús brille. Otra palabra dulce: ‘Mas los discípulos no sabían que era Jesús’ ([Jn. 21:4](#))”.

Entre sus papeles, encuentro algunos ejemplos de sus visitas a los enfermos, anotaciones escritas en algún momento antes que el trabajo llenara sus manos del todo. “25 de enero, 1837: He visitado a Mgta. M’Bain, una mujer joven de 24 años, enferma desde hace tiempo y empeorando. Lleva diez años mejorando y empeorando. Le hablé acerca de ‘La única cosa necesaria’, con claridad. Permaneció sentada y en silencio. 14 de febrero: Había oído que ella se sentía mejor; la encontré cerca de la muerte. Le hablé claramente y con ternura, ensalzando a Cristo. Utilicé muchos textos. Extendió su mano amablemente al marcharme. Día 15: moribunda; le hablé igual que ayer. No volvió a abrir los ojos. Día 16: Le mostré el terror de la ira; la liberalidad de Cristo; la majestad, la justicia y la verdad de Dios. La pobre M. se desvanece rápidamente, pronto a andar por el camino del cual no volverá. Muchos vecinos vienen a su casa también. Día 17: Leí en el [Salmo 22](#); le mostré los sufrimientos de Cristo; la suficiencia de su sacrificio; el sentir de un sumo sacerdote. Suspiró con fuerza, y gimió con dolor. Murió esta tarde a las 7:00. Apenas la había oído proferir palabra alguna; y espero que estés en la gloria con Cristo, hasta que yo vaya y vea. Día 20: Orando en su funeral. Veía como la enterraban en el cementerio de S. Pedro, *la primera enterrada allí*, por expreso deseo suyo, en un lugar nuevo, donde nunca habían enterrado a nadie. Que esta sea una señal de que ella está al lado de Aquel que fue sepultado en un sepulcro nuevo”.

Constató otro caso: “4 de enero, 1837. Me llamaron para ir a visitar a la Sra. S. Estaba muy enferma, asmática. Le hablé acerca de ‘*Ninguna condenación para los que están en Cristo*’. Ella me

dijo: '¿Pero estoy en Cristo?' con bastante angustia. Me dijo que había estado allí muchas veces, pero que se había descuidado, dejándolo pasar. Día 5: Está viva aún. Le hablé de Cristo, y de la plena salvación. (Yo mismo he tenido que guardar cama hasta el día 16). Día 16: Está peor. No tenía muchas ganas de oírme, y con todo se encuentra lejos de tener paz. Tenía la mirada oscura y desconfiada. Me preguntó: '¿Qué es eso de creer?'. Le hablé acerca de '*Dios que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz*'. Parecía que no entendía nada. ¡Ayuda, Señor! Día 17: Empeorando, se nos va. Ninguna sonrisa; ninguna señal de paz interior. Le hablé de '*Acuérdate de mí*'. Repasé para ella todo el Evangelio de forma personal. Estaba somnolienta. Día 18: Más tranquila. '*Señor mío y Dios mío*'. Ella hablaba de vez en cuando. Estaba algo más alegre; ansiosa por orar conmigo antes de que me marche. Tiene mucho conocimiento; conoce bien la Biblia. Día 19: Le hablé acerca de 'La convicción del pecado y de la justicia'. Tenía más ganas de escuchar. Día 20: Leí el [Salmo 51](#). Su mirada y sus palabras algo más débiles. Día 23: Muy débil y agitada; ninguna muestra de paz. 'Yo soy el camino' y el [Salmo 25](#). Día 24: Silencio; pocas señales de vida. Día 26: [Salmo 40](#) 'El pozo de la desesperación'. Muy claro. No fui capaz de hacer que reaccionara. 1 de febrero: Murió al mediodía; sin marcas visibles de luz, o de consuelo o esperanza. Aquel Día lo declarará”.

Un caso más: “5 de febrero, 1839: Me llamaron de repente por la tarde. Le encontré cerca de la muerte. Una familia descuidada. Mucha gente a su alrededor. Le hablé de la suficiencia de Jesús, gratuita: 'Venid a mí', etc., y 'La ira de Dios revelado desde el Cielo'. Le dije que iba a ir adonde vería a Cristo; le pregunté si le quería como su Salvador. Parecía como si intentara responderme; su padre dijo: 'Dice que sí'. Pero la muerte ya le alcanzaba. Una boqueada o dos, ¡y murió! Me quedé sentado, en silencio, dejando la predicación a Dios. Día 7: Hablé acerca de 'La viuda de Naín', y 'He aquí, yo estoy a la puerta, y llamo' ”.

Asistir a los funerales le costaba a menudo un gran esfuerzo. ¿No deberían ser para todos los ministros motivo de un solemne examen? ¿He sido fiel a esta alma? ¿Podría esta alma haber aprendido de mí la salvación en cada uno de nuestros encuentros? ¿He orado por él con tanto fervor como cuando le hablaba? Y si tenemos esa tierna compasión por las almas, algunas veces nos sentiremos como el Sr. M'Cheyne al constatar: “24 de septiembre: He enterrado a A.M. Sentí profundamente la palabra: 'Si retrocediere', etc. ([He. 10:38](#)). Nunca había tenido sentimientos tan amargos durante un funeral”.

Todos aquellos que pretenden ocupar el ministerio de pastor visitarán a su grey; si bien estas visitas pueden efectuarse de muchas maneras distintas. Uno las hará con formalidad, desempeñando su deber para acallar su conciencia; otro las hace con gozo. Y de aquellos que las hacen gozosos, uno saldrá con la idea generalizada de hablar a todos más o menos por igual; mientras que el otro hablará con libertad, según vaya viendo las heridas de sus ovejas. En cualquier caso, esta obra difícil y fatigosa debe efectuarse de todo corazón, si es que ha de llevar algún fruto. Es un trabajo poco emocionante, no se trata de números, y los pocos que ves en cada visita muestran su actitud cotidiana más relajada. Por tanto, se necesita estar lleno de gracia, sintiendo que es Dios el que visita a cada oyente por medio nuestro. Nuestro objetivo no es el de cumplir con el deber, sino el de salvar almas ([2 Co. 13:7](#)). El Sr. M'Cheyne salía con este espíritu, y muchas veces, después de visitar casa por casa durante varias horas, regresaba por la tarde para predicar a todas las familias

reunidas en alguna sala de la localidad. “26 de septiembre, 1838: Un día de visitas muy bueno. Doce familias; muchas de ellas no van a ninguna parte. Es tan bueno prepararse por medio de la meditación y oración antes de salir; así se puede testificar con mucha más fidelidad y plenitud. Prediqué en casa de A.F. acerca de Job: ‘Yo sé que mi Redentor vive’. Dulce y precioso para mi propia alma”.

Nunca llegó a visitar toda la comarca que tenía asignada, en parte por su estado de salud, y en parte debido a tanta acumulación de otras labores, y llamadas para ir a evangelizar en otros lugares. Su bendición era su capacidad de atraer y ganar a muchos de los más degradados; y por medio de las escuelas dominicales y su posición estable de anciano de la Iglesia, llegó a establecerse como algo parecido a un superintendente de la población. De todos modos, él decía a menudo, que su parroquia nunca llegaba a participar plenamente de las ventajas de un sistema enérgico de labor parroquial. En cierta ocasión, cuando pasaba el día en la parroquia rural de Collace e íbamos de puerta en puerta por la tarde, y él hablaba con los niños que encontrábamos por los caminos, sonrió y dijo: “Bueno, cómo envidio a un ministro rural; pues él puede conocer a su congregación y familiarizarse con su verdadero carácter”. Muchos de nosotros pensamos que posteriormente él erró en la abundancia y frecuencia de sus labores evangelísticas durante un tiempo en el cual aún estaba muy vinculado a una grey en particular.

Daba clases por la tarde una vez a la semana a los jóvenes de su congregación. El Catecismo y la Biblia eran sus libros de texto, aunque utilizaba libremente cualquier tipo de ilustración útil. Estaba convencido de su necesidad de prepararse con diligencia para sus clases, para poder dar explicaciones precisas y sencillas, y poder unir lo interesante con aquellas ideas más solemnes y alarmantes. Pero lo que más le cautivaba era su clase para los pequeños, donde veía más resultados. Había comenzado a dar clase para ellos antes de celebrar su primera Cena del Señor, y las reanudaba unas cuantas semanas antes de cada ocasión semejante. Su folleto, publicado en 1840, *Haced esto en memoria de mí* se considera una muestra de la sustancia de estos solemnes estudios con motivo de tales celebraciones.

Solía anotar sus primeras impresiones de sus estudiantes, y comparar estas notas con lo que veía en ellos después. De esta manera: “M.K.; desenvuelta y algo frívola, pero sensata; pudo entender con claridad que solo los conversos deben venir a la Mesa, pero confundida con la pregunta de si estaba convertida. Y sin embargo, afirmaba haber sido despertada y llevada a Cristo”. De otra decía: “Una persona muy seria, inteligente, con una especie de ansiedad continua, pero, me temo, sin ser consciente de su propia impotencia. Pensaba que podía conseguir el perdón a través de la aflicción y la oración. Le dije claramente lo que pensaba de su caso”. Otra: “Ella sabe que una vez estuvo sin Cristo; ahora lee, y ora, y ansía saber más. No dudo de su ansia, pero me temo que podría tratarse de una reforma autoinducida con el fin de recomendarse a Dios y a los hombres. Le hablé claramente”. “A.M.; temo mucho por él. Le di una señal, estoy preocupado por él; le avisé seriamente”. “C.P. no parece estar preocupado en absoluto. Lee el devocionario, etc. No ora en privado. No parece muy inteligente”.

Trataba de levantar escuelas dominicales en todos los barrios de su parroquia. Su himno: “Oil for the Lamp” (Aceite para la lámpara), fue escrito con el fin de inculcar esa parábola a sus estudiantes en una clase en 1841. Algunos de sus simpáticos y dulces folletos fueron escritos para estas clases. *Reasons why Children should fly to Christ* (Razones por las cuales los niños deben correr a Cristo), fue el primero, escrito en el Año Nuevo de 1839; y *The Lambs of the Flock* (Los corderos del redil) fue otro, escrito más tarde. Su corazón ardía por los pequeños. Una tarde, después de visitar algunas de sus clases dominicales, escribe: “He instruido a los niños con un gozo considerable. ¡Ojalá tuviéramos una auténtica obra espiritual entre ellos!”. Sabía acomodarse a ellos y a sus capacidades; y no consideraba un acto de vanidad utilizar sus dones para atraer su atención; pues pensaba que el alma de un niño era infinitamente preciosa. Siempre buscando una oportunidad, escribió estas sencillas líneas en la primera hoja en blanco de un libro que había enviado a uno de los pequeños de su congregación:

*Paz a ti, niño gentil,
Muchos años de salud,
De paz y tranquilidad
Y de gozo en plenitud.
No permitas que tu Biblia
Esté después de tu juego;
Crecer en sabiduría
Sea siempre tu gran anhelo.
Levántate como alondra
Temprano, muy de mañana,
Vuela bien, firme y seguro
Sobre tus alas, y canta.
Y como aquella paloma,
Que sin descanso volaba
Hasta posarse en el pecho
De Noé, quien la aguardaba.
No pares en este mundo,
No descanses ni un momento,*

Hasta que la Cruz de Cristo

Te haya limpiado por dentro.

Consideraba que todos aquellos que enseñaban a los jóvenes debían tener un alto nivel de moralidad. Cuando hacía falta una profesora para dirigir una clase nocturna en su parroquia para poder atender a las muchachas que trabajaban en las fábricas, Robert escribió a una señorita que había mostrado interés: “Sus capacidades en cuanto a la costura y el punto las comprenderá mejor que yo. Debe poder mantener a sus estudiantes en el arte de la lectura fluida, y en sus conocimientos de la Biblia y el Catecismo que pueden haber adquirido ya. Debe estar capacitada para enseñarles a cantar alabanzas a Dios con sentimiento y melodía. Pero, por sobre todas estas cosas, debe ser una mujer cristiana, no solo de nombre sino en hecho y en verdad, una mujer cuyo corazón haya sido tocado por el Espíritu de Dios y capacitado para amar a las pequeñas almas. A cualquiera que carezca de este último requisito le consideraría más bien una maldición que una bendición, un centro de destrucción, frialdad y muerte, en lugar de ser un centro desde el cual emana la vida, el afecto y la influencia celestial”.

Muy poco tiempo después de su ordenación comenzó a celebrar reuniones de oración semanales en la iglesia. Había oído cómo las reuniones de este tipo habían sido bendecidas en otros lugares, y jamás llegó a lamentar el haber apartado el jueves por la noche para este santo propósito. Uno de sus primeros efectos fue el de avivar a los que ya habían creído; muchas veces ellos se encontraban aún más renovados durante estas ocasiones que en día de reposo. Algunos de los momentos más solemnes de su ministerio tuvieron lugar durante aquellas reuniones. Al comienzo de ellas, me escribió, relatándome su modo de dirigir las: “Les proporciono un texto para ser guardado en el corazón, generalmente una promesa del Espíritu o de los admirables efectos de su derramamiento. Predico los apartados de un sermón durante unos veinte minutos. Tenemos un tiempo de oración antes y después. Luego leo alguna historia de avivamiento, comentándola. Creo que a la gente le interesa mucho: un número de personas vienen de todas partes de la ciudad. Pero, ¡oh!, necesito tanto al Espíritu viviente en mi propia alma; quiero que mi vida esté escondida con Cristo en Dios. Ahora hay demasiadas prisas, ajetreos y trabajos, para permitir una obra sosegada del Espíritu sobre el corazón. Apenas tengo un momento para meditar, como Isaac, al atardecer, excepto cuando estoy cansado; pero cuando la naturaleza descansa, cae el rocío, cuando cada hoja está inmóvil”.

Se halla un ejemplo de la feliz libertad y de las conocidas ilustraciones —que, según su congregación, eran peculiares a esas reuniones— en las anotaciones de uno de sus oyentes durante “Exposiciones sobre las epístolas a las siete iglesias”, predicadas en el año 1838. Él mismo se deleitaba en las reuniones del jueves por la noche. “Serán, sin duda, recordadas por toda la eternidad con cánticos de alabanza”, dijo en una ocasión; y en otra, al observar la tierna forma de un alma que a menudo se manifestaba durante estos momentos, dijo: “Prevalece una quietud hasta la última palabra, no como en día de reposo, cuando con las prisas al final de la oración, parecen estar más que contentos de quitarse de en medio de la presencia de Dios”. Tanta gente, creyentes

e incrédulos, gente con inquietudes y tan poca gente mundana solían asistir que parecían respirarse los aires mismos del Cielo.

Pero sus cultos del día de reposo atraían a las multitudes, y pronto fueron tema de conversación por toda la ciudad. Tan dispuesto estaba siempre a echar una mano a los hermanos, involucrarse en toda buena obra, siendo interrumpido frecuentemente con preguntas e inquietudes de cualquier índole, que uno hubiera pensado que no le quedaría mucho tiempo para una preparación cuidadosa, y bien podría haber alegado excusas para ello. Sin embargo, la verdad es que nunca predicaba sin haber prestado una esmerada atención a su tema. Es cierto que disponía de muy poco tiempo, muchas veces nada más le quedaban las horas del sábado para prepararse, si bien guardaba en su mente sus estudios diarios de las Escrituras, como una preparación continuada. Y muchas de sus predicaciones del día de reposo consistían en extraer todo aquello que había obtenido durante los días tan ajetreados de entre semana.

Tenía una voz extraordinariamente clara; su porte era atractivo, con una ligera dignidad. Su persona misma atraía la vista. Desde el púlpito hablaba como alguien preocupado de veras por las almas que tenía delante. Era fácil simpatizar con lo que él decía, pues tocaba a las personas con su mirada y su propio corazón. Era capaz, al mismo tiempo, de sacar ilustraciones sencillas pero expresivas, a menudo con una habilidad poética y elegante. Trataba de emplear palabras sajonas, para que todo el mundo, aun los más incultos, pudieran entenderle. Y mientras que su estilo tenía una singular claridad, esta misma claridad era la consecuencia de poder analizar y exponer su tema de tal manera que todos sus oyentes pudieran cosechar los beneficios.

Mostraba una imponente reverencia en todas sus labores públicas. Tan evidente era que recuerdo la observación de un campesino de mi parroquia, quien dijo: “Antes de abrir su boca, mientras venía por el pasillo, había algo en él que me afectaba profundamente”. Nunca se oía una conversación ociosa en la sacristía; no, todo era una preparación de corazón para acercarse a Dios; y una corta oración precedía su entrada en el púlpito. Ciertamente cuando un hombre va a hablar por Dios, ¡debe estar lleno de temor! Ciertamente, al extender su mano para sembrar la semilla del Reino, ¡un hombre debe temblar! Y ciertamente nuestra meta debe ser nada menos que la de derramar la verdad sobre nuestra gente por medio de los canales de nuestra propia vida y nuestras almas tan profundamente afectadas.

Después de anunciar el tema de su discurso, solía mostrar la posición que este ocupaba dentro del contexto, procediendo después a sacar las doctrinas del texto según la práctica de nuestros antiguos maestros. Habiendo hecho esto, procedía a dividir su tema; algo que hacía con suma habilidad. “Los subtítulos de sus sermones —dijo un amigo— no indicaban cuánto faltaba para el final del trayecto, sino que eran más bien como unos clavos que iban fijando y sujetando todo lo que decía. Las divisiones suelen ser algo áridas; no así *sus* divisiones, eran tan textuales y llenas de sentimientos que extraían el espíritu del pasaje de manera asombrosa”.

Su deseo era acercarse más al modo primitivo de exponer las Escrituras durante sus sermones. De aquí que cuando alguien le preguntó si temía quedarse un día sin sermones que predicar, replicó: “No; yo solo soy un interprete de las Escrituras en mis sermones; y cuando la Biblia se seque, pues

yo también”. Y con ese mismo espíritu evitaba con sumo cuidado la costumbre tan común de acomodar los textos; sujetaba una doctrina a las palabras, sin sacar el texto de su obvia conexión con el pasaje. Trató en todo momento de *predicar la mente del Espíritu en un pasaje*, pues temía que de otro modo entristecería al Espíritu que lo había escrito. La interpretación era, pues, solemne para él. No obstante, guardando escrupulosamente este principio verdadero, no se sentía restringido en absoluto en cuanto a utilizar, para las necesidades de cada día, todas las partes del Antiguo Testamento tanto como las del Nuevo. Su método era primero cerciorarse del significado original y su modo de aplicarlo, para luego proceder a tratarlo con vistas a su utilidad actual. De este modo, acerca de [Isaías 26:16–19](#), comenzaba: “Este pasaje, creo yo, se refiere *literalmente* a la conversión del pueblo antiguo de Dios”. Consideraba que *las profecías eran la Historia aún por cumplir*, y sacaba lecciones de ellas como lo hubiera hecho del pasado. Como cada don espiritual viene de manos de Jesús, si veía que Moisés o Pablo poseían cosas preciosas, se sentía constreñido a seguirlas hasta la presencia de aquel mismo Señor que les concedía toda gracia.

Existe una gran diferencia entre predicar la *doctrina* y predicar a *Cristo*. El Sr. M’Cheyne predicaba todas las doctrinas de las Escrituras comprendidas en nuestra Confesión de Fe, deteniéndose en la perdición por la Caída y el restablecimiento por parte del Mediador. “Las cosas del corazón humano y las cosas de la mente divina” eran en sustancia su tema constante. El hecho de haber experimentado personalmente fuertes tentaciones le capacitaba para poder destapar los secretos del corazón, y una vez dijo: “Se suponía que la razón por que algunos de los peores pecadores de Dundee venían a oírle era porque su propio corazón exhibía tanto parecido a los suyos”. Aun así, no era solo la *doctrina* lo que predicaba; era a *Cristo*, desde quien todas las doctrinas salen como radios de un centro. Buscaba siempre colgar en Él cada taza y cada jarro. “Resulta extraño —escribió, después de predicar sobre [Apocalipsis 1:15](#)—. Es extraño lo dulce y precioso que resulta predicar a Cristo directamente, comparado con todos los demás temas de predicación”. Y a menudo expresaba su disgusto ante la frase “*prestando atención a la religión*” porque le parecía que sustituía a *Cristo mismo* por la doctrina y un modo devoto de pensar.

Resulta difícil transmitir a aquellos que nunca le conocieron alguna idea de la dulzura y santa unción de sus predicaciones. Algunos de sus sermones, impresos a partir de sus propios manuscritos (aunque casi todos son primeras copias), podrían dar una idea correcta en cuanto a su estilo y modo de predicar la doctrina. Pero no existe ningún escrito que pueda dar una idea verdadera de sus cálidas exhortaciones al corazón y sus escrutadoras aplicaciones. Estas no las escribía apenas, sino que se derramaban en el momento cuando su corazón se llenaba con su tema; pues su regla era la de presentar primero ante sus oyentes un conjunto de verdades —y siempre había una enorme cantidad de verdad bíblica en sus discursos— para después apremiar la aplicación. Las exhortaciones fluían de su doctrina y, por tanto, contenían variedad y poder. Era sistemático con esto, porque decía: “Las exhortaciones a los descuidados y demás vienen con poder cuando están respaldadas por alguna gran verdad. Observa cómo lo hace Pablo ([Hch. 13:40](#)): ‘Mirad, pues, que no venga [...]’ y ([He. 2:1](#)): ‘Por tanto, es necesario [...]’ ”.

Algunas veces era un poco imprudente con lo que decía, cuando se conmovía en su corazón y sus sentimientos florecían, y a veces sus discursos eran demasiado largos; pero esto también era el

resultado de la plenitud de su alma. “Otra palabra —pensaba él— podría ser de bendición, aunque lo último que he dicho no haya causado impresión”.

Muchos recordarán para siempre las celebraciones de la Cena del Señor, felices y dichosas, en la Iglesia de S. Pedro. Desde la primera, estas ocasiones de la Santa Cena se celebraban bajo la mano poderosa de Dios. Su imponente presencia solía sentirse en su congregación, y la casa se llenaba del grato olor del ungüento derramado cuando se pronunciaba su nombre ([Cnt. 1:3](#)). Pero en los demás días de reposo, muy pronto la gente empezó a venir desde lejos para asistir a la Iglesia de S. Pedro; muchos viajaban desde otras parroquias rurales, regresando a casa por las noches con sus corazones ardiendo mientras hablaban de lo que habían oído ese día.

El Sr. M’Cheyne conocía bien la trampa de la popularidad, y por su propia naturaleza hubiera podido ser fascinado por ella; sin embargo, el Señor le guardó. Algunas veces recibía una ayuda extraordinaria durante el curso de su predicación; en otras ocasiones, aunque no perceptible a sus oyentes, su alma se sentía abandonada a sus propios recursos. El clamor de Rowland Hill salía constantemente de sus labios: “¡Maestro, ayuda!”, y a menudo esto se hallaba escrito al final de sus sermones. La mucha aflicción, también, era como un aguijón clavado en la carne para él. Se describía a sí mismo muchas veces como “tan fuerte como un gigante cuando estoy en la iglesia, pero débil como un junco después”. Pero ciertamente, sobre todo, su sentido permanente del favor divino era indudablemente su salvaguardia. Comenzó su ministerio en Dundee con este sol sobre su camino. “Hasta aquí, no solo he sido guardado por la luz de su rostro reconciliado, sino que siempre me ha guiado el ojo de la providencia de nuestro Dios. Ciertamente, como el viejo Swartz solía decir: ‘No podría ni haber imaginado cuánta gracia tendría para con nosotros’ ”. Estoy convencido de que, a pesar de sufrir algunas pruebas y conflictos dolorosos, experimentó un gozo mucho más profundo después de su regreso de Palestina que en la parte temprana de su ministerio, aunque desde los comienzos mismos él se deleitaba en aquel sentir del amor de Dios que guarda los corazones y los pensamientos” (cf. [Fil. 4:7](#)). Este era el verdadero secreto de su santo caminar, y su sosegada humildad. De no ser así, su ambición hubiera venido a ser el único principio de muchas acciones; pero ahora la paz más dulce de Dios le constreñía, y la natural ambición de su espíritu se discernía solo como algo que le sugería la idea de hacer tentativas donde otros desistirían.

¡Cuánta monotonía hay en el ministerio de muchos! El deber pisa los talones del deber en un círculo interminable. Pero no así cuando el Espíritu aviva tanto al pastor como a su grey. Entonces hay toda variedad de vida. Y así era en este caso.

El Señor empezó a obrar por medio suyo desde el primer día de su llegada. Siempre había uno u otro tocado, apartándose para poder llorar a solas.

La congregación de muchas almas durante su ministerio, y el profundo interés que promovía, atrajo la atención de multitudes, y en muchos lugares se expresaba el deseo de tenerle como pastor. Apenas habían transcurrido unos meses en su nuevo y laborioso trabajo, cuando se le solicitaba en la parroquia de Skirling, cerca de Biggar. Se trataba de un ofrecimiento con grandes ventajas sobre su propio campo de labor en cuanto a ganancias terrenales, y prometía ser bastante más desahogado y cómodo, ya que se trataba de una parroquia pequeña con un mayor emolumento. No

obstante, como los requisitos de un obispo deben ser los de “no codicioso de ganancias deshonestas”; es más, uno que sea “no avaro” (αφιλαργυρος, [1 Ti. 3:3](#)), ciertamente todas estas cualidades brillaban en él. Sus comentarios en una carta escrita a su padre expresan la honradez de sus sentimientos: “Aquí estoy entre casi 4000 personas; 1100 personas se sientan en mi iglesia. Traigo mi mensaje, tal como es, al alcance de esa gran multitud, cada día de reposo. No me atrevería a dejar 3000 o 4000 por 300 personas. De haber recibido antes el ofrecimiento, lo hubiera considerado como una indicación directa de Dios, aceptándola con todo mi corazón. ¡Cómo me hubiera gustado alimentar a una pequeña grey tan preciosa: velar por cada familia, conocer cada corazón, y ‘cautivar hacia un mundo mejor y mostrar el camino’! Pero Dios no lo ha ordenado así. Él me ha colocado entre mecánicos ruidosos y políticos intrigantes en esta ciudad impía. Él proveerá el dinero suficiente. Él, que pagó el tributo a partir de la boca de un pez, suplirá todas mis necesidades”. Ya había expresado su deseo: “Quizá el Señor haga de este desierto de chimeneas algo tan verde y hermoso como el huerto del Señor; un campo que Dios ha bendecido”.

Su salud era delicada; y el dar de sí mismo en los cuidados y las fatigas interminables correspondientes a su posición, en una ciudad como Dundee, no parecían convenir a su espíritu. Esta creencia condujo a otro intento de llevarle a un medio rural. Durante el verano de ese mismo año (1837), se le instaba fuertemente para ir a predicar en calidad de candidato en la parroquia vacante de S. Martín, cerca de Perth, asegurándole el puesto solo por presentarse. “Mi maestro me ha colocado en este lugar con su propia mano; y jamás buscaré, ni directa ni indirectamente, un desplazamiento”.

Esta última llamada le parecía bastante más urgente, debido a las circunstancias y varias opiniones. Al intentar llegar a una resolución, hace referencia a un punto interesante en una carta dirigida a mí, con fecha del 8 de agosto: “Fui turbado en mi corazón con respecto a la invitación a ir a la parroquia vecina, ahora desocupada, y he orado mucho sobre el asunto; y lo menciono ahora porque creo que la maravillosa respuesta a mis oraciones vino de parte de Dios. Le pedí que, si tenía que quedarme aquí con la mente tranquila, despertara a algunas de las personas de mi congregación. Le dije a Dios que esta sería una señal de su voluntad, indicándome que debía permanecer en mi puesto. La mañana siguiente, creo, o la del día después, vinieron a verme dos personas que yo no había visto nunca, turbadas grandemente. Lo digo ahora, porque vinieron de nuevo ayer, y estaban verdaderamente angustiadas por el estado de sus almas. Solo puedo decir que esta es una auténtica respuesta a mis oraciones. Tengo también otras personas profundamente afligidas, y me siento totalmente incapaz de consolarlas. Quisiera ser como Noé, que alargó su mano para tomar la paloma agotada y entrarla en el arca; pero Dios me hace permanecer quieto, sintiéndome como un niño. ¿No trabajaremos nunca en parroquias más cercanas? Estamos en sus manos; que Él haga lo que le parezca. Ora por mí, por mi congregación, por mi propia alma, para que no naufrage”.

Muy pocos pastores devotos estarían dispuestos a cambiar su lugar de trabajo, a no ser que la columna de nube se lo indique claramente. Es peligroso para los hombres elegir su propio camino; y demasiadas veces los ministros que, por motivos de poco peso, han abandonado su atalaya anterior por otra, han tenido razones de sobra para lamentar la desilusión de sus esperanzas en

otras esferas más amplias. Pero si bien esto es cierto, el hecho de que el Sr. M'Cheyne pidiera una señal en oración de la voluntad del Señor nos podría parecer injustificable. Debe observarse, sin embargo, que él decidió su lugar del deber por otras razones, y que fue solo con vistas a recibir una confirmación por los hechos de la Providencia por lo que oró de esta manera, en sumisión a la voluntad del Señor. Nunca aprobó el derecho a decidir el camino del deber por medio de tales señales o indicios; él creía firmemente que la Palabra escrita proporcionaba suficientes datos para guiar el alma del creyente; y que tales hechos providenciales, como en este caso, solo podían considerarse importantes como respuestas a la oración. Es más, él mismo nos ha dejado una idea de su parecer sobre este punto en un fragmento (sin fecha), que puede haber escrito más o menos en este tiempo. Había estado meditando sobre "El vellón de Gedeón".

Hijo mío, con tu fuerza

Salva a mi pueblo Israel.

"¿Cómo lo haré?", te preguntas;

Solo te digo: "Ten fe".

Y ese guerrero valiente,

Tan servicial y tan fiel,

Una señal buscaría,

Y al enemigo vencer.

El hombre que a tu mandato

Levantó su escudo y arma

Para cumplir esa orden

Tan temerosa y extraña

Necesita asegurarse,

Que guiarás cada mañana

Sus pasos por los senderos

De la batalla ganada.

Este mensaje precioso,

Consigue que el mundo cante

Que el ciego se lave y vea,

*Y el cojo de gozo salte.
Que toda lágrima seque,
Y todo ceño al instante,
Junto al alma doblegada,
Hacia el Cielo se levante.
Y dejando el corazón
Tan limpio y tan reluciente
Que el pecado acusador
Enmudezca para siempre.
¡Me ha llamado mi Señor!
La señal me ha sido dada,
¡Debo predicar su amor,
Debo atender su llamada!*

A finales de aquel mismo año de 1837, consintió ocupar el puesto de secretario de la Asociación para la Extensión de la Iglesia, en el condado de Forfar. Este plan para la Extensión de la Iglesia, aunque bastante difamado y malinterpretado, tenía como su meta más genuina y sincera la de colocar en cada parroquia con un gran crecimiento un ministro fiel, con un número realista de almas a las cuales tendría la posibilidad de visitar. El Sr. M'Cheyne promovió cuanto pudo estos objetivos con alegría y diligencia. "Es la causa de Dios —dijo él— y, por tanto, estoy dispuesto a gastar y gastarme por ella". Viajaba a caballo de ciudad en ciudad debido a estas obligaciones; pero eso le gustaba mucho, lo consideraba favorable a su salud. He aquí un ejemplo: "4 de diciembre, 1838: He viajado a Montrose. Hablé, junto con el Sr. Guthrie, en una reunión del Plan de Extensión; asistieron unas 800 o 900 personas. Traté de hacer algo por la causa del Salvador, tanto directa como indirectamente. El día después, en Forfar. Hablé por la misma causa". El siguiente extracto demuestra con cuánto vigor empezó a trabajar en este Plan. En una carta al Sr. Roxburgh, escrita con fecha posterior, dice: "Con cada día de mi vida, estoy más persuadido de que esta es la causa de Dios y de su Reino en Escocia hoy en día. Muchas veces, cuando creía estar a las puertas de la muerte, las miles de almas que perecen en mi propia parroquia, que nunca han traspasado las puertas de la casa de Dios, han pesado sobre mi corazón. Muchas veces he orado que los ojos de nuestros enemigos puedan ser abiertos, y que Dios pueda abrir los corazones de nuestros gobernantes, para que tengan el sostenimiento de los ministros de Cristo como el deber más alto y la gloria más sublime, y así enviarlos a cada una de las almas que perecen en Escocia". Sentía que su miseria era tanto mayor y su necesidad tanto más profunda, que tales almas abandonadas no tenían

ningún deseo de ser socorridas, y que jamás buscarían ayuda por su propia voluntad. Tampoco se imaginaba que sería suficiente construir más iglesias y dotarlas con ministros para ganar las almas perdidas. Pero sí buscaba, y esperaba, que el Señor enviara hombres fieles a su viña. Estas nuevas iglesias serían como cisternas, preparadas para llenarse con las lluvias cuando estas vinieran, igual que hicieron los suyos en el día del poder del Señor.

Su opinión acerca de este asunto se refleja en las siguientes líneas, escritas un día cuando él y otros hermanos celosos por la obra estaban profundamente involucrados en el plan:

Dame un hombre, mi Señor,

Que te quiera predicar;

Una casa de oración

Cercana para llegar;

Un alquiler cuyo precio

Siempre se pueda pagar;

Me basta un lugar pequeño

Que uno pueda vigilar.

Poca cosa yo te pido,

Mas con tu gran bendición,

Como un jardín será Escocia,

Tan bella como una flor.

Otro deber público, al cual prestaba siempre una atención constante, era su asistencia a las reuniones del Presbiterio. Su franqueza, su integridad y su generosidad cristiana eran notables; y su opinión, a pesar de ser la opinión de un joven, era más que respetada. Con respecto a las grandes interrogantes públicas que en aquel entonces sacudían a la Iglesia de Escocia, sus ideas eran definidas y firmes. No había ninguna política, según él, más funesta para el verdadero cristianismo o más capaz de malograr la devoción vital, que la del “moderacionismo” (*). Escribió una vez a un amigo en Irlanda: “Tú no sabes lo que es el “moderacionismo”. Es una planta que nuestro Padre celestial nunca plantó, y confío en que ahora sea desarraigada”. Él sostenía que la gran cuestión de la independencia de la Iglesia con respecto al poder civil en cuanto a los asuntos espirituales, y el derecho del pueblo cristiano a juzgar si el pastor designado hablaba por el Gran Pastor, formaba parte de la verdad de la Escritura; la cual, por tanto, debía ser predicada y practicada, a pesar de todos los riesgos. De igual manera, se regocijaba enormemente en la asignación de nuevos ministros fieles. Expresó su gratitud y su gozo por los nombramientos del Sr. Baxter en Hilltown, y el Sr. Lewis en S. David; y más adelante el Sr. Miller en Wallacetown, y mostraba una enorme gratitud por que

se supliera la necesidad de cualquiera de las parroquias destituidas en cualquier rincón del país. El 20 de septiembre de 1838, escribe: “Presente en la ordenación de A.B. en Collace, en la que sentí un enorme gozo. Bendito sea Dios por el don de este pastor. Concede el testimonio de la palabra de tu gracia”.

Aunque estaba muy ocupado en casa, mantuvo siempre un celoso espíritu evangelístico. Podría haber escrito mucho, ganando así fama por sus escritos; pero todo se ponía a un lado cuando había que predicar el Evangelio eterno. Casi nunca rehusaba una invitación a predicar entre semana; y el hecho de estar viajando constantemente de un lugar a otro no interrumpía su comunión con Dios. Sus visitas ocasionales durante estos años eran de mucha bendición. Esas visitas se esperaban con ansia en Blairgowrie y en Collace, pues eran siempre tiempos especiales de refrigerio; y no menos en Kirriemuir, cuando visitaba al Sr. Cormick, o en Abernethy, donde trabajaba el Sr. Hamilton (ahora en Regent Square, Londres), y el Sr. Manson después de él, en aquel rincón de la viña. Sería difícil aun enumerar todos los lugares donde él regaba durante los tiempos de la celebración de la Cena del Señor; en algunos de estos lugares testificaban de que no era solo la palabra que decía lo que atraía tanto las almas, sino su *santa manera* de hablar.

En ocasiones, dos o tres de nosotros, los que trabajábamos relativamente cerca, y cuyas almas bramaban por las mismas corrientes de las aguas, solíamos reunirnos para pasar un día entero confesándonos los pecados ministeriales y personales, y buscando la gracia en oración, guiados por la lectura de la Palabra. Después de tales encuentros, solíamos juntarnos todos a la congregación del ministro en cuya casa habíamos estado durante el día, para orar todos unidos y para pedir un derramamiento del Espíritu Santo sobre el pueblo. Después de la primera de estas reuniones, algunos de nosotros vimos señales de bendición; y la semana siguiente él escribió: “¿Ha habido algún fruto después del feliz día que pasamos con vosotros? Yo creo que he visto fruto aquí, el día de reposo siguiente. A su debido tiempo segaremos, si no desmayamos; solamente que te esfuerces y seas valiente”. El incidente que tanto le animó está constatado en su diario. Una anciana había venido a contarle cómo un río de gozo y paz en el creer había inundado su alma de manera tan singular aquel día de reposo, por lo cual había alabado a Dios por el día en que el Sr. M’Cheyne había llegado a S. Pedro. Luego añade: “Posdata: Parece un fruto de nuestra reunión de oración, que empezamos el miércoles pasado en Collace; una gota de lluvia”.

Algo que debería haber mencionado antes es que, durante todo su ministerio tuvo cuidado de utilizar no solo los medios directos a su alcance para la conversión de las almas, sino también aquellos medios que parecen ser más indirectos, como, por ejemplo, la llave de la disciplina. Con respecto a la Cena del Señor, su pequeño folleto explica su opinión. Él creía que intentar disuadir a aquellos que mostraban una fe creíble, aun cuando el pastor pudiera tener fuertes dudas en cuanto a su veracidad, no era la regla establecida en el Nuevo Testamento. Al mismo tiempo, mantuvo firmemente la idea de que ninguna persona inconversa *debía acercarse* a la Mesa del Señor; y referente a esto decía que “deberían juzgarse a sí mismos ya que no admitían ser juzgados”.

Cuando se acercaban los candidatos para ser admitidos por primera vez, o cuando los padres que habían sido candidatos antes solicitaban el bautismo para sus hijos, él tenía la costumbre de

preguntarles solemnemente si sus almas habían sido salvadas. Este modo de tratar suyo resultó ser de bendición para la salvación de no pocos de los jóvenes que se acercaban con indiferencia a la Cena; y relata en su diario un caso en particular y de la bendición resultante de este trato fiel; habla de uno de los padres que se había acercado para solicitar el bautismo de su hijo. Al ser preguntado, el hombre dijo que lo había meditado y que creía estar en el camino correcto, que se sentía mejor dispuesto porque ahora podía perdonar las injurias. El Sr. M'Cheyne le demostró, sin embargo, que aún era ignorante en cuanto a la justicia de Dios. El hombre se lo pensó, y cuando el Sr. M'Cheyne le sugirió que sería mejor aplazar el bautismo por el momento, el hombre se ofreció enseguida para venir en otra ocasión y hablar de nuevo acerca del asunto. Durante otra visita más adelante, parece ser que el hombre se dio cuenta de su error, y que ya no confiaba en su propia justicia. Cuando por fin el hijo fue bautizado, el corazón del pastor estaba gozoso de saber que con toda buena esperanza este hombre había recibido la salvación.

Relata también una experiencia un tanto patética acerca de los sentimientos supersticiosos de hasta los más depravados. Un padre descuidado vino a su casa de noche, pidiéndole que fuera con él para bautizar a un niño que se moría. Robert sabía que ni este hombre ni su esposa habían traspasado las puertas de una iglesia en sus vidas; sin embargo, se levantó y le acompañó a la desdichada casa. Allí encontró al niño, aparentemente a punto de fallecer; muchas vecinas, igualmente depravadas, acompañaban a la familia. Se acercó al niño, y habló a los padres de su estado de iniquidad y de su terrible culpa delante de Dios, y concluyó mostrándoles que, en tales circunstancias, sería un pecado por su parte administrar el bautismo a su hijo. Ellos dijeron: "Al menos hágalo por amor al niño". Les respondió que el bautismo no salva el alma, y que era su verdadera preocupación por ellos lo que le detenía. Entonces, los amigos que rodeaban la cama se unieron a las quejas de los padres, ¡diciéndole que no sentía ninguna pena por el alma del niño! Él permaneció quieto en medio de ellos, y les mostró que eran ellos mismos los que habían sido crueles para con su hijo; y entonces, alzando su voz con un solemne aviso, se marchó de la casa entre los reproches de la ignorancia.

Tampoco tomaba a la ligera el poder de los dirigentes de la iglesia en cuanto a la desobediencia, la reprensión y el procedimiento para con los ofensores. Una vez, desde el púlpito, en una ordenación de ancianos, dio el siguiente testimonio acerca de este tema: "Cuando entré por primera vez a la obra del ministerio entre vosotros, ignoraba en gran medida la enorme importancia que tiene la disciplina en la iglesia. Pensé que mi gran y casi única tarea era la de orar y predicar. Vi vuestras almas como tan preciosas, y el tiempo tan corto, que dedicaba todo mi tiempo, mis cuidados y mis fuerzas a la labor de la Palabra y la doctrina. Cuando algunos casos de desobediencia fueron traídos ante mí y los ancianos, los consideraba odiosos. Yo huía de ese deber; y puedo decir con toda honradez que casi me llevó a abandonar la obra del ministerio entre vosotros. Pero le agradó a Dios, que enseña a sus siervos por otros caminos alejados de los caminos de los hombres, bendecir algunos de esos casos de desobediencia, manifestando la conversión innegable de las almas que se encuentran bajo nuestros cuidados; y desde esa hora, una nueva luz iluminó mi mente y vi que, si bien la predicación es un medio de gracia instituido por Cristo, la disciplina también lo es. Ahora estoy plenamente persuadido de que ambas cosas son de Dios; que Cristo nos ha

encomendado dos llaves: una es la llave de la doctrina, por medio de la cual abrimos los tesoros de la Biblia; la otra es la llave de la disciplina, con la cual podemos abrir o cerrar el camino a los medios de gracia que sellan la fe. Ambas son dones de Cristo, y a ninguna de las dos se puede renunciar sin pecar”.

Había otro medio de hacer cumplir lo que predicaba, y en el cual excedió por excelencia a todos sus hermanos en la fe, y esa era la santa coherencia de su andar diario. Siempre fue consciente de que una sola palabra vana, una disputa innecesaria o un acto codicioso podría echar a perder el efecto de muchas reconvenciones solemnes o sinceras advertencias, por todo lo cual tuvo siempre una prudencia especial en su caminar diario. Deseaba estar siempre en la presencia de Dios. Si tenía que viajar, procuraba disfrutar de Dios por el camino, y asimismo hacer el bien a otros dejando caer alguna palabra a tiempo. Aprovechaba cualquier oportunidad de dar un folleto útil, lo mismo daba si iba a caballo o a pie; y en principio, trataba de dárselo a la persona directamente antes que echarlo en el camino. Pues así, decía él, se trataba de un acto abierto y no furtivo, y deberíamos ser tan claros como el agua en nuestro hablar y actuar por Jesús. Siempre que escribía una nota, por corta que fuera, trataba de sazónarla con sal. Si le era necesario pernoctar en algún lugar extraño, trataba de poner ese lugar en especial delante del trono de gracia esa noche; y si se veía obligado a descansar de sus tareas extenuantes, su recreo era poco más que un cambio de ocupación, de un modo de glorificar a Dios a otro. Su hermoso himno: “I am a Debtor” (Soy deudor), fue escrito en mayo de 1837 en uno de sus momentos de ocio.

Se diga lo que se diga en el púlpito, los hombres no lo respetarán, aunque puedan creerlo en el momento, si el ministro no habla de igual manera y con la misma sinceridad cuando conversa con su congregación cara a cara; y debe ser en estos momentos de intercambio familiar cuando sellamos todo aquello que decimos en público. En los momentos más íntimos, las cosas guardadas más cerca del corazón salen a relucir, ¿y consentiremos no hablar del Señor, que nos ha permitido pasar estas horas tan felices? No solo debemos hablar con toda fidelidad a nuestras congregaciones por medio de nuestros sermones, sino también vivir con toda fidelidad delante de ellas. Puede ser que la razón por que muchos de los que predicán el Evangelio en toda su plenitud y con toda sinceridad no tienen el reconocimiento de Dios en la conversión de almas se deba a una exhibición defectuosa de la gracia durante esos momentos relajados de la vida. “Yo honraré a los que me honran” ([1 S. 2:30](#)). Ya se sabe desde hace tiempo que los hombres te permitirán *predicar contra* sus pecados todo lo que quieras, siempre y cuando te portes bien con ellos cuando hayas acabado, y hables como hablan ellos, y vivas como viven ellos. Pero no era así con el Sr. M’Cheyne; ¡todos los que le conocían son testigos!

Cuando visitaba a sus amigos, trataba de hacer bien a sus almas; nunca se contentaba hasta que la conversación no giraba en torno a las cosas eternas. Cuando no lograba desviar la conversación hacia estas cosas, generalmente permanecía en silencio. No obstante, su comportamiento con todos era sencillo y agradable, mostrando enseguida mansedumbre de fe y delicadeza de sentimientos. Su carácter era altamente refinado, y eso se notaba en la poesía y la verdadera cortesía; había algo en todas estas virtudes que nos hacía recordar uno de sus propios comentarios, cuando hablaba de “los aromas” del huerto del [Cantar de los Cantares 4:16](#); decía que “algunos

creyentes son como un huerto con frutales y, por tanto, eran útiles; pero que debemos tener también las *especias* para ser atractivos”. Quería transmitir su gratitud a un obrero compañero en Dundee, y le envió una Biblia hebrea con las siguientes líneas escritas en su interior:

*Unge mis ojos,
¡Oh Paloma Santa!,
Que yo aprecie
Este libro, tu Palabra.
Abre mi oído,
Por el pecado ensordecido;
Que yo oiga
Tu voz en su contenido.
Quiebra mi corazón duro,
Jesús, oh mi Señor;
Y esconde tu dulce Palabra
En su más íntimo interior.*

En otra ocasión parecida, en 1838, escribió las líneas: “Thy Word is a Lamp unto my Feet” (Lámpara es a mis pies tu Palabra). Y en otro momento, sentado bajo la sombra de un árbol y contemplando la morada hospitalaria de un buen amigo, donde había hallado un refugio agradable, sus sentimientos de agradecimiento fluían de esta manera:

PAZ A ESTA CASA

*Que en esta hermosa morada
La paz descanse por tiempo,
Que los ángeles la guarden
Del mal en todo momento.
Y que Dios reine en ella siempre,
Vigilando vuestro techo.
Que el Espíritu les guíe,*

Cual paloma en alto vuelo,

Hacia tierra de justicia

A la gracia del Eterno.

Que el Pastor les alimente

Con su sabio y buen consejo,

Y de su mano sientan

Su calor tan dulce y tierno.

Nunca hubo un amigo tan amado; y apenas ninguno cuya muerte afectara tanto a sus amigos, como que ningún otro podría ocupar su lugar jamás. Algunos pueden decir también que aprendieron tanto de su santo caminar que “es probable que no pase ni un solo día en que no tenga alguna ventaja por haber sido su amigo”¹.

He hallado un breve apunte en uno de sus cuadernos: “Normas que vale la pena recordar: Cuando visitas a una familia, como ministro o de otra manera, habla en particular a *los extraños* acerca de las cosas eternas. Quizá Dios os haya juntado solo para salvar aquella alma”. Y después menciona algunos casos que le ocurrieron, en los que Dios parecía haber honrado una palabra hablada de manera fortuita.

Con este espíritu fue capacitado para dedicarse al servicio de su Maestro durante casi tres años. A veces la enfermedad le apartaba a un lado, enseñándole lo que debía sufrir; pero se levantaba después, gozoso de continuar con su labor. A menudo encontraba gente esperándole después de un día de mucho trabajo y, por tanto, tenía que empezar de nuevo con un enfoque distinto. Pero eso era su deleite, se trataba de una especie de interrupción permitida, aun los sábados, mientras estudiaba. Decidió no aplazar nunca ninguna pregunta o inquietud para más tarde, pues una vez lo hizo, y el individuo no volvió. Tan consciente era de las responsabilidades de su ministerio que, después de ese suceso, temía perder otra oportunidad para hablar con un alma en un momento de necesidad. Una noche, atareado con un trabajo que nada tenía que ver con la parroquia, se le preguntó si debía ser admitida una persona que quería verle. “Por supuesto que sí —fue su respuesta inmediata—. ¿Para qué vivimos?”. Tenía la costumbre también, los sábados por la tarde, de visitar a uno o dos de los enfermos más graves, los que parecían estar al borde de la muerte, con el propósito de conmovirse en su espíritu, y así aplicar la verdad de una manera más directa a su grey el día siguiente, como a hombres moribundos al filo de la eternidad.

Ya hemos observado que su doctrina no contenía otra cosa que las verdades establecidas en las normas de nuestra Iglesia. No lo consideraba incoherente predicar a un Dios que elige, uno que “llama a quien quiere”, y una salvación gratuita para “el que quiera”; ni tampoco declarar la absoluta soberanía de Dios, sin olvidar la total responsabilidad del hombre. Predicó a Cristo como el don inefable y gratuito del Padre al alcance de cada pecador. Al comienzo de su ministerio, cuando

predicaba la plenitud de las Buenas Noticias, y hacía ver a su congregación que estas Buenas Noticias eran suficientes para dar seguridad inmediata y directa a cada uno de los que creyeran firmemente en ellas, algunos de su grey se sorprendieron. Pues predicaba siempre que, aunque existen creyentes como Hemán o Asaf, que no gozan de una completa seguridad del amor de Dios, ciertamente ningún creyente verdadero debe contentarse con nada menos que esta bendita paz. Hasta aquí, no pocos se habían acostumbrado a suponer que podrían llamarse cristianos, a pesar de no haber conocido ningún cambio; nunca se les había ocurrido gozar del conocimiento del amor de Dios como su porción ahora. Habían oído que otros que se consideraban creyentes sentían dudas, por lo que habían supuesto que las dudas y los temores eran las marcas de un alma creyente. Consecuentemente, muchos habrían llegado a la conclusión de que eran cristianos, puesto que se hallaban en las mismas condiciones que muchos otros que decían ser cristianos; a saber, con todas sus dudas y alarmas. ¡Ay! En estos casos no podría haber nada más, pues solo vivían por un nombre.

Alguien le escribió una carta que incluía varias interrogantes referentes a la conversión, la seguridad de la salvación y la fe, promovidas por su ministerio. El peso de estas preguntas puede verse en su respuesta:

“1. Dudo que existan muchos santos que viven y mueren sin un sentimiento razonable del perdón, y de ser aceptados por Dios. Los santos de la Biblia parecen haber gozado abundantemente de él tanto en la vida como en la muerte. Véanse los asesinos de nuestro Señor ([Hch. 2:41](#)); el Etíope ([Hch. 8:39](#)); el carcelero ([Hch. 16:34](#)). David también lo sintió, hombre pecador como era ([Ro. 4:6](#)). Pablo oró para que lo sintiesen los romanos ([Ro. 15:13](#)). Me temo que esta objeción generalmente la hacen aquellos que viven en pecado, y que no quieren darse cuenta del camino equivocado y peligroso en el cual están andando.

“2. El sentirse perdonado no procede de las marcas visibles en ti mismo, sino del descubrimiento de la hermosura, el valor y la libertad que hay en Cristo ([Sal. 24:5](#)). Buscamos la paz de fuera, no de dentro. Al mismo tiempo, vemos también una seguridad crecer en nosotros; el sello del Espíritu, el amor a los hermanos, etc. son las marcas principales.

“3. Sentir nuestro cuerpo de pecado es una marca de que somos iguales a Pablo, y que somos de Cristo ([Ro. 7](#); [Gá. 6:17](#)). Pablo estaba gozoso a pesar de su cuerpo de pecado; y nosotros deberíamos estar así. David también, y todos los santos.

“4. Creo que no hay diferencia alguna entre aquellos que se han convertido en estos últimos años y los que eran cristianos antes. Muchos de los que se han convertido desde mi llegada aquí no viven, me temo, una vida de santidad. Temo esto más que cualquier otra cosa. Me temo que haya demasiado hablar, y muy poca realidad. No obstante, hay muchos higos buenos; con ellos estoy persuadido de cosas mejores, cosas que acompañan la salvación. La respuesta a tu pregunta es esta: me temo que muchos de los que se consideraban cristianos antes solo lo eran nominalmente, pero estaban muertos. Creo que ahora hay más discriminación. Pero cuídate, y no seas orgulloso, porque eso es lo que precede la caída. Guárdate de juzgar críticamente a otros, como si todos debieran ser convertidos de la misma manera.

“Dios se mueve de manera misteriosa. Él tiene misericordia del que tiene misericordia. A Él solo sea toda la gloria”.

En otra ocasión expuso su particular opinión referente al [Cantar de los Cantares 6:3](#): “Mi amado es mío”, y “Mi amado ha descendido a su huerto”. Dijo: “Esta es la seguridad de la fe; una aceptación completa y resuelta, sin vacilar, de Cristo como mi justicia y mi fuerza y mi todo. Una equivocación bastante común es que esto se consigue más adelante en la vida divina, y que brota de las evidencias visibles en mi corazón. Cuando me veo como una criatura nueva, Cristo sentado en el trono de mi corazón, el amor a los hermanos, etc., se supone que entonces puedo decir ‘Mi Amado es mío’. ¡Cuán distinto es en este pasaje! En el momento en que Jesús desciende al huerto de las especias; en el momento en que Él se revela, el alma clama: ‘¡Mi Amado es mío!’. Así exclamó Tomás: [Juan 20:27–28](#). En el momento en que Jesús entró y descubrió sus heridas, Tomás exclamó: ‘¡Señor mío, y Dios mío!’. No se detuvo a mirar si estaba creyendo, o para ver si reinaban en él las virtudes de la humildad y el amor: lo único que vio y pensó fue Jesús, y este crucificado y resucitado”. Más adelante, cuando un día predicaba sobre [Mateo 11:28](#): “Venid a mí”. Dijo: “Supongo que resulta casi imposible explicar eso de venir a Jesús; es tan sencillo. Si le preguntas a un enfermo que ha sido curado, cómo era eso de venir y ser sanado, apenas te lo podría contar. Con la luz que el Señor me ha dado en cuanto a este asunto, y mirando a mi propio corazón en las mismas circunstancias, creo que no hay más que simplemente venir a Jesús, creyendo que lo que Dios dice acerca de su Hijo es verdad. Creo que muchas personas permanecen en tinieblas porque esperan algo más. Algunos preguntarán: ¿No hay que *apropiarse* de Cristo? ¿No hay que *extender la mano de la fe*? ¿No hay que tocar la orla de su manto? Admito, amados míos, que todo eso es cierto, y, sin embargo, creo que no son cosas ajenas al asunto. Si el Señor te persuade de la gloria y del poder de Emanuel, estoy persuadido de que no puedes hacer otra cosa más que escogerle a Él. Es como abrir las persianas de una habitación oscura; en ese momento la luz del Sol entra. De igual manera, cuando el ojo es abierto al testimonio de Dios, en ese momento recibe a Cristo”.

En el caso de un ministro fiel, el éxito es la norma; hay muy poca excepción. Porque escrito está: “Pues, haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” ([1 Ti. 4:16](#)). El Sr. M’Cheyne lo esperaba así, y el Señor superó todas sus esperanzas.

Aún no era una costumbre muy común acudir al pastor en busca de consejo; aunque muy pronto esto empezó a suceder casi cada semana. Cuando aún eran pocos los que venían, dos de sus jóvenes le mandaron una nota solicitando libertad para venir a verle: “Pues estamos preocupados por el estado de nuestras almas”. Entre los muchos que acudían a él, había los que luchaban contra la verdad; los que dejaban de escuchar cuando se hacía la lectura bíblica; los que tiraban los folletos al suelo si se mencionaba el nombre de Dios; y los que se acostaban para dormir enseguida después de pasar un día de reposo deleitándose en sus propios placeres, en un intento de ahogar el temor al Infierno. Muchos de ellos habían pasado toda una vida viviendo una profesión de fe débil e ineficaz. Muchos también habían pecado abiertamente. En resumen, el Señor se glorificó en la variedad de aquellos a quienes había sometido con su gracia, y en la variedad de los medios utilizados para que esa gracia alcanzara su objetivo.

Uno le decía que la lectura bíblica en la iglesia junto con unos cuantos comentarios le había despertado. Otro, que su corazón había sido tocado por alguna expresión durante sus oraciones antes de la predicación del sermón un día de reposo por la mañana. Pero la mayoría de ellos fueron tocados por la predicación de la Palabra. Un caso interesante fue el de una mujer que fue despertada durante la predicación de un sermón titulado: “A quien viene como a una piedra viva”. Mientras él hablaba del Padre sacando la piedra preciosa de su seno, para depositarla como la piedra angular, ella fue conmovida en su alma a decir: “No sé nada acerca de esta piedra preciosa; ciertamente yo no estoy convertida”. Esta preocupación la llevó a hablar con él. Ella no estaba bajo una profunda convicción de pecado, pero antes de marcharse, él le dijo: “Eres un pobre y vil gusano; no sé como la tierra no se abre y te traga”. Dios bendijo estas palabras, produciendo en ella un espantoso sentimiento de pecado. Vino a verle una segunda vez, con las flechas del Todopoderoso consumiendo su espíritu. Permaneció en este estado durante tres meses, hasta que un día, al venir a verle una vez más en busca de consejo, la viva voz de Jesús le dio vida a su alma mientras él hablaba las palabras de Cristo: “Si conocieras el don de Dios”, etc.; y se marchó regocijándose. Algunas de las almas que habían sido despertadas le dijeron que muchos de los sermones que habían oído tiempo atrás, los cuales ya habían olvidado, les vinieron a la memoria. Él solía comentar que eso podría ser una señal de lo que el día de la Resurrección despertaría en las almas de todos los que han oído el Evangelio.

Cuando Robert trataba con las almas, solía hablar con mucha franqueza. Una mujer vino a verle, asintiendo a todo lo que él le decía del Evangelio, y, sin embargo, rehusando ser consolada.; ella seguía con la idea de que, además de creer todo lo que Dios ha dicho acerca de su Hijo, el *venir a Cristo* era algo adicional. Él le citó las palabras de [Juan 3:16-17](#): “Porque de tal manera amó Dios al mundo”, etc. La mujer le dijo: “Yo no le importo a Dios”. Al oír esto, él la acusó de llamar a Dios mentiroso; y al verla salir tan profundamente angustiada, oró por ella diciendo: “Señor, dale de tu luz”.

A otra persona, que decía tener momentos de enorme gozo, le mostraba que esos eran momentos de alabanza a Dios en el espíritu. “Delante de cualquier rey, vendrías vestido adecuadamente; así que, ven delante de Dios, y quédate en su presencia todo el tiempo que puedas”.

Algunas veces despedía a las personas en quienes albergaba esperanzas con un texto adecuado a su estado. “Si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis”. A otro le dijo: “He oído decir que Dios ha abierto tu corazón; pero recuerda, no confíes en la opinión de un hombre. Recuerda que Cristo, que todo lo ve, será el juez en aquel gran día”. Y a otro: “Durante largo tiempo he tenido la esperanza de ver que estabas seguro bajo las alas del Salvador: si es así, quédate allí; no seas como Demas”.

En una reunión de oración, a la que asistieron varios jóvenes que habían sido alertados para huir de la ira venidera, dio este consejo: “Guardaos de toda ambición de superaros los unos a los otros en la expresión. Recordad que la oración más espiritual consiste en ‘gemidos indecibles’ ([Ro. 8:26](#)); o el clamor de ‘¡Abba, Padre!’ ([Gá. 4:6](#))”.

Hay pocas cosas constatadas en su diario durante estos años; sin embargo, las pocas anotaciones que existen son de mucho interés.

“28 de marzo, 1838: Jueves. Creo que haré de este diario más bien un diario de mi congregación, y del éxito, o no, de mi ministerio. El primer éxito entre mi congregación llegó durante la celebración de mi primer sacramento: ocurrió entonces. Mi primer sermón —con [Isaías 61:1](#) como tema— fue de bendición para X y para algunos otros. Aquel sermón sobre [Ezequiel 22:14](#): “¿Estará firme tu corazón?” fue de bendición para despertar a M.L. Aquel sobre [Cantares 5:2](#): “Abierta para mí”, etc., el día de reposo después de la Cena del Señor, fue de bendición para otro. Eran días felices. M.D. fue despertado asistiendo a la clase para los candidatos. Otro por medio del sermón de acción. Al oír las palabras “Te conozco, Judas”, ella tembló y se hubiera levantado de la mesa. Eran días felices, cuando uno y otro eran despertados. La gente se conmovía, estaba ansiosa, acercándose cada día para oír las palabras de vida eterna; algunas personas buscando ayuda en privado entre semana. Ahora se ve poco esto. Tuve conocimiento de unos quince casos durante el primer sacramento, y dos despertados que parecen haber vuelto atrás. Unas once personas durante el último sacramento; entre ellos cuatro hombres jóvenes. Algunos cristianos parecían avivarse, sintiendo un gozo mayor y un amor fraternal más profundo. Ahora me parece a mí que esto va a menos; pocos son despertados al parecer; pocos lloran como antes”.

“1 de abril: Día del sacramento. Dulces momentos. Nunca me había visto tan apurado e inadecuado, y, sin embargo, he recibido mucha ayuda. He sido guardado en completa paz, con mi mente fija en TI. Prediqué sobre ‘Dios mío, Dios mío’, etc. ([Sal. 22:1](#)). No estaba del todo preparado y, aun así, he hallado algo de paz en todo ello. Protegí las mesas de los ojos de llama de fuego de Cristo. Poca ayuda en servir las mesas. Mucha paz en la comunión. ¡Feliz de ser uno con Cristo! Yo, un vil gusano; *Él*, el Señor de mi justicia. El Sr. Cumming, de Dumbarny, sirvió en algunas de las mesas; el Sr. Somerville de Anderton, sirvió en tres, y predicó por la tarde sobre ‘He aquí que tú eres hermoso, amado mío’ ([Cnt. 1:16](#)). Lleno y refrescante. Todo muy, muy dulce. ‘Levántate, Aquilón, y ven, Austro; soplad en mi huerto’ ([Cnt. 4:16](#)). ¡Que este sea un tiempo de gran bendición! Esta es la tercera vez que celebro la Cena del Señor; puede que sea la última. Puede que venga ya mi Señor, o que yo pronto vaya a sentarme en otra mesa. Moody, Candlish y Mellis, todos ellos han sido parte de la buena preparación para el día de hoy; y la dulce palabra de Cumming ayer: ‘Los afligidos y menesterosos buscan las aguas’, etc. Señor, concede hoy un despertar; concede a algunos tu paz, el consuelo a los que lloran, plenitud a los que creen, ¡un avance en mi propia santidad y la de mis hijos! ([3 Juan 4](#)). Señor, apártame de mis pecados, de mis cuidados y de este mundo pasajero. Que Cristo sea mi todo en todo”.

“He admitido unos veinticinco candidatos; a dos de ellos he dicho que no, y uno o dos han quedado fuera. Es evidente que algunos de ellos han sido llevados a Cristo. Que el Señor sea su Dios, su consolador, ¡su todo! Que el día de mañana nos traiga bendiciones más ricas, para que esta noche podamos decir: ‘Mas tú has reservado el buen vino hasta ahora’ ”.

Hacia finales de aquel mismo año, algunas anotaciones suyas dicen así:

“7 de octubre: Por la tarde. En la Capilla Gaélica; prediqué sobre ‘Yo sé que mi Redentor vive’, cautivando algo más la atención, aparentemente, durante unos momentos. No recuerdo nunca haber instado tanto a las almas a venir a Cristo como en aquella ocasión”.

“8 de octubre: Vino una persona llamada X; espero que el trabajo de ayer noche haya podido servir para despertarla; más bien, que *Tú* puedas despertarla. Ignoro, sin embargo, si la gracia ha comenzado a obrar en ella, o no”.

“14 de octubre: Prediqué sobre ‘Perdonar las ofensas’. Por la tarde, sobre la Segunda Venida: ‘Ceñidos vuestros lomos’, etc. Sentí su poder en mí más que nunca; cómo la venida repentina del Salvador constriñe a caminar en santidad, apartado del pecado. Por la noche, lo prediqué de nuevo en el Ferry”.

“21 de octubre: Reunión con los candidatos por la tarde. Buenas esperanzas para todos, menos uno”.

“22 de octubre: Un judío predicó en mi iglesia, el Sr. Frey, ante una casa abarrotada. Me he conmovido en gran manera al oír a un israelita según la carne”.

“23 de octubre: Prediqué a los marineros a bordo del *Dr. Carey*, atracado en el puerto. Eran unos 200, todos muy atentos e impresionados. El tema: ‘Yo sé que mi Redentor vive’. Que la semilla sembrada en las aguas crezca después de muchos días”.

“1 de noviembre: Día de ayuno. Por la tarde: el Sr. C sobre ‘El ladrón en la cruz’. Un sermón que despertó y cautivó de veras, como para hacer que los pecadores volaran como una nube, como palomas a sus ventanas. Los ofrecimientos de Cristo se pusieron muy abajo, para que aquellos de baja estatura pudieran agarrarse a ellos”.

“5 de noviembre: El Sr. X murió esta mañana, a las 7:00. Oh, sea yo avisado, ‘no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado’ ([1 Co. 9:27](#)). Se dice que el amor a la popularidad era su pecado dominante”.

“2 de diciembre: Cena del Señor en Errol. Oí al Sr. Grierson predicar sobre la entrada de Cristo en Jerusalén. Serví en dos mesas. Por la tarde, prediqué ante una congregación numerosa, con el tema ‘Oh hombres, a vosotros clamo’ ([Pr. 8:4](#)), etc. La invitación gratuita del Salvador. ¡Que algunos le hallen hoy mismo!”.

Además de las muchas bendiciones que el Señor mandó al lugar donde Robert llevaba a cabo su obra, era obvio que el tono de los cristianos allí se elevó, tanto por el santo andar de su pastor, como por su ministerio celestial. Él era, sin embargo, el objeto de un arrogante desprecio por parte de algunos ministros formales con corazones de piedra, y de un amargo odio por parte de mucha gente impía. Hoy mismo hay ministros, y también algunos cristianos comprometidos, acerca de los cuales Jesús diría: “No puede el mundo aborreceros a vosotros” ([Jn. 7:7](#)), pues el mundo no puede aborrecerse a sí mismo; sin embargo, no era así con el Sr. M’Cheyne. Algunos le mostraron su profunda enemistad; tanto más profunda por cuanto la única causa era la de asemejarse a su

Maestro. No obstante, no se dejó desviar. Su vida estaba llena de fervor; sin embargo, era siempre afable, humilde y generoso; lleno de celo y, sin embargo, nunca se dejaba incomodar por ese celo; y la fuerza de su “primer amor” ([Ap. 2:4](#)), aun su cálido resplandor, no parecía sufrir ningún deterioro.

Así, pues, pasó los primeros años de su ministerio en Dundee. La ciudad se iba dando cuenta de que aquí habitaba un peculiar hombre de Dios, pues vivía como un verdadero hijo de Leví. “Mi pacto con él fue de vida y de paz, las cuales cosas yo le di para que me temiera; y tuvo temor de mí, y delante de mi nombre estuvo humillado. La ley de verdad estuvo en su boca, e iniquidad no fue hallada en sus labios; en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad” ([Mal. 2:5-6](#)).

Capítulo 4

Su misión a Palestina y a los judíos

“Heme aquí, envíame a mí” ([Is. 6:8](#)).

A pesar de estar siempre ocupado, tanto de día como de noche, con su grey en S. Pedro, el Sr. M’Cheyne siempre tuvo un espíritu misionero. “Este lugar me robustece para una tierra extraña”, comentó en cierta ocasión. Trataba de inflamar ese espíritu leyendo obras misioneras para su propia utilidad, y a menudo las leía a su congregación durante el culto de oración semanal. Las necesidades tanto de su propia parroquia como las del mundo entero pesaban en su corazón; y cuando surgía alguna oportunidad para evangelizar, no había ninguno en toda Escocia más dispuesto a aprovecharla que él. Parecía estar siempre ceñido de lomos: “Heme aquí, envíame a mí”.

Otro de los motivos para su incesante actividad era la idea que tenía en su mente de que su carrera iba a ser corta. Desde los primeros días de su ministerio tenía este sentimiento tan fuerte; y sus amigos recuerdan cómo sellaba sus cartas con el sello “La noche viene”. En cierta ocasión, cuando él aparentemente tenía una salud más o menos habitual, unos cuantos estábamos hablando juntos acerca del tema del Advenimiento Premilenario. Habíamos comenzado a hablar de la influencia práctica que la creencia de tal doctrina podría tener. Finalmente, dijo que no veía ninguna fuerza en los debates en su contra, aunque sí tenía algunas dificultades propias con respecto a ella. “Y quizá —añadió— esté bien para los que gozan de buena salud el estar firmemente persuadidos de que Cristo vendrá de esta manera; pero mi cuerpo enfermizo me hace sentir cada vez más que mi tiempo será muy corto”.

Estaba, por tanto, preparado en alguna medida cuando, en medio de sus laboriosos deberes, fue constreñido a permanecer quieto para ver lo que haría el Señor.

A finales de 1838 empezaron a aparecer algunas síntomas que alarmaron a sus amigos. Su constitución, nunca robusta, empezó a resentirse de los efectos de una labor incesante; en ocasiones, pasaba seis horas visitando, y después, aquella misma tarde, predicaba a todas las familias que había visitado reunidas en alguna sala. Con frecuencia ministraba en otro lugar los días de reposo por la noche después de predicar dos veces a su propia grey. Pero ahora, después de cualquier esfuerzo grande, sufría un ataque de palpitaciones. Pronto empezaron a aumentar en intensidad, afectando sus horas de estudio; y finalmente, tenía palpitaciones casi de forma continua. Por esta razón, los médicos que le aconsejaban insistieron en un cese total de sus labores públicas; puesto que, aunque sus pulmones aún no habían sufrido ninguna alteración orgánica, había más que suficiente razón para entender que, a la larga, esto iba a suceder. Según estos consejos, y lamentándolo profundamente, se marchó de Dundee en busca de descanso y un cambio de ministerio, con la esperanza de que solo sería por un par de semanas.

Pocos días después de marcharse de Dundee, escribe desde Edimburgo en respuesta a la angustiada carta que había recibido de su amigo el Sr. Grierson: “Las palpitaciones del corazón no son ahora tan constantes. El cántaro saca con más sosiego de la cisterna; así que, con la bondadosa providencia de nuestro Padre celestial, puede que se me conceda un poco más de tiempo antes de que ‘la cadena de plata se quiebre y se rompa el cuenco de oro’ ([Ec. 12:6](#))”.

La opinión era que la naturaleza de su enfermedad probablemente mejoraría bajo un cuidadoso control médico, junto con un cese temporal de toda clase de esfuerzo. Bajo el techo de su padre, por tanto, en Edimburgo, se resignó a la voluntad de su Padre celestial. No obstante, resultó ser una prueba difícil para él la de haber sido apartado de su amado ministerio, aunque aprendió de Aquel que era manso y humilde, a aligerar su carga diciendo para sí: “Sí, Padre, porque así te agradó” ([Mt. 11:26](#)). Escribió de nuevo al Sr. Grierson el 5 de enero de 1839: “Espero que esta presente aflicción resulte de bendición para mí. Siento de continuo una gran necesidad de la mano aflictiva de Dios. En medio de la confusión de la actividad, hay tan poco tiempo para velar, para lamentar, para buscar la gracia, para luchar contra los pecados de nuestro ministerio que lo tomo como una bendición cuando el Salvador me aparta de la multitud, así como apartó al ciego de la ciudad, para quitarnos el velo, y disipar las neblinas que nos confunden; y con su Palabra y por su Espíritu conducirnos a una paz más profunda y un caminar cada vez más santo. ¡Ah! No hay nada como una mirada serena a la vida eterna para enseñarnos el vacío de la alabanza humana, la pecaminosidad de la autocomplacencia y la vanagloria: para enseñarnos lo precioso que es Cristo, a quien llaman ‘La Piedra probada’. He podido asistir al colegio dos veces para escuchar los discursos del Dr. Chalmers. También he tenido el privilegio de mullir la almohada del lecho de muerte de un antiguo compañero del colegio, ayudándole a sentir un gozo más profundo y una paz más grande en el creer. He tenido el gozo de llevar una pobre alma sobrecargada, de Larbert, al Salvador. Así que, aun estando ausente de mi trabajo, en el exilio como aquel que dice, Dios aún me permite hacer algunas cosas pequeñas en su Nombre”.

Fue llevado a considerar más detenidamente este tiempo de prueba, y empezó a anticipar bendiciones para su grey como consecuencia de él. Sabía bien qué fácil es para la gente ver a su pastor como un especie de ídolo, y con cuánta facilidad el pastor puede complacerse con esta tendencia pecaminosa de su pueblo y, por consiguiente, ser elevado por su propio éxito. “A veces creo —comentó en una carta con fecha de 18 de enero— que mi congregación puede recibir abundante bendición durante mi ausencia. Muchas veces Dios no nos bendice cuando estamos en medio de nuestras labores, no sea que digamos: ‘Mi mano y mi elocuencia han hecho esto’. Él nos silencia, y entonces derrama ‘bendición hasta que sobreabunde’ ([Mal. 3:10](#)); para que todos los que la vean exclamen: ‘¡Es el Señor!’”. Así ocurrió en las islas de los mares del Sur. ¡Así sea con mi congregación!”. Tampoco erró en su forma de ver las cosas; pues todos estos fines, y otros también, iban a ser cumplidos en esta providencia divina.

Una anticipación como aquella expresada en esta carta, y en otras, sobre todo en su Carta Pastoral del 20 de marzo, puede considerarse precisamente como una prueba de que el Señor enseña a su pueblo a esperar y orar por aquello que Él tiene intención de obrar. Y en este caso, el Señor cumplió con sus designios de una manera sumamente bondadosa; pues apartó a su siervo por un tiempo de la grey a la que había sido de tanta bendición, para que ni siquiera sus propios hijos se gloriaran en el hombre; y lo que es más, llevó a ese siervo a otra esfera de labor mientras tanto; y entonces, cuando la bendición había sido dispensada, le devolvió a su lugar para que él se regocijara también en ella.

Robert aún esperaba —y se lo estaba pidiendo al Señor con toda sumisión— una pronta restauración de su pueblo en Dundee, y de vez en cuando le enviaba una epístola que transmitía el verdadero aliento del alma de su pastor; y un día, mientras iba caminando con el Dr. Candlish y conversando con él acerca de la Misión a Israel que últimamente habían acordado en asamblea, el Dr. Candlish pareció tener de pronto una idea. Le preguntó al Sr. M’Cheyne: “¿Qué le parecería ser útil a la causa judía, durante este período del cese de su labor parroquial, viajando al extranjero para investigar el estado de Israel personalmente?”. Esta idea, sugerida así de manera repentina, condujo a todos los posteriores resultados de la Misión de Investigación. De repente, el Sr. M’Cheyne se vio llamado a llevar la salvación al judío, como anteriormente había sido llamado a llevarla al gentil, y su alma se llenó de gozo y se maravilló. Su amigo médico aprobó la propuesta enseguida, considerándola muy oportuna para ayudar a curar su enfermedad: la emoción, serena y firme, de llevar a cabo tal viaje probablemente restablecería toda su constitución.

El Dr. Black, de Aberdeen, consintió de buena gana utilizar sus extraordinarios talentos para esta causa; y el Dr. Keith insinuó sus esperanzas de juntarse pronto a la delegación. Yo también había sido elegido para marcharme con ellos en esta misión de amor a Israel; pero algunas dificultades se interpusieron en mi salida de Collace. En medio de estas circunstancias, el Sr. M’Cheyne me escribió desde Edimburgo el 12 de marzo.

“Mi querido A: He recibido tantas señales para bien de parte de Dios en cuanto a este asunto que sería una vergüenza por mi parte no confiar en Él para perfeccionar todo aquello que a mí me concierne. Me alegro que hayas decidido dejarlo todo en manos del Dios de Israel. Estoy preparado

para marcharme esta semana, o la que viene; sin embargo, estoy ansioso por saber con seguridad que tú también serás enviado juntamente conmigo. Tú lo sabes, querido A, que no podría esforzarme por esta causa, ni tampoco disfrutar de ella, de no tenerte conmigo. ¿Estarás preparado para dar tu discurso judío el día de reposo que viene por la noche? [...]. Y ahora, ora por nosotros, para que seamos enviados por Dios; y, tan débiles como somos, que podamos ser hechos unos Boanerges: que podamos ganar algunas almas, y estimular a algunos cristianos a amar a Sion. Un gran interés en este viaje ha sido generado ya, y yo busco una bendición. Habla a tu congregación como que está al filo de la eternidad. [...]. En cuanto a los libros, no me decido. Mi biblia hebrea, el Testamento griego, etc., y quizá el *Christian Ministry* (Ministerio cristiano) de Bridge para los propósitos generales, es decir, para recordarnos nuestra obra ministerial. Espero que salgamos en el Espíritu; y aunque impedidos por el idioma, ¿no podríamos ser de bendición así como lo fue Brainerd, a través de algún intérprete? ¿No podríamos ser de bendición también para la salvación de algunos ingleses, y para avivar a los misioneros? Mi salud solo es tolerable; sería mejor para mí marcharnos pronto. Tantas veces estoy afligido por saber si estoy dispuesto a marcharme o quedarme, vivir o morir. Sin embargo, resulta muy alentador ser utilizado en el servicio de nuestro Señor de nuevo, y de un modo tan interesante. ¿Y si vemos la Jerusalén celestial antes que la terrenal? Llevaré conmigo mis materiales de dibujo, para así poder traer recuerdos del monte de los Olivos, del monte Tabor y del mar de Galilea”.

La propuesta de este viaje causó un enorme revuelo en toda Escocia. No se trataba solo de un interés un tanto romántico en la tierra donde el Señor había obrado grandes cosas, sino también de un profundo sentimiento de persuasión bíblica de que Israel era aún amado “por causa de los padres” ([Ro. 11:28](#)). Durante algún tiempo, Jerusalén había estado presente en la mente de muchos, y muchos pastores devotos se habían puesto como guardas sobre sus muros ([Is. 62:6](#)), trayéndola a la memoria del pueblo de Dios. El Sr. M’Cheyne había sido uno de ellos. Su opinión en cuanto a la importancia de los judíos a los ojos de Dios y, por tanto, de la importancia de Israel como esfera de la obra misionera, era muy clara y precisa. Estuvo de acuerdo con las esperanzas expresadas durante uno de los Cursos de Conferencias impartidos antes de la salida de la delegación, que decían que podríamos anticipar un *derramamiento del Espíritu cuando nuestra iglesia extendiese la mano tanto al judío como al gentil*. En una carta, dice: “Ir en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel es un objetivo muy cercano a mi corazón, como ya lo sabe mi congregación. Tal empresa probablemente atraería bendiciones inimaginables sobre la Iglesia de Escocia, según la promesa: ‘Sean prosperados los que te aman’ ”. En otra carta escribe: “Ahora veo claramente que todas nuestras ideas acerca de los judíos como objetivo principal del esfuerzo misionero son verdades serias y explícitas según las Escrituras”. Y también: “Estoy convencido de que si oramos para que el mundo se convierta según Dios, buscaremos el bien de los judíos, y cuanto más sea así, más felices serán nuestras almas. Deberías mantener siempre tus conocimientos de las profecías sobre Israel”. Muchas veces se refería a este tema durante sus predicaciones: “Debemos ser como Dios en su singular amor; pues toda la Biblia nos muestra que Dios ha tenido siempre un amor entrañable hacia el pueblo judío”.

La noticia de su inminente ausencia alarmó a su grey. Muchos manifestaron su preocupación por él más que nunca; y no pocos le escribieron cartas disuasorias. En respuesta a una de estas protestas bien intencionadas, él respondió: “Me gozo abundantemente a causa del interés que has puesto en mí, no por mí mismo, sino como una señal de que realmente conoces y amas al Señor Jesús. Si Dios mismo no hubiera cerrado la puerta hacia mi vuelta a vosotros mi pueblo, y abierto otra puerta nueva para mí, nunca hubiera consentido en marcharme. No soy en absoluto reacio a gastar y ser gastado en el servicio a Dios, aunque he descubierto a menudo que cuanto más os amo, menos soy amado. Pero Dios me ha mostrado muy claramente que puedo hacer una obra muy importante a favor de su antiguo pueblo, y al mismo tiempo encontrar la mejor manera de volver a gozar de buena salud”. “Un ministro será un pobre salvador en el día de la ira. Conocer a un ministro, o amarlo, u oírlo o depender de un nombre no salvará. Vosotros mismos tenéis necesidad de poner vuestras manos sobre la cabeza del Cordero ([Lv. 1:4](#)). Debéis vosotros mismos fijar vuestros ojos sobre la serpiente levantada en el desierto ([Jn. 3:14-15](#)). Mucho me temo que vaya a tener que ser un testimonio veloz contra muchos de mi congregación en el día del Señor, pues se fijaron en mí, y no en Cristo, cuando yo les predicaba. Siempre me temí que a algunos de vosotros os gustase más oír la Palabra que ponerla por obra. Siempre me temí que muchos de vosotros disfrutaseis de los cultos del día de reposo, de las clases, y de las reuniones los jueves por la noche; pero que no os preocupase andar con Dios, ser mansos, castos, santos, amantes, benignos, semejantes a Cristo, semejantes a Dios. Ahora bien, Dios quiere que sepáis que el único fin de un ministerio evangélico es que seáis santos. Creedme, Dios mismo no os puede hacer felices si no sois santos”.

En este momento crítico en la historia de su congregación, Robert buscaba del Señor a uno que pudiera ocupar su lugar; uno que alimentara a su grey y recogiera a los errantes durante la ausencia de su propio pastor. El Señor le concedió el deseo de su corazón, enviándole al Sr. William C. Burns, hijo del ministro de Kilsyth.

En una carta con fecha del 12 de marzo, Robert le escribe una carta en la cual dice unas cosas extraordinarias: “Eres la respuesta a la oración; y estos dones siempre son, creo, de bendición sin ninguna excepción. Mi esperanza es que tú seas mil veces más bendito entre mi congregación que yo. Quizá haya muchas almas que nunca hubieran sido salvadas bajo mi ministerio que pueden ser tocadas bajo el tuyo; y a Dios le ha placido ubicarte en mi lugar. *Su Nombre es maravilloso*”.

Habiendo hecho esto, y ya desconectado de su grey, partió para Londres para hacer los preparativos para el resto de la delegación, que poco después salió, despedida en oración por los hermanos. Nadie tuvo más oraciones elevadas en su nombre que él; y no fueron en vano. Durante todos sus recorridos, el Señor le fortaleció y le salvó de todo infortunio.

Era un acontecimiento muy singular; muchas veces aún parece un sueño que cuatro ministros fuesen llamados de repente, dejando sus tranquilas labores en las ciudades y los pueblos de Escocia, para viajar a la tierra de Israel, biblias en mano, testigos oculares de las profecías cumplidas, espías de la desnudez de la alabanza de Israel y de la pobreza de su alma. No hace falta ahora relatar los detalles de aquel viaje. Todo ha sido publicado en la “Narración de una Misión de Investigación a los judíos, por parte de la Iglesia de Escocia, en 1839”. No obstante, algunas incidencias son dignas de

recordar, sobre todo ahora que nos ocupamos de la vida privada y los sentimientos de Robert M'Cheyne.

Cuando el Sr. M'Cheyne salió para Londres, descubrió que un interesante joven judío viajaba con él, quien, por lo visto, no deseaba ser reconocido como perteneciente a la simiente de Abraham. Intentó varias veces entablar conversación con el joven israelita; y antes de separarse leyó con él el primer salmo en hebreo, e insistió en la importancia de meditar en la Palabra del Señor. Luego, después de visitar Bethnal Green, anotó que había sido muy grato escuchar a algunos niños judíos cantando un himno a Jesús, que tenía como tema: “¡Muerto por nosotros!”.

La terrible profanación del día de reposo que vimos en París le llevó a llamar la atención del Sr. McDonald de Blairgowrie en una carta, pues su espíritu se dolió en gran manera al ver “la ciudad entregada a la idolatría” (cf. [Hch. 17:16](#)). “Firme en la brecha, querido amigo, y eleva tu voz cual trompeta, no sea que Escocia venga a ser como Francia. Ya sabes cuántos de los de nuestras propias parroquias pisotean el día santo. No saben lo dulce que es caminar con Dios en ese día santo. [Isaías 58:11-14](#) resulta ser un texto ideal para un sermón. [Éxodo 31:13](#) es también precioso, pues nos muestra que guardar el día de reposo es una de las señales que Dios otorga a su pueblo. Es como una de las letras del nuevo nombre, que ‘ninguno conoce sino aquel que lo recibe’ ([Ap. 2:17](#))”.

En sus breves anotaciones durante la primera parte de nuestro viaje, no olvidó mencionar nuestros tiempos de oración unida, tales como aquellos que tuvimos a bordo de la nave rumbo a Génova; eran tiempos de refrigerio para su espíritu. Y mientras estuvo en esa ciudad, sus sentimientos mientras contemplaba sus palacios quedaron expresados en unas pocas líneas que envió a casa: “Una tierra extraña nos acerca más a Dios. Él es el único a quien conocemos aquí. Nos dirigimos a Él como a uno que conocemos: todo lo demás nos es desconocido. Con cada paso que doy, y cada país que veo, siento cada vez más que no hay nada real ni nada verdadero: solo lo eterno. Todo el mundo es malvado: se acerca su juicio pronto. De aquí a poco, los palacios de mármol que he visitado esta noche se hundirán como una piedra de molino en las aguas de la ira de Dios; pero aquel que hace la voluntad de Dios permanecerá para siempre”.

En Valetta, en la isla de Malta, escribió: “Mi corazón ha palpitado hoy un poco, pero otro viaje en barco me hará bien. Una cosa sé, que estoy en las manos de mi Padre celestial, que es todo amor por mí: no por lo que yo soy, sino por la hermosura que ve en Emanuel”.

Las costas clásicas de Italia y Grecia inspiran interés, despertando profundas emociones aun en un alma santificada. “Tratamos de recordar nuestros estudios de la juventud. ¿Pero de qué nos sirven ahora los conocimientos clásicos? Aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Y, sin embargo, cada objeto estaba teñido con estos recuerdos, proporcionándonos un enorme y válido placer”.

Durante nuestro viaje se deleitaba en escudriñar las Escrituras, igual que en casa. Y tanto empeño puso en que todo el viaje iba a ser un estudio incesante de la Palabra que llevó consigo unas anotaciones que yo había hecho sobre cada capítulo de Levítico, diciendo que serían apropiadas para nuestra meditación mientras nos ocupábamos con las mentes judías. Tanto en casa

como en el extranjero, tenía un apetito insaciable por la Palabra, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo. En cierta ocasión, antes de salir de casa, estaba estudiando el capítulo [4](#) de Números, y fijó en su memoria los distintos deberes asignados a los sacerdotes por medio de la siguiente rima:

*Y los hijos de **Coat***
Cargarán sobre sus hombros
Utensilios del servicio
Con cuidado, cual tesoros.
*A los hijos de **Gersón***
Más fácil será la carga,
Serán dos carros con cuerdas
Y cortinas bien atadas.
*Y los hijos de **Merari**,*
Cuatro carros bien pesados
Con las columnas y las tablas
Con sus bases, y las barras
Del Templo del Dios amado.

Se basaba en el principio de que todo lo que Dios nos ha revelado merece nuestro estudio e investigación junto con la oración.

Habiendo llegado a Alejandría en Egipto, y emprendiendo desde allí el viaje a Palestina a través del desierto, nos encontramos en una etapa del viaje totalmente nueva. El Sr. M'Cheyne reparó sobre el silencio de los lugares del desierto: "Resulta una experiencia extraordinaria encontrarse uno a solas en el desierto; es un sentimiento parecido al de estar en ayunas; Dios se acerca. Vivir en tiendas y viajar por estos páramos tan solitarios despierta nuevas ideas. La vida es extraña aquí en el desierto. Por todo alrededor está la arena con algunos arbustos áridos; por encima, un cielo azul desprovisto de nubes; y un sol abrasador que a menudo eleva la temperatura a 35º en el interior de nuestra tienda. Cuando llega la noche, el Sol se pone igual como lo hace en el mar, y salen las estrellas en toda su gloria; y plantamos nuestras tiendas solos, sin más compañía que la de los beduinos y sus camellos; y el Dios de todo amor y todo conocimiento acampa alrededor nuestro. Al llegar la mañana, levantamos el campamento. Algunas veces han quitado nuestras tiendas antes de que nos hayamos vestido completamente. ¡Nuestro cuerpo es un tipo de tienda! ¡Ah! Tantas veces quitada antes de vestir el alma con la heredad de los santos en la luz". Al Sr. Bonar de Larbert escribe: "No tenía ni idea de lo impresionante que resulta cruzar el desierto. La soledad que siento me

impresiona. El Sol abrasador sobre nuestras cabezas; por todo alrededor un círculo de arenas áridas, con solo algún que otro arbusto con hojas puntiagudas ('la retama en el desierto' de que habla [Jeremías 17:6](#)): ninguna lluvia, ni una nube, los pozos a menudo como los de Mara, y tan distantes el uno del otro. Ahora comprendo bien las quejas de los israelitas. Siento que nuestro viaje ha probado sumamente mi propio corazón".

Cuando miramos hacia atrás, el recuerdo de aquel que estuvo en el camino arenoso entre Egipto y Palestina, contemplando sus singulares paisajes, el mismo que hacía poco había estado ocupado día y noche tratando con las almas de los hombres en las calles abarrotadas de una ciudad bien poblada, nos lleva a maravillarnos de los caminos del Señor. ¿Pero no nos recuerda que el Dios que envió a Elías al arroyo de Querit es el mismo Dios aún? ¿Y que el amante Maestro, sabio y bondadoso que dijo: "Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco" ([Mr. 6:31](#)), es tan sabio, amante y bondadoso como entonces?

En Balteen, un pueblecito de Egipto, recuerdo bien la indignación que alteró su rostro ante la insistencia de nuestros asistentes árabes de continuar con el viaje el día de reposo, antes que permanecer sentados debajo de unas pocas palmeras, respirando unos aires cálidos y sofocantes y con muy poca comida. Él no soportaba la idea de ser privado del día de reposo; era tan necesario para nuestras almas aquí en el desierto como allá en la ciudad; y si solo unos pocos glorificaban a Dios en aquella tierra desolada, cuánto más estábamos llamados nosotros a llenar con nuestros cánticos de alabanza aquellas soledades. Él lo veía de esta manera, bajo este punto de vista; y cuando por fin pudimos convencer a los árabes, y nos volvimos a sentar debajo de las palmeras, se emocionó profundamente; aunque no había sido afectado por el calor anteriormente, al ver tal grupo miserable de pobres egipcios a nuestro alrededor, exclamó: "¡Oh, si supiera hablar su idioma para poder hablarles de la salvación!". Ese era su deseo apasionado.

Algo que ocurrió en aquellos días nos pareció siniestro en el momento, aunque más adelante pudimos ver claramente la mano de Dios en todo ello. El Dr. Black se cayó de su camello en medio del desierto, y ninguno de nosotros fuimos capaces de comprender cómo este triste suceso iba a afectar el objetivo de nuestra misión. ¿Es que Él desaprobaba nuestra empresa? ¿O era de verdad su mano bondadosa guiándonos? Muchas veces hablábamos de eso; cuando más adelante visitamos Galilea, creíamos haber visto algún propósito desarrollándose, aunque aún había algo inexplicable en todo el asunto. Entonces, sin embargo, apareció la razón; aun ese acontecimiento era del Señor, en sus designios tan sabios y bondadosos. De no ser por aquella caída, nuestros padres en la delegación no hubieran viajado por el Danubio camino a Viena, y no hubieran visitado Pesth. Este accidente, que incapacitó al Dr. Black para emprender la fatigosa exploración de la región de Galilea, resultó ser ocasión para dirigir los pasos de nuestros padres a ese lugar, donde una grave enfermedad detuvo al Dr. Keith, hasta que oyeron que había una puerta abierta a los judíos. De allí, consecuentemente, ha acontecido que el Señor ha derramado su Espíritu sobre los judíos que se acercaron a nuestros misioneros de tal manera, que ninguna otra misión judía parece haber sido tan bendecida con conversiones tan profundas. No hay más que la pura verdad en un comentario hecho por uno de los nuestros: "La caída del Dr. Black fue el primer paso hacia Pesth". "¿Quién es sabio y guardará estas cosas, y entenderá las misericordias de Jehová?" ([Sal. 107:43](#)). En verdad, sea

que estuviéramos preparados para esperar grandes cosas y, por tanto, especialmente alertados para observar, o que verdaderamente el caso fue que los ojos del Señor nos guiaron en todo momento, ciertamente pudimos ver que todo el camino que anduvimos fue señalado y marcado por la Providencia. En Escocia muchas oraciones ascendían en nombre nuestro, y el Sumo Sacerdote respondió iluminando nuestro camino. El Sr. M'Cheyne dijo: "En cuanto a nuestra seguridad, soy deudor a las oraciones de mi congregación, es decir, de los cristianos entre ellos que no nos olvidan. Si se levantara el velo de la maquinaria del mundo, cuánto veríamos hecho en respuesta a las oraciones de los hijos de Dios".

Muchas cosas perdieron importancia, en nuestra opinión, en las muchas reflexiones sin ninguna distracción durante el largo viaje por el desierto, donde, por muchos días solo hubo un silencio, como el silencio de la muerte, rodeándonos durante toda la noche, y aun durante los días tan soleados. Por eso mismo, cuánto más interesante resulta conocer sus ideas y pensamientos acerca del ministerio. Mientras su camello le transportaba lentamente por las dunas de arena, él meditaba acerca de los días felices en los cuales se le permitía predicar a Jesús con todas sus fuerzas a los hombres que perecen. "Emplea bien tu salud mientras la tengas, mi querido amigo y hermano. No deseches ninguna oportunidad especial; puede que no vuelva. Tú no sabes cuándo será tu último día de reposo con tu pueblo. Habla para la eternidad. Sobre todo, cultiva tu propio espíritu. Una palabra tuya con la conciencia clara y con tu corazón lleno del Espíritu Santo vale por diez mil habladas en pecado e incredulidad. Ese ha sido mi gran error en el ministerio. Recuerda que es Dios, y no el hombre, quien debe recibir toda la gloria. No es el mucho hablar, sino la mucha fe, lo que se necesita. No te olvides de la reunión de los sábados por la noche, así como las acciones de gracias los lunes por la mañana". Así escribió, mientras iba de camino, a un compañero de ministerio en Escocia.

En nuestro primer día de reposo ya en Tierra Santa, nuestra tienda había sido armada cerca de una colonia de hormigas. Habíamos instalado el campamento donde la tribu de Simeón, con los paisajes de la Tierra Prometida a nuestro alrededor; y una de las similitudes de la Palabra bendita se hallaba delante de nosotros. Robert abrió su Biblia en [Proverbios 6:6-8](#), y mientras leía, anotaba: "1. *Mira sus caminos*. La mayoría de las almas están perdidas por falta de reflexión. 2. *La hormiga no tiene capitán, ni gobernador, ni señor*; ningún oficial, ninguno al mando, ni ninguno para alentarla. ¡Cuán distinto comparado con el hijo de Dios! 3. *Prepara en el verano su comida*, etc. Algunos deben de haber pensado que esto nos enseña a amontonar dinero; pero no es así, al contrario. La hormiga no almacena para el futuro. Todo es para el presente. Ella siempre trabaja, en verano y en invierno. La enseñanza aquí es la de una constante diligencia en la obra del Señor".

Muchas veces en aquellos días, mientras nuestros asistentes armaban nuestras tiendas y tensaban las cuerdas, él se acostaba debajo de algún árbol que le protegiera del rocío. Completamente extenuado por el largo recorrido del día, permanecía estirado en el suelo, sin hablar, alrededor de media hora; y entonces, cuando las palpitaciones se habían remitido un poco, sugería que oráramos los dos juntos. A menudo me decía también, estirado así en el suelo, no con impaciencia sino con mucha sinceridad: "¿Volveré a predicar a mi congregación alguna vez?". Me sentía a menudo reprendido por la continua atención que prestaba a su santidad personal; siempre

tenía presente la necesidad de cuidarse en este aspecto, dondequiera que estuviera: en casa, en su habitación privada, en el mar o en el desierto. La santidad de su persona se manifestaba no en los esfuerzos por cumplir con sus deberes, sino de una forma tan natural que uno podía reconocer ese fluir tranquilo del Espíritu que moraba en él. La fuente que saltaba para vida eterna ([Jn. 4:14](#)) en su alma derramaba sus aguas de vida igualmente en las escenas familiares de su nativa Escocia como aquí debajo de los olivos en Palestina. La oración y la meditación sobre la Palabra nunca fueron olvidadas; y una paz que el mundo no le podía dar guardaba su mente y su corazón. Cuando estuvimos detenidos por un día entero en Gaza, en medio de unas circunstancias sumamente exasperantes, su único comentario fue: “*Jehová Jireh*; ya estamos en ese monte otra vez”. Su compañía era dulce en cualquier momento, su gracia y naturaleza atraían enormemente; pero aquí, en estas regiones de Palestina hubo momentos de gozo que estrecharon más los lazos, creando afinidades desconocidas. Y así era en la tarde en que subimos a la colina de Sansón juntos. Sentados los dos en la cima, leímos las referencias al lugar en la Palabra de Dios; y después, sacó su lápiz y dibujó la escena, mientras el Sol se ponía en el Oeste. Habiendo hecho esto, cantamos algunas estrofas de un salmo apropiado al lugar, oramos y descendimos poco a poco, comentando todo lo que veíamos, y hablando de todo lo que estos paisajes nos traían a la memoria, hasta llegar al campamento.

Al acercarnos a Jerusalén, subimos por el Paso de Latroon. Él escribe: “Este último día del viaje a Jerusalén ha sido el mejor de toda mi vida. Durante cuatro horas ascendimos por el paso rocoso montados en nuestros pacientes camellos. Es como algo parecido a los mejores paisajes de nuestras Tierras Altas, solo que los árboles, y las flores, y la voz de la tórtola nos decían que estábamos en la tierra de Emanuel”. Mientras íbamos, él comentó que el haber visto la llanura de Judea y este paso de montaña era más que suficiente recompensa por todas nuestras fatigas; y entonces comenzó a citar pasajes del Antiguo Testamento que podrían referirse a los paisajes que teníamos delante.

Durante nuestros diez días en Jerusalén, hubo pocos lugares de fácil acceso que no visitáramos con ansia. “Estuvimos en la encrucijada donde se acercó Jesús a Jerusalén y donde lloró sobre ella. Y si nosotros tuviéramos más de la mente de Cristo, creo que hubiéramos llorado también”. Este fue uno de los comentarios en una carta enviada a casa; y en una carta al Sr. Bonar de Larbert, expresó sus sentimientos acerca del monte de los Olivos y sus cercanías: “Recuerdo que la última vez que te vi, dijiste que había otros descubrimientos más que los del mundo físico; que había otros paisajes en el mundo espiritual, otras profundidades que penetrar de mucha más importancia. Muchas veces he meditado sobre la veracidad de tu comentario. Pero si existe un lugar en la Tierra donde las escenas físicas nos pueden ayudar a descubrir las cosas divinas, creo que ese lugar es el monte de los Olivos. Con el Getsemaní a tus pies, tu alma es constreñida a meditar sobre el amor de Cristo y su determinación a sufrir la ira divina por nosotros. La copa fue puesta delante de Él allí, y allí mismo dijo: “¿Cómo no beberé de ella?”. El lugar donde Él lloró te hace pensar en su divina compasión, entremezclándose con su ternura humana: su perfecta justicia, que no perdonaría la ciudad; ¡su amor sobrehumano, que se angustiaba por su desdicha venidera! Mirando en dirección opuesta, hacia el sureste, se ve Betania, que te recuerda su amor hacia los suyos; que su nombre es amor; que en todas nuestras aflicciones Él es afligido: que todos aquellos que están en sus tumbas

un día saldrán a su palabra. Un poco más abajo se ve el mar Muerto, sus lúgubres aguas estancadas entre las montañas. Y todo esto ejerce un efecto impresionante, y te marchas de aquí diciendo: ‘¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?’ ”.

Escribió a otro amigo en Escocia desde el monte de Sion, donde entonces nos hospedábamos.

“Monte de Sion, 12 de junio, 1839

“Estimado amigo:

“Ahora que nos encontramos en el lugar más maravilloso de todo el mundo —donde Jesús vivió, caminó, oró y murió, y adonde volverá—, no dudo de tus ganas de recibir noticias nuestras. Estoy tan agradecido por el privilegio que Él nos ha concedido de venir a esta tierra. He tenido noticias de mi grey, ayer en una carta de casa, la primera que he recibido, con fecha del 8 de mayo [...]. Estamos viviendo en la casa de uno de los misioneros en el monte de Sion. Desde mi ventana se ve el lugar donde estaba el Templo, con el hermoso monte de los Olivos alzándose detrás. El Señor que hizo el Cielo y la Tierra te bendiga desde Sion. Tuyo”, etc.

Una tarde, después de visitar Sicar, se refirió a la Biblia que yo había dejado caer en el pozo de Jacob. Estábamos descansando después del viaje en nuestras tiendas. Poco después, escribió en una hoja de su cuaderno el siguiente fragmento:

Mi propia y amada Biblia, debo separarme de ti;

Compañera de amarguras, consejera de mis dudas,

Consuelo me has dado a mí.

De mis pasos sé mi guía en este desierto hostil,

En las noches más oscuras, mi caminar tú me alumbras,

Dulce miel eres para mí.

Cuando la paz de mi casa la dejé para salir,

Y así cumplir tu mandato, sin dudarlo, me fue grato,

Que tu voz dijera así:

“Ora por Jerusalén, nunca la olvides y así

Prosperaré tu camino, te llevaré a tu destino,

Porque confías en mí”.

Anhelando en el desierto la sombra de las palmeras,

Tus palabras de consuelo acallaban nuestro miedo,

Y con tu sombra lo alejas.

En los montes de Judá, levantando nuestra tienda,

A orillas de Siloé y en el monte de los Olivos,

Contemplamos tu presencia.

Sobre el mar, donde hace tiempo Sodoma fue derribada,

Dulce evento a nuestros ojos, dulce promesa, y gozosos,

Esperamos tu llegada.

Al pie del Carmelo, durante los siete días en los cuales estuvimos en cuarentena, debajo de la cumbre del monte, tuvimos tiempo para recordar todas estas escenas; y bajo estas circunstancias escribió su himno “The Fountain of Siloam” (El estanque de Siloé).

Aquí también tuvo tiempo para escribir a su casa, y describió con todo detalle nuestro viaje desde Alejandría en adelante.

“Carmelo, 26 de junio, 1839

“Mis queridos padres y demás:

“Hace mucho tiempo que no he podido escribiros una carta, siendo esta la primera vez desde que salimos de Egipto, que ha aparecido alguien que puede llevar nuestras cartas. En primer lugar debo deciros que, por la mano bondadosa de Dios sobre mí, me encuentro con una salud excelente, y así ha sido desde la última vez que os escribí. Muchas fatigas hemos tenido, y más grandes de lo que yo había anticipado; penalidades y peligros también, pero Dios nos ha guardado en todos ellos y nos ha traído con bien aquí, en mejores condiciones que cuando comenzamos. No debéis imaginar que ya no sufro palpitaciones: me visitan a menudo para humillarme y probarme; aunque creo que voy mejorando, y ya no las tengo con tanta frecuencia. Mucho espero que en un clima frío y vigorizante, y con menos fatigas, puede que no las padezca más. Estuve muy agradecido por vuestra carta, con fecha del 8 de mayo; la primera desde que salí de casa. Me alegró mucho saber de vuestra buena salud y seguridad, y de la comunión pacífica en S. Pedro. Las noticias públicas eran alarmantes y humillantes. Supongo que debería empezar desde el principio, y contaros todo acerca de nuestro viaje desde la tierra de Egipto a través del espantoso desierto hasta esta dulce Tierra Prometida. Hubiera escrito algo al *estilo de un diario* (como diría mi madre) de vez en cuando, para tener algo preparado ya, pero debéis saber que viajar por los lugares desérticos entre doce y catorce horas diarias montado en camello resulta sumamente agotador, más que cualquiera de nuestras excursiones en casa; y muchas veces lo único que he podido hacer ha sido echarme en el suelo y dormir.

“Partimos desde Alejandría el 16 de mayo, 1839, dejando atrás muchos buenos amigos en esa extraña ciudad. Nosotros, con todo nuestro equipaje, íbamos montados sobre diecisiete asnos, igual que los hijos de Jacob cuando salieron de Egipto con sus sacos de trigo. Nuestra montura es a la vez nuestro lecho; a saber, una manta para acostarnos, una almohadilla para la cabeza y una colcha para envolvernos. Luego añadimos una esterilla de paja para colocar debajo de todo. Nos hicimos con dos tiendas: una grande, y otra más pequeña donde Andrew y yo dormimos. Los asnos son unos animalitos muy simpáticos, y ligeros, que andan un promedio de unos 8 km por hora; un árabe inculto acompaña a cada asno. Nosotros tenemos nuestros propios criados árabes; os presento ahora a los dos: Ibrahim, un egipcio de baja estatura y de buen parecer, y Achmet el cocinero, un hombre moreno y de buen humor, que lleva un turbante blanco y anda con sus piernas negras al descubierto. Ibrahim habla un poco de inglés e italiano, y Achmet habla italiano, además de su árabe nativo. Pronto me hice amigo de nuestros árabes, aprendiendo alguna palabra o frase en árabe, algo que les entusiasmaba. Viajamos por la bahía de Aboukir, no muy lejos del mar, que ayudaba a refrescar los aires del desierto. Por la noche llegamos a Rosetta, una curiosa ciudad hacia el Este, medio deshabitada. Presenciamos una boda oriental, para nuestra deleite, que ilustraba las parábolas. Todo bajo la luz de unas lumbreras. Dormimos en un convento. Día 17: Pasamos la mañana en Rosetta; le dimos al monje un Nuevo Testamento. Vimos algo de la miseria egipcia en el bazar. Vimos a la gente orando en la mezquita, siendo el viernes el día de la devoción de los musulmanes. Por la tarde, cruzamos el Nilo en barcas pequeñas. Es un río hermoso; y sus aguas, cuando han sido filtradas, son dulces y agradables al paladar. A menudo recordamos las aguas del Nilo en el desierto. Dormimos aquella noche sobre la arena, en nuestras tiendas, al lado del mar. Día 18: Viajamos durante seis horas hasta Bourlos (lo veréis en el mapa de la Sociedad para la Difusión de Conocimientos Útiles); cruzamos en barco. Vimos a los pescadores echando sus redes en el mar: mucho, mucho calor. Dos horas más de viaje nos llevaron a Balteen: ‘el valle de los Higos’, un poblado árabe con chozas de barro. No os podéis imaginar cómo es una morada egipcia; por regla general, se trata de una especie de caja cuadrada, con un agujero bajo que sirve de entrada. Los enseres son una alfombra, y unos utensilios de cocina; y un horno, también de barro. Día 19: Pasamos el día del Señor desocupados en medio del poblado. Los pobres árabes no tienen ningún día de reposo. El termómetro registraba 29º en el interior de nuestra tienda. El gobernador pasó por la tarde, y tomó una taza de té de buen gusto. El calor apretaba mucho durante todo el día; sin embargo, fue muy agradable acostarnos por la noche, acordándonos de todos vosotros aquí en el desierto. Día 20: Salimos de Balteen a las 12:00 de la medianoche, bajo una hermosa luz de Luna. Atravesamos un desierto africano con palmeras silvestres y arbustos, llegando a la orilla del mar al cabo de dos horas, para continuar bordeando el mar, con el suave oleaje acariciando nuestros pies; mucho sueño. Descansamos al mediodía, si es que eso puede llamarse un descanso, bajo ese sol abrasador que nunca olvidaré. Reanudando la marcha a las 3:00 de la tarde, nos alejamos de la costa de nuevo, y vimos los alminares de Damietta. A menudo un espejismo nos engañaba cuando sentíamos mucha sed. Cruzamos de nuevo el Nilo, un brazo mucho más pequeño —el único que queda—, y poco después nos encontrábamos cómodamente recostados sobre el diván del cónsul británico, un caballero egipcio de buena fortuna y muy bien educado. Nos agasajó con una cena estilo egipcio auténtico; y nos proporcionó una habitación, donde echamos nuestras mantas para dormir tranquilos. Pasamos todo el día siguiente en este lugar, habiendo enviado a uno de los

beduinos para preparar nuestros camellos en San. El cónsul nos agasajó con el mismo estilo hospitalario egipcio, y nos despidió el día siguiente, cuando subimos a bordo de la barcaza que cruza el lago Menzaleh. Día 22: Aun E. hubiera olvidado sus temores navegando por aquel lago. Su profundidad no pasa de tres metros en ningún sitio, y en general tiene una profundidad de solo uno o dos metros. Erigimos una especie de toldo con nuestras mantas, y pasamos un día muy agradable. Por la tarde, entramos en un canal bordeado por unos enormes juncos. Bajo la luz de la Luna, era una escena realmente romántica: dormimos toda la noche, atracados cerca de la orilla. La mañana siguiente (día 23), llegamos a San alrededor de las 10:00. Por la tarde y la mañana siguiente estuvimos explorando las ruinas de la antigua Zoán, porque habíamos descubierto que este era el mismísimo lugar.

“Vagando solos por el lugar, encontramos para sorpresa nuestra enormes montones de ladrillos y cerámicas, y piedra vitrificada. Al cabo de un rato, Andrew descubrió unos hermosos obeliscos. La mañana siguiente lo examinamos todo cuidadosamente, y hallamos dos esfinges y muchos otros obeliscos egipcios. ¡Qué maravilla, estar pisando las ruinas de la antigua capital de Egipto! [Isaías 19:12](#): ‘¿Dónde están ahora los príncipes de Zoán?’. [Ezequiel 30:14](#): ‘Dios pondrá fuego a Zoán’. Este es el mismísimo lugar donde vendieron a José como esclavo, y donde Moisés obró sus maravillas ([Sal. 78:43](#)). Este fue casi el único lugar donde estuvimos en peligro de los nativos. Son de una raza salvaje; y nuestros árabes también tuvieron temor de ellos. Vosotros también hubierais tenido temor si hubierais visto a los beduinos vigilando a la entrada de nuestras tiendas durante toda la noche, sus sables destellando a la luz de la Luna, disparando sus armas de vez en cuando, y murmurando un sonsonete bajito para mantenerse despiertos. Ningún mal nos aconteció, y sentimos las muchas oraciones ofrecidas en nuestro nombre, y que Dios está con nosotros. Día 24: Este día comenzamos a viajar montados en camellos, hasta llegar a Jerusalén. Es un extraño modo de transporte. Habéis visto un camello arrodillarse; está en esta posición para que puedas montarlo; y de repente se levanta primero por las patas delanteras y luego por las traseras. Se necesita de bastante destreza para mantenerse sentado durante esta operación; una vez fui catapultado por encima de la cabeza del animal, aunque sin sufrir daño alguno. Cuando te encuentras elevado sobre los lomos del camello, tienes la sensación de ser un aeronauta, como si te despidieras de las cosas sublunares; sin embargo, cuando empieza a moverse, con un paso lento y solemne, se te recuerda tu origen terrestre, y que cualquier mal movimiento o giro a un lado te hará caer de tu vertiginosa altura. No hay estribos, y generalmente solo tienes tu manta como montura; uno puede sentarse como montado a caballo, o de lado: la segunda opción es la más agradable, aunque no la más segura. El camello camina a razón de unos 2 km por hora, con un paso muy largo, y un extraño movimiento. Cada paso hace que tu cabeza se incline hacia tu rodilla. Con el Sol vertical por encima y la arena caliente por debajo, os podéis imaginar cuán fatigoso resulta este modo de viajar. Sin embargo, recordamos a Rebeca y el criado de Abraham ([Gn. 24](#)), y escuchamos encantados al lastimero cantar de los beduinos. Aquella noche, la del día 24, dormimos en Menagie, un poblado beduino con chozas de barro; algunas palmeras, tres pozos, y un océano de arena, eran los únicos objetos de interés. Día 25: Nos levantamos antes del alba, para proceder igual. El único suceso de ese día fue la caída del Dr. Black de su camello, que nos alarmó a todos. Se había quedado dormido, cosa harto fácil cuando se viaja de esta manera; instalamos un campamento y utilizamos todos los remedios que

teníamos a mano, para luego poder continuar aquella misma tarde hasta Gonatre, un miserable puesto árabe con un gobernador; ningún árbol. Día 26: El día del Señor amaneció dulcemente, la temperatura alcanzó los 34º en el interior de la tienda; solo pude echarme sobre mi manta y leer los Salmos. Por la tarde, reunimos al gobernador y a los beduinos para hablarles algunas palabras de vida eterna, Ibrahim actuó de intérprete. Día 27: Dos largas etapas nos trajeron a Katieh; dimos gracias a Dios mientras instalamos las tiendas al lado de las palmeras. Día 28: Pasamos el día en Katieh; tuvimos unas entrevistas muy interesantes con el gobernador, un simpático árabe; el termómetro se elevó hasta los 36º dentro de la tienda. Aquella misma tarde, viajamos a través de un desierto con algo más de verdor, entre rebaños de cabras y ovejas, y acampamos al lado de un pozo llamado Bir-el-Abd. Día 29: Otro día caluroso en el desierto; llegamos a ver el mar, desde donde nos refrescaba una brisa; nos bañamos en un lago salado tan caliente como el agua de una bañera. Por la noche, campamento en Abulgilbany. Día 30: Este fue nuestro último día en el desierto egipcio. Entramos en una región mucho más montañosa. El calor era intenso, nos hacía jadear buscando bocanadas de aire. Los beduinos nos suplicaban pañuelos para cubrirse la cabeza, y a menudo se echaban debajo de algún arbusto donde había un poco de sombra. Hacia el atardecer, descendimos hacia las antiguas ruinas de Rhinoculura, ahora enterrada bajo las arenas; un poco más adelante, nuestros camellos se arrodillaron ante las puertas de El Arish, la última ciudad en la frontera egipcia. Día 31: Lo pasamos en El Arish, sin poder hacernos con camellos nuevos. Compramos una oveja por cinco chelines; bebimos abundantemente de sus aguas deliciosas; ¡qué bendición después del desierto! Hallamos el río de Egipto, la frontera con Judá mencionada en la Biblia, totalmente seco.

1 de junio: Visitamos la escuela; resulta toda una curiosidad, todos los niños se sientan en el suelo con las piernas cruzadas, balanceándose hacia delante y hacia atrás, repitiendo algo en árabe. Tuvimos una curiosa entrevista con el gobernador, sentado en la puerta según la tradición antigua. A estas alturas ya somos expertos en quitarnos los zapatos para sentarnos según el modo oriental. Fuman, y toman café en tacitas pequeñas constantemente durante estas visitas. Aquella misma tarde nos marchamos, y no llegamos a Sheikh Juidhe, en la tierra de los filisteos, hasta casi el amanecer, cuando el Sol estaba a punto de aparecer en el horizonte. Día 2: Pasamos un día de reposo muy feliz aquí; cantamos: 'Dios es conocido en Judá' ([Sal. 76:1](#)). Cantar alabanzas mientras estamos en nuestras tiendas resulta muy agradable; son muy frágiles, como nuestros cuerpos mortales; ascienden fácilmente a los oídos de nuestro Padre que está presente. Nuestro viaje a través de la tierra de los filisteos fue un verdadero placer. Día 3: Atravesamos una hermosa tierra de pastos; inmensos valles; a menudo aparecían rebaños de ovejas y cabras, asnos y camellos. Este es el mismo camino desde Egipto, poco cambiado desde el día en que el Etíope seguía su camino regocijándose, y el día en que José y María escaparon de la ira de Herodes con su bebé. ¡Poco cambiado! ¿He dicho? Todo ha cambiado; ya no fluyen las aguas del arroyo. Cada río en Egipto, el Wady Gaza, el Escol, el Sorec, todos ellos secos, ni una gota de agua. El paisaje ha cambiado; esta ya no es la tierra próspera de Filistea. La arena compite con la hierba para enseñorearse. Las ciudades han cambiado; ¿dónde están? La gente ha cambiado; ya no están aquí los valientes filisteos; ya no más los hijos de Simeón: ya no está Isaac con sus pastores de ganado, ni David con sus hombres de a caballo; sino unos lastimosos pastores árabes, gente sencilla, sin ideas; pobres y degradados, medrosos. Khanounes fue la primera ciudad que entramos: el nombre bíblico es desconocido. Había un cementerio en las afueras. También un pozo, con gente que venía a sacar

agua, muy interesante para nosotros. Y la gente en cambio, muy interesada en nosotros. Nos sentamos en el bazar, y éramos como un espectáculo para todos los curiosos. Cuánto nos hubiera gustado poder hablarles en árabe, para poder predicar las inescrutables riquezas de Cristo en la tierra misma de Dios. Aquella noche oímos el aullido de un lobo, y acampamos a unos 3 km de Gaza. La peste era rampante, así que no entramos allí, sino que pasamos un hermoso día comparando su estado actual con lo que decía la Palabra de Dios acerca de ella: 'Gaza fue rapada' ([Jer. 47:5](#)). La ciudad antigua está enterrada bajo las dunas de arena, donde no crece ni una hoja de hierba, así que está desnuda de veras. Los rebaños de ganado son innumerables, el cumplimiento de [Sofonías 2](#); Andrew y yo subimos el mismo monte donde Sansón subió con las puertas de la ciudad. Día 5: Atravesamos unos campos de olivos durante varios kilómetros, para entrar en el valle de Escol. Toda la gente estaba en los campos, segando y almacenando la cebada. Siegan con la hoz, igual que nosotros. Parece que la van almacenando al mismo tiempo que la siegan, todo cargado en camellos. Ya no hay viñedos en Escol, ni tampoco granados; aunque sí quedan algunas higueras verdes. Cruzamos el Sorec, estaba seco. Pasamos la hora del mediodía bajo la sombra de una higuera; gustamos los albaricoques de la buena tierra. Aquella misma tarde llegamos a Doulis, que creemos puede ser Estaol, donde nació Sansón. Día 6: Fuimos hacia el Este, y después de un paso de montaña, vimos los montes de Judá: una enorme llanura ante ellos salpicada con pueblos y ciudades. Por sus nombres descubrimos muchos lugares bíblicos. Este valle, o llanura, es el mismo valle de Sefata, mencionado en [2 Crónicas 14](#): 'en el valle de Sefata'. Antes del anochecer llegamos a los montes de Judá, muy parecidos a nuestras Tierras Altas; y dormimos toda la noche en las montañas en un pueblo abandonado llamado Latroon. Día 7: Uno de los días más privilegiados de toda nuestra vida. Desmontamos las tiendas a la luz de la Luna; pronto amaneció; entramos en un desfiladero maravilloso, de carácter realmente romántico; grandes rocas y colinas verdes; flores silvestres de todos los colores y fragancias perfumaban nuestro paso. De vez en cuando aparecían grupos de hermosos olivares, y luego otra vez el desierto. Se oía el sonido de la tórtola, y el dulce cantar de los pájaros. Nuestros camellos nos transportaron por este paso de montaña durante cuatro horas, y las figuras de nuestros beduinos con sus turbantes se sumaban a la extraña escena. Los bancales en las laderas de los montes es lo más asombroso de todo el paisaje judaico. Se aprovecha cada centímetro, aun de los montes más rocosos, para plantar viñedos. Pensamos en Isaías, vagando por estos páramos; y David, y Salomón. Todo era desierto. La mano del hombre había estado activa en cada una de estas montañas, ¿pero dónde están ahora esos labradores? Judá ha venido al cautiverio ante su enemigo. Quedan pocos hombres en esta tierra; ninguna vid queda en pie. 'Enfermó la vid' ([Is. 24:7](#)). Descendimos a Garieh, un pueblo lleno de higueras y granados. Ascendiendo de nuevo, llegamos al valle de Ela, donde David mató a Goliat. Otro ascenso largo y empinado por un monte escabroso nos condujo a un extraño lugar: un desierto de rocas quemadas por el Sol. Había leído acerca de este lugar, y supe que Jerusalén estaba cerca. Desmonté de mi camello, y corrí deprisa por entre las rocas quemadas. Al cabo de una media hora más o menos, pude ver a Jerusalén. '¡Cómo ha quedado sola la ciudad populosa!' ([Lm. 1:1](#)). ¿Es esta la perfección de la hermosura? '¡Cómo oscureció el Señor en su furor a la hija de Sion!' ([Lm. 2:1](#)). Ha quedado desolada de veras. Si leéis los primeros dos capítulos de Lamentaciones, tendréis una viva imagen de nuestra primera visión de Jerusalén. Dejamos los camellos en la puerta de Haifa. Entre la multitud que nos rodeaba, vimos a varios judíos. Creo que no podría ni empezar a contaros acerca de Jerusalén. Hay tantas

cosas que describir, y no sé por donde comenzar. El cónsul, el Sr. Young, nos recibió con suma amabilidad; nos proporcionó una casa donde echar nuestras mantas, y nos ayudó en todo lo que pudo. El Sr. Nicolayson se presentó aquella misma tarde e insistió en que ocupáramos una de las casas de la misión en el monte de Sion. Hay peste aún en Jerusalén, así que debemos mantenernos en cuarentena. La peste se contagia por el contacto físico, así que no se nos permite tocar a nadie, ni nadie puede tocarnos. Cada noche oíamos los lamentos de los enlutados yendo por las calles y llorando a sus muertos. El día de reposo llegó, y el Sr. Nicolayson leyó las oraciones, y el Dr. Black predicó sobre [Isaías 2:2](#). El Dr. Keith predicó por la tarde. Entre los oyentes se encontraban tres judíos convertidos. El lunes 10, visitamos el Sepulcro, una visita dolorosa, donde no encontramos ni rastro del Calvario. Aquella misma tarde llegamos hasta el monte de los Olivos; pasamos por Getsemaní, un lugar verdaderamente conmovedor. Visitamos a Sir Moisés Montefiore, un judío de Londres, acampado en el monte de los Olivos; fue muy amable con nosotros. Día 11: visitamos casi todos los lugares que uno puede visitar cerca de Jerusalén: Refaim, Gihón, el torrente de Siloé 'que fluyó de prisa delante del profeta de Dios', el estanque de Siloé: el lugar donde Jesús lloró sobre la ciudad; Betania, de todos, es mi lugar favorito; las tumbas de los reyes. Nunca habíamos disfrutado tanto de un día en este mundo. El clima es muy agradable, con calor al mediodía, pero refrescado por las brisas por la mañana y por la tarde. Día 12: Día de trabajo, recogiendo datos sobre los judíos. Por la tarde, fui caminando hasta Acéldama, un lugar espantoso. Sion está arado como un campo. Recogí algo de cebada, y vi algunas coliflores plantadas en hileras (cf. [Miq. 3:12](#)). Jerusalén en verdad ha venido a ser montones de ruinas. La cantidad de basuras y desechos es increíble: llega más alta que las murallas en algún punto. Día 13: Fuimos a Hebrón, a 32 km hacia el Sur; nos acompañaron el Sr. Nicolayson, su hijo, el cónsul y las señoras, todos montados sobre asnos y caballos. Las ciudades de Judá están todas desoladas. Exceptuando a Belén, no vimos más que ruinas hasta llegar a Hebrón. Aquí las viñas están bien cuidadas, parece un paraíso. Los bancales llegan hasta arriba de los montes. Pasamos una velada muy agradable, y todo el día siguiente. Tuvimos una reunión con los judíos, y una entrevista muy interesante con ellos. Leímos en [Génesis 18](#) —y en otros pasajes bíblicos también— con gran gozo. Visitamos la mezquita que contiene la tumba de Abraham y Sara. Día 14: Regresamos a Jerusalén, pasando por Belén. Belén es un pueblo muy agradable, todo blanco y reluciente. Cubre las dos laderas de la colina. En el lugar del sepulcro de Raquel, se ve Jerusalén por un lado y Belén por el otro; una vista muy interesante, a 9 km de distancia. El día de reposo nos vio disfrutando de la Cena del Señor en un aposento alto en Jerusalén. Un tiempo para recordar. Andrew predicó por la tarde sobre [Juan 14:2-3](#). Día 17: La peste se extiende, así que decidimos que sería mejor marcharnos. Últimas visitas a Getsemaní, Betania y Siloé. Por la tarde, la despedida de todos nuestros amigos en Jerusalén, con bastante tristeza como podéis imaginar. Partimos en dirección al Norte hacia Ramalla, pasando por Gabaón, y dormimos en Beer, en nuestra tienda de nuevo, en Benjamín. Día 19: Pasamos por Bet-el, donde durmió Jacob. Atravesamos el rocoso y fértil desfiladero de Efraín, pasando por Lebona, hasta Sicar. No os podéis imaginar lo maravillosa que es esta tierra. Buscamos ansiosos el pozo donde se sentó Jesús. Andrew lo encontró él solo, y perdió su biblia en el pozo. Día 20: Una mañana muy interesante con los judíos en Sicar. Vimos muchos de ellos; también a los Samaritanos, en su sinagoga. Aquella misma tarde visitamos Samaria, un lugar maravilloso, y acampamos en Sanor. Día 21: Llegamos al monte Carmelo, donde ahora nos encontramos, acampados a solo dos metros de la orilla del mar. Llevamos aquí siete días en

cuarentena, ya que la peste no se ha extendido más allá de este lugar. Hay varios ingleses acampados aquí también: el Sr. R., el Sr. H., etc. Conversamos con ellos diariamente, sentados en la arena. Al otro lado de la bahía está Acre. Resulta muy agradable bañarnos aquí. Mañana el Sr. H. se marcha, y se ha ofrecido amablemente a llevar mi carta. Por encima de nosotros está la cresta escabrosa del Carmelo. Todos estamos bien y somos felices. El lunes tenemos intención de partir hacia Tiberias y Safet. Pronto estaremos en Beirut, de camino a Esmirna. No os preocupéis por mí. Confiad en Dios por nosotros, pues Él nos acompaña dondequiera que vayamos. Solo le pido que nuestra misión a Israel sea de bendición. El Sr. Moisés M. acaba de llegar, y ha montado su tienda a unos 50 m de nosotros. Mis mejores deseos para todos los que preguntan por mí, sin olvidarme de mi querido W. Vuestro querido hijo”, etc.

Cuando los dos mayores de nuestra delegación salieron para Europa, nosotros regresamos hacia el Sur para visitar las regiones de Fenicia y Galilea. Nunca había visto tan feliz al Sr. M’Cheyne como cuando contempló esas regiones.

Cuando estuvimos en Tiro, el Sr. M’Cheyne se acordó de la petición de un anciano en la parroquia de Larbert; este señor le había enviado una carta antes de su partida, hablándole de una dificultad que él tenía con respecto a las exposiciones generales de las profecías sobre aquella renombrada ciudad. Con sumo gozo, el Sr. M’Cheyne investigó la dificultad *in situ*; y se cree que su testimonio acerca de puntos tales como este, al llegar a los oídos de algunos hombres escépticos en aquel campo de su temprana labor, no quedó sin bendición.

Desde Safet escribe: “Estuve sentado esta mañana, contemplando el lago durante casi una hora. Se hallaba a nuestros pies: las mismas aguas donde Jesús caminó, donde llamó a sus discípulos, donde calmó la tempestad, donde dijo: ‘Hijitos, ¿tenéis algo de comer?’ después de resucitar de entre los muertos. Jesús es el mismo aún”. Describe este mismo panorama a su buen amigo de la juventud, el Sr. Somerville, con estas palabras: “¡Oh, qué vistas del mar de Galilea! Nos llevaría más de tres horas descender hasta sus orillas, aunque parece que uno podría llegar corriendo en unos minutos. El lago es mucho más grande de lo que había imaginado. Está rodeado de montañas; las aguas están tranquilas y en calma, como el mar de cristal que vio Juan en el Cielo. Tratamos en vano de seguir el curso del Jordán que lo atraviesa. Aunque es cierto que se ven algunas líneas claras, como las estelas de un barco, no atraviesan el lago por completo. En cierto lugar, un hombre señaló donde estaban las tumbas entre las rocas, donde vivían los endemoniados; y cerca de allí, las colinas eran exactamente como las describen las Escrituras, como ‘un despeñadero’, donde el hato de cerdos se precipitó en el mar. Al nordeste del mar, el monte Hermón se alza majestuoso, rasgado por barrancos llenos de nieve”.

El día que pasamos junto al lago, en las mismas orillas, fue un día memorable de veras; tan dulce y peculiar. Sentimos un interés indescriptible hasta en recoger conchas de la arena donde había caminado tantas veces Jesús. Aquí, Robert fue inspirado a componer dos de sus más hermosos himnos de los “Songs of Zion” (Los cánticos de Sion). Uno era: “How Pleasant to Me” (Cuan grato me es), etc., y el otro era: “To Yonder Side” (A la otra orilla); aunque este último quedó inacabado hasta una fecha posterior.

Su enfermedad había mejorado considerablemente; parecía haber recobrado fuerzas, y a menudo anhelaba volver a estar con su congregación, aunque acallaba su alma en el Señor. No pocos pastores de otra iglesia, constreñidos por la enfermedad, han visitado de vez en cuando estas tierras en busca de la salud; sin embargo, pocas veces descubrimos que el corazón del pastor siente añoranza, que el pastor aún anhela estar antes con su grey, que ha tenido que dejar en su país. Pero los sentimientos del Sr. M'Cheyne por esa grey que el Espíritu Santo le había encomendado eran tan profundos que su preocupación por ella llegó a ser como una tentación para su alma. Esa preocupación no se manifestaba en un mero deseo de volver a predicarle; pues tal deseo podría ser causado por el puro egoísmo, como dijo él: "Sin duda, hay orgullo en mis deseos de volver a predicar; un alma sumisa se regocijaría solo en hacer la presente voluntad de Dios". No obstante, ofrecía sus súplicas por esa grey diariamente ante el trono. Nosotros también tuvimos unos tiempos preciosos de oración unida con ese fin; recuerdo cierto día en especial cuando oramos juntos en Getsemaní al amanecer, y otro en Carmelo por la mañana, donde unimos nuestras súplicas en la orilla silenciosa al pie del monte mientras el día amanecía; y aquel mismo día por la tarde, volvimos a unirnos en oración en la cima, donde había orado Elías.

Ni las distancias, ni las peculiaridades de las circunstancias, podían cambiar su sentido del deber, ni sus sentimientos como ministro de Cristo. Mientras estuvimos en Galilea, él meditaba sobre los aspectos de los asuntos eclesiásticos en nuestra amada Escocia, y todos esos principios que él había mantenido le parecían igualmente en armonía con la Palabra de Dios al ser puestos a prueba aquí, sin emociones, como cuando los revisaba en relación con su efecto en su país. "Espero —dijo a un hermano en el ministerio—, espero que la Iglesia haya sido bien guiada y bendecida; y si es que tienen que venir tiempos difíciles, creo que no hay mejor posición que la de tener la misma actitud de una iglesia misionera, dando libremente tanto al judío como al gentil, de la misma manera como ella ha recibido gratuitamente; así sea cuando venga el Señor".

Al pie del Líbano, en la ciudad de Beirut, Robert tuvo la oportunidad de exponer un capítulo ([Hechos 10](#)) ante unos hermanos americanos en un culto de oración. Este hecho le alegró el corazón, pues parecía indicar que el Señor le estaba restaurando, con la intención de utilizarle de nuevo en la predicación de las Buenas Noticias. Pero poco después, durante el calor opresivo de la tarde, se sintió indispuerto. Había visitado antes a un joven de Glasgow que se encontraba en la ciudad, en un estado febril; y era más que probable que esta visita, en un momento cuando él se encontraba debilitado por la fatiga, fuera la causa de su propia enfermedad. Al poco rato, estaba postrado en cama a causa de la fiebre. Sin embargo, su asistente médico no preveía ningún peligro, y le aconsejó continuar con el viaje hasta Esmirna, con la esperanza de que las refrescantes brisas marinas le favorecerían mucho más que los aires cálidos y sofocantes de Beirut. Siguiendo el consejo embarcamos, junto con nuestro fiel amigo hebreo, Erasmus Calman; pero mientras estuvimos atracados en Chipre, la fiebre le subió tanto que hasta perdió la memoria durante varias horas, quejándose de unos fuertes dolores de cabeza. Cuando la nave zarpó de nuevo, mejoró considerablemente, si bien no pudimos conseguir ninguna ayuda médica durante tres días. Apenas hablaba, y solo entreabrió sus lánguidos ojos una vez, por un momento, un sábado por la noche mientras disfrutaba de la brisa en cubierta, para echar un breve vistazo a la distante isla de Patmos.

Le vigilamos con gran ansiedad, hasta nuestra llegada a Esmirna, al pueblo de Bouja. Aquí, a pesar de la distancia de 3 km y por la urgente necesidad de unos cuidados médicos, cabalgó montado sobre un asno, a punto de caerse rendido por la fiebre y el malestar. Sin embargo, el Señor tenía preparada para él la mejor ayuda. La bondad y los cuidados del Sr. y la Sra. Lewis —como si de padres se tratara, y en cuya casa encontró un verdadero hogar— fueron siempre motivo de suma gratitud por su parte; y el perfume del jazmín o la mención de los verdes cipreses siempre traía a su memoria el pueblo de Bouja y sus habitantes. Solía decir que era su segundo lugar de nacimiento.

Durante aquellos días sintió, como la mayoría de los hijos de Dios que han pasado por una enfermedad, que un solo pasaje de la Biblia servía de verdadero alimento para su alma desfallecida, más que cualquier otra cosa. Un día, su espíritu reavivó y sus ojos volvieron a brillar, mientras yo le hablaba de la compasión del Salvador, aduciendo como suyas las palabras del [Salmo 41:1](#): *“Bienaventurado el que piensa en el pobre; en el día malo lo librará Jehová”*, etc. Parecían palabras muy apropiadas en su caso, como ministro de las Buenas Noticias, pues tantas veces él había “[pensado] en el pobre” llevando un vaso de agua a un discípulo. Otro pasaje, escrito para los hijos de Dios en tribulación, le fue hablado cuando deliraba: *“Clama a mí en el día de la angustia”*. Esta palabra de Dios fue para él como la gota de miel a Jonatán.

Él mismo habló de su enfermedad con sus amigos a la vuelta a casa: “Cuando partimos del Líbano, apenas podía ver, ni oír, ni hablar ni recordar; sentía como que mis facultades se apagaban una por una, y estaba seguro de que pronto iba a estar con mi Dios. Es una dura prueba la de estar solo y muriéndose en una tierra extraña, y me ha hecho sentir más que nunca la necesidad de tener una fe verdadera e inquebrantable en Jesús y en Dios. Los sentimientos, las emociones humanas y las fantasías entusiastas acerca de las cosas divinas no sostendrán el alma a la hora de la verdad. Hay mucho autoengaño en nuestra evaluación de nosotros mismos cuando todo nos va bien y andamos en medio de nuestros amigos cristianos, cuyos afectuosos sentimientos hacen resplandecer los nuestros, sentimientos que ni ellos mismos experimentan”. Aun entonces tenía a su congregación muy cerca de su corazón. “Cuando empecé a sentirme mejor, solía escaparme de la casa al atardecer. A menudo me acordaba de vosotros entonces. No podía escribir, mi vista y mi cabeza quedaron algo afectadas; apenas podía leer un poquito; tampoco podía hablar mucho, pues me encontraba sin fuerzas; disponía, pues, de mucho tiempo para poner a mi congregación delante de Dios en oración, y para pedir una bendición especial sobre mi congregación. La última tarde que estuve allí, todos fuimos a la vendimia, y yo ayudé a cortar la uva”. Al Sr. Somerville escribió: “Cuando estaba peor, tuve la mente muy débil y, en consecuencia, las cosas eternas se volvían borrosas a menudo. *No sentía ningún temor ante la muerte, pues Cristo había muerto*. No obstante, le pedía ser restituido, si esa era la voluntad de Dios. Recuerdo que, en tus últimos consejos, me dijiste que debía ser humilde. Pues Dios me está enseñando lo mismo. Me temo que no haya sido completamente humillado. Puedo sentir el orgullo en mi corazón, y lo lamento”. A su bondadoso amigo médico, el Dr. Gibson, en Dundee, escribió: “De verdad creía que mi Maestro me llamaba al hogar, y que dormiría bajo los cipreses verdes de Bouja hasta la venida del Señor, y aquellos que duermen en Jesús vengan con Él; y mi súplica más ferviente por mi amada grey era que Dios le proporcionaría un pastor según su propio corazón”.

Cuando nos volvimos a encontrar, después de estar separados durante ocho días, a bordo de la nave en Constantinopla, mencionó algo que consideraba una de las más interesantes incidencias de toda la semana; caminando con el Sr. Lewis una tarde, se habían encontrado con un joven griego y su esposa, dos almas a las que se creía convertidas. Robert había sentido una enorme emoción al conocer a estos casi únicos representantes de la antigua y una vez fiel y muy probada iglesia en Esmirna.

Mientras tanto, ocurrían cosas en casa que demostraban que el Señor es el “único que hace grandes maravillas” ([Sal. 136:4](#)). El clamor de su siervo en Asia no fue olvidado; y los ojos del Señor estaban sobre su pueblo. Pues durante este tiempo de postración y enfermedad del Sr. M’Cheyne, su grey en Dundee recibía grandes bendiciones desde las ventanas del Cielo. Su pastor yacía a las puertas de la muerte, completamente impotente. Pero el Señor lo había hecho a propósito; pues quiso demostrar que Él no necesita la ayuda de nadie; que puede levantar nuevos obreros y utilizar nuevos medios cuando a Él le plazca. Poco sabíamos durante aquellos días al pie del Líbano, esperando la nave que nos llevaría a Esmirna, que el brazo del Señor se había extendido y manifestado en Escocia. El 23 de julio tuvo lugar el gran avivamiento en Kilsyth.

El Sr. W.C. Burns, el mismo que sustituía al Sr. M’Cheyne durante su ausencia, estaba predicando a la congregación de su padre aquel día; y mientras insistía en la aceptación inmediata de Cristo con una suma solemnidad, la asamblea entera se vio sobrecogida. El Espíritu Santo parecía venir como un viento recio, llenando todo el lugar. Muchos fueron tocados, siendo compungidos de corazón; y el santuario estaba lleno de almas afligidas y desasosegadas. Toda Escocia oyó la buena noticia, que el cielo ya no era de bronce, sino que la lluvia había empezado a caer. El Espíritu comenzó a obrar con gran poder desde aquel día en adelante en muchos lugares de aquella tierra.

El Sr. Burns regresó a su grey, la del Sr. M’Cheyne, el 8 de agosto; uno de los días en que el Sr. M’Cheyne se encontraba postrado en cama orando por su pueblo en medio de su propio sufrimiento. La noticia de la obra en Kilsyth dada por el Sr. Burns produjo una profunda impresión en Dundee; y dos días más tarde, el Espíritu comenzó a obrar en S. Pedro, durante el culto de oración en la iglesia, de manera parecida a la de Kilsyth. Día tras día la gente se reunía para orar y escuchar la Palabra; y volvió a ser como en tiempos de los Apóstoles, cuando “el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”. Durante todo este tiempo, el Sr. M’Cheyne no tenía conocimiento de la gracia del Señor en concederle la petición de su corazón. No supimos nada de las alegres noticias de los avivamientos hasta que nos acercamos a la tierra patria. Pero él continuaba, como Epafras, “siempre rogando encarecidamente” ([Col. 4:12](#)), y buscaba siempre desempeñar su ministerio con más eficacia, por si el Señor le restaurara de nuevo a su lugar. Envió este mensaje a un compañero en el ministerio: “No te olvides de continuar con la obra en los corazones de aquellos que han sido traídos al Salvador. Siento que este ha sido uno de mis errores en el ministerio. Nutrir a los bebés; consolar a los creyentes abatidos; aconsejar a los perplejos, perfeccionando todo aquello que falta en su fe. Prepararles para las aflicciones. Me temo que la mayoría de los cristianos no esté nada preparada para los días malos” (el Sr. Moody Stuart).

Nuestro viaje nos llevó por Moldavia, Wallaquia y Austria, tierras envueltas en tinieblas y en sombra de muerte. Profundamente extraños a la verdad que está en Jesús y, con todo, estas gentes profesan ser cristianas. La superstición y las idolatrías ocultan de la vista de todos el glorioso Objeto de la fe. Tanto en estas regiones como en aquellas donde habíamos estado, la preocupación del Sr. M'Cheyne por las almas se manifestaba en los esfuerzos por dejar al menos unas pocas palabras de la Escritura con los judíos con quienes nos íbamos encontrando, por muy corta que fuera la entrevista. Su espíritu estaba conmovido, y con su Biblia hebrea en mano, se acercaba solemnemente y decididamente al primer judío que veía, para empezar a llamar su atención a alguna cita de la Palabra de Dios. Cuando estaba en Palestina, si el judío no entendía italiano, le repetía en hebreo textos tales como: "En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David", etc. ([Zac. 13:1](#)). Y una tarde, en el pozo de Doulis, cuando toda la población árabe se hallaba agrupada alrededor de los abrevaderos, miró con tristeza y dijo: "¡Si tan solo supiéramos hablar en árabe, podríamos sembrar junto a todas las aguas!".

Estando en Jassy, después de pasar un día muy interesante conversando con los judíos que entraban en el mesón, dijo: "Recordaré los rostros de aquellos hombres ante el trono del Juicio". Cuando se encontró con judíos algo más cultos en Europa, se regocijó de ver que podía conversar con ellos en latín. Su corazón se empeñaba en hacer todo lo que podía ([Mr. 14:8](#)), a tiempo y fuera de tiempo. "De una cosa —escribe— estoy profundamente persuadido, que Dios puede hacer efectivas las palabras más sencillas para la salvación de las almas. Si esas son, en verdad, el verdadero Evangelio, las Buenas Noticias, el mensaje de Dios que amó tanto al mundo y que proveyó un rescate gratuito para todos, entonces Dios puede utilizarlas para herir el corazón, y sanarlo también. Hay profundo sentimiento en las palabras de Pablo: 'No me avergüenzo del evangelio de Cristo' ".

Las abominaciones del papismo que vimos en la Polonia austríaca nos inducían a orar por la destrucción del Hombre de Pecado. "Las imágenes y los ídolos por doquier son verdaderamente espantosos, caracterizando a todo el país como un reino de tinieblas. Creo sinceramente que un viaje por Austria ayudaría mucho a curar a algunos de los admiradores del papismo de nuestra amada tierra". Y añade: "Estas son las marcas de la Bestia sobre esta tierra". Y de igual manera, nuestros privilegios en Escocia le parecían tanto más preciosos cuando, como en Brody, supimos de algunos protestantes que solo tenían ocasión de escuchar un sermón una vez al año. "Debo contárselo a mi congregación —dijo— cuando regrese, para que atesoren sus múltiples momentos de gracia".

Robert valoraba la importancia de una ciudad o un país por su relación con la casa de Israel; y sus ardientes deseos por estas ovejas perdidas se asemejaban mucho a la entrañable compasión que sentía por su grey en su país. Estando en Tarnapol, en Galicia, escribió a casa: "Estamos en Tarnapol, una ciudad agradable y limpia, ubicada en un lugar hermoso a las orillas de un riachuelo sinuoso y rodeada de colinas cubiertas de bosques. Supongo que no habéis oído hablar de ella; ni yo tampoco, hasta llegar aquí, entre algunos judíos. Ignoro si este ha sido el lugar de nacimiento de algún guerrero, poeta u orador; sus plantas florecen profusamente, desconocidas al menos por

nosotros los bárbaros del Norte; pero si Dios da vida a los huesos secos de Israel esparcidos por todo el mundo, aquí se levantará un gran ejército”.

Nuestro amigo y hermano en la fe, Erasmus Calman, aliviaba el largo y tedioso viaje citándonos poesías en hebreo. Una de ellas hablaba del estado actual de la degradación de Israel.

Mientras íbamos, la traducimos línea por línea, y poco después el Sr. M’Cheyne la compuso en verso. Las siguientes líneas son una parte de ella:

*Roca y refugio a mi alma
Que el tiempo pase veloz,
Y que Israel se levante
Y a todos con su semblante
Los cautivos con su voz.
Señor de poder y de gloria,
Lucha otra vez por tu pueblo.
Nuestros padres rescatados
Nos dijeron y cantaron:
“Nos libraste del Infierno”.
Apremia el año gozoso
Cuando Sion, atribulada,
Tenga tan bellos momentos
Al oír en sus asientos
La gran trompeta de plata,
Anunciando a los perdidos
Buenas Nuevas en sus vidas,
Arrancando los cordones,
Y anunciando a las naciones:
“Nunca más seréis cautivas”.
¿Cómo ves nuestra tristeza?*

Nuestra dicha han arrancado

Los altivos y orgullosos,

Nuestros años tan gozosos,

En el recuerdo han quedado,

Cuando tus hijos guardaban

El día a Ti dedicado.

Hoy tu viña está arrasada

Y su fruta es despreciada;

Ni un solo grano ha quedado.

Roca y refugio a mi alma,

Que el tiempo pase deprisa,

Cuando tu pueblo Israel

Se sienta libre en Aquel

Que lo amó toda la vida.

En sus anotaciones, ha marcado uno o dos temas para himnos. Uno de ellos se encuentra en [Isaías 2:3](#): “Venid”, etc.: *Una llamada de amor a los judíos*. Otro, parecido a este, se encuentra en [Isaías 1:18](#): “Venid [...] y estemos a cuenta”. Sin embargo, nunca acabó de componerlos. Estando en Cracovia, y habiendo oído de la muerte de una amiga, esposa de un clérigo inglés, en medio de sus días y en la plenitud de su actividad, comenzó a escribir unas líneas de dulce consuelo:

Tantas veces fue a enseñar a señoritas de Francia,

A un lado el baile dejar, castañuelas desechar

Y aborrecer las guirnaldas.

Y a escuchar lo que decía, a través de sus palabras,

Acerca de las coronas que iluminan cual auroras

Un brillo santo en sus almas.

Cuando estaba regresando al país en que naciera,

Se iba también doblegando, su vida disciplinando,

Por Aquel que la trajera.

Con su pulso acelerado, sus mejillas sonrojadas,

Con avisos compasivos, hablaría a sus amigos

Con alegría desbordada,

De gozo santo y sublime, su mirada se llenaba,

Dispuesta siempre a vivir, igualmente que a morir,

Si así se le demandara.

Igual que la sunamita, según cuenta la Palabra,

Que cuando su hijo murió, dijo cuando lo miró:

“Está bien, es Dios quien manda”.

Y también cuando Sofía perdió a su hijito bebé,

Y sintió sobre su carne cuán caro sale a una madre

El gozo al verle nacer.

Cuando con la hierba verde aquella tumba cubriera,

“No está perdido —afirmó—: solo antes se marchó”,

Con mansedumbre dijera.

Bajo el mismo sauce duermen, y son del mismo rocío,

Las gotas que en su almohada, silenciosa, se posaran

Cual una barca en el río.

Vuelve ya, pues, de la tumba, y alaba al Dios de la gracia;

Sigue su fe, y que te cubra, la luz eterna que inunda

Con celo Santo tu estancia.

El peligro que corrió por parte de los pastores de ganado en estas regiones, y otros peligros también a los que estuvieron expuestos él y sus acompañantes, han sido publicados en la *Narración*. El Señor le guardó de todos ellos; y no solo de estos peligros, sino de muchas tribulaciones severas en cuanto a su salud, sujeto como estaba a tanta variedad de climas y a las incomodidades de los distintos tipos de alojamiento. Ahora estábamos atravesando Prusia, acercándonos cada vez más a

nuestra tierra patria. Hacía como cinco meses que no habíamos recibido noticias desde Escocia, en parte porque nuestra ruta nos había alejado de algunos de los lugares que teníamos previsto visitar, y donde nos habían dejado correo. Teníamos muchas ganas de llegar a casa, aunque con todo nos maravillábamos de las misericordias de Dios y de cómo nos había guardado. En una carta desde Berlín, el Sr. M'Cheyne comentó: "Nuestro Padre celestial nos ha guardado de tantos peligros y tribulaciones que estoy persuadido de que nos llevará con bien hasta el final del trayecto. Como Juan, acabaremos la carrera. ¿No hay doce horas en cada día? ¿No somos todos inmortales hasta que hayamos acabado nuestra obra?". Sus fuerzas aumentaban día a día; el viaje había servido para restaurar su salud, como habíamos anticipado. Pudo predicar en Hamburgo ante la congregación del Sr. Rheder; él fue la primera persona que nos insinuó algo del avivamiento en Dundee. Al oír hablar tanto de Kilsyth y Dundee, Robert anhelaba saber más. Pocos días después, a bordo de la nave que nos transportaba a Inglaterra, expresó sus sentimientos en una carta:

"Navegando por el Támesis, 6 de noviembre, 1839

"Queridos padres:

"Como veréis por la fecha, os alegraréis de saber que ya divisamos las costas de nuestra afortunada Inglaterra. Tengo muchas ganas de saber cómo estáis todos. No he sabido nada desde que estuvimos en Esmirna. En vano buscaba vuestras cartas en Cracovia, Berlín y Hamburgo. Seguramente las habíais enviado a Varsovia, y el Residente de allá no las envió de vuelta a Berlín como esperábamos. Andrew y yo y el Sr. Calman estamos todos bien, y agradecidos a Dios, que nos ha librado de todo peligro en tantos países. Confío en que nuestro viaje no haya sido infructuoso, y que ahora podamos entregar nuestra comisión con la esperanza de que algo bueno saldrá de ella, tanto para la Iglesia como para Israel. El día de reposo pasado prediqué en Hamburgo, por primera vez desde que salí de Inglaterra, y no me sentí peor después; así que espero que la voluntad de mi Padre celestial sea la de restaurarme para volver a serle útil a mi amada grey. Hemos oído algo acerca de un avivamiento en Kilsyth. Lo leímos en uno de los periódicos. También mencionaba el nombre de Dundee; por tanto, espero que haya obrado el bien en nuestra Iglesia, que el rocío de lo alto haya regado nuestras parroquias, y que las congregaciones cuyos pastores han estado viajando puedan haber participado también en las bendiciones. Somos ignorantes en cuanto a los detalles, y, como podéis imaginar, estamos impacientes por saber más [...].

"[...] Ahora estamos pasando por Woolwich, y dentro de una hora llegaremos a Londres. Tenemos muchas ganas de llegar a casa cuanto antes, aunque supongo que eso no será hasta la semana que viene. Pensé que nunca os volvería a ver en este mundo, pero ahora espero veros una vez más en paz. Creedme, vuestro querido hijo". etc.

El día en que llegamos a tocar las costas de nuestra propia tierra fue un día singular de veras. Teníamos tantas ganas de saber todo lo que había ocurrido en casa unos meses antes, el derramamiento del Espíritu Santo desde lo alto; mientras que nuestros amigos estaban intensamente interesados en conocer las noticias traídas desde la tierra de Israel y sus tribus dispersas. Tanto el recibimiento de la delegación a su vuelta a casa, así como los frutos de su misión, son de todos bien conocidos, y han sido recopilados en otra publicación.

El Sr. M'Cheyne estaba impaciente por oír todos los relatos e informes acerca de lo que había sucedido en Dundee durante el mes de agosto, justo cuando él se encontraba postrado a las puertas de la muerte en Bouja. Ciertamente el Señor había colmado todas sus esperanzas y respondido a sus oraciones. Su asistente, el Sr. Burns, había recibido de Dios el honor de abrir las compuertas en Dundee, así como en Kilsyth. Previamente, el Sr. Burns había visto señales de una congregación mucho más atenta, y se había percatado de una extrema inquietud en algunos de los que habían sido indiferentes hasta entonces. Pero no fue hasta su vuelta de Kilsyth cuando la gente comenzó a ablandarse ante el Señor. El jueves, el día después de su regreso, cuando cerraba el culto de oración habitual de los jueves por la noche en S. Pedro, y cuando las mentes de muchos se hallaban impresionadas por el mensaje, habló durante unos minutos acerca de lo que le había detenido en Kilsyth, invitando a todos aquellos que sentían la necesidad de un derramamiento del Espíritu para la conversión de sus almas a permanecer sentados. Unas cien personas se quedaron, y después de una breve pero solemne palabra dirigida a estas almas desasosegadas, de repente el poder de Dios pareció caer sobre ellos, y todos se llenaron de lágrimas. En una reunión parecida la noche siguiente, en la iglesia, muchos corazones fueron tocados, sintiendo un intenso deseo hacia el Amado del Padre; y al retirarse todos a la sacristía, el brazo del Señor se reveló. Nada más abrir la puerta de la sacristía para admitir a todos aquellos que sentían la necesidad de conversar, una enorme multitud se apretujó para entrar. Era como una especie de desbordamiento de aguas retenidas; muchos derramaban lágrimas, algunos se caían al suelo llorando y lamentando, y suplicando misericordia. Desde aquella noche, se celebraron reuniones cada noche durante varias semanas; y la naturaleza extraordinaria de la obra justificaba y exigía unas atenciones extraordinarias. La ciudad entera fue conmovida. Muchos creyentes dudaron; los impíos se enfurecían; pero “crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor” ([Hch. 19:20](#)). En algunos casos, familias enteras fueron afectadas a una, con cada miembro lamentando aparte, cumpliendo las palabras habladas por Zacarías ([12:12](#)). El Sr. Baxter de Hilltown, el Sr. Hamilton, el entonces asistente en Abernethy, así como otros hombres de Dios que trabajaban en la vecindad, todos ellos se apresuraron a ayudar en la obra. El Sr. Roxburgh de S. Juan y el Sr. Lewis de S. David examinaron la obra con imparcialidad y discernimiento, testificando que esta era de Dios. El Sr. M'Donald de Ferintosh, un hombre de Dios experimentado en avivamientos, se acercó al lugar y puso su sello sobre ella también; este señor se quedó en la ciudad, predicando a las angustiadas multitudes en la iglesia de S. David durante diez días. Resulta imposible acertar cuántos de los despertados fueron realmente traídos a la verdad. Cuando llegó el Sr. M'Cheyne, aún caían gotas del Cielo.

Así eran, en resumen, los relatos que él oyó antes de llegar a Dundee. El que otra persona hubiera tenido el honor de ser el instrumento utilizado en el mismo lugar donde él había trabajado con tantas lágrimas y tentaciones no le causó ninguna envidia. Con verdadera magnanimidad cristiana, se regocijó en que la obra del Señor había sido hecha, por la mano que fuera. Y así, lleno de adoración, y maravillado, puso el pie de nuevo en la tierra de Dundee.

Capítulo 5

Días de avivamiento

“Y brotarán entre hierba, como sauces junto a las riberas de las aguas” ([Is. 44:4](#)).

Su gente, que nunca había dejado de orar por él, le recibió con enorme gozo. Llegó a Dundee un jueves por la tarde; y por la noche aquel mismo día, siendo la hora habitual del culto de oración en S. Pedro, se apresuró, después de una corta meditación, a llegar hasta la iglesia para dar gracias a Dios, y para hablar una vez más a su grey. Nunca pudo olvidar el aspecto de la iglesia, y la expectación de la congregación aquella noche. Muchos de sus hermanos estaban allí presentes para darle la bienvenida, y para oír las primeras palabras de su boca. No quedaba ni un solo asiento vacío, y los pasillos también estaban abarrotados, con gente hasta en la escalerilla que conduce al púlpito, por un lado con la gente mayor y por el otro con niños expectantes. Muchos rostros se fijaron anhelantes en la figura de su pastor restaurado; muchos lloraban con las heridas abiertas de la convicción; todos tranquilos y serenos, llenos de una intensa expectación. Leyó el [Salmo 66](#), y luego, al escuchar los cánticos y la manera de cantar, todo le parecía extraordinariamente dulce, algo que ya había oído referente al avivamiento: “Tan tierno y conmovedor como si la gente sintiera estar alabando a un Dios que estaba presente”. Después de una solemne oración, pudo predicar durante más de una hora. Ignorante en cuanto al tiempo que Dios le iba a conceder aún para proclamar las Buenas Noticias, aprovechó esta oportunidad no para hablar de su viaje, sino para mostrar a los pecadores el camino a la vida. Su tema fue [1 Corintios 2:1–4](#): el contenido, el estilo y los complementos de la predicación de Pablo. Una noche memorable.

Al salir de la iglesia, encontró que el camino a casa estaba abarrotado de gente, tanto mayor como joven, esperando para darle la bienvenida a casa. Tuvo que dar la mano a muchos a la vez; y antes de dispersar a la multitud tuvo unas palabras más de vida para ella, y oró allí mismo delante de todos. “A tu Nombre, oh Señor —dijo aquella noche al regresar a su casa—, a tu Nombre, oh Señor, sea toda la gloria”. Un mes más tarde, recibió la visita de una persona que hasta entonces había resistido toda la influencia singular del avivamiento, pero que aquella noche había sido tocada profundamente por sus palabras y despertada, tanto que la flecha supuraba en su alma hasta que llegó a exclamar: “¡Oh, mi corazón es duro, duro!”.

El día de reposo siguiente, predicó a su grey por la tarde. Escogió como tema el pasaje de [2 Crónicas 5:13–14](#); y al acabar el sermón, sus oyentes recuerdan bien con cuánta solemnidad y afecto pronunció estas palabras: “Amados míos, y anhelados, ahora comienza otro año de mi ministerio entre vosotros; y estoy resuelto, si Dios me concede la salud y la fuerza, que no dejaré en paz a un solo hombre, mujer o niño entre todos vosotros, hasta que hayáis oído el testimonio de Dios acerca de su Hijo, bien para vuestra condenación o vuestra salvación. Y oraré, como he hecho antes, para que si el Señor nos concede un gran derramamiento de su Espíritu, lo haga de tal manera que será

evidente hasta para el niño más pequeño y débil entre todos que la obra viene de Dios, y no del hombre. Creo que puedo deciros, como Rutherford dijo a su pueblo: ‘Tu cielo sería como dos cielos para mí’. Y si le agrada al Señor darme una corona de entre todos vosotros, prometo ahora mismo delante de Él que la arrojaré a sus pies y diré: ‘¡Digno es el Cordero que fue inmolado! Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos’ ”.

Se temía por un tiempo que iba a prevalecer un espíritu de celos, con algunos diciendo: “Yo soy de Pablo”, y otros: “Yo de Cefas”. Aquellos que acababan de convertirse eran propensos a considerar a su padre espiritual como alguien incomparable a la luz de otros. Pero el Sr. M’Cheyne había recibido de parte del Señor un santo desinterés que acallaba cualquier sentimiento de envidia. Muchos se maravillaron ante esa actitud suya. Él pudo decir con toda sinceridad: “No tengo otro deseo más que el de la salvación de mi congregación, cualquiera que sea el instrumento”.

Quizá nunca hubo ninguno mejor situado que él para verificar el avivamiento con imparcialidad, y apenas ha habido ningún avivamiento tan plenamente puesto a prueba. El Sr. M’Cheyne regresó a un pueblo cuyo carácter previo conocía; halló una obra hecha entre toda su congregación durante su ausencia, y en la cual no había tenido participación directa; volvió a casa para entrar y salir entre su congregación, para observar de cerca todo lo que había sucedido; y después de un examen fiel, con mucha oración, dijo sin titubeos que el Señor había obrado estas cosas, por todo lo cual estaba gozoso; y en muchos casos de personas convertidas durante el avivamiento, descubrió muchas respuestas extraordinarias a sus propias oraciones, y de los que habían venido a la verdad, antes de su partida.

Me escribió una carta con sus impresiones de la obra, después de haber pasado unas cuantas semanas con su congregación:

“2 de diciembre, 1839.

“Al Revdo. Andrew A. Bonar, Collace.

“Mi querido A.: Escribo esta carta en hojas de un bloc de notas, ya que no dispongo de otra cosa, salvo aquel papel tan fino que utilizamos durante el viaje. Tengo muchas cosas que contarte, y por las cuales alabo a Dios. Me entristece saber que no ha habido ninguna marca de la obra del Espíritu en Collace durante tu ausencia; aunque si Satanás te induce a arrodillarte, pronto se arrepentirá de ello. Recuerda lo bondadosos que son los padres cuando sus hijos piden pan. Cuánto más no nos dará nuestro Padre celestial todas aquellas cosas buenas (αγαθα) que le pidamos. Recuerda cuando el viejo Sr. Dempster de Denny me reprendió después de predicar a su congregación: ‘Me ha complacido enormemente tu discurso, aunque en la oración se me ocurrió que tú creías que Dios *no estaba dispuesto a dar*’. Recuerda a Daniel: ‘Al principio de tus ruegos fue dada la orden’. Y no pienses que me olvido de ti en tanto que tengo salud y fuerza para orar.

“Aquí lo he encontrado todo en mejores condiciones de lo que yo esperaba. En la noche de mi llegada, prediqué ante una congregación tan grande como nunca la había visto. Creo que no cabía

ni una sola persona más en la iglesia, y hubo muchas emociones profundas y sinceras. R. MacDonald estaba conmigo, y él oró. Tanto la aflicción como el éxito en el ministerio le han enseñado y avivado. Mi texto para la predicación fue el de [1 Corintios 2:1-4](#), y sentí lo que tantas veces había oído, que es fácil predicar allí donde está el Espíritu de Dios. El viernes por la noche, predicó el Sr. Burns. El día de reposo prediqué yo de nuevo, sobre aquel texto maravilloso de [2 Crónicas 5:13-14](#); el Sr. Burns predicó dos veces, por la mañana y por la tarde. Sus ideas acerca de la Verdad divina son claras y autoritativas. Su predicación tiene mucha sustancia, y su estilo es muy poderoso, tanto que a veces me hizo temblar. En la vida privada es un hombre de mucha oración, y parece capaz de darse cuenta del peligro de caer en el orgullo.

“He visto ya a muchos de los que han sido despertados, y muchos de los que se han convertido; ciertamente este es un lugar placentero comparado con lo que era. Algunos de los despertados están aún sufriendo una profunda aflicción y desasosiego. Su gran error es exactamente lo mismo que el que me contó tu hermano Horace. Creen que venir a Cristo se debe a algún acto extraño de su mente, tan distinto a simplemente creer en lo que Dios ha dicho acerca de su Hijo; tanto que primero te dicen creer todo lo que Dios ha dicho, y luego, que no pueden venir a Cristo o acercarse a Él. Es muy difícil afrontar este engaño.

“También he visto a algunos de los mayores profundamente sacudidos; se sienten inseguros. Un conocido bebedor vino a verme, y creo que ahora es un hombre salvado. Hay evidencias de una salvación segura en algunos de los niños pequeños. Todos los que he visto tienen alguna relación con mis propios conversos. Un ejemplo singular de la gracia divina es el de una muchacha de 11 años. Cuando le pregunté si deseaba ser hecha una santa, me dijo: ‘Ciertamente, a menudo he deseado partir para no pecar nunca más’. A.L., de 15 años, es un buen creyente con un corazón tierno. W.S., de 10 años, es también un muchacho feliz.

“Muchos de mis propios hijos en el Señor han progresado mucho; están más llenos de gozo, elevan sus corazones en los caminos del Señor. He hallado a muchos más salvíficamente impresionados bajo mi propio ministerio que los que yo conocía. Algunos han venido a contármelo. Un caso fue el de una familia entera. No he encontrado casi nada que me entristezca. Ciertamente el Señor ha sido bondadoso conmigo. Me temo, sin embargo, que el gran Espíritu ya haya pasado en alguna medida, espero que para volver luego con más poder que nunca. Ahora asiste menos gente a las reuniones de entre semana. Pronto empezaré con unas clases durante dos de ellas, para impartir instrucción sólida, con regularidad: algo que necesitan urgentemente. No he visto ni un solo caso de extravagancia, ni fuego falso, aunque supongo que los hay. Al principio, solían seguirme hasta casa como un solo cuerpo, a la espera de unas palabras más y oraciones en la calle misma. Esto ya no ocurre. El día de reposo pasado prediqué dos veces, primero sobre [Isaías 28:14-18](#), y después sobre [Apocalipsis 12:11](#): ‘Le han vencido por medio de la sangre del Cordero’. Fue un día solemne. La gente se quedó allí sentada hasta el anochecer. Muchos hacen de este sitio el lugar de Boquim. No obstante, ya no hay el poder que había. He intentado convencer al Sr. Burns para que se quede con nosotros; creo que se quedará en Dundee. Me siento mucho más fuerte físicamente que cuando tú y yo nos separamos. En vez de emocionarme, todo parece impresionarme, y aquietar mis sentimientos. A veces la eternidad parece muy cerca.

“Me gustaría recibir tus consejos acerca de las reuniones de oración; cómo consolidarlas; y qué reglas debo seguir, si es que hay que seguir algunas; ¿debería haber solo una lectura de la Palabra, y oración, o algún pensamiento libre acerca del pasaje leído? Hoy hemos empezado con una serie de reuniones de oración ministerial, que tendrán lugar cada lunes a las 11:00, y que durarán alrededor de una hora y media. Serán de gran consuelo, y pueden ser de gran bendición. Por supuesto que no hemos invitado a aquellos ministros que sienten frialdad; eso estropearía nuestras reuniones. Dime si crees que estamos en lo cierto.

“Y ahora, querido A., debo acabar porque se ha hecho muy tarde. ¡Que tu pueblo pueda participar con nosotros en el avivamiento que ha venido sobre Dundee! Siento que esta es una palabra poderosa para muchos: ‘¿Quedarás tú en sequedad mientras otros están gustando de las gotas del rocío celestial?’. Pruébalo con tu congregación.

“Creo que pronto celebraremos de nuevo la Cena del Señor, antes de la fecha establecida. Parece algo deseado. Vendrás tú a ayudarnos, y quizá venga Horace también.

“Había pensado pasar por Collace a mi regreso desde Errol, pero la reunión en Glasgow se interpuso.

“¿Empezarás enseguida con tus reuniones de los miércoles?

“Adiós, querido A. ‘Oh hombre tan amado, no temas; paz a ti; sé fuerte; sí, sé fuerte’. Siempre tuyo”, etc.

Al Sr. Burns le dice así en una carta escrita el 19 de diciembre: “Mi querido hermano: Nunca podré darte las gracias por todas tus labores y esfuerzos entre las preciosas almas que me fueron encomendadas; y lo que es peor, nunca podré darle las gracias a Dios suficientemente por toda su bondad y gracia, que cada día me parecen más extraordinarias. Con todo lo que ha acontecido, ha respondido a mis oraciones de una forma que nunca he podido contar a nadie”. Y de nuevo, el día 31: “Quédate donde estás, querido hermano, mientras haya trabajo que hacer por el Señor. Si es que conozco mi propio corazón, sé que su único deseo es que Cristo sea glorificado, con las almas acudiendo a Él, permaneciendo en Él y reflejando su imagen; sea en Perth o en Dundee, poco importa el lugar. Tú sabes que te hablé claramente cuando te dije que yo pensaba que, como el Señor te había bendecido tanto en Dundee, estabas llamado a hacer una obra más grande y profunda, si cabe, aquí; sin embargo, si el Señor te acompaña a otros lugares, yo no tengo objeción alguna. El Señor fortaleció mi cuerpo y mi alma este día de reposo pasado, y se alegró mi espíritu. Había vida en la congregación, al servicio del Señor. Pero, oh querido hermano, la mayoría está sin Cristo aún. Los ricos no sienten la aflicción”.

Su evidencia en cuanto a este asunto se da plenamente en unas respuestas tuyas a una serie de preguntas formuladas por el Comité del Presbiterio de Aberdeen; y en una nota escrita a un amigo, menciona de forma casual el buen resultado de este amplio despertar. “Hallo a muchas almas cuya salvación bajo mi propio ministerio yo ignoraba. No temen darse a conocer ahora, ya que la preocupación por la propia alma se ha convertido en algo muy común”. En aquel tiempo también,

muchos vinieron de lejos; uno llegó desde el Norte —habiendo pasado un año entero acongojado y profundamente afligido por su alma— para buscar a Cristo en Dundee.

En sus breves anotaciones, constata en su diario el 3 de diciembre que veinte personas con inquietudes habían estado conversando con él aquella noche: “Muchas de ellas son casos profundamente interesantes”. A veces fijaba una fecha en concreto con el propósito de reunirse con los despertados; y en uno de sus cuadernos he hallado al menos 400 visitas constatadas de almas que buscaban la paz durante el curso de aquel año y el siguiente. Observó también, que aquellos que ya eran creyentes antes tenían el corazón como ensanchado, y estaban firmemente establecidos en su fe; y algunos parecían capaces de alimentarse de la Verdad de una manera nueva, como uno le contó, diciendo cómo había aparecido durante un tiempo una gloria en la lectura de la Palabra en público, algo muy distinto a leerla por sí mismo.

Al mismo tiempo vio a otros retroceder, tanto entre aquellos que los creyentes consideraban como auténticos conversos como en otros que, aunque profundamente convencidos, nunca fueron contados entre los hijos de Dios. Sus anotaciones siguen así: “X me llamó para ir a verle. Pobre muchacho, parece que se ha alejado de Cristo, desviado por las malas compañías. Y yo estaba tan seguro de su salvación. ¡Qué ciegos somos los ministros! ‘El hombre mira lo que está delante de sus ojos’ ([1 S. 16:7](#))”. Una persona de su congregación le visitó una mañana, para proponerle ‘una concertación a la oración el siguiente lunes por la mañana, en nombre de todos aquellos que habían retrocedido, para que el Espíritu de Dios pudiera volver a despertarles’, tanto que los creyentes mismos, al igual que su pastor, observaban también cómo algunos se alejaban. Entre los que fueron despertados pero nunca convertidos, menciona un caso en particular: “9 de enero, 1840: Me he encontrado con una persona que se asustó a última hora, tanto que su salud física se ha visto alterada. Ahora, parece ser que ya no le importa su alma. Sus labios están llenos de maldición”.

Es cierto que muchos de los que prometían ‘volvieron atrás, y ya no andaban con Jesús’ (cf. [Jn. 6:66](#)). De aquellas 800 almas que conversaron, aparentemente alarmadas por su situación, con distintos ministros durante los meses del avivamiento, no es de sorprender que muchos solo resultaron impresionados por un tiempo. El presidente Edwards lo comparaba en tal caso con la proporción que hay entre la flor en primavera y el fruto en el otoño. Tampoco podemos dudar de la veracidad de todos por el engaño de unos cuantos. El mundo mismo no juzga así a los suyos. El mundo considera la posibilidad de estar equivocado en muchos casos, si bien no por eso deja de creer que la honradez y la verdad pueden hallarse. Uno de ellos, un poeta del mundo, ha dicho con no menos justicia que hermosura:

Ángeles brillando están,

Aun cuando quien cayera

Fuese el mejor del lugar

Y su brillo fue a ocultar

Por las cosas que él hiciera.

Y aunque fuese a ensombrecer

Por esas cosas tan feas

La gracia que tuvo ayer,

Por nuestro Padre esa gracia

Deberá permanecer.

Pero sobre todo, tenemos la autoridad de la Palabra de Dios, que nos declara que tales retrocesos son las pruebas mismas de la verdadera Iglesia: “Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados” ([1 Co. 11:19](#)). Esto no significa, sin embargo, que algunos de los que realmente creyeron regresaran a la perdición. Al contrario, toda iglesia evangélica sana cree firmemente que todas aquellas personas que vuelven a la perdición nunca creyeron de verdad en Jesús. Sus ojos pueden haber sido abiertos a las terribles realidades del pecado y la ira venidera, pero si no han visto justicia para sus almas culpables en el Salvador, ya no hay nada en toda la Escritura para darnos una esperanza de que permanezcan despiertos. “Despiértate, tú que duermes [...] y *te alumbrará Cristo*” ([Ef. 5:14](#)) es la llamada que invita a los pecadores a ir mucho más allá de una mera convicción. Uno que durante un año entero volvió a la corrupción le dijo: “Su sermón acerca de lo corrupto que es nuestro corazón me hizo desesperar, así que volví a mis viejos caminos; al baile, y a aprender nuevas canciones”, etc. Un conocimiento de nuestra culpa y un sentimiento del peligro que corremos no nos evitará la caída; ciertamente, solo servirán para que no deslicemos más y más. Solo estamos seguros cuando nuestros ojos están puestos en Jesús, y nuestra mano esta asida por la suya. Así que, la historia de los que retroceden, en vez de incitarnos a dudar de la realidad de la gracia en los creyentes, nos enseñará dos cosas; a saber, la enorme importancia de insistir en una salvación inmediata para todas aquellas almas que han sido despertadas, y la racionalidad de dudar de todos aquellos que no se hayan aferrado a la esperanza puesta a su alcance, por muchas profundas convicciones que puedan tener.

Se levantó otro prejuicio en contra de toda la obra del avivamiento, puesto que en las circunstancias el Señor había utilizado a hombres jóvenes con no mucha experiencia en el ministerio, antes que los padres en Israel. Si bien, por eso mismo, la soberana gracia resplandeció con más brillo. ¿Es que tales objetores se creen que alguna vez Dios tiene intención de darle al hombre el honor en una obra de avivamiento? ¿No es el honor de su propio Nombre lo que busca? Si hubiera sido el deseo del Señor concederle algún honor al hombre, entonces sería lícito preguntar: “¿Por qué pasa de los pastores de más edad para llamar a jóvenes sin experiencia?”. Pero cuando la gracia soberana iba a venir de una manera que solo podría darle al Señor toda la gloria, ¿existe algún plan mejor que el de la honda de David para derribar al filisteo? No obstante, por si brota algún prejuicio de la raíz de la envidia, oigamos la amonestación de Richard Baxter dirigida a los ministros envidiosos de su día. “¡Qué! ¡Calumniar a Cristo por los dones que deberían darle a Él toda la gloria, y todo porque impide que tengamos nuestra propia gloria! ¿Es que no debe todo hombre dar gracias a Dios por los dones de sus hermanos, no solo porque él mismo participa en ellos, así

como el pie se beneficia de la guía de los ojos, sino porque sus propios logros son asequibles tanto por medio de los dones de sus hermanos como por los suyos propios? [...]. Cosa tan horrenda es que cualquier hombre que tenga al menos una chispa de temor de Dios sienta tanta envidia de los dones concedidos que prefiera que sus oyentes carnales no sean convertidos, ni los dormidos despertados, antes que otro fuera utilizado en su lugar”.

La obra del Espíritu continuó con las aguas fluyendo tranquilamente, puesto que las lluvias ya habían pasado, así también como el desbordamiento de las aguas. El Sr. M’Cheyne se volvía cada vez más atento y entendido en su trato con las almas. Habiendo observado también que algunos se dejaban influir más por sus sentimientos personales hacia su pastor, que por el poder de las verdades que predicaba, empezó a ser un poco más reservado en su trato personal, llevando a algunos a pensar que había frialdad o rechazo en su manera de ser. Aunque ciertamente, no indicaba en absoluto una compasión menor por su parte; sino al contrario, era más bien indicativo de una preocupación escrupulosa de guardar a las personas de sus propios y engañosos sentimientos. Durante este período escribió algunas notas:

“27 de noviembre, 1839. Una reunión agradable en la Iglesia de la Cruz este miércoles pasado para los marineros. Todos los que hablaron parecían honrar al Salvador de veras. Tuve que aplazar la reunión de acción de gracias por todas las misericordias de Dios. Ha resultado ser de gran bendición para Dundee. No debemos olvidarlo en nuestras oraciones y acciones de gracias”.

“28 de noviembre: Jueves por la noche. Recibí un enorme consuelo mientras hablaba. Hubo un silencio impresionante. Hablé acerca de [Jeremías 6:14](#): ‘Y curan la herida de mi pueblo con liviandad’, etc.”.

“1 de diciembre: Esta noche asistió un cristiano muy tierno por lo que veo; una exposición de aquel texto que dice: ‘*Andaré humildemente*’ ([Is. 38:15](#)), o aquel otro: ‘*Y nunca más abras la boca*’ ([Ez. 16:63](#)). Una hija de vergüenza convertida en una hija de honor. Su hermana fue despertada bajo la predicación del Sr. Baxter en S. Pedro, y él le preguntó: ‘¿Quieres ser santificada?’. A lo cual ella replicó: ‘En verdad, a veces desearía estar muerta para no volver a pecar nunca más’ ”.

“3 de diciembre: He predicado seis veces durante estos últimos dos días”.

“8 de diciembre: Visité a J.T., enfermo de fiebre. Ahora parece que está en Cristo de veras; me contó que mis palabras calaron muy hondo en su corazón mientras yo estaba fuera. A.M. se quedó para contarme de su gozo. J.B. me acompañó a casa caminando, contándome todo lo que Dios había hecho en su alma desde aquel día en que me había detenido en la cantera a causa de la lluvia para resguardarme con mi pony en la sala de máquinas”. Robert sencillamente le había señalado el fuego de la caldera y le había preguntado: ‘¿Qué te recuerda eso?’. Y aquellas palabras habían penetrado profundamente en el alma de aquel hombre.

“11 de diciembre: Una mujer despertada en la noche en que prediqué sobre [Ezequiel 20:43](#) en el jardín de J.D. hace unos dos años. No había participado de los privilegios de la Iglesia durante veinte años, y ahora, por primera vez, vino a verme temblando y pidiendo ser restaurada.

Ciertamente Emanuel está en este lugar, y aun los viejos pecadores se acercan para conocerle. Tengo constatadas unas veinte reuniones de oración con mi grey. Muchas de ellas participativas; muchas de confraternidad; solo una o dos de ellas han tenido algo parecido a una exhortación añadida a la Palabra. Creo que precisamente esta es lo que sobra, no sea que el error o el orgullo se entremetan. La única otra dificultad es esta: en dos de las reuniones de mujeres, antes reuniones de confraternidad, algunas mujeres con inquietudes han sido admitidas. Ellas no oran, solo escuchan. En una, M. y J. sintieron cómo su orgullo aumentaba en alto grado; en otra, M. no podía ser convencida del peligro del orgullo. Este caso requiere mucha oración. A mi modo de ver, aquí hay peligro, cuando los miembros que oran se sienten en un nivel distinto a los demás; y cualquier cosa que parezca enseñanza femenina, como una que enseña públicamente, parece estar condenada en la Palabra de Dios”.

“12 de diciembre: Me sentí muy débil durante todo el día, como si ya no pudiera trabajar más en la viña. Por la noche, sentí la intercesión de Emanuel más como una realidad. La gente también estaba como más sumisa a los varios testimonios. Una mujer esperaba, llorando desconsoladamente. Solo pudo decir que ella era una pecadora, y que no creía que Dios pudiera tener misericordia de ella. Cuando luego yo le conté cómo había hallado misericordia, su única respuesta fue: ‘Pero usted no era tan pecador como yo’ ”.

“18 de diciembre: Fui a Glasgow junto con A.B. Prediqué en S. Jorge ante una congregación numerosa, por la causa de los judíos. Sentí verdadera ayuda en mi momento de necesidad”. Este era uno de sus muchos viajes de aquí para allá por la causa de Israel, relatando cosas vistas y oídas entre los judíos de Palestina y los de otras tierras.

“22 de diciembre: Prediqué en la Iglesia de Anderston, con mucho consuelo y paz interior”.

“23 de diciembre: Una reunión muy interesante con el Comité judío. Por la tarde me reuní con algunos hijos de Dios. El horror expresado por algunas buenas personas en Dundee acerca de la idea del milenio es enorme, mientras que sus objeciones parecen algo débiles”.

“31 de diciembre: Unos cuantos candidatos jóvenes. Dos de menos de 11 años han solicitado ser recibidos; cuatro de solo 14 años; tres de 15 o 16”.

“1 enero, 1840. Despertado temprano por la bondadosa providencia de Dios, y tuve una extraordinaria libertad y fervor en mi cita con la oración esta mañana, antes del amanecer. Una entrevista conmovedora con M.P., que sigue rehusando ser consolada. Derramé unas cuantas lágrimas después de un glorioso Emanuel con ella. ¡Ojalá tuviera yo su misma amarga convicción de pecado! Otra mujer vino a verme esta noche para decirme que fue despertada y llevada a Cristo durante el sermón del 1 de diciembre por la mañana, sobre ‘El pacto con la muerte’. Respondió claramente; no obstante, parece poco conmovida para una que ha sido realmente cambiada”.

“2 de enero: He visitado a seis familias. Refrescado e impresionado en cada una de las visitas. Hablé acerca del Verbo hecho carne, y de que todos los caminos del Señor son misericordia y verdad. Recibí visitas por la tarde, algunas personas muy interesantes: una de ellas, un niño creyente; otra,

quejándose de que no puede venir a Cristo a causa de la dureza de su corazón; otra que fue despertada bajo mi ministerio, y de nuevo despertada del todo y llevada a Cristo bajo el sermón de Horace Bonar durante la Cena del Señor. Es la única persona que ha sido salvada en toda su familia, tremendamente perseguida por sus padres. ¡Señor, defiende a los tuyos! ¡Haz que conozcan el poder y la hermosura de tu gracia a través de la constancia de su sufrimiento! Por la tarde, el Sr. Miller predicó un sermón muy ameno sobre ‘El amor de Cristo que nos constriñe’. Su relato acerca de los protestantes en Francia fue muy interesante: la obra de Dios en Nismes, donde ya no pescan con hilo, dicen, sino con redes de arrastre. Leí una carta del Sr. Cumming describiendo la obra en Perth, solicitando las oraciones de los hijos de Dios”.

Esta última referencia tiene que ver con el despertar en la Iglesia de S. Leonardo en Perth. Ocurrió en la última noche del año, cuando predicaba el Sr. Burns, junto con su propio pastor el Sr. Milne. Había sido la intención del Sr. B. regresar a Dundee para pasar allí el día de reposo, pero unas claras indicaciones de la presencia del Señor le detuvieron. En una de las reuniones, la obra fue tan gloriosa que en una sola noche unas 150 personas parecieron doblegarse al mismo tiempo, bajo su sentimiento de culpa; y más de 200 fueron a la iglesia el día siguiente por la mañana para conversar acerca del estado de sus almas. Este despertar fue el comienzo de una obra sólida de la gracia, tanto en aquella ciudad como en todos sus alrededores; y aún puede verse allí mucho fruto de la obra en que las almas caminan en el temor del Señor y con la fortaleza del Espíritu Santo. Y ocurrió que, en la primavera de ese mismo año, mientras dos hermanos nos ministraban durante nuestro culto de oración semanal en Collace, recibimos también unas benditas lluvias de parte del Señor.

Su diario continúa así:

“3 de enero: Recibí la visita de una persona con inquietudes, despertada bajo mi ministerio hace dos años y medio”.

“5 de enero: Vinieron dos personas a verme; M.B. está profundamente herido por el discurso de la mañana”.

“12 de enero: He hecho un llamamiento a la oración, para que los comulgantes indignos sean refrenados; para que los hijos del Señor estén preparados para la Cena, y sus ministros provistos desde lo alto”.

“13 de enero: Mantuve mi cita con la oración esta mañana en compañía de mis amados hermanos. No he hallado tanta libertad como de costumbre”.

“5 de marzo: Jueves por la noche: prediqué sobre [Zacarías 3](#): Josué. Fui guiado a hablar de hacer a Cristo ‘ministro de pecado’ (cf. [Gá. 2:17](#)). Una mujer joven clamó amargamente durante la predicación del sermón. M.B. vino a contarme que la pobre M. está en peligro de muerte, amenazada por sus padres. Otra mujer joven también, preocupada y perseguida por su padre. Un joven vino a decirme que había hallado a Cristo. ¡Fluye, río de la vida! ¡Visita cada morada! Salva una multitud de almas. ¡Ven, Santo Espíritu, apresúrate!”.

“25 de marzo: Hablé ayer noche en Forfar, por Israel, ante un pequeño grupo de amigos de los judíos. Un lugar espantosamente tenebroso: su clamor asciende ante Dios como el de Sodoma”.

“31 de marzo: Reunión con unos cuantos candidatos jóvenes el miércoles y el viernes. Muchos sentimientos profundos entre ellos, manifestados en llantos, sobre todo el viernes. Varias visitas. Una de ellas a un niño de 9 años, enfermo”.

“1 de abril: Día del Presbiterio. Aprobamos la constitución de dos nuevas iglesias: ¡Alabado sea Dios! ¡Que Él levante pastores fieles para cada una de ellas, en Dudhope y Wallace-Feus. Una propuesta también para la Iglesia de los Marineros. Fijamos una fecha para el ayuno, debido al estado actual de la Iglesia”.

“5 de abril: Día de reposo por la noche: Hablé con veinticuatro jóvenes, uno por uno; casi todos ellos afectados por el estado de sus almas”.

“6 de abril: Un hermoso paseo a caballo, y un precioso tiempo de meditación en un bosquecillo”.

“7 de abril: Consciente hoy de la absoluta necesidad de predicar a mi congregación en sus propias calles y propiedades; de otra manera, la Palabra de Dios nunca les llegará. He hablado esta noche en la Iglesia de S. Andrés, ante una numerosa asamblea, acerca de Israel. El Señor me ayudó a apelar claramente a sus conciencias. ¡Bendícela tú, Señor! ¡Sacude esta ciudad!”.

“13 de abril: Hablé en privado con casi treinta candidatos jóvenes, todos en una sala, visitando a cada uno por separado, y dando consejos para el beneficio de todos”.

“22 de abril: He cabalgado hasta Collessie (en Fife), y Kirkaldy. Un tiempo muy agradable, a solas en el bosque de Collessie”.

“30 de julio: Vino a verme un muchacho muy angustiado; quería saber si debía confesar sus pequeñas deshonestidades a su amo”. Más o menos en este tiempo, anotó: “Estuve de visitas el otro día, y me encontré con una puerta cerrada con llave. ¿Qué significa esto? ‘No me atormentes, no me atormentes’. Ah, Satanás aún tiene poder”: refiriéndose a [Marcos 5:7](#).

Quedaron constatadas algunas de sus celebraciones de la Cena del Señor. Hubiéramos deseado tener un documento con todas ellas. La primera que describió en detalle fue la que disfrutó poco después de su regreso.

“19 de enero, 1840. Una mañana de tormentas y lluvias torrenciales, pero el día se aclaró en respuesta a la oración. Una dulce unión durante el tiempo de oración con el Sr. Cumming, y después con A. Bonar. Hallé a Dios en secreto. Pedí específicamente que la mera vista del pan partido y del vino derramado pudiera ser de bendición para algunas almas; entonces el orgullo será ocultado del hombre. La iglesia estaba llena, muchos en pie. Prediqué el sermón de acción sobre [Juan 17:24](#): ‘Padre, quiero que [...]’, etc. Sentí a Dios muy de cerca durante la oración, más que lo habitual; tuve también libertad en la predicación, aunque sentí vergüenza de mi opinión tan pobre de la gloria de Cristo. La congregación estuvo muy atenta, al tanto de cada palabra. Mucha ayuda delante de las

mesas, con el pasaje de [Hechos 5:3](#): 'Mentir al Espíritu Santo'. Bajé para servir en la primera mesa con mucha más calma y control del que recuerdo haber tenido jamás. Gozaba yo de estos momentos tan dulces, mientras A.B. servía en la siguiente mesa; su tema principal era el de creer las palabras de Cristo acerca de su plenitud, y la promesa del Padre. Habían seis mesas en total. La gente se conmovía cada vez más. En la última mesa, cada cabeza se inclinaba como un junco mientras A.B. hablaba de la ascensión de Cristo. Recibí ayuda para pronunciar las palabras: 'Y a Aquel que es poderoso para guardaros', etc., y para la oración final. Un niño pequeño dijo al acabar: 'Este ha sido otro día hermoso'. De hecho, muchos de los pequeños estuvieron muy atentos. El Sr. Cumming y el Sr. Burns predicaron en la escuela durante gran parte del día. Por la noche, el Sr. C. predicó acerca de la nube sobre los lugares de convocación ([Is. 4:5](#)); unas palabras muy dulces y poderosas a la vez. El Sr. Burns predicó en la escuela. Cuando la gente salía de la iglesia, una congregación se formó de nuevo en la escuela de los pequeños, y empezaron los cánticos. Yo canté algunos salmos allí, y hablé acerca de las palabras: 'He aquí, que estoy en la puerta'. De camino a casa, A.L. me dijo: 'Ora por mí; soy feliz, y H. también'. Resumiendo, un día de revelación de Cristo: para mí, un hermoso y dulce día, y para muchos más, estoy seguro. Señor, haznos aptos para la mesa de arriba".

Quedó constatada también la celebración de la Cena del Señor en el mes de abril de 1840. "Día de reposo 19: Un día precioso, hermoso. Prediqué un sermón de acción sobre [Zacarías 12:10](#); [13:1](#). El Señor me ayudó. Y en las mesas también, cuando hablé acerca del [Salmo 139](#): 'Examíname, oh Dios'. No tanto cuando servía en las mesas, acerca de las palabras: 'Me desposaré contigo', y 'Al que venciere'; aunque pasé unos momentos muy dulces durante la acción de gracias. Sentí un gozo sosegado durante la Cena. El viejo Sr. Burns sirvió en dos de las mesas; H. Bonar, en cinco. La gente se enterneció visiblemente. Recibí ayuda para mi discurso titulado 'Mis ovejas oyen mi voz'. Eran más de las 7:00 de la tarde cuando acabamos. Nos reunimos de nuevo antes de las 8:00 de la tarde, y el viejo Sr. Burns predicó sobre 'Una palabra a tiempo'. Para cerrar, yo pronuncié tres textos, y concluyó así un hermoso día de mucha bendición. Muchos se llenaron de un gozo indecible y estaban llenos de gloria.

"Lunes 20: el Sr. Grierson predicó sobre: 'Os habéis acercado al monte de Sion': una palabra instructiva. He tenido un paseo muy agradable en compañía de H.B. Él predicó el sermón de la tarde para los niños, acerca de 'el nuevo corazón'; verdaderamente encantador. Tuvimos una reunión de oración después. Yo la abrí, y después habló el Sr. Burns; luego Horace, con mucha viveza, acerca de 'La mujer de Samaria'. La gente se conmovió. Después de la bendición final, una multitud permaneció sentada. Una persona (A.N.) estaba como si le hubiera traspasado un dardo, sin poder levantarse ni moverse. Muchos la miraban con rostros demudados. Otros trataban de consolarla con mucho amor, invitándola a mirar solo a Jesús. El Sr. Burns se puso en pie ante la mesa, y les habló de Kilsyth. Aún no querían marcharse. Yo hablé algunas palabras a las personas que me rodeaban, acerca de la hermosura de Cristo y la dureza de sus corazones, y de cómo era posible que no se conmovieran al ver a aquella persona tan profundamente herida. Los llantos comenzaron a extenderse, tanto que muchas cabezas se agachaban, y la iglesia se llenó de sollozos. Muchos de los que yo no conocía estaban ahora afectados también. Después de una oración nos despedimos, cerca de la medianoche. Muchos nos siguieron; una en particular, sufriendo una terrible angustia y orando

para que pudiera encontrar a Cristo esta misma noche. Así acaba esta celebración de la Cena del Señor tan bendita”.

Todo el pueblo del Señor disfrutaba de la reunión de oración del lunes por la noche que seguía el día de la Cena del Señor, sobre todo los ministros que habían asistido. Todos coincidían en que el último día fue especial; pues aquellas almas que tanto habían gozado durante la celebración de la Cena en la clausura se disponían a asirse del brazo del Amado ante la posibilidad de subir por el desierto.

La única anotación que hizo de la última vez que celebró la Cena del Señor dice así: “Día de reposo: Un tiempo feliz de comunión en la Cena del Señor. El Sr. W. Burns predicó el martes, el miércoles y el jueves por la noche; el primer sermón y el último muy solemnes. El Sr. Baxter (de la Iglesia de Hilltown), predicó el viernes. A. Bonar el sábado, sobre [Romanos 8](#): el espíritu de adopción. Me desmayé el día de reposo por la mañana, pero me recuperé y recibí fuerza y gracia para poder predicar sobre [1 Timoteo 1:16](#): la conversión ejemplar de Pablo. Habían cinco mesas. Muchos devotos desconocidos, y un buen espíritu entre la gente. ‘Mientras el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dio su olor’. Muchos pecados cubiertos. ‘Él restaura mi alma’ ([Sal. 23:3](#) LBLA). Lunes 2: el Sr. Milne (de Perth) predicó sobre: ‘Retén lo que tienes’ ([Ap. 3:11](#)); y por la tarde habló a los niños sobre: ‘Escogeos hoy a quién sirváis’, de Josué capítulo [24](#). Andrew y yo concluimos con [Apocalipsis 5](#): ‘Nos has redimido’, etc., y [1 Corintios 15](#): ‘Estad firmes’, etc.”.

Robert celebraba la Cena del Señor con su grey cada trimestre; y aunque a menudo solicitaba la ayuda de sus hermanos, para ellos no era sino un bendito privilegio estar con él. La primera invitación que envió a su amigo el Sr. Hamilton (en Abernyte por aquel entonces), da una muestra de esa entrañable complicidad y amistad entre él y sus hermanos: “Mi querido amigo, ¿perdonaré mi falta de formalidad, y vendrá mañana para predicarnos las inescrutables riquezas de Cristo? Tenemos la Cena del Señor el día de reposo. No tendremos ningún día de ayuno, solo una reunión por la tarde a las 7:15. Venga, si puede, mi querido señor, y refrésquenos con su compañía. Traiga consigo la fragancia de ‘el manojito de mirra’ ([Cnt. 1:13](#)), y que la gracia sea derramada en sus labios (cf. [Sal. 45:2](#)). Siempre suyo” (15 de enero, 1840).

Poco después de su regreso de la misión a los judíos, algunos hermanos en Dundee comenzaron una serie de reuniones ministeriales. El Sr. M’Cheyne era uno de ellos, junto con el Sr. Lewis de S. David, el Sr. Baxter de Hilltown, el Sr. P.L. Miller, luego de Wallacetown, y otros. Con una sincera y profunda preocupación por la salvación de las almas bajo sus cuidados, se reunían cada lunes por la mañana para orar todos juntos por sus congregaciones, y por sus propias almas. La duración de la reunión estaba limitada a una hora y media para que cada uno pudiera atender a sus deberes pastorales durante el día sin dificultad; y además de la oración, elegían también algún tema para analizar, algo vital en conexión con sus deberes como ministros de Cristo. El Sr. M’Cheyne nunca dejó de asistir a estas reuniones de oración, a no ser por absoluta necesidad, y los hermanos no recuerdan ninguna ocasión en que no cayera de sus labios algún comentario importante. Él mismo sacó un enorme provecho de ellas. El 8 de diciembre, anota: “Esta ha sido una semana intensamente interesante. Comenzamos nuestra reunión ministerial el lunes, en la sacristía de S. David. Había

mucha sinceridad de corazón por parte de todos. El Señor responde a las oraciones; que estas reuniones sean de gran bendición para nuestras almas, y nuestras congregaciones”. Y otra vez, escribe: “Reunión en la sacristía de S. David. Nuestro tema fue el ayuno. Sentí tan profundamente en mi propio espíritu cuán poco nos afecta y entristece nuestro pecado ante Dios, si no, perderíamos el apetito. Cuando unos padres pierden a un hijo, muchas veces no prueban bocado desde la mañana hasta la noche por pura angustia. ¿No deberíamos llorar ‘como se llora por hijo unigénito’? (cf. [Zac. 12:10](#)). Luego, ¡cuán poco de ese ‘espíritu de gracia y de oración’ tenemos! (cf. [Zac. 12:10](#))”.

El 30 de diciembre, escribe: “Una reunión de ministros muy agradable. Muchos textos exquisitos referentes a ‘Insistir a Dios en la oración’. ¡Qué poco lo hago! ¿No deberíamos estudiar más la oración?”.

Aunque lleno de afecto y bondad cristiana, había algo aún más profundo y entrañable entre él y los hermanos fieles en el Evangelio de Cristo. Quizá nunca hubiera nadie como él que vigilara tan de cerca el peligro de infravalorar a los hombres valiosos, o de menoscabar el carácter de un hermano. A pesar de ser de naturaleza ambiciosa, por la gracia que obraba en él nunca buscaba atraer la atención hacia sí; sino que observaba y notaba con gran alegría las virtudes y los dones de los demás. ¿Quién de nosotros no debería ser así también? “El cuerpo no es un solo miembro, sino muchos”, y: “Ni el ojo puede decir a la mano: no te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros”.

Todos los que mantenían alguna amistad con Robert recuerdan con gratitud su prontitud fiel y ansiosa de avisarles de cualquier peligro que preveía para ellos. Escribió al Sr. Burns el 31 de diciembre de 1839: “Ahora, el Señor sea tu fuerza, tu Maestro y tu guía. Te exhorto a vestirme de humildad, pues si no, aún serás una estrella fugaz reservada para las más densas de las tinieblas. Que Cristo crezca, que el hombre mengüe. Esta es mi oración constante por ti y por mí. Si atraes a los pecadores a ti mismo y no a Cristo, Emanuel arrojará la estrella de su mano derecha y la lanzará a las tinieblas. Recuerda lo que te dije de predicar desde las Escrituras; honra la Palabra, tanto en la materia como en la manera. No dejes de orar por mí”. En otra ocasión (3 de noviembre de 1841), escribió al mismo amigo con estas palabras: “Ahora bien, recuerda que Moisés no sabía ‘que la piel de su rostro resplandecía’ ([Éx. 34:29](#)). Mirar nuestro propio rostro resplandeciente es la perdición de nuestra vida espiritual y del ministerio. ¡Ojalá tuviéramos una comunión tan cercana con Dios que nuestras almas, nuestros cuerpos, cabezas, rostros y corazones brillaran con el resplandor divino; pero ojalá tuviéramos una santa ignorancia de aquel resplandor propio! Ora por esto, pues lo necesitas tanto como yo”.

Otro amigo le escribió una carta en la cual hablaba de su congregación, y de los tiempos en que vivían, con bastante desánimo; la respuesta de Robert decía así: “Estoy seguro de que nunca ha habido un tiempo en Escocia en que el Espíritu de Dios no estuviera tan activo, y no es propio de vosotros murmurar en vuestras tiendas, sino que más bien deberíais ser agradecidos. Recuerda que podemos entristecer al Espíritu tanto por no reconocer gozosos sus maravillas como por dejar de orar por su presencia. Está más que claro que Dios está salvando almas en Kilsyth, en Dundee, Perth, Collace, Blairgowrie, Strathbogie, Ross-shire, Breadalbane, Kelso, Jedburgh, Ancrum: y

verdaderamente nos conviene decir: ‘Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros’. Perdona mi presunción, pero me temo que estás malogrando tu propia paz y tu utilidad al no alabar suficientemente a Dios por la obra de sus manos”. A otro escribió: “Te dije que lo que te hacía falta era la prueba, y ahora esta te ha llegado. Ojalá te sirva para ejercitar tu fe, llegando luego a ese dichoso ‘después’ del cual habla el Apóstol”. Y tiempo después, a la misma persona: “Recuerda las necesidades de tu propia alma, y ten cuidado de no volverte negligente ni escaso cuando alimentas a otros. ‘Y mi viña, que era mía, no guardé’. Ah, ¡atendiendo a estas palabras!”. Y luego, le vuelve a escribir con ese mismo tono de fidelidad: “Recuerda el caso de tu propia alma. ‘¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?’. Recuerda cuántas veces Pablo apela a su propia vida santa, justa e intachable. ¡Ojalá podamos hacer siempre lo mismo!”. “Recuerda la podadera —le dijo a otro—, y no permitas que tu viña se estropee”. Y después de hacerle una visita al Sr. Thornton en Milnathort, donde también había llegado un despertar, Robert le dijo a un hermano: “El Sr. Thornton está dispuesto a que otros reciban más bendición que él mismo: ¿Crees tener tú esa gracia? He hallado que mi éxito es mayor cuando me postro a los pies de Cristo, dispuesto a ser utilizado, o no, así como bien le parezca. ¿Te acuerdas de David? ‘Y si dijere Jehová: No me complazco en ti; aquí estoy, haga de mí lo que bien le pareciere’ ”. En sus cartas familiares, al igual que en su propia vida, la alegría y el optimismo siempre se manifestaban, sin la más mínima tendencia a la ligereza. Cuando en cierta ocasión su médico declinó cualquier remuneración, el Sr. M’Cheyne se opuso terminantemente, y para mostrar que no se dejaba convencer, se lo envió en una carta junto con unas simpáticas y alegres poesías.

Muchos se preguntaban con asombro cómo encontraba tiempo para escribir esas cartas, que siempre susurraban el nombre de Jesús, entre tantos compromisos como tenía. Pero la verdad es que esas cartas no le robaban el tiempo en absoluto; sino que más bien servían como una vía de escape para sus pensamientos y los sentimientos de su alma; escritas con tanta frescura en el momento en que tomaba su pluma, el estado habitual de su alma se plasmaba en todas ellas. Ese estilo tan sosegado, santo, y tan tierno y afectivo de todas sus cartas nos recuerda las obras de Samuel Rutherford, en cuya lectura Robert se deleitaba tanto: excepto que su gozo nunca parece haber llegado hasta el éxtasis. La selección de sus cartas que he elegido para su publicación muestran algo de su santa habilidad de decir una palabra por su Maestro en todas las ocasiones. Pero lo que más impresionaba a muchos era su manera de presentar la verdad, de modo tan natural e impactante a la vez, aun en la más breve de sus notas; y al final de algunas de sus cartas, la solemnidad y elegancia de sus últimas palabras calaban hondo en el corazón de aquel que las recibía. En una carta al Sr. G.S. escrita el 28 de julio de 1841, acaba con estas palabras: “Mis recuerdos para H.T. Mi ruego para él es que permanezca en Cristo. Mis mejores saludos para su madre. Dile a ella de mi parte: ‘Conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados [...] no con cosas corruptibles como oro o plata’ ([1 P. 1:17-18](#)). Guarda tu corazón, amado hermano ‘en el amor de Dios’ (Judas v. [21](#)), en su amor por ti, para que tu amor sea para Él. Mis mejores deseos para tu hermano. Dile a él: ‘Sé sobrio, y espera por completo [...]’ ([1 P. 1:13](#)). A tu querida madre, dile: ‘Porque no aflige [...] voluntariamente [...]’. Escríbeme pronto. Siempre tuyo, hasta que acaben los tiempos”. En una nota escrita a su propia familia, escribe: “El río Tay está delante de mí ahora, como un espejo resplandeciente a la luz del Sol. Que el mismo Sol resplandezca

sobre vosotros, y Aquel que lo hace brillar, brille en vuestros corazones para el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Apresuradamente, vuestro afectuoso hijo y hermano”. A menudo ponía fin a una carta con palabras como estas: “¡Ojalá tuviéramos unas gotas en los pastos del desierto! La sonrisa de Jesús te acompaña, y el aliento del Espíritu Santo. Siempre tuyo”. (Al Sr. J. Milne). “Que vengan los vientos huracanados desde Perth hasta aquí, y desde aquí hasta vosotros, y desde el cielo hasta ambos. Siempre tuyo”. (Al mismo). “El tiempo apremia; la eternidad está cerca: ciertamente la Segunda Venida de Cristo está a la puerta. Asegúrate de ser uno con Cristo, para que tu corazón se regocije cuando le veas. Encomiendo a todos vosotros a nuestro Padre en el Cielo”, etc. (A su propio hermano). “Tengo muchas cartas delante de mí y, por tanto, no puedo extenderme más. Mi texto de despedida para ti es: ‘Entristecidos, mas siempre gozosos’ ”. A otro, escribió: “¡Adiós! Tuyo hasta que el día amanezca”. Al Revdo. Horace Bonar escribió, al final de una carta que trataba algunos asuntos ministeriales: “Lo que me has contado acerca del bien hecho en Kelso me ha humillado y me ha alegrado. Fluye, fluye, río de Dios, desbordando tus aguas. Una mujer vino a verme, despertada bajo tu sermón a los niños en la Iglesia de la Cruz, con una profunda convicción de pecado. ¡Toda la gloria sea para el Arquero divino, que derribe a las personas!”. Escribió una carta a un estudiante, y la terminó con estas palabras: “La gracia sea contigo, y mucho del conocimiento de Jesús: mucha de su semejanza. Tengo sed del conocimiento de la Palabra, pero más que nada de Jesús mismo, el verdadero Verbo. ¡Que Él permanezca en ti, y tú en Él! El temor de Isaac te guarde”. Al concluir una carta al Sr. Bonar de Larbert, escrita en febrero de 1843, unas cuantas semanas antes de su última enfermedad, dice: “Mi alma clama a menudo por Larbert y Dunipace ante el trono de gracia. ¡Que la tribulación les sea de más bendición que los días de paz! Cuán dulce será encontrarse en el arca cuando venga el diluvio. Siempre tuyo en el vínculo del Evangelio”.

La Misión Judía seguía muy cerca de su corazón: “La más acertada —dijo al Sr. Edwards, ahora en Jassy— de todas las empresas misioneras. Si no fuera por mi salud tan pobre, y también por el éxito que el Señor me ha dado aquí en este lugar, me dedicaría gozoso a ella”. En conexión con esta causa, fue invitado a visitar Irlanda para asistir al Sínodo de nuestros hermanos presbiterianos durante el verano de 1840. Cuando se preparaba para salir, notó la mano de su Maestro guiándole: “2 de julio: Hoy me esperaban en Irlanda. He sido retenido aquí, sin poder encontrar a nadie para este día de reposo, por la buena providencia de Dios, pues ha habido un despertar considerable en la iglesia esta noche mientras yo predicaba sobre [Filipenses 3:18](#): ‘Enemigos de la Cruz de Cristo’. Cuando llegué a exponer aquella parte, comenzaron a lamentar y a llorar amargamente, hasta treinta o cuarenta personas; los demás profundamente impresionados, con muchos orando en secreto”. El día de reposo siguiente, una persona fue tan transpuesta que tuvo que ser evacuada de la iglesia.

Salió para Irlanda el día 7, y el día 10 fue testigo en Belfast de la unión entre el Sínodo del Ulster y la Secesión. Lo describe como una escena de lo más solemne, con la presencia de 500 ministros y ancianos. Durante su estancia en aquel país, intercedió por la causa judía en la iglesia del Sr. Morgan, y en la del Sr. Wilson y en otras; también hizo una visita al Sr. Kirkpatrick en Dublín. Predicó el camino de la salvación a los gentiles durante todas sus intercesiones por Israel. Su visita fue utilizada para

despertar un enorme interés en la causa judía, y sus palabras calaron muy hondo en algunos corazones. Según algunas personas, su sermón sobre [Ezequiel 34:16](#) fue indescriptiblemente impresionante; y cuando predicó sobre [Romanos 1:16–17](#), se oía a la salida el comentario de algunos ministros: “¿Cómo es que nunca nos hemos acordado de Israel?”. En otra ocasión, cierta congregación que le había oído predicar suplicó encarecidamente a su pastor que le trajeran de nuevo, si no para predicar, al menos para orar con ella.

Sin embargo, no estuvo lejos de casa por mucho tiempo en esta ocasión. El día 25, constata en su diario lo siguiente: “He llegado a casa, sin preparación alguna para esta noche. Hablé acerca de ‘Vuélveme el gozo [...]’, etc. del [Salmo 51:12–13](#). Se sentía la presencia de Dios: primero, uno se angustiaba con un gran clamor, luego otro. Muchos fueron tocados, y todos impresionados. Sentí mucha libertad para hablar de la gloria de la salvación de Cristo. Después, bajé del púlpito para tener unas palabras a solas con algunos que sentían una profunda inquietud, según veía. Pronto se les oyó, llorando con amargura; luego otros se juntaron a ellos. El Sr. Cumming les habló en un tono conmovedor de veras, mientras yo hablaba con unos cuantos en privado en la sacristía. Sus gritos eran a veces desgarradores, sobre todo cuando insistía en el libre acceso a Cristo, con el león rugiendo muy de cerca. Varios se sintieron ofendidos; no obstante, no dudé del deber nuestro de declarar e insistir en la sencilla verdad, para luego dejar a Dios obrar en sus corazones a su manera. Si le place salvar las almas en quietud y sosiego, seré feliz; si entre gritos y lágrimas, bendeciré su nombre. Ha ocurrido algo un tanto doloroso: un hombre que dice ser un misionero a Israel, y que ha traído consigo el libro apócrifo de Enoc, ha estado entre mi congregación durante mi ausencia, y muchos han ido en pos de él. ¡Cuán humillante para ellos y para mí! Señor, ¡qué es el hombre! Puede ser de bendición: 1º) para descubrir la cizaña que creíamos ser trigo; 2º) para enseñar a algunos a no confiar tanto en sí mismos, cuando sean abiertos sus ojos; 3º) para enseñarme a mí la necesidad de instruir con solidez a aquellos que aparentemente tienen la gracia en sus corazones”.

La obra de Dios continuaba, tanto que durante varios meses él creyó que todos los ministros que habían predicado con viveza habían sido de bendición para alguna que otra alma de entre su grey, cosa que comentó en una carta al Sr. Purves de Jedburgh.

El Señor derramó su Espíritu en otros lugares de Escocia también en este tiempo. En la ciudad de Perth y sus alrededores, como ya he dicho. Por todo el condado de Ross-shire, congregaciones enteras fueron conmovidas como un solo hombre, con la voz del ministro ahogada entre los clamores de las almas angustiadas. En Kelso, donde ministraba el Sr. Horace Bonar, así como en Jedburgh, bajo el pastorado del Sr. Purves, una obra más silenciosa pero muy sólida de conversiones avanzaba cada vez más. En Ancrum (lugar antaño de las labores de John Livingstone), la parroquia entera, sobre todo entre los varones, fue despertada a una solemne inquietud. En Lochtayside, donde durante un tiempo había ministrado el Sr. Burns, hubo marcas del Espíritu por doquier; y al ver los centenares de personas cruzando el lago para escuchar las palabras de vida en las laderas del monte, venía a la memoria la gente de Galilea en los primeros días de la predicación del Evangelio. En Lawers, su pastor el Sr. Campbell (ahora durmiendo en Jesús), hablaba del despertar “como una resurrección”, tan grande y repentino fue el cambio de un estado de muerte a una intensa inquietud. En varias ocasiones, el Espíritu parecía moverse por la congregación como un

viento por los campos, que hace inclinar el trigo a tierra. Era obvio que el Señor estaba preparando a Escocia para alguna crisis no muy lejana.

Algunas barriadas de Strathbogie habían compartido en alguna medida bendiciones parecidas. Los ministros fieles en todo lugar ahora aguardaban las lluvias, y recibieron nuevas fuerzas para trabajar con valentía en la limpieza del santuario. Su anhelo más ardiente era que la Iglesia Oficial de Escocia pronto se levantaría como ejemplo y modelo de una Iglesia de Cristo pura, reconocida y apoyada por el Estado, sin estar sujeta, ni mucho menos controlada, por la intromisión civil. Pero Satanás estaba levantando adversarios por doquier.

El Tribunal Supremo había adoptado una línea de actuación que era a la vez arbitraria e inconstitucional. Y ahora, ese Tribunal prohibió a todos los ministros de la Iglesia de Escocia, bajo pena de multa o encarcelamiento, administrar las ordenanzas o predicar la Palabra en cualquiera de las siete parroquias de Strathbogie, cuyas párrocos anteriores habían sido suspendidos de su ministerio por la Asamblea General por ofensas eclesiásticas. La Iglesia consideraba ser su deber no obedecer ningún interdicto que pudiera impedir la predicación de Jesús, o atentar contra sus libertades constitucionales. En consecuencia, varios ministros fueron enviados a todas esas parroquias sin temor a los resultados; y bajo su predicación, la densa oscuridad de aquella región comenzó a ceder ante la luz de la verdad.

En el mes de agosto, el Sr. M'Cheyne y el Sr. Cumming de Dumbarney fueron elegidos para visitar Huntly y administrar allí la Cena del Señor. Al salir para ir a ese lugar, el Sr. M'Cheyne expresó la esperanza de que “el rocío del Espíritu en Huntly pudiera convertirse en lluvias torrenciales”. Su visita fue de bendición para muchos. El Sr. Cumming predicó el sermón de acción al aire libre en un lugar llamado el Pozo del Prado; pero sirvieron las mesas en el edificio donde habitualmente se reunía la gente. Por la noche, el Sr. M'Cheyne predicó ante una enorme multitud en el campo; y cerca de 100 personas esperaron para orar con él después del sermón, muchas de ellas profundamente conmovidas.

Llegó a Edimburgo el día 11, para asistir a la reunión de ministros y ancianos que se habían juntado para firmar el Compromiso Solemne, en defensa de las libertades de la Iglesia de Cristo. No vaciló en firmar el Compromiso. Después, regresó a Dundee, pero nada más llegar le derribó uno de aquellos achaques que tanto le afligían. Esta vez, sin embargo, el brote no duró mucho. “Mi salud —comentó— ha dado un giro para bien, lo cual debería hacerme mirar hacia lo alto”. Pero enfermó de nuevo el 6 de septiembre, con un brote de fiebre alta que le mantuvo postrado en cama durante seis días. En esta ocasión, tres personas fueron a visitarle para contarle cómo habían venido a Cristo bajo su ministerio unos años atrás. “¿Por qué? —anotó en su diario— ¿Por qué me ha dado a conocer Dios ahora estos casos, *esta misma semana*? Ciertamente me estará preparando para alguna prueba de mi fe”. Sus conjeturas resultaron ser ciertas. Y mientras su Maestro le preparaba de antemano para la prueba, cumplía sus fines por medio de ella a través de su siervo. Hubo más pruebas también aparte de esta, duras para él; si bien en todas ellas pudimos ver al Labrador podando las ramas para llevar más fruto. Como él mismo dijo un día en la Iglesia de Abernethy,

cuando ayudaba al Sr. Manson: “Si pudiéramos ver el todo, veríamos que el Padre hace poco más que *podar su viña* en este mundo”.

Su predicación venía a ser cada vez más una obra de fe para él. He hallado a menudo palabras como estas al final, o al comienzo de un sermón: “Maestro, ayuda”, “Ayuda, Señor, ayuda”, “Manda lluvias”, “Perdona, dame el Espíritu y toma la gloria”, “Que salgan las palabras adecuadas al abrir mis labios”. El efecto de la palabra predicada sobre las personas durante este período puede juzgarse por lo que dijo un despertado cuando conversaba con él; dijo: “*Creo que el Infierno sería un alivio después de ver a Dios enojado*”.

Robert tenía un inmenso placer en la predicación. Solía decir que no podía resistirse a ninguna invitación a predicar. Y no por la emoción natural de llamar la atención de miles de personas; puesto que estaba igualmente dispuesto a proclamar a Cristo a pequeños grupos de campesinos. Es más, estaba dispuesto a viajar muchos kilómetros para poder consolar a una sola alma. Ese mismo año, en cierta ocasión, viajó muy lejos para dar un vaso de agua fría a un discípulo, y comentó: “He observado que Jesús a menudo se desplazaba muy lejos por un alma, por ejemplo el endemoniado, o la mujer de Canaán”.

En febrero de 1841 visitó Kelso y Jedburgh durante la época de la celebración de la Cena del Señor; y aceptó con gozo una invitación a Ancrum también, para ser testigo de la mano del Señor allí. “Dulces son —escribió—. Dulces son los lugares donde Emanuel ha mostrado su glorioso poder en la convicción y la conversión de los pecadores. Al mundo le encanta rememorar los lugares donde se libraron las grandes batallas. ¿No deberíamos nosotros amar los lugares donde nuestro gran Capitán ha sido victorioso? ¿No vale mucho más la conversión de un alma que la ganancia de una hectárea de terreno?”. En Kelso, algunos recordarán por mucho tiempo sus comentarios cuando visitaba a una niña, a quien dijo: “Cristo llama a la puerta por última vez. Cuando tu corazón se vuelve duro e insensible, entonces teme, no sea que Cristo haya *llamado por última vez*”. En Jedburgh, la impresión general era la de haber tenido entre ellos a un hombre de una singular santidad. Algunos sentían no tanto sus palabras, sino más bien su presencia y su santa solemnidad, como si el que hablaba con ellos estuviera en la presencia de Dios; a otros, su forma de orar les parecía como el susurro de uno que ya estaba dentro del velo.

He hallado una propuesta suya a un ministro que subía a la Asamblea General aquel año, que decía que “la Asamblea debería redactar una *Confesión de Pecado* para todos sus ministros”. Pesaba sobre su alma también el estado de algunas de las parroquias que se encontraban bajo la horrenda influencia del “moderacionismo” (*). Escribe en su diario lo siguiente: “Ha pesado en mi corazón la absoluta necesidad del deber de la Iglesia de enviar el Evangelio a todas nuestras parroquias muertas, en vida de sus párrocos actuales. Es más que sabido que muchos de nuestros ministros no predicán el Evangelio: ¡ay, porque no lo conocen! Y, sin embargo, dominan esos púlpitos; y puede que no permitan que se oiga la verdad durante todo su ministerio. Y lo que es más, nuestra Iglesia les ha encomendado esas parroquias, totalmente a merced de ellos, para un período quizá de cincuenta años, ¡sin pestañear siquiera! ¿No deberían ser ordenados ciertos hombres como evangelistas, con autoridad para predicar en cada púlpito de su distrito; predicadores fieles,

juiciosos y con viva, yendo de parroquia en parroquia y llevando la vida a muchos rincones muertos?”. Se refería a este tema con mucha frecuencia, y apoyaba con vehemencia al Presbiterio de Aberdeen, que había propuesto algo parecido. A juzgar por algunas de sus últimas cartas, parece ser que había considerado seriamente la posibilidad de dejar su puesto fijo si la Iglesia le hubiera ordenado como evangelista. Sus sentimientos eran tan fuertes que un amigo cuenta que una vez, mientras cabalgaban los dos juntos por una parroquia donde el pastor “se arropaba con la lana, más no alimentaba a su grey”, frunció el entrecejo, y levantó su brazo con vehemencia mientras se refería a ese pueblo que estaba destinado a perecer bajo tal ministerio.

Le invitaron a visitar Irlanda de nuevo ese año, ya que su anterior visita fue altamente valorada por los hermanos presbiterianos de allí. Viajó a Irlanda en el mes de julio. Muchos fueron conmovidos en gran manera por sus predicaciones, y por las noticias de la obra de Dios en Escocia. Aún hoy se sigue hablando de su sermón sobre el [Cantar de los Cantares 8:5-6](#). Su oración constante y su coherente santidad dejaron sus huellas en no pocos; y durante esa visita la petición de una Misión a los judíos fue presentada ante la Asamblea Irlandesa. La visita del Sr. M’Cheyne ayudó en gran manera a la puesta en marcha de aquella misión.

En septiembre, se adhirió de corazón a la propuesta para una llamada a la oración, y participó en unas reuniones preliminares organizadas para cristianos de cualquier denominación. “Cuán dulce resulta la más mínima de las aproximaciones a la unidad”, comentó en su diario. De hecho, tal era su anhelo de una unidad bíblica que durante algún tiempo, cuando la Asamblea General ya había revocado el estatuto de 1799, aprovechó la oportunidad de mostrar su sincero deseo de unidad invitando a dos ministros disidentes a subir a su púlpito, escribiendo luego su defensa al ser criticado por ello. Refiriéndose al asunto, observó en una nota escrita a un amigo: “Me ha complacido mucho leer los capítulos [25](#) y [26](#) de la Confesión de Fe. ¡Ojalá tuviéramos un derramamiento de la gracia de la teología de Westminster sobre esta generación de hombres pequeños!”.

Resultaba tan patente que su Maestro le guiaba en todas las áreas de su labor, dándole sellos de aprobación de su apostolado, que en ocasiones ciertos amigos llenos de celo intentaron inducirle a un cambio en su esfera de trabajo. En todos estos casos, él simplemente buscaba claras indicaciones de la voluntad del Señor. Los intereses mundanos apenas rozaban su mente con respecto a tales asuntos, ya que verdaderamente vivía una vida desinteresada. Cabe una instancia que demuestra su opinión: una carta escrita al Sr. Heriot, de Ramornie, en la cual había de un cargo que le hablan ofrecido encarecidamente.

“Dundee 24 de diciembre, 1841.

“Estimado señor: He recibido una carta de mi amigo el Sr. M’Farlane de Collessie, preguntándome qué es lo que haría si la gente de Kettle me escribiera una carta pidiéndome que fuera su ministro. Él me ha pedido que le envíe a usted una respuesta también. Se me ha pedido una y otra vez que deje este lugar, pero nunca he visto claras indicaciones para hacerlo. Estoy totalmente en las manos de mi divino Maestro. Me di a Él cuando comencé mi ministerio, y Él me ha guiado con la columna de nube desde el primer día hasta hoy. Creo que me marcharía de este lugar mañana mismo si Él me lo *indicara*; pero en cuanto a *buscarme yo una salida*, no me atrevo, y

no podría. Si mi ministerio aquí fuera un fracaso: si Dios se enojara con este lugar, haciendo que mi mensaje se volviera inútil, entonces estaría dispuesto a marcharme; pues, preferiría mendigar mi pan antes que predicar sin éxito, aunque nunca he deseado tener éxito. Creo que no puedo hablar durante un mes en esta parroquia sin ganar algunas almas. Esta misma semana ha sido muy fructífera, más que en las últimas semanas, que quizá sea por una gracia intencionada a fin de ayudarme a declinar vuestro amable ofrecimiento sin vacilar. Digo estas cosas no con jactancia, confío, sino para mostrarle mi deber de no poder considerar ni por un momento la propuesta. Tengo aquí, pendientes de mí, 4000 almas. Tengo todo lo que necesito en cuanto a bienes de este mundo. Tengo plena libertad para predicar el Evangelio de día y de noche; y el Espíritu de Dios está a menudo conmigo. ¿Qué más puedo pedir? ‘Yo habito en medio de mi pueblo’ (cf. [2 R. 4:13](#)). Soy como un padre para cientos de personas; y creo que sería poco más que un pastor falso si les abandonase ahora, cuando las nubes de la adversidad amenazan. Yo conozco las necesidades de Kettle, y su importancia; también conozco la escasa probabilidad de encontrar un pastor devoto, aunque eso queda en las manos de Dios. Mi deber es claro y sencillo según la Palabra de Dios.

“Orando para que el Señor Jesús os envíe una estrella de su propia mano derecha, créeme que será así”, etc.

Durante todo aquel año, la cuestión del Día del Señor empezó a interesarle mucho. Su folleto *Amo el día del Señor* fue publicado el 18 de diciembre; aunque ya había hecho muchos esfuerzos por esta causa, como Convocante del Comité del Presbiterio para la Observancia del Día de Reposo, y había escrito su famosa carta a uno de los principales defensores de la profanación del día de reposo. Continuó, utilizando incesantemente todos sus esfuerzos para esta santa causa. Y por una causa así, ¿no valen también las oraciones y los esfuerzos abnegados de todo hombre creyente? ¿No ha sido apartado ese día como un tiempo en que el Señor desea que el descanso refrescante de su amor sea ofrecido a un mundo caído? ¿No es un día propicio para acallar cualquier otro sonido, para que las trompetas de plata puedan proclamar la expiación por los pecadores? Es más, se entiende que en ese día, Dios mismo está ante el altar instando a los pecadores para que acepten al Cordero inmolado, ¡desde la mañana hasta la noche! ¿Quién es aquel que no ve los oscuros designios de Satanás al tratar de efectuar una incursión en esta cita misericordiosa con Dios nuestro Salvador?

La propia conducta del Sr. M’Cheyne estaba plenamente de acuerdo con sus principios con respecto a la observancia estricta, pero a la vez alegre, del día de reposo. Consideraba que tener comunión con Dios era el colmo de todo privilegio humano y que, por consiguiente, el día del Señor debía ser enteramente dedicado al disfrute de tan sublime privilegio. Una de sus cartas, escritas en una época posterior, aunque tratando del mismo tema, muestra su parecer, a saber, que un solo día del Señor es mejor que 1000 días laborables. Un individuo que vivía cerca de Inverness le había consultado sobre un punto de casuística sabática: la pregunta era si se consideraba o no la tarea de registrar las medidas y observaciones meteorológicas durante el día de reposo como un acto pecaminoso. La respuesta del Sr. M’Cheyne, marcada por una santa sabiduría, y poniendo al descubierto el lugar que el Señor ocupaba en lo más profundo de su alma, decía así:

“7 de diciembre, 1842.

“Estimado Amigo: La pregunta que me haces es muy difícil. Si me hubieras preguntado *qué haría yo en este caso*, mi respuesta sería muy fácil. Amo el día del Señor demasiado como para estar anotando los grados del termómetro y las alturas del barómetro cada hora. Tengo otro trabajo que hacer, más alto y más sublime, más parecido al de los ángeles en lo alto. Cuanto más puedo dedicar mis días de reposo a Dios, casi olvidando que no estoy delante del trono del Cordero con mi arpa dorada, más feliz seré, y creo que mi deber es ser tan feliz como es posible ser, y como Dios quiere que sea. El gozo del Señor es mi fuerza. Ahora bien, que si otro cristiano sería capaz de pasar su día de reposo al servicio de Dios, y al mismo tiempo anotar los grados de temperatura y la presión atmosférica sin que se enfríe el calor de su amor por Él, o sin perder el ambiente celestial, yo no lo puedo decir. Mi conciencia no rige la vida de otro hombre. Una cosa sí podemos aprender de estos hombres de ciencia; a saber, podríamos tener cuidado de anotar los cambios y los progresos de nuestro propio espíritu, con tanto esmero como ellos tienen cuando anotan los cambios climáticos. No debe pasar ni una hora sin que alcemos la vista a Dios para buscar el perdón y la paz. Esta es la ciencia más noble: saber vivir en comunión con Dios en Cristo cada hora. Que tú y yo podamos aprender más de esto, y demos gracias a Dios que no somos contados entre los sabios de este mundo, ¡porque de ellos están escondidas estas cosas! La gracia del Señor del día de reposo sea contigo”, etc.

Hasta ahora, la *Narración de nuestra misión a Israel* aún no había sido entregada al público. Varias interrupciones —debido a la multiplicidad de las labores y las constantes llamadas del deber de vez en cuando— se habían interpuesto. Le resultaba muy difícil al Sr. M’Cheyne encontrar un día o dos para colaborar. “Es difícil para mí continuar con mi pastorado con toda diligencia y al mismo tiempo ser autor. ¡Juan Calvino hubiera sonreído ante mis pequeñas dificultades!”. A la larga, sin embargo, decidimos ganar algo de tiempo durante el mes de marzo de 1842, intercambiando nuestros deberes pastorales por un mes. Como consecuencia, Robert permaneció en Collace unas cuatro o cinco semanas, con mi grey recreándose con sus sermones los días de reposo, y con alguna que otra visita suya, mientras que él descansaba un poco de lo que hubiera sido un mes de incesantes interrupciones de haber estado en casa en su propia ciudad.

Permanecen muchos recuerdos agradables de aquellos días; revisamos la *Narración* hoja por hoja, con un ojo crítico mutuo. Aunque empeñado en llevar a cabo esta tarea, él se mantuvo firme en su propósito de “buscar primero el rostro de Dios antes de emprender cualquier deber”. A menudo se iba a primera hora a caminar por el bosque de Dunsinnan, para refrescar su alma con alguna meditación de la Palabra de Dios, para luego volver y reanudar la tarea. Y a un hermano en el ministerio que un día irrumpió en su concentración, escribió después: “¿Sabes?, me robaste el día entero; sin embargo, creo que no todo se perdió, y pude salvar algo. Creo que he recibido más gracia desde aquella oración entre los abetos. Oh, deseo ser *como* Cristo, y estar *con* Él por toda la eternidad”. Durante aquel período, escribía de vez en cuando algún artículo para la revista *Christian’s Daily Companion* (Acompañante diario del cristiano). Acabamos la *Narración* en mayo, y ha sido bien recibida por los hermanos, gracias al Señor.

Con esta obra acabada, el Señor tenía otros trabajos preparados para él en su propia parroquia. Esta anotación aparece en su diario: “22 de mayo: He visto evidencias de un despertar últimamente. J.G. despertado en parte por la Palabra predicada, y en parte por los fieles avisos de su consiervo A.R., también profundamente angustiado durante casi un año, buscando el descanso aunque sin hallarlo. B.M. fue convertida el invierno pasado en la reunión de los martes en Annfield. Fue llevada enseguida a tener paz con Dios, y a tener una mente mucho más serena, serena y dispuesta a la oración. Me sorprendió la rapidez de la obra en este caso, pero contento con las claras muestras de la gracia; ahora veo el bondadoso propósito de Dios en todo ello. Ella debía ser recibida en comunión en la última celebración de la Cena del Señor; sin embargo, enfermó de fiebre el día de reposo anterior. Murió el martes pasado, con gran gozo y paz. Cuando ella vio la muerte acercándose, dijo: ‘Oh, muerte, muerte, ¡ven! ¡Cantemos!’”. Muchas de las personas que la conocían han sido conmovidas por esta solemne providencia. Esta noche, invité a todos aquellos que se marchan de esta parroquia al final del trimestre. Alrededor de veinte personas vinieron, y les di folletos, y les hablé algunas palabras de aviso. *Estoy persuadido de que si yo pudiera seguir al Señor más de cerca, mi ministerio podría ser utilizado para causar una impresión mucho más profunda de lo que ha hecho hasta ahora”*.

Capítulo 6

Los últimos días de su ministerio

“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” ([Jn. 4:34](#)).

Durante el verano de 1842, enfermó varias veces, experimentó algunas pruebas personales severas, y fue asaltado por diversas tentaciones. Sus propias palabras describen mejor su estado durante aquellos días. “17 de julio: Yo mismo soy tentado frecuentemente, y no hay esperanza para mí, soy como un gusano sobre el brazo de Jesús”. “4 de agosto: Muchas veces, muchas veces hubiera preferido partir y estar con Cristo. Ahora me encuentro mucho mejor, tanto en cuerpo como en mente, teniendo algo de la presencia de mi Amado, cuya ausencia es muerte para mí”. Aquel mismo mes escribió: “He sido llevado a través de aguas profundas, física y espiritualmente, desde la última vez que nos encontramos”. Estaba convencido de que pocos hombres habían tenido tanta lucha en el hombre interior. ¿Quién sabe las luchas internas de cada uno?

Durante este período de pruebas y tribulaciones, fue invitado junto con otros ministros de Escocia a visitar el norte de Inglaterra, sin otro propósito que el de predicar las Buenas Noticias. Todo había sido organizado por un caballero cristiano que había hecho mucho por Cristo en su

generación. Robert se hallaba en medio de su propio horno de fuego cuando le llegó la invitación. Lo mencionó al hermano con quien mantenía correspondencia acerca del tema, el Sr. Purves, de Jedburgh, cuya respuesta fue como un bálsamo para su afligido espíritu ... “Puedo simpatizar contigo en tu presente aflicción, y para tu consuelo, sepas que otro hermano también, uno que es más que un hermano. En todas nuestras aflicciones, Él es afligido. Él es, se puede decir, el corazón de su pueblo; porque son un cuerpo, y una enfermedad en el miembro más remoto e insignificante duele *allí*, y se siente *allí*; consolémonos, confortémonos en Él; sí, ciertamente saciémonos de él, como un hermano, sobre todo en la aflicción, consuela y conforta a otro. Somos dichosos al parecernos a Él en todo, aún en el sufrimiento. Hay una gran necesidad en todo cristiano que no haya padecido sufrimiento. Algunas flores deben ser quebradas o machacadas antes de soltar su fragancia. Todas las heridas de Cristo emiten una fragante dulzura: todas las aflicciones de los cristianos también. Presenta mis respetos a un hermano magullado, a una caña quebrada: uno como el Hijo del Hombre, pues el Varón de Dolores nunca anda lejos de él. Para mí, hay algo sagrado y dulce en todo sufrimiento; semejanza al Hombre de Dolores”. Así sufría, y así fue consolado. Robert escribió de vuelta, aceptando la invitación, y añadió: “Acuérdate de mí en especial, a menudo llevo una carga muy pesada. Mi corazón es todo pecado; pero Jesús vive”.

Salieron para Inglaterra. El Sr. Purves, el Sr. Somerville de Anderston, el Sr. Cumming de Dumbarny y el Sr. Bonar de Kelso formaban el grupo. Su base principal iba a ser la ciudad de Newcastle, donde el Sr. Burns ya había estado trabajando con algo de éxito, y donde había visto “una ciudad entregada por completo a la iniquidad: una ciudad donde las trincheras de Satanás eran anchas y profundas, sus muros altos y fuertes, su guarnición grande y osada, y donde parecía que lo único que podía hacer el hombre era enviar sus flechas contra una torre de bronce”. Pero todos los que iban camino a la ciudad sabían que el Espíritu de Dios era omnipotente, y que Él era poderoso para rescatar la presa del fuerte.

Predicaron al aire libre y en los lugares de culto, tanto de los presbiterianos como de los metodistas wesleyanos. Los defensores de la causa del día de reposo tenían preparada una bienvenida especial para el Sr. M'Cheyne, pues su folleto acerca del día del Señor había sido ampliamente distribuido y leído, para bendición de muchos. Y muchos se acercaron, atraídos, para oírle; hubo una gran congregación de gente interesada en la plaza del mercado, y muchos salieron impresionados. Cierta persona describe el último discurso del Sr. M'Cheyne aquel día como algo singular, algo que realmente despertaba. Predicó al aire libre, entre el mercado textil y la Iglesia de S. Nicolás. Más de 1000 personas se habían congregado allí, y la reunión duró hasta las 10:00 de la noche, sin que se moviera ni una sola persona. La Luna brillaba, y el cielo estaba salpicado de estrellas. Su tema era “El gran trono blanco” ([Ap. 20:11](#)). Al concluir su discurso, les dijo que “nunca más se volverían a encontrar hasta el día en que estuvieran todos delante del Trono de Juicio de Cristo; pero que los cielos gloriosos que cubrían sus cabezas, la Luna que resplandecía sobre ellos, y la antigua y venerable iglesia a sus espaldas eran todos testigos del mensaje de vida o muerte que él había puesto delante de ellos”. Algunos tendrán motivo para recordar aquella noche durante toda la eternidad.

Sus predicaciones en Gilsland tampoco quedaron sin fruto; y tuvo buenas razones para dar gracias a Dios por haberle detenido en Dumfries-shire en el camino de regreso. Regresó a su puesto a principios de septiembre, lleno de paz y gozo. “He regresado con bien, me encuentro mucho más fuerte, de hecho me siento muy bien. Creo que he encontrado algunas almas de camino a casa. Anhele tener más gracia, y más santidad personal, para ser más útil”.

Aquel otoño, disfrutamos de unas puestas de Sol particularmente hermosas. Robert no perdía ocasión de contemplar el cielo resplandeciente en el Oeste después de la cena; y al mirar, hablaba del Sol de justicia, o del gozo de los ángeles en su presencia, o del dicho de aquellos para quienes el Sol ya no se pone, hasta que su propio rostro resplandecía de felicidad. Y durante todo aquel invierno se le notaba un gozo particular, estaba fuerte físicamente, y sentía muy de cerca la presencia de Jesús en su alma. Vivía dichoso, consciente de ser un hijo de Dios, manso y humilde, a causa de la plena seguridad de tener a Jehová como su Padre y su Dios. Muchos percibían con qué singular ternura y solemnidad pronunciaba las palabras “Santo Padre”.

Su grey en S. Pedro comenzó a murmurar cuando se ausentó de nuevo en el mes de noviembre durante diez días, para ayudar al Sr. Hamilton, de Regent Square, Londres, en la celebración de la Cena del Señor. Pero su deseo de salvar almas era lo que más le empujaba de un lugar a otro, junto con una creciente convicción de que el Señor le estaba llamando a la labor evangelística más que a la pastoral. Esta visita resultó de mucha bendición, y su alma crecía en santidad visiblemente. Durante su visita al Sr. Hamilton, leyó en el Cantar de los Cantares a la hora del culto familiar, haciendo algunos comentarios breves, llenos de una gracia singular y gusto poético, y aun con una manifestación más singular aún de su amor por la persona del Salvador. El amor de su alma santificada y su discernimiento de la mente de Jesús parecen haber afectado en gran manera a sus amigos en estas ocasiones. Mientras estaba en Londres, recibió una invitación para pasar por Kelso en el camino de regreso, y su respuesta dice así:

“Londres, 5 de noviembre, 1842.

“Mi querido Horatius: Nuestros amigos aquí no me dejarán marchar hasta el viernes por la mañana, así que me veré apurado para llegar a Dundee a tiempo para el día de reposo. Por tanto, estaré privado del gozo de verte, y de ministrar una palabra a tu amada grey. Oh, si mi alma fuera nuevamente moldeada, y fuera llamada eficazmente por segunda vez, y hecha un vaso lleno del Espíritu, para hablar únicamente de Jesús y de su amor. Me temo que nunca llegaré a ser lo que aspiro ser en este mundo. He predicado tres veces aquí: se han derramado algunas lágrimas. ¡Ojalá tuviéramos una semana como la de Whitefield en Londres, cuando llegaron 1000 cartas! El mismo Jesús reina; el mismo Espíritu tiene poder. ¿Por qué se detiene? ¿Es nuestro pecado? ¿Somos nosotros los tapones de la botella del rocío celestial? Siempre tuyo, hasta la gloria”.

“Posdata: Nos veremos, Dios mediante, en la Convocatoria”.

La memorable Convocatoria tuvo lugar en Edimburgo, el 17 de noviembre, con 500 ministros presentes de todos los rincones de Escocia. La intromisión de los tribunales civiles en las prerrogativas de Cristo, la única Cabeza reconocida de nuestra Iglesia, y el trato negligente dado

hasta ahora por parte de la asamblea legislativa del país a todas nuestras quejas habían llevado a una crisis. Desde los días de la Reforma, la Iglesia de Escocia había defendido su posición en cuanto a su conexión con el Estado, la cual, se entendía, no implicaría de ninguna manera la renuncia a su total independencia para regular todos sus asuntos espirituales; y de haber permitido a cualquier autoridad civil controlarla en su doctrina, su disciplina, o en cualquier de sus actos espirituales, habría supuesto un atrevido y flagrante acto de traición a su Señor y Rey. Las deliberaciones de la Convocatoria continuaron durante ocho días, y sus trascendentales resultados son de sobra conocidos en esta tierra.

El Sr. M'Cheyne no estuvo ausente de ninguna de las deliberaciones de esta solemne asamblea. Estuvo profundamente interesado en cada uno de los temas presentados, recibió mucha luz en cuanto a qué camino tomar durante las consultas, y puso su nombre a todas las resoluciones tomadas, simpatizando de todo corazón con la decidida determinación de que, como Iglesia de Cristo, debemos abandonar cualquier conexión con el Estado si nuestra 'Reclamación de Derechos' fuera rechazada. Esos ocho días resultaron ser un tiempo de una unión extraordinaria y de mucha oración. De vez en cuando, el proceso se detenía para que los hermanos pudieran pedir consejo al Señor a través de la oración; y ninguno olvidará la conmovedora seriedad con que el Sr. M'Cheyne, en una ocasión, derramó nuestras necesidades delante del Señor.

Decididamente, él aborrecía el erastianismo. Cuando una vez se le preguntó: "¿Es nuestro deber negar la ordenación a cualquier persona que sostenga las ideas del erastianismo?", replicó: "Indudablemente, cualesquiera que sean sus demás capacidades". Siempre fue presbiteriano por los cuatro costados, y solía abogar por la necesidad de abolir el patrocinio laico, porque: 1) No se encontraba en la Palabra de Dios; 2) destruía el deber de 'probar los espíritus'; 3) se oponía a Cristo como Cabeza, interponiéndose entre Él y su pueblo, como diciendo: "Yo colocaré las estrellas". Es más, fue aún más contundente con respecto a la independencia espiritual de la Iglesia. La consideraba una cuestión vital; y ante la perspectiva de la ruptura de la Iglesia de Escocia si fuera denegada, dijo en una reunión pública: 1º) Sería deplorable con respecto a algunas cosas, a saber, por los sufrimientos de los siervos fieles de Dios, por la degradación de los que quedaban atrás, por la alienación de la aristocracia, la perdición de los impíos, y el pecado de la nación. Pero que 2º) debía ser alzada por otras razones: a saber, se haría conocer más la posición reinante de Cristo, la verdad se extendería hasta las parroquias más desoladas, y los ministros fieles serían aún más perfeccionados. Y, cuando el 7 de marzo del año siguiente la causa de la Iglesia por fin iba a ser defendida ante la Cámara de los Comunes, le hallo escribiendo en su diario estas palabras: "¡Una noche memorable para el Parlamento Británico! Una vez más, el Rey Jesús comparece ante un tribunal terrenal, ¡y no le conocen!".

Un copresbítero, el Sr. Stewart, que regresaba a Dundee junto al Sr. M'Cheyne después de la Convocatoria, cuenta un anécdota interesante. Estaban conversando acerca de cuál sería su deber en el caso de ruptura, y adónde serían dispersados. El Sr. Stewart dijo que sabía predicar en gaélico, y si fuera necesario, iría a predicar a los de las Tierras Altas que habían emigrado al Canadá. El Sr. M'Cheyne dijo: "Creo que yo iría a predicar a los miles de convictos que son transportados cada año allende los mares, puesto que nadie se preocupa por sus almas".

No tenemos muchos documentos de su labor pública después de esta fecha. Una de las últimas anotaciones en su diario tiene fecha del 25 de diciembre: “Hoy he ordenado a cuatro ancianos, y he admitido a un quinto, y confío en que todos ellos sean de bendición en este lugar cuando yo ya no esté. Por gracia, desperté mucho antes del amanecer, y pasé dos horas a solas con mi Dios. Prediqué con gran ánimo, sobre [1 Timoteo 5:17](#): “los ancianos que gobiernan bien”, etc. Después del sermón y la oración, hice las preguntas de siempre; luego le pedí a la congregación que se levantara para cantar; y yo bajé del púlpito para quedar de pie delante de los cuatro hombres, y luego oré, y todos los ancianos se dieron la diestra de compañerismo; regresé al púlpito para dirigirme a ellos y al resto de la congregación en cuanto a sus respectivos deberes. En resumen, un día solemne”.

Los últimos casos de despertar constatados y la última anotación en su diario tienen fecha del 6 de enero de 1843: “He sabido de un alma despertada que ha hallado el descanso; confío en que sea el verdadero descanso. Dos casos nuevos de despertados, ambos muy profundos y conmovedores. Justo cuando empezaba yo a desesperarme, Dios me concede muestras de su presencia de nuevo”.

Aquí habla del desánimo, cuando, durante unos cuantos meses o semanas, Dios